

A man with a beard and dark hair, wearing a teal t-shirt, is shown in profile from the chest up. He is looking out a window with a view of a cityscape. His right hand is resting on his head, and his left arm is leaning against the window frame. The lighting is soft and natural, coming from the window.

FREYA ASGARD

ME HACES
FALTA

 ROMANCE & LETRAS

Agradecimientos

Dar gracias es cada vez más difícil. Eso porque son cada vez más personas a las que agradecer en este camino.

Hay personas a las que nunca dejaré de agradecer. A mi familia, por su apoyo incondicional, porque me permiten estar mucho tiempo escribiendo, porque entienden que esto que hago es mi pasión. A mi madre que también me apoya en este difícil camino y a mi tía Jacqueline. También a mis queridas Presionadoras, si las nombrara una a una, estoy segura de que se me quedaría más de una fuera. A mis lectores de Wattpad, que me dan ánimo y me ayudan a corregir lo malo. A Romance & Letras y la sita Pame que me permite llevar mis libros al papel. A Textualmente Activas por su apoyo y publicidad. Y bueno, a todos quienes hacen posible esto.

Por supuesto, quiero agradecerte a ti, querido(a) lector(a) porque has apostado por mi libro. Espero que te agrade y que disfrutes de su lectura como yo lo hice al escribirlo.

Muchas gracias a todos.

Freya Asgard

Prólogo

Las cosas en la vida no siempre son fáciles, pero para algunas personas son peores que para otras. Es el caso de Marcos Jara. Un hombre que vivió en la pobreza extrema luego de que su padre falleciera, por las malas condiciones laborales, cuando él tenía nueve años. Su madre y él fueron expulsados del fundo en el que trabajaban, pues según el dueño, ella era incapaz de trabajar y él era muy pequeño para el trabajo duro del campo.

Con los años, llegó a trabajar al rancho de José Fernández, padre adoptivo de Rodrigo Montero. El problema era que él y Rodrigo eran hermanos, y Marcos lo sabía. La madre de ellos tuvo mellizos de una insípida relación con José Fernández y, luego de abandonar a Marcos, se llevó a vivir a Rodrigo con José, quien lo crio como hijo, sin saber que lo era en realidad. Así fue como, después de algunos problemas y secretos que salieron a la luz, Marcos contó su verdad y Rodrigo lo aceptó como hermano. Ambos adoptaron el apellido de su verdadero padre: Fernández.

De ahí en adelante, las cosas deberían haber ido mejor para Marcos, sin embargo, el amor de su vida, Teresa, falleció poco después de tener a su hijo. Y el dolor volvió a hacerse patente en su vida.

No volvería a amar. No quería volver a amar. Se quedaría con Camilito y

por él viviría.

Después de siete meses desde que se fue su mujer, el dolor y el amor siguen tan presentes como el primer día. El problema es que ahora el matrimonio de su hermano con Victoria, le produce sentimientos encontrados: por un lado, se alegra; pero por otro, es como un golpe en plena cara que le refriega su soledad como una maldición que pesa sobre él.

Le falta Teresa, le falta la madre de su hijo.

Le falta todo.

Capítulo 1

Marcos se levantó de la tumba de su ex mujer para volver al rancho de Enrique Subercaseaux donde se celebraba el matrimonio de su hermano Rodrigo; se había casado el día anterior con Victoria y se alegraba de ello, demasiado les había costado estar juntos y esa felicidad era la que merecían. Él, más que nadie, estaba consciente de eso. Sin embargo, su soledad le aplastaba muchas veces y, por más que deseara la felicidad de su hermano, la pregunta nunca contestada era: ¿por qué sobre él parecía haber una nube negra que no quería dejarlo?

Marcos volvió a la fiesta luego de que Camilito se hubo calmado y estaba más dispuesto a andar de brazo en brazo con todas las chicas presentes en la celebración, chicas que lo único que querían era comerse a besos al bebé... y a su padre.

Él lo sabía, claro que sí, no obstante, el hombre no se encontraba preparado para un nuevo amor. Durante mucho tiempo luchó por ganarse el amor de Teresa, una mujer que aparentaba algo que no era. Él, que la conoció bien, ponía las manos al fuego por ella. Para todos era una mujer ruda, rencorosa y de dudosa reputación, en cambio, para él, era un dulce por

dentro, frágil, suave y delicada. Y muy dañada. Marcos fue el único que logró comprender y traspasar aquella careta que usaba para defenderse, pues Teresa tenía miedo, mucho miedo a seguir sufriendo. Su propia familia, los seres que debieron defenderla, cuidarla y protegerla, la habían lastimado hasta límites insospechados, y no solo por dejadez, si no por maldad, maldad como la que no se encuentra ni en los propios animales. Su padre la vendía a extraños desde que tenía apenas unos pocos años, mucho antes de entrar a la adolescencia, para qué decir en la adultez. Ellos le dejaron cicatrices que marcaron mucho más que su cuerpo, pues las marcas de cigarrillos, latigazos y cortes, eran nada comparado al daño emocional que le provocaron. Cuando él la conoció, ella parecía un animal herido, era arisca, dura; pero él pudo ver más allá de esa máscara y, poco a poco, fue quitándole una a una todas las capas en las que estaba escondida. Solo una no pudo quitar: la que le hubiese permitido entregarse por completo a él. Esa se cayó el mismo día que murió. Pero ya era tarde para ambos.

Cerró los ojos para quitar esos malos pensamientos, no era el momento de tenerlos, era un día de alegría y felicidad. No de tristezas ni malos recuerdos.

Marcos amplió su sonrisa y se dirigió al lugar donde su hermano y su cuñada conversaban muy animados.

Rodrigo, aunque notó la tristeza en su hermano, no dijo nada. Él también comprendía que no era el momento. Ya lo encontraría a solas para hablar con

él. Aunque, si era sincero consigo mismo, él sabía muy bien el motivo de la tristeza de su hermano. Esos ojos sombríos tenían un nombre: Teresa González.

Los días pasaron entre festejos, bailes y mucha comida. El séptimo día, Marcos buscaba a su hijo, era su hora de comida y muda y no lo encontraba.

—Hermano, ¿y esa cara? —lo detuvo Rodrigo al verlo así, tan alterado.

—No encuentro a Camilito, se fue con las hermanas Robles y ahora no las encuentro.

—Deben estar viendo los nuevos caballos que llegaron como regalo de Leonardo Riveros.

—Puede ser, voy a ir a ver, tiene que comer y debo cambiarlo. ¿Están en el establo?

—No, están en el corral. En todo caso, no te preocupes, en cuanto se ponga a llorar te lo van a venir a devolver *altiro*.

Ambos hermanos se largaron a reír. Aquello era cierto, cada vez que el niño lloraba, se lo llevaban de vuelta para que él lo cuidara.

—Voy a buscarlo.

—Anda.

Marcos siguió camino a los corrales, donde mucha gente estaba admirando los nuevos animales que le habían traído a la pareja.

Camilito no se encontraba allí, pero sí una de las hermanas Robles,

Blanca, a la cual se acercó Marcos para preguntarle por su hijo.

—¿Sabes dónde está mi hijo? —le consultó.

—Sí, Rosa se lo llevó a la casa para mudarlo y darle la comida.

—Gracias.

Marcos dio la vuelta para volver a la casa, pero luego de un par de pasos, la mujer lo llamó. Se volvió y la miró.

—Dime —le dijo al ver que no hablaba.

—Nada.

—¿Qué me querías decir? —le preguntó mientras se devolvía hasta ella.

—No, nada.

—No me digas que nada, Blanca, nos conocemos desde niños, estás nerviosa y es por algo que me quieres decir, así que habla —exigió.

—Es de mi hermana.

—¿Rosa? ¿Qué pasa con ella?

—Está enamorada de ti.

—¿Ya? Ambos sabemos que no es novedad, aunque yo no le llamaría amor.

—Sí, ella te ama, Marcos, pero...

—Pero ¿qué?

—Es que creo que se le está pasando la mano.

—¿Cómo así? ¿A qué te refieres? Habla claro.

—Es que ella se está creyendo la madre de Camilito.

Marcos hizo un gesto de desagrado.

—Yo he tratado de hablar con ella, pero no me hace caso.

—Dime, Blanca, ¿qué quieres decir con todo esto? ¿Qué es lo que realmente pasa?

—Es que Blanca no deja que nadie más tome a tu *guagüita*, si alguien se acerca a él, no deja que se lo lleven lejos de donde está ella; si alguien quiere darle algo, tiene que aprobarlo ella antes, como si ella fuera la madre.

—Hablaré con Rosa, gracias por decírmelo.

—Es mi hermana y yo la amo, pero no me gusta cómo trata al niño.

—¿Lo trata mal? —Marcos se preocupó por las palabras de la joven.

—¡No! No, al contrario, pero es que lo trata como si fuera su propio hijo; incluso, a veces, dice que tú y ella muy pronto estarán juntos y que nadie tiene derecho a nada con él, ni siquiera, de repente, a hacerle una gracia. Se enoja mucho cuando alguien lo toma sin su consentimiento. De hecho, *endenante*, peleó con la Tita porque ella estaba jugando con él.

—No voy a dejar que ella se adueñe de mi hijo de esa forma.

—Ella dice que es un acuerdo entre tú y ella.

—¿Entre ella y yo?

—Sí, según Rosa, tú y ella muy pronto se van a casar, que tú no quieres decirlo todavía.

—Yo nunca le he dado motivos a Rosa para que diga eso. Ni a ella ni a nadie.

—Lo sé, pero anda diciendo eso y si sigue... No sé qué puede pasar.

—Gracias por decírmelo, Blanca, hablaré con ella y le pondré punto final a esto.

La joven asintió con la cabeza y Marcos se fue en busca de su hijo. Al llegar a la casa, vio a Rosa que salía con el pequeño.

—¡Marcos! —saludó, alegre, Rosa Robles, ajena a lo recién descubierto por el hombre.

Él se acercó, sin contestar, y le arrebató al niño de los brazos, con consideración solo por su hijo.

—¿Pasa algo?

—¿Qué es eso que andas diciendo de que tú y yo estamos juntos o que muy pronto lo vamos a estar?

—Marcos... —musitó la mujer.

—Entre tú y yo no pasa ni pasará nada. No quiero que se te ocurra volver a decir nada parecido y no quiero que te vuelvas a acercar a mi hijo.

—¿Y eso sería por...?

—Porque no es tu hijo, porque no te pertenece y porque te estás pasando de la raya. Nunca le he negado a nadie que ame a mi hijo; por mí, mientras más personas lo quieran es mejor.

—¿Quién te puso en mi contra?

—No te voy a decir.

—Fue Tita, ¿cierto? Esa tipa quiere puro sacarte plata, se interesó en ti justo después de saber que eras hermano de Rodrigo e hijo de José Fernández, el patrón de uno de los fundos más grandes de la zona —expresó con rabia sin contener—, pero cuando eras Marcos Jara, el hijo de la lavandera del pueblo, nada que te tomaba en cuenta, ¿o se te olvida?

Marcos sonrió enojado.

—¿Sabes, Rosa? No me vas a poner en contra de ella. Y, para que te quede más claro, yo no estoy interesado ni en ti, ni en Tita, ni en nadie. Mi vida es mi hijo y aunque no niego que me hace falta *mi* mujer, no estoy en busca de ninguna otra por el momento, así que, por favor, déjanos tranquilos.

Rosa quedó sin palabras, aunque, por dentro, su furia bullía como agua hirviente.

Marcos entró con su pequeño hasta la cocina y lo sentó en la sillita.

—La Rosa ya le dio su comida —le indicó Nilda, una de las mujeres que estaba allí para ayudar por lo del matrimonio.

Marcos resopló con fuerza. Sacó a su hijo de su sillita, se sentó con él en una silla en la punta de la mesa de la cocina y allí se quedó mucho rato en silencio, silencio que no fue interrumpido por las mujeres que se encontraban allí. Con todos los problemas que tenía, no quería agregar uno más a la lista,

mucho menos uno provocado por Rosa Robles, quien nunca le había caído muy bien.

Nilda colocó sobre la mesa un vaso de jugo de melón ante su patrón.

—Tome, esto le hará sentir mejor.

—Gracias, Nilda.

—Tiene que estar tranquilo.

—Lo sé —responde lacónico.

Otro momento de silencio; luego, Marcos alzó su rostro y miró a Nilda que estaba sentada a su lado.

—¿Por qué ya no me tuteas?

—Porque ahora es mi patrón.

—¡Ay, Nilda! Nos criamos juntos, tu mamá es mi madrina, no me digas que ahora te bajó la conciencia social y ya no puedes tratar con los que son diferentes a ti.

—¡Tonto, Marcos! Na' que ver. Lo que pasa es que igual, si la gente ve que te trato de igual a igual, ¿qué van a pensar? Mal que mal, tú eres el patrón y te tienes que dar a respetar.

—¿Y tú crees que porque me tratas de usted me respetarán más o menos?
¿O tú misma me respetas más porque no me tuteas?

—No.

—Entonces, Nilda, por favor, no me des más problemas de los que ya

tengo. Además, yo debería no tutearte a ti, mal que mal, tú eres mayor y a las viejitas hay que respetarlas.

—¡Oye! Soy tres años mayor que tú, nomás.

Marcos tomó las manos de Nilda y las apretó con cariño.

—El hecho de que ahora sea Fernández y no Jara, no significa nada. Tú y tu mamá son muy importantes para mí. Así que no me vuelvas a tratar de usted.

—¿Y si hay gente?

—Si hay gente, con mayor razón. Yo sigo siendo el mismo Marcos de siempre, el hijo de la lavandera del pueblo. Si tengo el apellido de mi padre es porque así lo dice la ley, pero para mí, mi papá se llama Hugo Jara y mi mamá Sonia Vilches. Don José es mi papá de sangre y, aunque quiso reparar su error, lo hizo demasiado tarde. Así que, sí, lo respeto, pero no puedo mirarlo como a un padre.

—Eres un buen cabro, Marcos, no sé por qué te pasan puras cosas malas.

—Porque yo saqué la mala suerte de los dos hermanos —bromeó con amargura.

—Ya pasará y serás más feliz que todos nosotros juntos.

—Ojalá, Nilda, ojalá.

Marcos observó a su hijo que se había dormido en los brazos de su padre.

—Este niño es tu mejor recompensa. Con tantas atenciones y tan

estimulado, ha salido re parlanchín —comentó Nilda—, ligerito va a andar caminando por ahí, correteando con los otros niños.

—Seguro que sí, quiere puro andar para salir a jugar.

—Sí. Es un niño muy habiloso.

—Es un niño feliz y amado, Nilda, y eso es más importante para mí que hable o camine antes de tiempo.

—De tan feliz y amado es que es así. Quiere conocer el mundo y tomarlo en sus manitos.

—Sí. Si no fuera por mi hijo, no sé qué haría.

Nilda pasó su mano por los negros crespos de Marcos para despeinarlo y le sonrió.

—Anda a acostarlo, que así no va a descansar nada.

—Sí.

Se lo llevó al dormitorio y se quedó allí con él. No quería seguir en el festejo, necesitaba dormir y descansar. El ajetreo de las fiestas, del trabajo que no cesaba y de las rabias del día y de su vida, lo tenían exhausto.

La mañana llegó antes de tiempo o, por lo menos, así lo sintió el padre cuando su hijo comenzó a gorjear para llamar su atención. El hombre se desperezó y se sentó en la cama para mirar a su hijo que estaba sentado en su cuna jugando con un mordedor. Al ver a su padre le lanzó un beso y luego una risa.

—Pa pá —balbucea.

—Buenos días, campeón, amanecemos felices hoy.

—Pa pá.

—¿Vamos a tomar la lechecita?

—Da —respondió con una pequeña cabeceada.

Mientras lo vestía, Marcos le habló y le contó una historia linda de su mamá y de él. Marcos se encargaría de contarle a su hijo su historia tal como él la había vivido, no como lo que se sabía afuera. Aunque, en ese momento, ya la gente sabía que todo lo que se decía de Teresa era mentira y que todos los que aseguraron haberse acostado con ella, mintieron; que ella era tal como Marcos decía. Eso lo dejaba tranquilo, pues nadie le diría a su hijo algo que no era.

Una vez listo el niño, el hombre lo llevó en brazos hasta la cocina, donde las empleadas ya tenían listo su biberón. Trinidad lo tomó para alimentarlo y Zoila le sirvió el desayuno al padre.

—Gracias, no tienen que molestarse.

—Lo que se hace con gusto, no es molestia, niño —respondió Zoila.

Pocos minutos después, apareció en la cocina, don Enrique.

—Buenos días, ¿cómo amanecieron? —saludó el dueño de casa.

—Buenos días —respondieron todos a coro.

—Todo bien, señor, la gente sigue celebrando, aunque ya anoche varios se

fueron de vuelta a sus casas, para no volver —contestó Zoila, la cocinera y sirvienta más antigua de la casa de don Enrique.

—Bien, ocúpense de que no falte nada. La boda de mi nieta debe ser lo mejor, no puede haber pobreza ni nadie debe salir hablando.

—Le aseguro que nadie podrá decir nada malo de esta fiesta, señor.

—Muchas gracias, Zoila.

El hombre se sentó a la cabecera de la mesa y le colocó una mano en el hombro a Marcos.

—¿Cómo estás, Marcos? Anoche no te vi en la fiesta.

—No, me acosté temprano, estaba cansado.

—¿Y cómo amaneciste hoy día?

—Mejor, gracias. ¿Y usted?

—Los años no me acompañan, pero bien, feliz por mi nieta. Jamás imaginé estar celebrando su boda.

—Era imposible para usted pensar en eso siquiera, si usted creía que estaba muerta.

—Sí, jamás se me pasó por la mente que no fuera así. ¿Y este bebé? Anda feliz.

—Sí, está demasiado mimado aquí.

—Así debe ser. De exceso de amor no se ha muerto ningún niño, de su falta, sí.

El hombre dirigió su mirada al pequeño que tomaba su mamadera en brazos de Trinidad, otra de las mujeres que trabajaban en su casa. Patrón y empleada se encontraron con la mirada, la mujer parecía nerviosa o preocupada.

—¿Qué pasa, Trini?

—Señor..., yo sé que está con esto del matrimonio y que...

—¿Hay algún problema en la casa?

—No, no, para nada —respondió con celeridad.

—¿Entonces?

—Lo que pasa es que...

—Habla, pues, mujer, ¿qué pasa? —le habló con el apremio de un padre, sin enojo.

—Lo que pasa es que mi hija quiere venir unos días... en realidad, dos semanas —corrigió—, quiere venir unos días a pasar aquí.

El hombre sonrió con auténtica felicidad.

—¿Noemí vuelve aquí?

—Sí, señor, solo por unos días, no será mucho...

—Trini, por favor, cállate, tú sabes que a esa niñita la quiero como a una nieta. ¿Tanto miedo para eso? La vi crecer, Trini. A ti te vi crecer. ¿Cómo no va a poder venir? Esta es su casa.

—Muchas gracias, señor.

—Guau, cómo crecen estos niños. Pensar que hace poco se iba a mi escritorio y me pedía permiso para jugar en la máquina de escribir.

—¿Mi Noemí hacía eso? —se asustó la mujer.

El hombre largó una risotada.

—¡Sí! Ella se quedaba horas escribiendo “documentos” importantes. Más grande, le daba a ella lo que debía escribir para mis proveedores o clientes. Ella era feliz y yo me ahorraba ese fastidioso trabajo.

—No puedo creerlo.

—Claro que le pagaba, no era un trabajo de gratis.

—Nunca me dijo nada.

—No tenías por qué saberlo, era un secreto entre los dos. Ella ahorró su dinero, lo sé, porque cuando se quiso comprar su auto y me pidieron el préstamo, ella tenía todas sus pagas en un tarro. Era la mitad de lo que costaba el automóvil que quería, le faltaba la otra mitad.

—¿No le prestó usted todo?

—No, Trini, en realidad, yo no le presté nada. Por su esfuerzo y perseverancia, le regalé lo que le faltaba.

—No debió hacerlo.

—Fue mi regalo de salida de cuarto medio. Ella iba a necesitar ese auto para movilizarse en Santiago y para su universidad.

—Muchas gracias, señor —dijo, algo confundida, Trinidad.

—No me las des, yo solo recordaba a esa chiquilla que tanta compañía me hizo en mis momentos de mayor soledad. Hace tanto que no viene.

—Usted la conoce, ella trabaja muy duro para pagarse sus estudios y sus vacaciones las toma en invierno, en época de exámenes.

—Lo sé, dile que será muy bienvenida, que esta es su casa, ¿cuándo llega?

—Me llamó hace un rato, dice que se vendrá mañana en la mañana.

—Mira que bien, llegará justo para el último día del matrimonio de mi nieta.

—Así parece.

—Bueno, me voy a trabajar, por mucha fiesta que sea, hay que vigilar el trabajo y no espera. Nos vemos más tarde.

—Hasta luego —se despidieron todos a coro.

—Bueno, yo también me voy, también tengo que trabajar. Vamos, campeón

—¿Por qué no lo deja aquí? —consulta Trinidad—. Aquí se lo cuidamos.

—¿De verdad? ¿No les molesta? Yo lo iba a llevar a que Nilda lo cuidara.

—Pero Nilda va a venir en un rato. Además, ¿cómo nos va a molestar? Vaya, *nomás*, si él no da ni un quehacer —confirmó Zoila.

—Gracias, tengo que conseguirme una chica que me ayude con él, necesito urgente una niñera, ahora que Victoria se casó, ya no podrá hacerse cargo. Nilda me ayuda mucho, pero no es su trabajo. Les dejo el encargo, si

saben de alguien.

—Claro, joven, no se preocupe, nosotras buscaremos a alguna muchacha que sea buena con los niños.

—Gracias.

Luego de despedirse, Marcos salió de la cocina y se fue en su camioneta al “Terranova”, el rancho que era tan suyo como de su hermano.

Las mujeres de la casa se miraron con un gesto de burla.

—Pero que se quede Rosa con el niño, ¿no se cree la mamá? —dijo una entre broma y molestia.

—Más que la mamá de Camilito, se cree la esposa de Marcos —corroboró la otra, de igual forma.

A ambas mujeres les molestaba la actitud de Rosa y esperaban que Marcos nunca se fijara en ella como algo más que una amiga.

El día se pasó veloz con los festejos que ya estaban llegando a su fin. Después de tantos días, la celebración iba menguando.

El siguiente y último día de fiesta, se realizó una presentación con los tradicionales rodeos y exposiciones a caballo; a la hora de almuerzo se hizo un asado al palo del que todos los invitados que quedaban disfrutaron felices.

Marcos no llegó a almorzar. En el rancho se había presentado un problema con una yegua que quería parir antes de tiempo, por lo que tardó más en volver a su casa. Volvió cerca de las cuatro de la tarde, en su caballo, pues la

camioneta se la dejó a los peones para que les facilitara el trabajo. Justo en ese momento, un automóvil se divisó en el camino al rancho.

—¿Quiere que vaya a ver? —se ofreció el joven.

—Te lo agradecería, debe ser Noemí —respondió don Enrique.

Marcos cabalgó apresurado hacia la entrada, justo cuando una bella joven se movía de un lado a otro con el celular en la mano, poniéndolo de todas las formas posibles, incluyendo las más ridículas, buscando señal.

Marcos recordó la historia de cómo su hermano conoció a Victoria, cuando ella intentaba subir la reja para tocar la vieja y oxidada campana, algo tonto, quizás, pero que a Rodrigo lo había enamorado desde ese primer minuto.

Marcos sacudió la cabeza para dejar de pensar en tonterías y apuró el galope de su caballo para llegar pronto a la reja, donde estaba la mujer. Ella lo miró confundida y algo asustada.

—Disculpe, ¿este es el rancho de Enrique Subercaseaux?

—Sí, señorita —respondió Marcos e hizo un gesto de saludo con su sombrero—, Marcos Fernández para servirle, ¿usted es Noemí, la hija de la señora Trinidad?

—No, me llamo Maybe, vengo en su lugar. Yo... Yo no traigo buenas noticias.

Capítulo 2

Marcos se lanzó de su caballo y se apuró a abrir el portón, la recién llegada no se veía nada bien, al contrario, su rostro congestionado le indicaba que, o el sol le había afectado, o había llorado... O estaba a punto de desmayarse.

Ella volvió a su automóvil, pero, luego de varios intentos, golpeó el manubrio con frustración. No lograba echar a andar, cada vez que iba a avanzar, se le apagaba el motor. Marcos se acercó al vehículo y pudo notar que una pequeña lágrima se había alojado en una de sus profundas ojeras.

—No puedo —protestó, frustrada.

—¿Le ayudo? —preguntó el hombre, se sentía un inútil al no saber cómo actuar ni qué decir.

Maybe bajó del auto y se apoyó en la puerta. Marcos la escaneó unos segundos, le quitó las llaves de la mano con mucha suavidad, como si temiera hacerle daño, y se subió; el auto echó a andar sin problemas con un suave ronroneo. Se bajó y la observó unos segundos.

—Súbase, yo la llevo a la casa —le ofreció el hombre y la tomó del codo para conducirla hasta la puerta del copiloto.

—Pero... pero...

—Vamos. No está en condiciones de manejar.

—Pero ¿y su caballo?

—Ella sabe volver sola, ya es mayor de edad —intentó bromear.

La joven sonrió con los ojos aguados y se sentó con resignación.

Luego de entrar el vehículo, Marcos se bajó a cerrar el portón. Cuando volvió, Maybe miraba a la nada, como perdida; algo muy malo debió ocurrir en la capital para que esa desconocida hubiera llegado así, solo que a él no se le ocurría qué podía ser y tampoco se atrevió a preguntar. Sin decir nada, condujo despacio y se estacionó en la parte trasera de la casa, donde los invitados al matrimonio no pudieran llegar. Trinidad se apresuró a correr al auto para ver a su hija.

—¿Y Noemí? —preguntó la empleada, parando en seco al ver a otra persona en su lugar.

Maybe salió del vehículo muy conmocionada, no sabía cómo decirle a la madre de su amiga lo que había ocurrido.

—Lo siento, señora.

La joven lloró con tanto desconsuelo que se vio menor de lo que en realidad era. La madre de Noemí la abrazó, el miedo y el dolor de ella se podía sentir a leguas. Y temió por su hija.

—¿Qué pasó?

—Noemí... Ella está grave, está en un hospital, lo siento tanto, yo quise ayudarla, pero no pude.

—¿Qué? ¡Tengo que ir con ella!

—No, no puede recibir visitas.

—¿Cómo que no? Aunque tenga que quedarme afuera del hospital, yo quiero estar al lado de mi hija.

—Señora, ella está... —Maybe apenas podía articular las palabras—. Ella fue agredida por su pareja, en estos momentos está bajo vigilancia policial y nadie puede verla, es más, ni siquiera yo sé a dónde se la llevaron.

Marcos le entregó a la visitante un vaso de jugo de fruta, helado y dulce.

—Tome esto, la refrescará y la hará sentir mejor.

—Muchas gracias.

La recién llegada se bebió el contenido de un trago; su garganta tuvo un alivio inmediato. Le devolvió el vaso y sus dedos se tocaron levemente, aun así, fue suficiente para que Maybe sintiera una corriente eléctrica recorrer su espina dorsal. Alzó su mirada para buscar los ojos de Marcos, pero este ya se había ido.

De pronto, dio la impresión de que el mundo se detuvo. Nadie hablaba, ni siquiera la madre; tampoco el dueño de casa, que se había dejado caer en una silla, imaginaba el dolor y el terror en esa niña que vio crecer, que podría ser su nieta y a la que ese hombre pudo haber matado.

—Siento mucho haber llegado así, pero no tenía otro modo de comunicarme con ustedes. Menos mal que ella me había dicho cómo llegar, pues se suponía que cuando ella llegara aquí, pediría permiso para que yo pudiera visitarla. De otro modo, no habría sabido cómo avisarles —se disculpó Maybe.

—No se preocupe, estamos agradecidos de que haya venido a avisarnos —expresó el abuelo con una opresión en el pecho.

—¿Qué fue lo que pasó, niña?

—No sé, ella conoció un tipo, se hicieron amigos y ella se fue a vivir con él antes de un mes. A mí nunca me gustó él, siempre me dio mala espina. Noemí me decía que era porque no lo conocía.

—¿Hace cuánto fue eso? —preguntó don Enrique.

—Lo conoció hace apenas dos meses.

—¡Dos meses!

—Sí, si lo conoció hace súper poco, hace como un mes se fue a vivir con él y *altiro* ella apareció con unos moretones en los brazos y piernas. Yo quise ayudarla, pero ella tenía miedo. El problema es que cuando él se enteró de este viaje, se puso furioso y le pegó peor.

—No debió decirle que se iba a venir y que lo iba a dejar —intervino Marcos.

—No se lo dijo, él lo descubrió, no sé cómo. Anoche, ella se iba a quedar

conmigo en la casa, le dijo que teníamos que estudiar, de allí se iba a venir. Iba a escapar.

—Apuesto a que ese cobarde no se atrevería a meterse con un hombre como él. Es muy fácil pegarle a una mujer y creerse macho —protestó Marcos entre dientes.

Maybe comenzó a dar vueltas en círculos y con su mirada desvariaba sin detenerse en nada, como si el solo hablar de ese hombre la pusiera mal y pudiera llegar a lastimarla.

—Él fue a mi casa después, también me quiso golpear, me escapé por poco. —Volvió a llorar, pero esta vez se cubrió la cara con las manos.

Marcos, en un instinto protector, la abrazó; ella se dejó y desató todo el miedo que sentía hasta ese mismo momento, en el que se volvió a sentir segura en los brazos de ese hombre.

—Tranquila —la consoló él—, aquí nadie le hará daño, y que ni se atreva a venir.

—Gracias... Gracias... —sollozó como una pequeña niña.

Marcos la mantuvo así un rato, nadie interrumpió, la dejaron desahogarse de todo su miedo. Al sentirla más tranquila, el hombre la empujó con suavidad a una silla para que se sentara, sus piernas apenas la sostenían. Esta vez fue Trinidad quien le ofreció un vaso de jugo, que ella volvió a beber al seco.

—¿Mejor? —le consultó él.

—Sí, gracias. Siento todo este escándalo —se disculpó llena de vergüenza.

—No tiene que disculparse de nada —aseguró el dueño de casa, preocupado por esa joven que podría ser su nieta—. ¿Tiene familia, niña?

—Sí, están en Copiapó, yo me vine a estudiar sola a Santiago.

—¿Les avisó de esto que está pasando?

—No, no, yo no quería que se preocuparan, los llamaré más tarde; aunque no sé si me atreva.

—Si quiere hablo yo con ellos.

Ella primero asintió con la cabeza, pero, luego, negó, como si no debiera aceptar.

—A ver... Disculpe, ¿cuál es su nombre?

—Oh, ¡qué tonta!, ni siquiera me he presentado. Me llamo Maybe Albornoz, soy la mejor amiga de Noemí en la U, somos compañeras de casa, bueno, éramos, hasta que apareció este tipo. Además, no sé, pero ¡es un *gallo* reviejo para ella!

—¿Viejo? ¿Qué tan viejo? —preguntó Marcos, algo sorprendido.

—Bueno, no tan viejo, pero no sé, debe ser unos diez años mayor. O más diría yo. Es un tipo que tiene carrera en la vida y no hablo de universidades. ¿Me entienden? El tipo es vivido, es un hombre que sabe manipular y... Yo creo que eso igual embelesó a Noemí.

Nadie fue capaz de decir nada. Maybe ni cuenta se dio.

—Desde que Hernán se metió a la vida de Noemí, todo se puso patas arriba —prosiguió como si nada.

—¿Hernán? —Se sorprendieron todos, aunque Marcos fue el único capaz de hablar.

—Sí, ¿por qué? ¿Lo conocen?

—Parece que los Hernán se caracterizan por tener problemas mentales —comentó Rodrigo.

—No entiendo —dijo Maybe.

—Mi antiguo capataz se llamaba Hernán y también era un loco —le explicó Rodrigo.

—¿Y si es él?

—¿Sabe su apellido?

—No, no sé. Solo sé que se llama Hernán.

—De todos modos, no puede ser el mismo —afirmó Marcos con seguridad—, ese tipo está en la cárcel.

—El juicio todavía no termina, pero estaba acusado de fraude, robo y cuasi delito de homicidio en contra de Victoria —agregó Rodrigo—, no hemos sabido nada de él, pero no iba a salir fácil de la cárcel.

—Así la asustan más —intervino Victoria con cierta censura en su voz hacia su marido y su cuñado—. No te preocupes —tranquilizó a la recién

llegada—, si fueran el mismo hombre, no volverá por aquí.

—De todos modos, debemos estar atentos, si buscó a Noemí para hacerle daño, bien puede ser una casualidad, pero también podría ser un plan muy maquiavélico para vengarse de nosotros —replicó Marcos— y, en ese caso, sabe muy bien que ella está aquí. Y lo debe estar disfrutando.

—Pero no nos pongamos paranoicos —aconsejó don Enrique—, eso no hace más que poner más nerviosa a Maybe. Santiago es demasiado grande como para que haya un solo Hernán y más encima para que haya dado justo con alguien con quien hacemos daño.

—No entiendo nada de lo que hablan. ¿Conocen o no conocen a ese hombre?

—No se preocupe usted —le dijo Marcos—, nosotros estamos un poco perseguidos por ese hombre, pero le aseguro que el Hernán que andaba con Noemí, no se volverá a acercarse a usted.

Marcos sonrió apenas. Maybe bajó la cabeza sin saber qué decir, luego la levantó y observó que a su alrededor había adornos de fiesta.

—¿Están celebrando algo?

—El matrimonio de mi nieta con Rodrigo —contestó don Enrique—. Pero ya están terminando las celebraciones, hoy es el último día.

—¿Último día?

—Se casaron el sábado pasado.

—¿Tanto duró la fiesta?

—Sí, pues, aquí estamos en el campo, no en la ciudad, donde todo se hace rápido.

—Siento haber venido así, justo hoy.

—Usted no tiene nada que sentir, hizo lo correcto —respondió Marcos.

Camilito, que estaba en los brazos de Nilda, lloró para ir a los de su papá y la mujer se lo entregó.

—¡Hey, campeón! ¿Qué pasa? No nos avergüences delante de la señorita. ¿Qué va a pensar? —le habló Marcos a su hijo en tono juguetón. El niño, en realidad, lo que quería era acercarse a la recién llegada.

—¡Qué bello! —dijo la joven al tiempo que se ponía en pie—. ¿Cómo te llamas?

—Camilo, dile —respondió el papá por su hijo.

El bebé rio con ganas y se inclinó para que ella lo tomara en sus brazos. Ella lo recibió entusiasmada.

—Hola, Camilito, eres un niño muy guapo.

—Al papá salió —bromeó Marcos, con timidez.

Ella sonrió. El bebé tocó la cara de su nueva amiga y la amasó sin consideración, como si con eso la pudiera conocer mejor.

—Es linda, ¿viste? —le dijo Marcos a su hijo, apartando su mano de la cara de la joven.

El niño hizo un gesto de no entender.

—Es linda.

—Ninna —balbucea.

—Le caíste bien —le indicó Marcos.

—Es precioso, ¿qué edad tiene?

—Siete meses y medio, va a cumplir ocho.

El niño le obsequió una divertida risa, como si lo dicho por su padre hubiese sido una gran broma. Ella también se contagió con la risa, a pesar de que sus ojos no tenían el brillo de la alegría.

—¿Tiene hambre? —le preguntó el abuelo a su invitada.

—No mucho, la verdad.

—Tiene que comer algo —indicó Trinidad—. Le voy a traer algo de comer.

—No se moleste —replicó la joven—, yo me voy a ir, solamente venía a avisarles.

—¿Y se va a volver a la ciudad con ese loco suelto? —interrogó Marcos, casi molesto.

Los ojos de Maybe se ensombrecieron y escondió su cara tras el bebé.

—No quiero molestar.

—No es ninguna molestia —aseguró el dueño de casa—. Además, usted acaba de llegar y el viaje es largo, estoy seguro de que no hizo ninguna

parada para llegar hasta aquí.

Ella no contestó.

—¿Hizo alguna parada para comer?

Ella negó con la cabeza.

—¿Lo ve? Traigan almuerzo para nuestra invitada. Aunque sé que será difícil, disfrute de este último día de festejos.

—Además, no puede ir a exponerse con ese hombre en la capital —agregó Marcos, más tranquilo.

—No vuelvas allá, quédate aquí un tiempo hasta que detengan a ese hombre y ya no les pueda hacer daño —intervino Rodrigo—. Si es el mismo tipo, te aseguro que no descansará hasta encontrarte, esto no es en contra tuya, es en contra de nosotros, creo que encontró la forma de vengarse por... En realidad, ni sé el porqué de su odio hacia nosotros. Pero se topó con Noemí, que es parte de esta familia y quiso hacerle daño, tú interviniste y ahora también tú estás en su mira. Y si no lo es, tampoco se quedará tranquilo si sabe que fuiste tú quien ayudó a escapar a su mujer.

—Me asusta eso que dice —articuló la joven con miedo en su voz—, ¿y si en realidad es el mismo hombre? ¿Qué creen que sea capaz de hacer?

—Quiso matar a Victoria y a punto estuvo de lograrlo. Eso es de lo que es capaz.

La joven se asustó más.

—Pero no piense en eso ahora —la calmó Marcos—, coma y relájese, aunque sea por esta tarde.

—La verdad es que yo no quiero molestar, ustedes están con esta fiesta y yo... no soy más que una intrusa.

—Si no te quieres quedar aquí, puedes quedarte en la casa de nosotros —ofreció Marcos—. Mi hermano y su mujer se van de Luna de Miel unos días, pero allá estaremos nosotros y te cuidaremos.

—Muchas... gracias, yo... no... —tartamudeó, las palabras se le quedaban atascadas en la garganta y le era imposible ordenar sus ideas.

—Ahora coma, eso la hará sentir mejor —le indicó Marcos.

Zoila dejó dos platos sobre la mesa. Marcos tomó al niño de los brazos de la joven y ella acercó su silla hasta su lugar en el comedor.

—Deme acá al niño, Marquitos —le ordenó Lupe—, usted no ha comido nada tampoco, si acaba de llegar del campo, así que aproveche y hágale compañía a la niña para que no coma sola. Y pobre de usted que no quiera comer de nuevo, que ya lleva varios días comiendo poco. Ni porque es fiesta quiere comer.

Marcos se avergonzó y se puso rojo, así y todo, se sentó frente a la joven que lo miró con diversión.

—Te retaron —se burló.

—Así parece.

Se quedaron así un rato, mirada con mirada, quizá porque eran incapaces de apartar sus ojos del otro, sin comprender, ninguno de ellos, el porqué.

—¿Y tu esposa? —atinó a preguntar ella primero.

—No soy casado.

—¿Y la mamá de Camilito, entonces?

—Ella murió. Ocurrió poco después del nacimiento de nuestro bebé.

—Lo siento, no sabía, no debí preguntar.

—No, no, está bien, no tenías por qué saber.

—¿La amabas mucho?

—Sí, demasiado tal vez. No ha sido fácil, pero cada vez estoy más convencido de que fue lo mejor para ella. O eso quiero creer.

—¿Lo mejor? —Se espantó la joven al oír aquellas palabras.

—No me mires así, por mí desearía que siguiera viva; es una historia larga, pero, en resumidas cuentas, si ella se hubiera salvado, nunca podría haber sido feliz, ya no quería esta vida. Al final, se fue en paz consigo misma y con los demás, se fue segura de que su hijo sería amado y protegido.

—¿Estaba muy enferma?

—Del alma —confesó él—. La gente que más debió cuidarla y quererla, fue la que le hizo más daño. Y fue un daño permanente.

—Perdona, no debí preguntar tanto, parezco vieja *copuchenta*.

Marcos se largó a reír muy divertido.

—Puedes parecer de todo menos vieja —refutó Marcos.

—Bueno, una joven copuchenta —se burló de sí misma.

—Claro, por ahí sí —aceptó Marcos.

La nueva pareja de amigos siguió hablando y riendo mientras comían. Al parecer, a ambos le hacía falta la comida.

Victoria y Rodrigo se miraron con una sonrisa cómplice en los labios, hacía mucho tiempo que no veían a Marcos riendo así, casi feliz.

—Tenías razón —aceptó Rodrigo ante su mujer.

—Siempre la tengo, pero ¿ahora en qué?

—En que mi hermano se estaba liberando de Teresa y que pronto encontraría a otra mujer para amar.

—Sí, yo creo que ambos se liberaron. Bueno, Teresa lo dejó libre para que Marcos fuera feliz cuando ella se fue de este mundo, pero él no quería dejarla ir. El otro día volvió diferente del cementerio, te lo dije, ¿no? Yo creo que a él le está costando, pero también debe darse cuenta de que no puede seguir con ese amor que no lo va a llevar a ninguna parte.

—Sí, creo que me animaré y le preguntaré, no me había atrevido a hacerlo porque cada vez que hablábamos de ella, él terminaba muy mal, pero ahora que esa chica le vino a alegrar la vida, le voy a preguntar.

—Después me cuentas.

—Claro que sí, aunque podríamos hablar los tres.

—No, no, habla tú con él, a solas, y no tienes que contarme, quizás quisieran contarse cosas de hermanos.

—Estoy seguro de que a él no le molestará, tú, para él, eres su hermanita pequeña.

—Pero sigo siendo mujer y hay cosas que es mejor tratarlas entre hombres. Detalles que no quiero saber —ironizó divertida.

Una risa a toda boca los obligó a mirar en dirección a los comensales que conversaban y reían como si nadie más estuviera presente.

—¿Crees en el amor a primera vista? —le preguntó Victoria a su esposo sin dejar de mirar a su cuñado.

Rodrigo se giró para contemplar a su esposa con ojos de enamorado mientras recordaba aquel primer día, aquel primer encuentro.

—Yo me enamoré de ti a primera vista, así que sí —afirmó con total seguridad.

—Si te enamoraste, no quiero saber lo que hubiera pasado si me hubieras odiado.

—Era puro amor lo que me hacía actuar como un bruto salvaje —se defendió él.

—Bueno, menos mal que Marcos no la trató a ella como un bruto salvaje —replicó con sarcasmo.

—Y que ella no se comportó como una niñita mimada y caprichosa que

odiaba el campo y a los mugrosos campesinos.

—¡Oye! —protestó ella y le dio un manotazo en el pecho.

—Tú despertabas todos mis instintos más brutos y salvajes —contestó él, amarrándola en un abrazo.

—¿Despertaba?

—Ahora despiertas otro tipo de instintos, los más brutos quedaron atrás.

—Quedan los salvajes, entonces —insistió con coquetería.

—Los mismos que en este momento quieren salir —le aseguró justo antes de besarla con pasión.

Capítulo 3

Después del almuerzo, que tardó más de una hora, Marcos volvió al trabajo. Camilito se quedó allí, todos estaban encantados de cuidarlo. Maybe se sentó afuera a tomar un poco de aire. Ya de los invitados quedaban muy pocos.

La madre de Noemí se acercó a conversar con la amiga de su hija. Ella necesitaba entender lo sucedido, todavía había cosas que no le cuadraban.

—Ella me contó que había conocido a un joven —le contó la mujer—, pero mi hija nunca me dijo que se habían ido a vivir juntos.

—Fue algo muy rápido, ya se lo dije, ella lo conoció, ni sé bien de dónde, y luego de apenas un mes, desde que se conocieron, se fueron a vivir juntos; fue todo demasiado rápido, ella lo sentía como un cuento de hadas; a mí, como les dije, nunca me terminó de gustar él.

—¿Y cómo fue que se enteró usted de todo?

—Al principio, cuando le vi los moretones, ella me decía que se había pegado, que se había caído, etcétera. Yo lo dudaba. Un día tuvimos que quedarnos en la U a estudiar para un examen; a él no le gustó y le pegó. Al otro día quiso convencerme igual que se había pegado, pero no lo pudo negar.

Así que después, cuando volvió a llegar golpeada, no aguanté más y lo denuncié, pero antes de llegar la policía, él le pegó no sé por qué y ella fue a dar al hospital, no fue grave, pero sí le dejó varios moretones y algunas heridas. Ahí ya no podía seguir mintiendo, así que después que me confesó la verdad, decidió venirse. Lo quiso dejar, pero él no quería irse, le pidió perdón, ella no se quería quedar con él, pero tampoco era capaz de dejarlo así como así, le tenía miedo. Yo le decía que esa no era su casa, que por más que ella estuviera pagando el arriendo, su casa estaba conmigo, ahí vivimos todos estos años y seguía siendo su casa. Hasta que aceptó y al final, tomó la decisión. Ayer, él se enteró que lo iba a dejar y le pegó mucho. Yo fui a buscarla y escuché los gritos antes de entrar, llamé a la policía *altiro*, menos mal que no se demoraron tanto y se la llevaron. Yo quise ir con ella, pero me dijeron que no, que se la iban a llevar a un lugar donde no pudiera encontrarla. Después de hacerme unas preguntas, me llevaron a la casa. A él se lo llevaron detenido. —Maybe hizo una dolorosa pausa, le costaba poner en orden sus ideas—. En mi casa, y más tranquila, pensé que tenía que avisarles. Me empecé a preparar para venir hoy a avisarles, pero ese tipo llegó gritando a mi casa, lo habían soltado y quería pegarme a mí por haberlo acusado.

—¿Le pegó?

—No, no le abrí la puerta. Pero igual, apenas dormí, estaba muy asustada.

Como a las cuatro, miré por la ventana y lo vi ahí todavía. Uno de los oficiales que habían ido a buscar a Noemí, me dejó su tarjeta por si volvía ese tipo y que lo llamara a la hora que fuera si necesitaba ayuda, así que lo llamé. Llegó en menos de media hora con otros hombres. Por supuesto, el cobarde salió arrancando. Me ofrecieron irme a un refugio, pero yo quería venir para acá a contarles lo que estaba pasando y, bueno, el detective Alex Estévez, el que me había dejado su número, me dijo que, si necesitaba irme al refugio, que le avisara, que ellos tenían contacto con gente que podía cuidarme para que no corriera ningún peligro. Me dejó dos hombres para que me cuidaran mientras dormía un rato. Dormí como tres horas y de ahí me levanté y me vine.

—Se arriesgó mucho por mi hija.

—Ella es como una hermana para mí, señora Trinidad, y me da rabia que esté pasando por esto, ella nunca le daba alas a ningún niño de la U, siempre decía que su meta era terminar su carrera para ayudarle a don Enrique en el fundo. Ella le estaba muy agradecida. Ella siempre me dijo que aquí todos eran personas muy buenas y se lamentaba mucho por no poder venir, pero estudiaba y trabajaba muy duro para lograr sus metas. Todo lo que dijo es verdad, ustedes podrían haberme escuchado y haberme echado sin importarles nada. Y no fue así. Yo se los agradezco mucho.

—Y yo le estoy muy agradecida, niña, si no fuera por *usté*, mi hija capaz

que ahora estuviera muerta.

—Ni lo diga, yo no sé qué le vio al gallo ese.

—Con mayor razón se tiene que quedar aquí, no me gustaría saber que ese hombre le hace algo.

—No sé cómo pueden existir hombres tan malos.

—Y yo no sé por qué los hombres malos siempre están rodeados de mujeres y los buenos no tienen más que sufrimientos.

Maybe ladeó la cara, no entendió el comentario de la mujer.

—Ya ve usted a Marquitos, tan buen cabro y solo con su hijo.

—Su mujer murió.

La empleada sonrió con ironía.

—No era su mujer, es más, no fue sino hasta que nació el niño que se supo que era de él, todo el embarazo ella le achacó el niño a Rodriguito.

—¿El hermano?

—Sí, pero en ese tiempo no sabían que eran hermanos.

—No entiendo.

—Es una historia larga, truculenta y con un montón de mentiras que salieron a la luz cuando don José, el papá de Rodrigo y Marcos, murió. Bueno, mire, se suponía que Rodrigo no era hijo de don José, aunque lo crio como hijo desde chiquitito, pero resulta que cuando murió, apareció la niña Victoria, que sí decía ser hija de él, a adueñarse de todo lo que era de su papá,

porque resulta que su mamá de ella, una arpía de primera, hizo una montonera de chanchullos para dejarle a su hija todo lo que era de don José. Después, se supo que Rodriguito también era hijo de él. Y para más remate, salió que Marquitos era mellizo de Rodriguito. De hecho, hubo un tiempo que creyeron que los tres eran hermanos. Y ahí era el sufrimiento para Rodriguito que estaba enamorado de la niña Victoria. Al final, don Enrique aclaró que su nieta no era hija de don José. Así que ahí pudieron estar juntos los dos. Y cuando nació Camilito, Marcos le hizo uno de esos exámenes para saber de quién era la *guagüita* y salió que sí, que era de él, como siempre dijo que sería. Teresa tenía muy mala reputación en el pueblo, pero Marquitos siempre la defendió, siempre dijo que ella era diferente a como se mostraba, incluso decía que muchos de los que la acusaban, no estuvieron con ella. Bueno, Rodrigo siempre negó que él fuera el padre de esa guagua porque nunca había estado con ella, así que de ahí que algunos otros también se echaron para atrás, diciendo que nunca habían estado con ella. Al final, parece que fue tal como lo decía Marquitos, que ella solo había sido de él.

—Y esa mujer, ¿fue muy importante en la vida de Marcos?

—Él creía estar muy enamorado.

—¿Creía?

—Yo al Marquitos lo conozco desde niño, yo fui amiga de su mamá adoptiva, y creo que lo que sintió con Teresa fue solo un instinto protector.

La amó, sí, pero no fue el gran amor de su vida, aunque él haya creído, y siga creyendo, que sí.

—Él dijo que era mejor que hubiera muerto.

—Sí, esa mujer hacía daño por donde pasaba, creo que su hijo la ayudó a cambiar, pero ya era tarde para ella.

—Menos mal que el campo es más tranquilo —se burló la joven sin malicia.

—Pueblo chico, infierno grande, niña— aceptó la mujer.

—Así parece.

—Y hablando de Marquitos, a usted le gustó él, ¿cierto?

Maybe se puso colorada.

—Su cara me dice que sí.

—Es muy *encachado*, no lo puedo negar.

—Y es un buen niño, pero tiene un hijo.

—Camilito es precioso.

—Pero usted, ¿está dispuesta a ser su mamá?

—Bueno, me gustó Marcos, pero eso no quiere decir que me vaya a casar con él ni mucho menos, lo acabo de conocer.

—Claro, claro, pero aquí las cosas no son como en la capital, si no quiere nada serio con él, no lo ilusione, Marquitos es un buen niño, ha sufrido mucho y así y todo mantiene su pureza, no merece seguir sufriendo.

Lo que la mujer le dijo, provocó en Maybe una sensación extraña. Ella no era una víbora que jugaba con los hombres, nunca lo hizo, pero tampoco el matrimonio estaba en sus planes, no todavía. Ella quería terminar sus estudios, trabajar, conseguir cosas, viajar; después llegaría el tan ansiado amor para compartir su vida, aunque, para ser sincera consigo misma, quedarse a vivir en el campo para convertirse en una amargada dueña de casa y madre abnegada mientras su marido se acostaba con cualquier china, no era lo que tenía planeado para su vida.



Aquella noche, don Enrique insistió en que Maybe se quedara con ellos en el rancho. Su nieta ya se había ido de viaje con su esposo y no creía correcto que ella y Marcos se quedaran solos en la casa, por más que no hicieran nada malo, no sería bien visto por los vecinos que, de una u otra forma, se enteraban de todo, y no podía permitir que tacharan a su invitada como algo que no era.

A la mañana siguiente, Marcos salió a trabajar muy temprano, las celebraciones habían llegado a su fin y la rutina volvió a sus vidas. Con Rodrigo de Luna de Miel, el campo quedó a cargo de Marcos, el que, con el

matrimonio, había dejado de lado, no en su totalidad, pero en ese momento, había muchas cosas de las que preocuparse, sobre todo por los problemas del último día.

Poco antes del mediodía, volvió a la casa para ver a su hijo. Camilo lo vio y quiso correr a ver a su padre. Nilda lo colocó en el suelo y, sin soltarlo, lo guio hasta donde se encontraba Marcos. El padre lo esperó ansioso con sus brazos extendidos hasta que llegó y lo elevó con felicidad.

—Hola, hijo, ¿cómo amaneciste?

El niño tomó la cara de su papá con sus dos manitos y le dio un sonoro beso.

—Te amo, hijo.

—Pa – pa —articuló el niño.

Marcos lo apretó contra su pecho, hacía varias semanas que había comenzado a “hablar” y todavía lo emocionaba escuchar ese “papá” de su boquita. Cada día aprendía una palabra nueva, pero esa era la más especial para él.

—Despertaste muy feliz.

—Se despertó riendo —le informó Nilda—, amaneció muy contento.

—¿De verdad? ¿Será que soñaste algo lindo? —le preguntó a su bebé.

—¡Marcos! ¡Marcos!

El aludido se dio la vuelta para mirar a quien venía con tanto apremio. Era

Rosa Robles. El disgusto se apoderó de él en ese mismo instante.

—Rosa, ¿qué haces aquí? ¿Qué pasa?

—Te andaba buscando, necesito tu ayuda.

—¿Para qué? ¿Qué pasa?

—¿Conoces a los hermanos Gómez?

—Sí, claro.

—Bueno, uno de ellos intentó abusar de mí. Carlos Gómez quiso... —La mujer se cubrió la cara con ambas manos para expresar un llanto muy fingido.

Marcos la miró extrañado. Le devolvió el niño a Nilda con un gesto de súplica para que se lo llevase de allí; tomó a Rosa del brazo y la alejó varios metros de la casa.

—Cuéntame qué pasó y por qué viniste aquí y no donde tu patrón para contarle y que él pusiera un alto a esa situación, los dos trabajan con don Leonardo.

—El patrón no me hizo caso.

—¿Por qué no?

—Porque dijo que yo me lo había buscado.

—¿Te lo buscaste?

—¡No!

—¿Entonces?

—Yo creo que están en contra mía, desde hace un tiempo que mi patrón me quería echar del fundo y ahora encontró motivos.

—¿Te echó?

—No, no claramente, pero igual, con esto de que no me cree y de que dice que yo me lo busqué... Es como si me echara.

Marcos escaneó el rostro de Rosa y no era el de una mujer sufriente, precisamente.

—Vamos a hablar con Carlos, y si es necesario, hablaré con don Leonardo.

—Yo no lo quiero ver —suplicó la joven.

—¿A Carlos?

—Carlos Gómez se comportó como un imbécil conmigo.

El hombre arrugó la frente, definitivamente, esa historia no le cuadraba. Carlos podía tener todos los defectos que quisiera encajarle, pero imbécil con las mujeres, jamás. Él siempre las respetaba, incluso más, hasta a Teresa la respetó y la defendió en algunas ocasiones.

—Carlos Gómez fue mi compañero de trabajo por varios años, si él hizo algo, te aseguro que no será capaz de negármelo, aunque debo decirte que me parece muy extraño que él te haya querido abusar. Él no es uno de esos. Al contrario, su naturaleza es la de un hombre muy cuidadoso con las mujeres.

—A lo mejor era así antes, no ahora —replicó la mujer, molesta de no ser

entendida.

—Suponiendo que lo sea, ¿qué esperas que haga yo?

—Que me ayudes.

—¿Y cómo?

—Tengo que salir de ahí, no puedo seguir trabajando en esa casa, mucho menos viviendo allí, sabes que soy empleada puertas adentro.

—Tu familia debería ayudarte con eso. Puedes volver a tu casa.

—Si le digo a mi papá, lo mata.

—Si le dices a tu papá va a querer saber exactamente lo que pasó y, al parecer, no te conviene que se sepa.

—¿Qué quieres decir?

—Mira, yo no soy de los que piensa que la mujer tiene la culpa de que la abusen, pero quizás hiciste que él quisiera algo más contigo y luego tú dijiste que no... No sé, pero, Rosa, te lo voy a decir de frente, tú no eres una santa paloma con los hombres.

—¿Me estás diciendo caliente sopa? —interrogó exaltada.

—Lo que digo, Rosa, es que tú no eres de los trigos muy limpios, te recuerdo que nosotros no hemos tenido pocos problemas por tu actitud. Por eso, antes de hacer cualquier cosa, voy a hablar con Carlos, antes de eso, no voy a hacer nada.

—Nada te costaría recibirme en tu casa unos días hasta que todo esto se

aclare.

—Créeme que eso será lo último que haga. Si quieres irte de la casa de don Leonardo, es tu decisión, pero yo no te voy a recibir aquí, mucho menos ahora que no está mi hermano. Así que, será mejor que aclares todo el asunto y que vuelvas a la casa de tu papá.

Rosa lo miró con la rabia saliéndosele por los ojos. A Marcos no pareció afectarle. Ella se dio la media vuelta y se alejó sin despedirse, su visita había sido un fracaso.

Marcos esperó que la mujer se alejara para volver a la casa a ver a su hijo. Nilda lo había llevado dentro y jugaba con él en la alfombra de la casa. Los observó unos minutos, ninguno de los dos se había dado cuenta que él estaba allí. El hombre sabía que su hijo necesitaba una madre, una verdadera madre, pero Rosa no era lo que se pudiera llamar un buen prospecto de madre. Mucho menos de esposa.

—Pa —pa —balbuceó con alegría el niño al verlo; gateó para acercársele y extendió sus bracitos hacia su padre.

—Mi campeón, ven acá, ¿almorcemos?

—Da —respondió el pequeño.

Se dirigieron a la cocina donde su comida ya estaba lista. Comió, como siempre, todo con ansias y entre risas y balbuceos con todos.

Terminado el almuerzo del pequeño, el padre lo llevó a lavarse.

—Voy a salir con mi hijo —les informó, cuando volvió, a las mujeres que se encontraban en la cocina.

—¿Otra vez va a ir al cementerio? —preguntó Lupe de frentón.

—Sí.

—*Mijo*, ¿tiene que ir todos los días?

—No voy todos los días.

—Pero casi, eso no le hace bien a ninguno de los dos.

—Yo no voy a dejar a Teresa.

—No digo que la deje, pero ese lugar es deprimente, no creo que ella querría que usted y su hijo estuvieran ahí casi a diario.

—No puedo evitarlo, necesito verla, hablar con ella.

—Pero eso lo puede hacer en cualquier lado, ella siempre estará en su corazón y desde el cielo los está cuidando.

—Para mí no es suficiente —repuso con la voz quebrada.

La mujer se acercó y colocó sus dos manos en las mejillas de ese hombre que, para ella, seguía siendo un niño.

—No puede gastarse la vida en ella, tiene que rehacer su vida, enamorarse de nuevo, dejarla ir —le dijo como una madre hablaría a su hijo.

—Sé que debo y a veces siento que estoy preparado para dejarla partir, pero no hoy. —Los labios del hombre temblaron, la garganta se le cerró y los ojos se le llenaron de lágrimas amargas.

La mujer lo abrazó, ella lo había visto llorar, sufrir, protestar y rebelarse en contra de su destino y de su vida, no solo ahora, desde que era el pequeño que perdió a su padre. Ella fue la mejor amiga de sus padres, lo vio crecer, sufrir, convertirse en un hombre, convertirse en padre y pasar de ser, un simple peón al hermano de Rodrigo, dueño de uno de los fundos más grandes de la zona. Y aun así no había cambiado en su esencia, seguía siendo el mismo niño-hombre al que la vida y la buena suerte seguía dándole la espalda.

—Voy a ir al cementerio y vuelvo *altiro*, será rápido esta vez —le dijo Marcos como un ruego.

La mujer le sonrió con cariño y comprensión; él siempre decía lo mismo.

—Cúidense, a la vuelta lo esperamos con almuerzo.

—Gracias por cuidar tanto de nosotros. —Le agradeció con un beso en la cara.

Lupe no trabajaba en esa casa, él la había llevado para que descansara de su vida tan trabajada y tan activa, pero ella, como buena mujer de campo, no se podía estar quieta a pesar de sus más de sesenta años.

—Más tarde nos vemos, madrina.

—Chao, mi niño, no se demoren mucho —rogó.

—No.

La mujer los vio alejarse, Nilda se acercó por detrás y abrazó a su madre.

—¿Está preocupada por él?

—¿Y cómo no? Si *toitos* los días se va al cementerio y no quiere dejar ir a *la* Teresa.

—¿Cuánto más cree que le durará?

—No sé, yo creí que con la llegada de la niña Maybe ayer se le iba a olvidar, por lo menos algo, pero parece que no fue *na'* así.

—No, hoy día salió igual de triste al cementerio.

—Espero que pronto la deje ir, descansar en paz, los dos lo necesitan. Y a la guagua no le hace nada bien tampoco —comentó la mayor luego de un suspiro.

—Marcos no dejará que Camilito se olvide de su mamá.

—Yo no digo que la olvide, no, por el contrario, debe hablarle de ella a su hijo, mal que mal es su mamá y siempre lo va a ser, pero no yendo al cementerio casi todo el tiempo.

—Ojalá lo entienda.

—Ojalá, *mija*, ojalá.

Capítulo 4

—Hay días en los que te extraño más. Siempre pienso en cómo sería nuestra vida si sigieras con nosotros, si hubiésemos formado una familia con nuestro pequeño, ¿tendrías miedo todavía de amarme? ¿De amarnos? —habló Marcos ante la tumba de su ex mujer—. Yo sé que cuando te fuiste me dijiste que debía volver a amar y ser feliz, pero no sé si podré. ¿Sabes? Ayer conocí a una chica, Maybe se llama, es muy linda y, quizá no debería decirte esto, pero me gustó en cuanto la vi. El problema es que hay dos problemas... —Sonrió con vergüenza ante sus propias palabras—. Uno, es que ella es de la ciudad, está estudiando ingeniería comercial y quiere ser una gran empresaria, por lo que dudo mucho que quiera estar con un huaso bruto como yo, que ni siquiera terminé el colegio; además, creo que ser madre no está en sus planes, mucho menos ser la madre de un niño ajeno. El segundo problema es que, aunque me gustó, no pude sacarte de mi cabeza; a ratos lograba concentrarme solo en ella, pero en otros... En otros hasta me sentía culpable de sentirme atraído a ella. Tú eres la madre de mi hijo y la mujer que más he amado, no creo que pueda amar a otra como te amo a ti; con todos tus defectos, con todos tus problemas y con todo lo hermosa que eras conmigo,

cuando estábamos juntos, cuando te mostrabas tal como eras. Te amo, te amo y no sé si podré volver a amar. Yo sé que debo hacerlo. Yo sé que debo olvidarte, y a veces hasta creo que lo estoy logrando, pero ahora no sé, no sé si deba. Me siento culpable de amarte y no quiero dejar de hacerlo.

Marcos se quedó en silencio un rato. Pensaba en tantas cosas, por su mente pasaban tantos recuerdos, algunos felices, algunos dolorosos...

De pronto, su rostro se iluminó con una sonrisa irónica.

—¿Sabes quién estuvo en la casa hoy? Rosa Robles. Según ella, Carlos Gómez la quiso abusar. ¿Lo puedes creer? Yo no sé qué habrá pasado allí, pero me parece muy raro que justo Carlos la hubiese querido abusar, sobre todo después de lo que le pasó a su hermana, hasta a ti te defendió muchas veces, no me cuadra que él haya querido hacer algo así. Voy a ir a hablar con él a ver qué me dice. Tengo muchas dudas de que la historia sea como la cuenta ella, además, no sé por qué fue a buscarme a mí si tiene padres y hermanos que la pueden defender. Yo creo que no quiere que ellos sepan lo que de verdad pasó, y peor, yo creo que ella quería que yo la recibiera en la casa para meterse en mi cama, ya sabes que siempre ha querido que caiga en sus brazos, incluso de antes que naciera Camilito. Yo sé que a ti nunca te cayó muy bien, así que a ver si me echas una manito para sacarla del camino, mira que hasta estaba dándoselas de casi esposa mía y se estaba adueñando de Camilito, como si él fuera su hijo. Por supuesto, la detuve en seco, pero

creo que quiere seguir *hinchando* y ya estoy harto de ella.

Otro silencio, que hizo más pesado el camposanto.

Camilo jugaba concentrado con el pasto, sobre la tumba de su madre, la que tenía una linda fotografía de Marcos y Teresa, una que se tomaron en un paseo que hicieron a Constitución, solos los dos, sin las miradas de censura de nadie del pueblo, los que no veían con buenos ojos la relación de ambos.

—Mi madrina me dice que te visito muy seguido, que a ti no te gustaría esto, si es así, dame una señal, por favor, amor mío; a mí me gusta venir a verte, hablar contigo, no tiene nada de malo, ¿o sí? Mira a nuestro bebé, él juega feliz en tu regazo.

La imagen de ella sosteniendo a su bebé le provocó un inmenso dolor, pues Camilito debía estar jugando con su madre viva y no en el cementerio.

Un doloroso quejido, de parte del padre, hizo que el niño, concentrado en atrapar una mariquita, se asustara y se largara a llorar. El padre lo tomó en brazos para consolarlo.

—Ya, campeón, ya, perdón.

El niño se calmó enseguida, sin embargo, apoyó su carita en el pecho de su papá, todavía asustado.

—Ya pasó, campeón, no pasa nada. Es tu papi que a veces se siente muy solo.

El niño se quedó en silencio, solo un suspiro emanó de sus labios, como si

hubiese sabido que contra el dolor de su padre no había nada que hacer.

—A veces siento que estoy dejando partir a tu mamá, y no quiero. No quiero olvidarme de ti, Teresa, ¡no quiero!

En ese momento, fue el hombre quien largó su llanto y, como si permanecer en ese lugar le hiciera daño, se levantó y caminó hasta la camioneta. Sentó al niño en la sillita, no obstante, los cinturones no cerraban, sus manos estaban temblorosas, sus ojos apenas podían ver algo con las lágrimas que nublaban sus ojos. Frustrado, dejó caer las huinchas. Tomó mucho aire para calmarse. Se sentía enojado, desesperado. Y no le gustaba sentirse así.

—¿Pa-pá? —balbuceó el niño con algo de susto al ver a su padre así.

—Me está costando mucho vivir sin tu mamá. Al menos, mientras vivía, aunque no fuéramos pareja, de algún modo estábamos juntos y siempre tenía la esperanza de poder asegurarle que conmigo estaría bien, que podríamos estar juntos. Pero ahora...

—Ma-má.

El hombre tomó de nuevo a su niño en brazos, sentirlo junto a él, tan pequeño, tan vulnerable, lo hacía sentir más perdido aún.

Marcos dejó salir todo su llanto, abrazado a su bebé.

Una suave brisa desordenó el pelo del hombre, a quien le pareció sentir a teresa en ella.

—Teresa... —musitó, sorprendido, en todos esos meses, nunca la había sentido así.

—Sé feliz, ama otra vez, a tus puertas tienes una nueva oportunidad —le susurró la voz en el viento.

—No quiero —protestó—. No quiero darle otra mamá a nuestro bebé, quiero que para él y para mí tú seas la única.

—Pa-pá —habló el niño y le tocó la cara para hacer que lo mirara.

—Tu mamá te amaba, ¿sabes? Ella te amaba mucho. Te ama mucho todavía.

—¿Ma-má? —preguntó el niño sin entender.

—Sí, campeón, mamá.

La suave brisa los envolvió a ambos, como un maternal abrazo.

—Nunca los dejaré —escucharon ambos con claridad, el niño buscó de dónde procedía la voz.

—Ma-má —dijo el pequeño.

—Te amo, hijo —le dijo ella.

—Mamo —respondió el niño, sus puros ojos pudieron ver de forma clara a su madre.

—Teresa...

—Déjame ir de tu vida y sé feliz.

—Siempre te voy a amar.

—Lo sé, pero lo harás de un modo diferente. Debes amar de nuevo.

—No me dejes —suplicó él con dolor en su voz.

—Nunca te dejaré, pero debes dejarme ir, tu dolor no me deja descansar, llevo el peso de tus lágrimas en mi alma como un plomo que no me deja partir.

Marcos sintió su alma desgarrarse tanto o más que cuando ella se fue de este mundo. Volvió a la tumba con su hijo y se dejó caer en el pasto. Colocó al niño de nuevo en el suelo, donde con su manita acarició la fotografía de su mamá.

—Digámosle adiós a la mamá, campeón, necesita descansar, dormir. —Su voz se quebró al decir aquellas palabras.

No pudo continuar y se acostó sobre la tumba un buen rato. La brisa acarició su cabello.

—Te amo y siempre te amaré. Descansa, amor, yo cuidaré de nuestro hijo. Duerme, pequeña —susurró, dolido.

El niño se durmió con la fotografía de su mamá en sus manitos. El hombre continuó llorando un rato, pero pronto se durmió también por cortos cinco minutos. Abrió los ojos y se dio cuenta que seguía allí y que debía despedirse. Era una despedida muy triste para él.

Se levantó y le quitó la fotografía a su hijo para dejarla en su lugar y luego lo tomó a él. Camilito no hizo amago de despertarse.

—Vamos, campeón, vamos, que ahora la mamá va a poder descansar. Adiós, amor, ya no vendré tan seguido, pero no me pidas que no vuelva más. Te amo. Descansa.

El hombre lanzó un beso hacia la tumba y volvió a su vehículo. Acostó al niño en su sillita y la ató sin dificultad. Lo contempló un momento y luego se subió al asiento del piloto; desde allí observó el lugar donde yacía su ex mujer, algo había sentido diferente, como si la llaga de su herida se hubiese cerrado. Le dolía, sí, pero no como hasta hacía un rato. Quizá, cuando durmió, Teresa había sanado su corazón, pensó, pero de inmediato sacudió la cabeza, se sintió un tonto por creer en esas cosas... aunque lo que acababa de vivir, no había sido un sueño.

Dos días pasaron en los que Marcos no quiso ir a casa de don Enrique, no quería ver a Maybe. Al tercer día, volvió al cementerio, solo. Esperaba sentir, de nuevo, a su mujer en el viento, pero nada. Solo silencio y soledad encontró en ese lugar. Pasó a visitar a sus padres, los extrañaba demasiado, se habían ido muy pronto y le hacían falta. Mucha falta.

Volvió a trabajar, eso era lo único que lograba apartar de su mente todo lo malo.

Una vaca lo empujó con fuerza y lo tiró al suelo. Fue su culpa, no estaba pendiente de lo que hacía. Sacudió la cabeza, enojado. Sus hombres no

fueron capaces de decir nada, hacía mucho tiempo que no veían a su patrón así de frustrado. Marcos alzó la cabeza y vio las miradas de reproche y lástima en sus empleados y amigos. Tomó su sombrero del suelo y salió de allí. Miró su reloj, eran apenas las diez y ya su día estaba mal.



Maybe abrió los ojos a desgano, no quería despertar, cada día le costaba más levantarse; lo que deseaba era quedarse en la cama por el resto de su vida. No entendía muy bien por qué se sentía así; ella no era una mujer floja, mucho menos tristonera, al contrario, a ella le gustaba levantarse temprano, hacer sus cosas rápido, le gustaba tener tiempo para todo. Además, ella no era una mujer deprimida, al contrario, los sentimientos de tristeza no entraban en su vida. Sin embargo, en ese momento, no tenía ganas siquiera de comer.

Su mente la llevó al día anterior, cuando se escapó de Hernán, el pololo de su amiga, ¿cómo fue posible que no pudieran prever que ese hombre era un maldito? Claro que no podían darse cuenta, su amiga estaba demasiado enamorada y no veía defectos en él; y ella, ella lo sabía, pero no fue capaz de ser más dura con su amiga para que viera la clase de hombre que era ese tipo. Y se sentía culpable, claro que sí, ella debió haber hecho algo antes de llegar al extremo que llegó.

El sonido de su celular, con un mensaje entrante, la hizo saltar. Lo miró unos segundos, no estaba segura de contestar, por el ringtone no era nadie conocido, pues todos sus contactos y grupos tenían timbres distintivos para saber, sin mirar, quién la estaba hablando.

Se sentó en la cama, todavía dudando si verlo o no, tenía miedo de que fuera el psicópata ex de su amiga.

Finalmente, lo tomó y lo vio.

“Sé dónde estás, ¿crees que esconderte en “El Terrano” te va a salvar? Te encontré y así como te encontré a ti, encontraré a tu amiga”.

Sin pensarlo, Maybe lanzó el teléfono lejos, sin importarle a donde, y dio contra una caja sobre una mesita y provocó un gran estruendo. Pocos segundos después, llegó Trinidad a la habitación.

—¿Qué pasó, niña? ¿Está bien?

La joven no fue capaz de contestar. Trini recogió el teléfono que estaba desarmado en el suelo.

—Se rompió —dijo con algo de lástima.

—No importa —contestó la joven.

—¿Pasó algo? —inquirió la mayor y se sentó en la cama al lado de la joven que parecía muy asustada.

Maybe la miró con las pestañas humedecidas.

—¿Qué pasó? ¿Tuvo alguna pesadilla? —volvió a preguntar.

—Me mandó un mensaje —dijo lacónica.

—¿Qué? ¿Quién?

—El ex de Noemí. Dijo que ya sabía dónde estaba y que, si me había encontrado a mí, no le costaría nada encontrar a Noemí.

—Se lo tenemos que decir a don Enrique.

—No quiero molestar. Lo mejor será que me vaya, si él viene hasta aquí, puede causar muchos problemas por mi culpa.

—Igual hay que decírselo para que esté preparado, si ese hombre quiere venir hasta aquí, va a venir y es mejor que todos lo sepan, no que los pille de sorpresa.

—No debí venir.

—No diga eso, hizo bien hacerlo.

Maybe guardó silencio. Ella estaba segura de que ese hombre era peligroso y no quería, ni exponer a los demás, ni enfrentarse a él.

—En la cocina está listo su desayuno —le indicó la mujer al tiempo que le tomó las manos con cariño—. No se preocupe, estoy segura de que don Enrique la ayudará, aquí nadie la dejará sola.

—Gracias —respondió la joven y se abrazó a la mamá de su amiga.

Maybe suspiró para no llorar. Tenía miedo y sentía que no lo podía ocultar. Ese hombre ya sabía dónde estaba y no descansaría hasta hacerle pagar el haberse metido en su relación con su amiga. Si es que a eso se le

podía llamar relación.

&&&

Cerca de las seis de la tarde, llegó Marcos al rancho de don Enrique para saber cómo andaban las cosas en la casa.

—Parece que te hubiera arrollado un tren, hombre —fue el peculiar saludo del dueño de casa.

—Así me siento —respondió el recién llegado.

—¿Pasó algo en el fundo? —consultó preocupado.

—No, no, don Enrique, nada. ¿Y cómo están las cosas por aquí?

El hombre resopló enojado y caminó un poco hacia afuera, como si le faltara el aire.

—¿Qué pasó?

—Ese tipo le mandó un mensaje a Maybe, amenazándola; dice saber dónde está.

—Entonces hay que sacarla de aquí.

—Sí, pero ¿adónde? Ella debería volver a su casa con su familia.

—¿Al norte?

—Sí.

—¿Sola? ¿Y si la encuentra en el camino?

—Pensaba enviarla con alguno de mis hombres, se arriesgó mucho por Noemí, no sería justo dejarla ir sin compañía o no preocuparnos de ella.

—Es verdad. ¿Y cuándo se iría?

—No lo sé, pero creo que pronto. Estoy esperando la respuesta de mi abogado respecto a los estudios de las niñas. El año no ha terminado aún y junto con la demanda en contra de ese tipo, mi abogado se está haciendo cargo de todo lo que ellas puedan necesitar.

—No sería gracia que perdieran el semestre a esta altura del año.

—Así es.

—Don Enrique, tiene teléfono —le anunció María, otra de las empleadas de la casa.

—Gracias. Permiso, muchacho, vengo enseguida.

—Adelante —respondió Marcos.

En tanto el dueño de casa se dirigió a su despacho a recibir la llamada, Marcos se sentó en una de las sillas del pórtico con Camilito que jugaba feliz con un avioncito de juguete.

Al rato, apareció Maybe y se quedó mirándolos un rato en silencio, no la habían visto y era mejor así. Marcos jugaba con su hijo, en sus brazos se veía más pequeño de lo que en realidad era, ese hombre era grande y fuerte, lo que contrastaba por completo con la ternura que demostraba al sostener en sus brazos a su hijo. O al mirarla.

Camilito fue el primero que la vio.

—Ninna —dijo y Marcos se volvió a ver a quien hablaba su hijo.

—Hola, ¿hace mucho que estás allí? —saludó Marcos.

—Hola, no, acabo de llegar —mintió.

—¿Cómo estás? —le preguntó Marcos, incorporándose.

—Bien, bien —respondió ella y se encogió de hombros.

—No lo parece.

—Bueno, no es que tú te veas muy bien tampoco —se mofó ella.

—No, yo no estoy bien.

—¿Pasó algo?

—Nada nuevo —contestó él sin querer decirle la verdadera razón de su malestar.

—Ma-má —le contó Camilito a su manera y Marcos pensó que su hijo era un soplón, sonrió ante su pensamiento.

—¿Qué te pasa? —inquirió, confundida, la invitada.

—Nada. Mi hijo siempre me hace sonreír —respondió avergonzado—, habla demasiado para su edad.

—Es que es muy simpático y conversador este pequeño —halagó y le tomó la mano, la que el niño cogió para echársela a la boca.

—Está sucio —objetó y quitó su dedo.

Como respuesta, Camilo rio y gorjeó feliz, no le importó que le hubieran

quitado su entretención, por el contrario, extendió sus brazos para que su nueva amiga lo tomara.

—Hola, guapo, eres muy coqueto, ¿sabes? Las niñas van a andar locas por ti y tu papá va a tener que espantar a tus *pololas* con matamoscas.

—Ojalá tenga más suerte que yo con las mujeres —comentó Marcos.

Maybe lo miró interrogante.

—No creo que no haya una fila de mujeres esperando por ti.

—Aunque no lo creas, no la hay.

Maybe se acercó un poco y Marcos acertó el resto de la distancia.

—Yo creo que más de una se debe estar muriendo por ti.

—No en realidad.

—¿Seguro?

El hombre posó su palma en la mejilla femenina.

—¿Te gustaría ser la primera en la fila? —preguntó con la garganta seca.

Ella no contestó, sin embargo, cuando Marcos juntó sus labios con los de ella, no se opuso, al contrario, lo aceptó sin reparo. Fue un beso delicado, apenas un roce, pero que ambos lo sintieron íntimo y potente; incluso Marcos, que en su interior sintió culpa por sentir de ese modo con esa joven.

Camilo los apartó y le dio un beso a Maybe.

—Creo que nos has conquistado a los dos —expresó Marcos con una cuota de timidez.

La joven sonrió con algo de culpa, a pesar de lo guapo que era ese hombre y lo adorable que era su hijo, ella no quería nada serio con él, ni con nadie.

Los dos se miraron, en sus ojos se cruzaron el deseo y la culpa. Por más que se atrajeran, ninguno de los dos estaba listo para iniciar una relación seria.

Capítulo 5

Marcos se apartó de los primeros. La incomodidad hizo presa de él. Justo en ese momento, el dueño de casa apareció con una sonrisa de satisfacción en el rostro.

—Parece que le fue bien con la llamada —comentó Marcos sin poder evitar la vergüenza de haber sido casi pillados.

—Sí, mejor de lo que esperaba.

Trini salió de la casa y se acercó al pequeño grupo.

—El niño no ha cenado todavía, ¿cierto? —le preguntó al joven padre.

—No, todavía no.

—Me lo llevo para que coma, entonces. —Estiró sus brazos hacia Camilito que no se quiso ir con ella—. ¿Vamos a comer? ¿Tiene hambre?

—Bam-be —repitió el niño.

—Vamos, yo la acompaño —ofreció Maybe y caminó hacia la cocina con el niño en brazos

El padre se sintió incómodo.

—Deja que se vaya con ellas, lo cuidarán bien, aquí lo quieren mucho.

—Sí, sí, lo sé... Creo que hoy no es mi día.

—¿Problemas?

—No, pero hay cosas que uno quiera o no, debe dejarlas ir, y cuando se hace, duele.

—¿Cosas o personas?

Marcos lo miró sin contestar. ¿Tanto se le notaba lo mucho que le costaba dejar ir a Teresa?

—Yo sé lo que duele; imagina que perdí a mi esposa, a mi hija y, durante mucho tiempo, creí que había perdido a mi nieta. No es fácil, pero es lo mejor, aunque uno, en medio del dolor, no lo comprenda.

—A veces siento que una nube negra de mala suerte está sobre mi cabeza.

—No digas eso, la vida no se te ha dado fácil, pero tendrás las mejores recompensas. Recuerda que Dios le da las grandes batallas a sus mejores soldados.

—Yo quisiera no ser soldado de nada.

—No te atormentes, ya verás cómo la vida te va a dar todo lo que te mereces y más.

—Me basta con que no me la complique más.

—Ya, cálmate, hombre, ven a tomarte una copa de vino conmigo, ya verás cómo todo va a estar bien.

—Ojalá creyera que será así.

—Vamos, eres un hombre, déjales los gimoteos a las mujeres, los hombres

no lloramos.

—Ojalá fuera así, el problema es que lloramos, pero no lo podemos demostrar, quedamos de poco hombres.

Don Enrique lo empujó con suavidad hasta la sala donde sirvió dos copas de vino de su propia cosecha.

—Siéntate, siéntate, muchacho —invitó el anciano, extendiéndole una de las copas.

Marcos obedeció y se sentó en el sofá, el viejo lo hizo en uno frente a él.

—Cuando perdí a mi esposa fue un golpe muy duro para mí, quedé solo con mi hija, como tú con Camilo. Te veo y es recordar aquella época. Pero yo cometí un error; varios errores en realidad —rectificó algo culpable—, uno de ellos fue intentar enamorarme sin dejar de amar a mi esposa y sin dejarla ir, siempre estaba en medio, tal vez por eso elegí mal y con eso le hice daño a mucha gente.

—¿Se puede dejar de amar?

—Sí, pero más importante que eso, es dejar ir. Si no aterrizas en que no estará más y que la vida continúa, entonces es mejor que no esté con nadie. Teresa siempre será un fantasma en la medida en que tú la tengas presente en tu cabeza.

—Yo no quiero que mi hijo crezca sin saber de su madre.

—Y no lo haré, pero que mantengas vivo su recuerdo como madre, no significa que tengas que mantenerlo como mujer.

—Yo la sigo amando. —Le flaqueó la voz al decir aquello pues Maybe había llegado a confundir su corazón y a sentir que estaba traicionando a Teresa.

—Pero ya no está y la vida sigue, eres joven, encontrarás otra mujer.

—¡No quiero otra mujer! —protestó con la culpa de estar jugando con Maybe.

—¿Y Maybe? Me he dado cuenta cómo la miras y ahora, cuando salí, me pareció que algo pasaba entre ustedes.

Marcos bajó la cabeza, don Enrique tenía un sexto sentido... o mucha vida.

—Es linda, es dulce, pero no quiere quedarse en este lugar, ella es de ciudad, no de campo y ya ve, lo único que quiere es irse pronto. De todos modos, yo tampoco quiero enamorarme, no estoy preparado.

El dueño de casa sonrió con sorna, se pudo dar perfecta cuenta que esa joven recién llegada remeció el piso de Marcos y, por más que creyera que seguía pisando en tierra firme, en realidad, estaba sobre tierra movediza; una vez que la culpa por la madre de su hijo fuera menguando, se hundiría en las redes del amor con Maybe.

La conversación de ambos siguió sin tocar de nuevo el tema. Poco después, Maybe les avisó que la cena ya estaba lista.

—Me llamó el abogado —le contó don Enrique a Maybe mientras se dirigían al comedor—, dice que la universidad, por ser un caso especial, y por la hoja de vida suya —le mencionó con orgullo—, le cerrarán el año con lo que hay, tiene buenas notas y los profesores están muy contentos con usted.

—¿De verdad? —preguntó ilusionada la joven pues, después de haber estudiado todo el año para seguir manteniendo la beca de Excelencia Académica, no habría sido justo perder todo por ese tipo loco—. ¿Y Noemí?

—También, claro que a ella deberían hacerle un examen más, pero por su situación actual, no lo harán y verán su caso especial.

—Muchas gracias, don Enrique, no sé cómo voy a agradecer todo lo que están haciendo por mí, apenas me conocen y...

La voz se le quebró, ya no pudo hablar. El anciano pasó su brazo por el hombro de la joven y así llegaron al comedor donde la mesa estaba dispuesta.

—No se preocupe, niña, lo que esté en mi mano hacer por usted, lo haré.

—Gracias —volvió a decir sin saber qué más decir.

—No hay nada qué agradecer.

Maybe sintió nostalgia, echaba de menos su casa y a su familia, por más que estuviera muy bien en ese lugar, no dejaba de ser una desconocida para ellos; aun así, se preocupaban y se ocupaban de ella.

Trinidad entró con una bandeja y la dejó sobre la mesa.

—Ya sé dónde tienen a tu hija, Trini —le indicó el hombre, pero se calló

al ver que su empleada se quedó parada y a la espera de poder retirarse—. ¿Qué hacen las demás que no se vienen a sentar? —la interrogó con algo de recriminación, sin molestia.

—Están en la cocina.

—¿Por qué? Siempre cenamos todos juntos.

—Pero es que pensamos que como tienen visitas, no está solo...

—Por favor, Trini, desde que Gabriela se fue hemos cenado todos juntos, que ahora tengamos una invitada en la casa y que Marcos nos haya venido a acompañar no significa que ustedes queden de lado. Vengan que tengo que hablar de tu hija.

La empleada se fue a la cocina a buscar a sus compañeras y en pocos minutos ya estaban instaladas.

—Tu hija está en un refugio-hospital para mujeres violentadas a la salida sur de Santiago, no se la puede visitar, pero sí se puede gestionar que se le envíen cartas, aunque estoy buscando la forma de que puedas ir tú a acompañarla.

—Entonces, ¿la podré ver?

—Eso lo está viendo mi abogado. Habló con Alex Estévez, encargado del área de violencia intrafamiliar y le dijo que podría ser bueno que tú estuvieras con ella, pero no es llegar e ir, es todo un protocolo que hay que seguir. Nos va a avisar.

—Yo lo único que quiero es verla.

—Lo sé, Trini, por eso estamos haciendo lo posible. En cuanto me avisen que puedes ir, te irás y yo, que tú, preparo una maleta esta misma noche.

—Eso mismo voy a hacer.

—¿Y usted, Maybe, ya habló con su familia?

—No, me llamó mi mamá, pero no contesté. No sé si podré hablar con ella ahora, mañana la llamo.

—Todos los días dice lo mismo. ¿No cree que sus padres deben estar preocupados?

—Es que no sé qué voy a decirles.

—La verdad.

—Van a querer que me vaya *altiro* para allá.

—Dícales que en cuanto pueda se irá, en un par de días podremos preparar todo, ya está listo lo de su universidad, solo hay que esperar que sea seguro irse. Si quiere yo puedo hablar con ellos para explicarles la situación para asegurarles que estamos preocupados de su bienestar. Además, debo ver con quién enviarla.

—¿Con quién? —interrogó, confundida.

—Sola no te puedes ir —replicó Marcos.

—Claro que no —sentenció el abuelo.

Un mensaje entrante sonó a un tiempo en el móvil de ambos hombres que

se miraron sorprendidos por la casualidad. Sacaron sus teléfonos y, al ver el mensaje, sonrieron con ironía y felicidad juntas.

—Se devuelven —dijeron ambos a la vez.

—¿Quién?

—Rodrigo y Victoria, dicen que es muy lindo, pero que echan de menos el campo —informó Marcos.

—No duraron nada de Luna de Miel —se burló Trini.

—Quieren volver a su casa —comentó Maybe con un dejo de tristeza.

—Ya pronto estarás en la tuya —afirmó Marcos mientras colocaba una mano sobre la de ella en señal de apoyo.

Ella bajó la vista hasta sus manos unidas, luego alzó la vista para mirarlo a él.

—Gracias.

—Todo estará bien.

—Sí, tiene que estar bien, ¿no?

&&&

El día siguiente el fundo amaneció revolucionado con la llegada de los recién casados, que llegaron a media tarde.

—¿Qué les pasó? —saludó el abuelo a su nieta en cuanto la vio.

—Nos aburrimos como ostras —respondió la chica con algo de fastidio.

—Pero si yo creo que ni tiempo tuvieron a aburrirse.

—Vimos esa playa y nada, abuelo, nada, era para estar todo el día tirados en las reposeras, sin hacer nada. Nada.

—Esa era la idea, hija.

—¡No! Preferimos estar aquí, ir al río, al lago, andar a caballo, ¡hacer cosas! Al primer día ya estábamos aburridos de no hacer nada. Una cosa es que estemos de Luna de Miel, pero no tener nada que hacer más que ver playas...

El abuelo sonrió condescendiente ante la actitud de su nieta que, a ratos, parecía una niña pequeña; de todos modos, agradecía el hecho de que se hubieran devuelto pronto, ya la extrañaba y quería tenerla junto a él cada día, demasiado tiempo había pasado sin ella y, por más que supiera que debía hacer su propia vida, y lo aceptara, no quería separarse de esa joven que le había devuelto la vida.

—¿Cómo está todo por aquí? —preguntó la joven al separarse de su abuelo.

—Igual que hace tres días —se burló Marcos detrás de ella. Victoria se soltó de don Enrique y abrazó a su cuñado—. Así que me echabas de menos.

—Claro, sobre todo a ti.

—Que te apuesto que te perdiste y no tuviste un niño para guiarte.

Las mejillas de Victoria se tornaron púrpuras.

—¡Pesado!

El cuñado la abrazó con más fuerza y le besó el cabello. También la extrañaba.

—Me alegra que se hayan devuelto, la casa se siente muy sola sin ustedes.

—Igual me echaste de menos —festinó ella.

—Sabes que sí, cuñadita, siempre.

—¿Y a mí no me saludas, hermano? No me vaya a poner celoso de tantas atenciones a mi mujer.

—No tienes de qué preocuparte, hermano, jamás he mirado a mi cuñadita con otros ojos que no sean los de hermano.

Los dos hombres se abrazaron. Cada vez eran más unidos y más amigos. Intentaban recuperar todo el tiempo perdido.

—¿Y Camilito?

—Está durmiendo, supongo que despertará en cuanto se dé cuenta que su tío favorito ya volvió.

—Es que sabe es mi sobrino favorito.

Nada más decir aquello, se escuchó el llanto del niño en el monitor.

Victoria casi corrió a buscarlo, también lo echaba de menos. Camilito la observó un poco confundido, Victoria lo iba a tomar en sus brazos, cuando se echó a reír mirando atrás de su tía.

—¿Cómo está mi sobrino favorito? —saludó Rodrigo.

El niño extendió sus brazos esperando que lo tomara, lo cual el hombre hizo de inmediato y lo levantó por sobre su cabeza, lo que al niño le provocó mucha risa. El tío le dio besos en el pecho.

El niño intentó balbucear, pero las carcajadas se lo impidieron. Rodrigo lo bajó y lo dejó a su altura para mirarlo.

—¿Cómo estás? ¿Echaste de menos a tu tío?

—¡Tío! —gritó el niño entre risas.

—¡Me dijo “tío”, ¿lo escucharon? —exclamó, orgulloso, Rodrigo al escucharlo.

—Tío —volvió a decir el niño a modo de gracia.

—Te echaba de menos —le contó Marcos.

—Yo también lo extrañé.

Rodrigo lo abrazó a su pecho y el niño puso sus manitos en el cuello del hombre. Ambos estaban felices de volver a verse.

Los hermanos, Victoria y el niño salieron a donde se encontraban todos en el patio.

—¿Han sabido algo de Noemí? —preguntó Victoria al grupo.

—Sí, se supone que está recuperándose, en cuanto pueda recibir visitas, avisarán para que Trini viaje —respondió don Enrique.

—Qué bueno, ahora debe estar más tranquila —se dirigió a Trinidad.

—Sí, ya tengo todo listo para que cuando me digan que vaya,irme *altiro*.

En tanto, Rodrigo jugaba con su sobrino, ajeno a la conversación y a lo que ocurría a su alrededor. En esos tres días el niño lo había extrañado y se le notaba. Él también había extrañado a su sobrino, a su hermano y su campo.

Maybe salió de la casa y saludó a los recién llegados.

—¿Cómo estás? —le consultó Victoria, luego de darle un beso en la mejilla.

—Bien, aquí, esperando para irme, ¿y ustedes?, ¿qué pasó que se volvieron tan pronto?

—Nos aburrimos, no nos gustó.

—¿Dónde fueron?

—A Varadero.

—¿¡A Varadero!?! Pero dicen que es muy lindo.

—Sí, pero no es el campo. Es solo vegetación y playa. Hoteles, piscinas...

—Pero es muy lindo.

—Sí, pero no es el campo. Quizás, en otro tiempo me hubiese gustado, pero no ahora.

—Claro, si han vivido aquí toda su vida, igual debe ser difícil acostumbrarse a otra cosa.

—Yo no soy del campo. De hecho, no conocía nada de esto antes de venir hace un año. Yo soy de Santiago. Por eso te digo que a lo mejor en otra época

me hubiese gustado.

—¿De verdad? ¿Y te acostumbraste *altiro*?

—No fue instantáneo, pero aquí se respira otro aire, además, me enamoré de Rodrigo.

—¿Y por qué no se fue él contigo en vez de quedarte tú aquí?

Victoria arrugó su frente, no le gustó el modo en el que se refirió a su situación.

—A ver, Maybe, primero él no me obligo a quedarme, yo quise hacerlo. Además, aquí está su vida, su trabajo. Yo lo ayudo con lo que estudié. Y, en realidad, yo no tenía nada en Santiago, puros malos recuerdos.

—Ah, claro, yo no, yo no me movería de Santiago, si alguien me quiere, que me siga; si no, no; no me voy a hundir en medio de la nada.

—¿Y si te enamoras?

—Enamorarme no está en mis planes; además, yo estudio para trabajar, no para ser una inútil dueña de casa. Yo no me habría acostumbrado como tú a esto. ¿De verdad te gusta estar encerrada en un lugar tan rústico? Yo no me acostumbraría a vivir sin las comodidades de la capital. De vacaciones, pasa, pero para quedarse a vivir...

Victoria se mordió la lengua, si le hubiera contestado, le hubiese dicho unas cuantas verdades, pero no era el momento. Aunque, al observar un poco mejor a su interlocutora, se dio cuenta de que quizá no se lo dijo a ella, si no

a Marcos que se encontraba a unos pasos de ellas... O, tal vez, lo dijo más para convencerse a sí misma.

Marcos la escuchó, pero un peón de su fundo lo distrajo de lo que pudo haber pensado o sentido. Luego de hablar con él, se dirigió a su hermano, después, se acercaron a Victoria y Rodrigo le entregó al niño.

—Ya venimos, mi amor, vamos al fundo con Marcos.

—¿Pasó algo?

—Nada grave, más tarde te cuento.

—Bueno, nos vemos más ratito —le dijo ella luego de darle un beso.

Marcos le dio un beso a su hijo para despedirse.

Ambos hombres se fueron en la camioneta, Maybe los observó hasta que desaparecieron, un gesto de desagrado se instaló en su rostro, gesto que no pasó desapercibido por Victoria.

—¿Qué hubiese pasado si tu marido no hubiera estado aquí? —interrogó la joven con desdén.

—Nada. Lo que sea que haya pasado, Marcos se habría hecho cargo solo, pero ya que Rodrigo está aquí, seguramente lo quiso acompañar. ¿Qué hay de malo en eso?

Camilito tomó la cara de su tía para obligarla a que lo mirara y apenas logró su objetivo le gorjeó y le dio un beso.

—Ah, claro, como ahora se fue tu tío, me haces gracia a mí —lo regañó

con dulzura.

El niño se rio muy divertido y le dio otro beso.

—Sí, ríete *nomás*, sabes cómo ganarme. Te amo.

—Mamo.

—Te amo, ¡sí! Tan habiloso mi niño.

—Mamo —repitió como un juego.

—Te amo, te amo, te amo.

Victoria se comió a besos al niño.

Maybe los miró a ambos. Ella no podría ser capaz de quedarse a vivir en el campo; si salió de su ciudad, Copiapó, fue precisamente porque no quería vivir lejos de la capital. Ella quería ciudad, oportunidades, fiestas, amigos y, se estuviera de acuerdo o no, Santiago era Chile, y ella deseaba ser parte de la metrópoli, no una provinciana cualquiera, mucho menos una campesina. Eso lo tenía planeado desde niña y no lo cambiaría por nada del mundo.

Capítulo 6

Los dos hombres volvieron cansados, pero felices, varias horas más tarde, cuando ya había anochecido.

—¿Qué había pasado? —Quiso saber Victoria.

—Parió Damablanca, tuvo un hermoso potrillo, igual a su madre.

—Oh, ¿por qué no me llevaron para verlo?

—No sabíamos si lograría sobrevivir, todavía le faltaban un par de semanas y pensamos que los perderíamos a ambos y eso no es algo que quiera que tú veas, mi amor. Pero al final sobrevivió y quedó feliz junto a su madre. Mañana, si quieres, vamos a verlos.

—Pero de verdad.

—Claro que sí.

Luego de comer, ya era hora de dormir. Victoria y Rodrigo se fueron con Marcos a la casa grande, pero, al día siguiente, los tres quedaron comprometidos para ir a almorzar a casa de don Enrique, todos juntos.

Los dos hermanos, al día siguiente, salieron a trabajar temprano por la mañana como era su costumbre, pero antes del mediodía, Rodrigo fue a buscar a su mujer y a su sobrino para que conocieran al nuevo integrante del

rancho, el hijo de Damablanca.

—¿Te gusta? —le preguntó Rodrigo a Camilito que estaba embelesado mirando al animal junto a su madre.

—Da —respondió el niño, queriendo acercarse al caballo.

Rodrigo lo acercó y el niño le hizo cariño en la nariz, ayudado por su tío.

—Es lindo, ¿ves?

—Apito.

—¿Caballito?

—Apito.

Los adultos se miraron confundidos, no sabían si estaba diciendo caballito o no, pero decidieron que así se llamaría ese caballo.

—Este caballo será tuyo, crecerá contigo y aprenderás a montarlo desde pequeño —le dijo Rodrigo—. ¿Estás de acuerdo, hermano?

—¿Qué mejor que el hijo de Damablanca sea el caballo de mi hijo?

—Sí, ella fue tu primer caballo cuando llegaste aquí —recordó Rodrigo.

—Sí, no se dejaba montar por nadie, solo se dejaba por mí.

—Esa yegua era tan especial como tú —se burló el hermano.

—Es que tengo talento con las damas —festinó el otro.

La risa no se hizo esperar en los tres adultos y el niño, que reía por cualquier cosa.

Al rato, se dirigieron al Terranova a almorzar. Allí los esperaban con casi

todo listo.

Maybe y Victoria apenas se saludaron. Victoria, en realidad, estaba más retraída que lo normal en la casa. Rodrigo, al notar aquello, se acercó a su mujer.

—¿Pasa algo? —le preguntó en voz baja.

—No.

—¿Estás enojada conmigo? ¿Hice algo? ¿No querías que fuera al rancho esta mañana?

Ella sonrió condescendiente.

—No, tontito. —Lo tomó de la mano y lo alejó del resto de la gente—. Es Maybe, no creo que sea bueno que Marcos se entusiasme con ella, incluso, no sé si sea bueno que estén tan cerca.

—Bueno, tan cerca no están; si te das cuenta, mi hermano la evita. Pero, dime, ¿a qué te refieres?

—A que a ella no le gusta el campo, al parecer es una chica capitalina que no quiere que venga un macho a dominarla.

—Como yo te domino a ti —ironizó el esposo que la abrazó de la cintura para pegarla a su cuerpo, para que ella no notara que no entendía mucho lo que quería decir ni a dónde quería llegar.

—De hecho, pensó que me habías obligado a quedarme aquí cuando nos casamos.

—¿Te obligué?

—¡No!

—Bueno, no creo que tengas que preocuparte, ellos apenas se conocen y ella se va a ir muy pronto.

—Mientras antes se vaya, mejor; no me gustaría que mi cuñadito se ilusionara para quedar solo otra vez. No sería justo.

—Claro que no, pero no te preocupes, tu abuelo me dijo que quizás mañana ya pueda irse. Están cercando al tipo para que ella se pueda ir sin problema, de todas formas, tu abuelo la mandará con uno de sus guardias para que no corra ningún peligro. Y después de eso, ella podrá hacer su vida como mejor le plazca.

—A mí no me preocupa ella, me preocupa Marcos —replicó enfadada.

—No creo que mi hermanito se haya enamorado tan rápido, mucho menos si tomamos en cuenta que todavía sigue enamorado de Teresa. Puede que Maybe le haya gustado, pero de ahí a enamorarse... No sé.

—Sí, eso es verdad, también; igual quiero que se vaya luego.

—¿Es idea mía o no te cae muy bien ella? —le preguntó en tono burlón.

—No quiero que haga sufrir a Marcos.

—¿Es solo eso?

—¿Qué más podría ser?

—¿Algo de celos?

—¿Celos? ¿Celos de qué según tú? ¿Tú y ella...? ¿Hay algo que debería saber, Rodrigo Fernández?

—No, no, de mi parte, nada, pero es que estás demasiado molesta con ella.

—Sí, es que ayer tuvimos una conversación nada agradable.

—¿Te dijo algo malo?

—No, no sé, solo que no me gustó lo que dijo. O fue cómo lo dijo. No sé. No estoy segura. Pero igual me cayó mal.

—No te hagas mala sangre, acabamos de llegar y todavía seguimos de Luna de Miel.

—¿Aunque te hayas ido a trabajar?

—¿Te molesta? Puedo tomarme unos días.

—No, mi amor, si nos vinimos fue porque no queríamos estar todo el día sin hacer nada, y aunque hacer el amor era un panorama muy excitante, no me imagino estar todo el día en eso.

—A mí me encantaría...

—Igual nos aburrimos como ostras el primer día en Varadero —dijo con sorna—, entre una y otra, no sabíamos qué hacer.

Rodrigo lanzó una carcajada.

—Es verdad, en los entretiempos no había nada más divertido. Pero ahora tenemos todo el día y toda la noche...

—Sí, tienes razón, marido mío, aquí nos podemos arrancar a la hora que

queramos.

Victoria se colgó del cuello de su marido para besarlo con pasión.

—Te amo —le dijo ella.

—Y yo te amo más —aseguró él.

—¿Contando plata delante de los pobres? —los interrumpió Marcos en tono juguetón.

—¡Pesado! —le reprochó Victoria sin enojo.

—Está listo el almuerzo, faltan ustedes nomás, las humitas se van a enfriar.

—Vamos, entonces.

Victoria se agarró del brazo de su cuñado por la izquierda y de su esposo por la derecha, así entraron a la casa, como verdaderos amigos y cómplices.

—Mañana podrá irse —le habló don Enrique a Maybe durante el almuerzo—, el detective Estévez me avisó que este tipo está rodeado y no podrá encontrarla. La vendrán a buscar al mediodía y la llevarán a Santiago para hacer un alto en un refugio. Desde allí partirán en avión a Copiapó para dejarla con tu familia.

—Muchas gracias, don Enrique, no sabe cuánto se lo agradezco.

—De nada, es lo menos que puedo hacer. Mañana tú te vas con ella, Trini —le indicó a su empleada—, para que veas a tu hija.

Desde ese momento en adelante, Marcos no volvió a prestar atención a la

conversación, de hecho, en varias oportunidades, tuvieron que llamar su atención para que respondiera a ciertos temas que se conversaban en la mesa.

Al terminar, Marcos se levantó y se despidió de todos allí.

—¿Te vas tan pronto? —preguntó el dueño de casa, extrañado del comportamiento de su invitado.

—Sí, Camilo tiene que dormir su siesta y yo tengo que trabajar.

El dueño de casa no dijo nada, aquella fue la excusa más barata que se le pudo ocurrir al hermano de su nieto político.

—Que te vaya bien en tu viaje —se despidió de Maybe casi por obligación.

—Muchas gracias por todo —respondió Maybe con voz queda.

—No hay de qué, espero que ese tipo no te vuelva a molestar. Hasta luego, señora Trinidad, espero que pronto pueda regresar con su hija.

—Gracias, joven, que esté bien, cuídese.

Sin más, salió de la casa y se subió a su camioneta para salir de ese lugar lo más pronto posible. Quería alejarse pronto antes de seguir pensando que Maybe y él podrían llegar a tener una oportunidad. Ella había dejado muy en claro el día anterior que jamás se encerraría en el campo para ser “una inútil dueña de casa”, si alguien la quería, debía seguirla a la ciudad. Y no dejaría su campo. Ni por ella, ni por nadie. Además, lo único que le pidió Teresa, antes de morir, fue que buscara una buena mujer que amara a su hijo... Y

Maybe no tenía ganas de ser madre.

Fin.

Ya aparecería alguien que sí amara a Camilito y a él, una mujer que estuviera dispuesta a vivir allí, en el campo, con él, con su hijo y con los posibles otros hijos que pudieran llegar a tener.

—Y esa mujer, definitivamente, no eres tú, Maybe Albornoz.

Aquel día, Marcos trabajó con más ahínco, no quería pensar, así que todas sus energías las dedicó al campo. Su amado campo.

Pasadas las siete de la tarde, al volver a su casa, se topó con Carlos Gómez, quien, al parecer, venía hacia el fundo. Detuvo su camioneta a un lado del camino y se bajó de ella para hablar con su amigo.

—Marcos Fernández —saludó el hombre con alegría—, si no vengo yo, tú no vas, ya ni te pasas por el rancho.

—No he tenido tiempo.

—Lo sé, no debe ser fácil con un hijo auestas.

—No, no lo es.

—Tengo un recado para ti: don Fermín quiere hablar contigo, dice que si puedes ir mañana en la mañana a su rancho.

—¿Ahora estás de recadero? —ironizó—. No sabía que te habías ido a trabajar con ese tipo, creí que seguías con don Leonardo Riveros.

—Yo no trabajo con él, sigo con don Leonardo, pero Raúl, mi primo,

quedó como capataz de don Fermín, y bueno, es casi el único trabajador que le queda, y él me pidió el favor de avisarte; su mujer está a punto de dar a luz y él se va a su casa temprano para estar con ella y ayudarle con Matías, su hijo. Por eso vine yo a avisarte.

—Yo no tengo nada que hablar con él —respondió de mal modo.

—Yo sé todo el daño que te hizo, pero debes saber que está pagando por todo lo malo que ha hecho, Diosito se está encargando de cobrarle cada cosa. Al viejo le queda poco tiempo, ¿por qué no vas?

Marcos resopló sin enfado.

—Lo pensaré.

—Sí, no pierdes nada y así quizás puedan arreglar sus asuntos antes que él se vaya de este mundo.

—Sí, puede que tengas razón. Y, hablando de arreglar los asuntos, Carlos, vino a verme Rosa.

—¿Ya? No me digas que te vino con un cuento.

—¿Qué pasó?

—¿Qué te contó?

—Dijo que tú la habías querido abusar.

Carlos sonrió con ironía y negó con la cabeza, casi molesto.

—Jamás haría eso, me conoces, Marcos, a mi hermana la violaron y la mataron, ¿crees que yo podría hacerle eso a alguna mujer? Ni siquiera a

Rosa. Incluso a Teresa en más de una ocasión la defendí de los tipos que la molestaban y tú lo sabes.

—Sí, lo sé y se lo dije a ella, te conozco desde hace mucho tiempo; pero eso no quita que me interese saber lo que pasó, Rosa estaba muy interesada en salir del rancho, porque ya no quería volver a verte.

—Hace unas noches, Rosa llegó a la cuadra y se metió a mi cama. Yo estoy de novio con Paloma Ibáñez, ¿te *acordái* de ella?, después de casi dos años de andar detrás de ella, por fin me hizo caso —le contó con orgullo—, así que no estoy para perder a la tremenda mujeraza que he conseguido por una tipa como la Rosa, tú *sabí* que ella nunca ha sido santo de mi devoción, la respeto porque es mujer, pero nada más. Mucho menos iba a abusar de ella. ¡Como si me gustara!

—Lo sé, por eso me extrañaba, eligió mal a su víctima.

Carlos largó una risotada.

—Bueno, tanto como víctima... Yo no soy precisamente una damisela en peligro.

—Ella quería que te sacara la *chucha* y aprovechar de que yo la “acogiera” en mi casa.

—En tu cama será.

Ambos hombres rieron con ganas.

—Así parece —admitió Marcos.

—Eso es sabido, ella lo único que quiere es ser la esposa de Marcos Fernández.

—Bueno, antes no era Fernández.

—Pero ella siempre ha querido ser tu mujer.

—Yo no la quiero ni la he querido nunca.

—No va a parar en su empeño.

—Será en vano.

—Eso espero, esa mujer no es para ti.

—Lo sé.

—Bueno, me tengo que ir, mi *polola* me espera.

—Sí, mi hijo también. Te felicito, sé lo que luchaste por conseguir su amor.

—Sí. Estamos felices, espero que pronto recibas el parte de matrimonio, solo estoy esperando que me dé el “Sí” definitivo.

—Que sea pronto, que hartó ya la has esperado.

—Gracias, amigo, yo también lo espero.

Los dos hombres se despidieron de un abrazo y cada uno tomó su propio camino.

&&&

La mañana siguiente Marcos salió más temprano que de costumbre rumbo a las caballerizas a ver a Damablanca y a su potrillo. No había dormido bien, los recuerdos de Teresa, sus pensamientos sobre Maybe, su soledad, Fermín Carreño y todo el daño que les hizo, su pasado, su doloroso pasado...

Su vida no tendría sentido si no tuviera a su hijo o si su hermano no lo hubiese aceptado, si no fuera por eso, no habría sabido continuar sin Teresa.

Decidido, montó a Princesa y cabalgó hasta la cima de un monte, desde donde se podían distinguir los terrenos, otrora prósperos de Fermín Carreño, en ese momento casi en ruinas. Allí murió su padre y su madre y él fueron expulsados como parias.

Ese lugar se veía en decadencia, tal como se rumoreaba en el pueblo; se decía que el dueño estaba muy enfermo y que no tenía familia que lo socorriera, nunca se había casado; las malas lenguas decían que estuvo muy enamorado de una mujer que jamás le hizo caso y él nunca pudo olvidarla. Si era verdad o no, Marcos no lo sabía, lo que sí sabía era lo que veían sus ojos: ese hombre y sus tierras se estaban yendo a pique. Todo el orgullo de Fermín Carreño estaba quedando en nada.

Y no se alegraba de eso, por más que deseó su ruina tantas veces.

Espoleó a Princesa para que echara a andar rumbo al fundo de don Fermín. No se había decidido a ir a hablar con él hasta ese momento, no sabía lo que quería, pero, luego de ver el estado de sus tierras, ya no tenía nada que perder

con él. Cuando su padre murió y ese hombre los echó a la calle sin miramientos, Marcos no fue capaz de hacer nada, en realidad, ¿qué podría haber hecho? Tenía solo nueve años. Cuando se fue su mamá, apenas contaba con veintidós años y era un simple peón sin trabajo estable, un hombre abandonado por sus verdaderos padres, sin un peso en los bolsillos, sin nada propio. Fue en ese momento que consiguió trabajo en el fundo de su verdadero padre; con Rodrigo, su hermano, como su patrón. Un nudo se le formó en la garganta al recordar aquel tiempo, cuando era incapaz de sentir rencor y solo exteriorizaba su dolor cuando estaba pasado de tragos y, aun así, no era valiente para gritar lo que sabía. Solo reclamaba cosas a medias, incoherencias que nadie entendía. Y no le importaba, porque Rodrigo, su hermano, tenía lo que él quería: el amor de su padre, las tierras que le correspondían y, lo más importante de todo, el amor de Teresa. O eso pensó, hasta que, en su lecho de muerte, Teresa le confesó que ella no amaba a Rodrigo, que, en realidad, era más fácil ir con quien sabía no le haría más daño que el rechazo, al cual estaba acostumbrada, porque ella no lo quería, al que quería era a él. A Marcos. Que fue su único hombre en el último tiempo. Pero ya era demasiado tarde para ambos. Ella se fue dejándolo solo con su hijo. Por quien vivía, o sobrevivía, cada día.

Llegó al rancho y la verja estaba abierta, lo cual lo sorprendió. Cabalgó lento hacia el interior. Afuera de la casa, vio al viejo sentado en una

mecedora. Se veía realmente patético.

—Marcos Jara —lo saludó el hombre con ojos nublados—. ¿O debería llamarte Fernández?

—Veo que está enterado.

—Todo se sabe por acá.

—¿A pesar de que no habla con nadie?

—A pesar de que no hablo con nadie —accedió el hombre con una amarga sonrisa.

—¿Qué quiere?

—Tenemos una deuda pendiente.

—¿Una deuda pendiente? —preguntó con recelo el joven.

—Sí.

—No sé de qué habla.

—¿De verdad no lo sabes? ¿No lo imaginas, siquiera?

—¿La deuda que le debe a mis padres?

El hombre ladeó la cabeza.

—¿No cree que es un poco tarde para querer pagar una deuda cuando, a quien les hizo daño, ya están muertos? Ya es tarde para arreglarlo.

—Ya ves que de todos modos la vida se ha encargado de hacerme pagar.

—He oído los rumores de su quiebra.

—¿Quiebra? Lo mío es ruina, muchacho, mis tierras están arruinadas.

Perdieron valor; desde que mis peones se fueron, los animales murieron y los que no, apenas sobreviven. Para qué decir de las plantaciones, sin mano de obra, las cosechas se están perdiendo.

—¿Y eso?

—Ya te dije, la vida me está cobrando cada cosa con elevados intereses.

—Diría que lo siento, pero no es así —mintió, pues nunca pensó verlo de ese modo.

—¿Crees que no lo sé? Es lo que estabas esperando.

—No, tampoco así. Nunca quise su mal, ¿para qué? Lo que le pase a usted, no me devolverá a mis padres.

—Si no querías verme en el suelo, ¿por qué aceptaste venir?

—Para serle franco, no sé. Carlos Gómez me dijo que quería hablar conmigo y... Vine.

—Quizá, muy en el fondo de ti, querías ver lo hundido que estaba.

Marcos no contestó, en realidad, no sabía qué esperaba encontrar allí, ni a qué iba, simplemente hizo lo que tenía que hacer. El viejo lo miró con gesto indescifrable. El joven se sintió incómodo. El rencor nunca había sido parte de él, pero tenerlo frente a frente, era distinto; era recordar cada día de sufrimiento con su madre al quedar solos en la calle, sobreviviendo solo por la caridad de la gente del pueblo.

—Si quieres echarme en cara lo que hice..., eres libre de hacerlo. Este es el

momento.

El joven lo observó un buen rato y luego le dedicó una irónica sonrisa.

¿Le diría todo lo que llevaba dentro?

Capítulo 7

—¿Sabe qué, don Fermín? Podría decirle todo lo que me he guardado por años, lo que quise decirle cuando nos echó y que no fui capaz por mi corta edad; también podría decirle lo que reclamé en mi mente cuando mi mamá se me fue, cuando no pude hacer nada por salvarla porque no tenía dinero suficiente, porque era un simple peón, el más bajo de todos; podría decirle tantas cosas, pero ¿sabe qué?, nada de lo que yo pueda decir, va a cambiar lo que pasó, nada me va a devolver todo lo que usted nos quitó. Ellos ya no van a volver —apostilló el joven luego de meditar en sus palabras.

—Créeme que me arrepiento.

—Es fácil arrepentirse cuando se está en el suelo y a punto de morir.

—No, muchacho, no te equivoques, no estoy arrepentido ahora, me arrepentí hace mucho tiempo.

—Su arrepentimiento no sirvió de nada, igual llegó demasiado tarde.

—Lo sé.

Marcos escaneó al hombre durante un buen rato, parecía resignado a un mal final. Del orgulloso patrón de fondo que tenía guardado en su memoria, no quedaba ni la sombra.

—¿Sabías que yo estuve muy enamorado de tu mamá? —El viejo rompió el silencio.

—¿Qué? —preguntó, confundido, el joven.

—Pero ella nunca se volteó a mirarme, para ella era nada, en cambio, para mí, ella fue mi único y gran amor.

—Y permitió que muriera con tanto dolor. No fue capaz ni siquiera de darle un remedio, de ayudarla.

El hombre bajó la cabeza para ocultar una lágrima que resbaló por su mejilla.

—Yo no quise saber nada de ella después de que se fueron. Cuando alguien quería hablarme de ella, yo me enojaba y no quería escuchar. Me enteré de la muerte de tu madre un año más tarde.

—¿Por qué tanto odio contra ella?

El rostro del hombre se cristalizó con una expresión indefinida, entre emoción y culpa.

—Cuando tu madre quedó viuda, le pedí que se viniera a vivir conmigo, a mí no me importaba que tuviera un hijo, yo sabía que tú no eras su hijo natural, ella no pudo nunca quedar embarazada, y la admiré más cuando me enteré de que ella te adoptó a pesar de las precarias condiciones en las que vivía. Tu madre era una gran mujer, Marcos, y estoy seguro de que si me hubiera aceptado...

—Pero ella no quiso y nos echó —completó Marcos la historia.

—Tu padre lo era todo para ella. Desde que éramos chicos, ella no tuvo ojos más que para el Hugo, ella siempre estuvo enamorada de él.

—Su amor era verdadero, ese fue su único consuelo cuando él murió, mi mamá sabía que se iba a encontrar con mi papá. Lo amó hasta su último suspiro.

—Sí. Cuando falleció tu papá, me odió más; me culpaba a mí, ¿sabes?

—¿Y usted fue el culpable?

Don Fermín asintió con la cabeza.

—Sí, en cierto modo, sí.

—No, caballero, en cierto modo no, usted lo mató.

—Nunca le hubiera hecho daño.

—Pero se lo hizo: con sus condiciones deplorables de trabajo, con sus exigencias al límite con sus malos tratos... ¡Usted lo mató! —gritó sin poder contenerse.

El hombre alzó sus nublados ojos al joven que tenía enfrente.

—El amor que sentí por tu madre me envenenó el alma.

—No la culpe a ella —advirtió.

—Jamás se me ocurriría una cosa así. Lo que digo es que el amor que sentía por ella era tan grande que me costaba mucho verla con otro hombre. Los celos fueron ennegreciendo mi alma a tal punto que ya no me importaba

nada, solo quería que pagara por el dolor de mi corazón a causa de su indiferencia.

—¿Por qué me dice todo esto?

—Porque mis días están contados.

—¿Quiere alivianar su alma de la carga que tiene?

—En parte, sí.

—Pues, bien, ya se desahogó —dijo con sarcasmo.

—No es suficiente.

—¿Qué más quiere?

—Adentro, en la mesa, hay una carpeta. Tráela, por favor.

—¿Para qué?

—Solo tráela, por favor, luego te explico.

Marcos, inseguro de aquella petición, obedeció a regañadientes.

—Ábrela —le pidió el hombre cuando el joven volvió.

—Es la Escritura de esta tierra —leyó Marcos el título del primer documento.

—Sí, esta tierra será tuya.

—¿Qué?

—No hay mucho aquí, quedan unos cuantos animales y algunas tierras con siembras; sé que tú podrás sacarla adelante. Hice muy malos negocios, pero está sin deudas.

—¿Por qué a mí?

—Porque ahora, con el paso del tiempo y la madurez de un hombre que sabe que va a morir, me di cuenta del daño que les hice a ti y a tus padres, y porque creo que tú podrás sacarla adelante.

—¿Cree que con un pedazo de tierra va a comprar mi perdón?

—Por supuesto que no, muchacho, la tierra te la dejo porque no existe nadie más en este mundo a quien pueda confiarle el esfuerzo de mi vida y creo que tú serás un digno heredero de tus padres. Hugo era un hombre muy trabajador, ¿sabes? El mejor que tenía. Y, después de todo, tú mereces tener lo que hubiera sido de tu madre si alguna vez se hubiera fijado en mí. Tú hubieras sido como un hijo para mí.

—Pero no lo fui.

—El rencor me encegueció.

Marcos no supo qué decir ni qué hacer. Ese hombre había matado a su padre y apuró la muerte de su madre, no podía perdonarlo así, sin más, como si nada hubiese pasado. Claro que no. El problema era que, por más que lo quisiera, no podía ser un hombre rencoroso; ver a ese hombre allí, derrotado, enfermo, viejo y cansado, no le daba ninguna satisfacción, al contrario, su corazón se encogía al verlo así, no era una sensación agradable. Además, él, mejor que nadie, podía comprender el dolor y el rencor de un corazón cuyo amor no era correspondido.

—No importa si no me perdonas, lo que sí te suplico es que aceptes estas tierras, que las trabajes y las hagas crecer. Con el tiempo, quizá, llegues a perdonarme —insistió el viejo.

Marcos acercó su silla y la colocó frente al hombre.

—Escúcheme, don Fermín, usted destruyó a mi familia, mis padres murieron por su culpa, me quedé solo. Toda mi vida ha sido un túnel oscuro y negro. Soy un peón de fundo, sin estudios, ni nada; aunque Rodrigo me aceptó como hermano y compartió conmigo el Terranova, yo siempre me sentiré como el peón, o ahora como el capataz del rancho, nada más, sigo siendo un Don Nadie.

—Nunca has sido un Don Nadie, Marcos, eso te lo puedo asegurar, tienes un nombre muy respetado en la zona, y eso te lo has ganado a pulso y más merecido que cualquiera de nosotros que nacimos en cuna de oro. Por eso te mereces tu propio rancho, tu propio nombre.

—Como sea. Voy a aceptar su oferta, no por mí, por mi hijo, él merece que le dé todo lo que pueda darle, y si usted me ofrece estas tierras, las acepto por él.

—Bien me parece, muchacho, eso es pensar con la cabeza.

—Y respecto al perdón, no soy quién para perdonar. Quizás mis padres murieron por su culpa, pero usted está muerto en vida y eso, caballero, es peor castigo que morir de una vez. No puedo guardarle rencor.

—Eres un joven muy sabio.

—¿Sabio? No. Ojalá lo fuera, así sabría qué hacer en este mismo momento con mi vida y no tengo idea.

—¿Tienes algún problema?

—En realidad, no; aparte, quizás, él mismo problema de usted: las mujeres.

—Bellas criaturas tan difíciles de entender, ¿no?

—Sí. Yo me enamoré de una mujer que aparentaba no tener corazón y tenía más que ninguna. Y ahora, que por fin la estaba dejando partir, dejando de amar, aparece otra, pero es una ciudadina a la que la vida de campo le repugna.

—No te dejes llevar por la belleza, Marcos, que cuando se acaba, se acaba todo y muchos hombres se quedan preguntando: ¿qué fue lo que vi?

—Maybe es una buena mujer, pero no está en sus planes venir a encerrarse en el campo ni ser madre. Mucho menos madre de un hijo que no es suyo.

—Tú necesitas una mujer que te acompañe, si ella no quiere quedarse aquí, no vale la pena que luches por ella. Búscate a otra para que sea tu compañera de vida.

—Quizás lo mejor sea que me quede solo.

—No es bueno que el hombre esté solo, dijo Dios, y tenía mucha razón, te lo digo por experiencia. Si yo no me hubiera obsesionado con tu madre, si

hubiese buscado a otra mujer, tal vez la historia sería muy distinta.

—Puede que tenga razón.

—La tengo, hazle caso a un viejo que se da cuenta de los errores que cometió y que tú puedes evitar. No te quedes solo, búscate una mujer que te ame, ame a tu hijo y que quiera ser tu compañera de vida en el campo, la vida aquí es muy difícil, tú ya lo sabes, a veces, el cansancio, la fatiga, hace necesitar una mujer a nuestro lado, una mujer que le dé calor al hogar, que convierta tu casa en un refugio, que sea lo mejor del día el llegar y saber que alguien te espera, te ama y te hará feliz. Y tú a ella, por supuesto.

Marcos se quedó en silencio, ¿y si don Fermín tenía razón y quedarse solo era peor?

Un automóvil se detuvo al lado de la casa y de él se bajó un hombre de terno, con un maletín en la mano y cara de hombre serio. Un abogado, seguro.

—¿Está todo listo? —interrogó, presuroso, el viejo.

—Sí, señor, traigo todo lo necesario.

—Bueno, yo me voy para que hablen —indicó Marcos.

—No. muchacho, no te vayas, lo que viene a hablar mi abogado, te incluye a ti también. Es el traspaso de mis bienes a tu nombre.

Marcos se sorprendió tanto, que no pudo articular palabra.

—O se hace ahora, o no se hace nunca. Vamos adentro para firmar esos

dichosos documentos.

El trámite tardó poco más de media hora. El abogado se retiró con los documentos firmados a la ciudad y allí terminaría los papeleos y, al cabo de unos cuantos días, Marcos se convertiría en el nuevo dueño del “Esperanza”. ¿Quién lo diría? ¿Quién podría saber si, por fin, después de todo su sufrimiento y de aquella nube negra que parecía rondar su cabeza, saldría el sol?

—Hasta luego, don Fermín, tengo que ir a casa. —Marcos le estrechó la mano.

—¿Puedo pedirte un último favor?

—Claro.

—¿Puedes traer a tu hijo?

—¿Para qué? —preguntó desconfiado.

—Para conocerlo.

—¿Le interesa conocer a mi hijo?

El hombre lo miró con cierta duda y vergüenza.

—Sí. En cierto modo, podría haber sido algo así como mi nieto, ¿no? Aunque no hayas sido hijo de sangre de Sonia, eres su hijo y siempre lo serás.

Marcos se quedó un momento en silencio, meditando acerca de las palabras y el actuar de ese hombre.

—Mañana vengo con él —accedió al fin.

—Gracias.

—No es nada.

Marcos se fue del lugar pensando en aquella conversación. Jamás hubiese imaginado que ese hombre se había enfermado de amor por su mamá y que era el amor, y no el odio, el que movía sus acciones. El amor y sus contradicciones. En vez de cuidarla y velar por ella, la llevó a una muerte prematura. Así eran las extrañas cosas del amor y de la vida.

Luego de un rato de vagar por los campos, decidió no ir de inmediato al rancho; cabalgó hasta el cementerio y, como cada vez que iba, pasó a la tumba de sus padres. Ambos estaban juntos, uno al lado del otro, como siempre lo anhelaron. Sus tumbas estaban muy bien adornadas y cuidadas.

—Mamá, acabo de estar con don Fermín, me mandó a llamar. Está en la ruina, ¿sabes? Tú siempre decías que Dios se encarga de todo. ¿Sabes lo que me dijo? Dijo que siempre estuvo enamorado de ti. —Se rio tal como lo hacía su hijo, como si lo dicho le causara gracia—. Mamá, no sabía que andabas rompiendo corazones. Te cuento también que “mi papi” me traspasó su fundo a puertas cerradas, creo que la culpa no lo deja vivir en paz ni irse tranquilo de este mundo. El hombre está muy enfermo y obviamente, yo no voy a echarlo antes de tiempo, yo no soy como él, y supongo que tú estarás de acuerdo en eso.

Marcos hizo una pausa y se sentó en el pasto.

—¿Sabes qué? No puedo guardarle rencor. Yo... Yo sé que hizo mucho daño y que fue el culpable de la muerte de ustedes, pero no sé, mamá, tú siempre me enseñaste a no guardar rencor... Incluso cuando despotricaba contra mi hermano.

—¿...Cuando despotricabas contra mí? —preguntó Rodrigo detrás de su hermano con algo de sorna en su voz.

Marcos se levantó y se giró para mirar a su mellizo.

—¿Qué pasó, Marcos? —preguntó su preocupado hermano.

—¿Qué haces aquí?

—Te vi cabalgar a toda prisa y te seguí. ¿Pasó algo? René me dijo que no fuiste al rancho hoy, ¿dónde estabas?

—Fui donde don Fermín Carreño.

—¿El dueño del rancho donde trabajaba tu papá?

Marcos asintió con la cabeza.

—¿Qué pasó? ¿Por qué fuiste para allá?

—Él me mandó llamar.

—¿Él? ¿Por qué? ¿Cuándo? ¿Por qué no me dijiste nada?

—Ayer me avisó Carlos Gómez, no te dije nada porque hasta esta mañana no estaba seguro de ir.

—¿Qué quería?

—Me hizo el traspaso de sus tierras y de los animales que le quedan.

—¿Y eso?

—La culpa, supongo.

—¿Aceptaste?

—Sí. De todas formas, el viejo no tiene a quién dejárselas, así que es mejor que sea yo el nuevo dueño y no que las quite el Estado.

—Es verdad.

—Además, así, tendré algo mío, ¿no?

—Sabes que el Terranova te pertenece tanto a ti como a mí.

—Es tuyo por derecho propio.

—Nuestro. Y más tuyo que mío si yo disfruté de él casi toda mi vida.

—¿Sabes qué? Está bien así. Además, así mi hijo tendrá algo propio y tus hijos también, lo que sí, tendré que pedirte unas cabezas de reses y ayuda para echar a andar de nuevo el fundo; mal que mal, está casi en la ruina.

—Cuentas con todo mi apoyo, hermano, lo sabes, y todo lo del rancho lo puedes usar sin problemas; aunque tú digas que no, eso es tanto tuyo como mío y puedes disponer de él como dueño que eres.

Marcos abrazó a su hermano, su apoyo era tan necesario que sentía que, sin él, se le derrumbaría todo su mundo.

—Las cosas irán mejor, ya lo verás, hermano, la vida te recompensará por todo lo malo que has tenido que pasar.

—Sí, eso espero. Ya me estoy cansando un poco de tanta cosa mala.

—Pero ya se te está devolviendo algo: tienes un nuevo fundo, solo para ti; tienes a tu hijo y, muy pronto, conocerás una buena mujer.

—En eso tengo mal ojo —reconoció y se alejó de Rodrigo, para que no viera sus ojos aguados.

—No digas eso.

—Ya ves, Teresa nunca quiso aceptar el amor que le ofrecí y ahora Maybe, que lo único que quiere es volver a su capital, con sus autos, su gente, sus amigos y toda esa modernidad que no encuentra aquí.

—¿No recuerdas que Victoria también quería irse de este horrible lugar?

—Ella nunca quiso irse, hermano, solo lo decía para que no te sintieras comprometido con ella. Además, Maybe se va hoy y ya no va a volver.

—Bueno, aparecerá otra.

—Puede ser.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Voy a la casa, ya casi es la hora de almuerzo y Camilito me debe estar esperando.

—Acuérdate que don Enrique nos invitó a almorzar a su casa.

—Ah, verdad, lo había olvidado —reconoció con culpa.

—Bueno, ¿te espero o te vas luego?

—Voy en un rato.

Marcos se dirigió a la tumba de Teresa, necesitaba verla antes de irse a la

casa. Allí, le contó lo sucedido aquella mañana y la tarde anterior.

—¿Será que tú me estás ayudando? —Se le ocurrió preguntar en algún minuto, pero se burló de su propio pensamiento—. Claro que con mujeres no me ayudas mucho.

Una ráfaga de viento desordenó su crespo cabello. El ríe alegre, casi sin tristeza.

—Sabes que, aunque me vuelva a enamorar, siempre ocuparás un lugar muy importante en mi corazón y en mi vida. Y sobre todo en la vida de nuestro hijo. Además, tú misma me has dicho que me vuelva a enamorar. Y tú curaste mi herida.

Un largo silencio de meditación llenó el lugar. Marcos se sentía más tranquilo, su dolor cada vez era menor, pero desde aquel día que se durmió sobre la tumba, fue como si su corazón se hubiera sanado o estuviera en proceso de. Y eso era gracias a Teresa, cosa que Marcos sabía y agradecía.

—Bueno, mi querida Teresa, me voy, Camilito ha de estar esperándome y nos toca almuerzo en el rancho de don Enrique, pero no te preocupes, Maybe se iba a ir hoy. Te amo.

No hubo llanto, no hubo dolor. Entonces Marcos se percató de que, poco a poco, la estaba dejando ir y él también estaba liberando su corazón.

Capítulo 8

Maybe esperaba paciente a que las pasaran a buscar, se suponía que deberían haber llegado a las once de la mañana y ya eran más de las doce. Quien no estaba tan paciente, era Trinidad.

—¿Y si pasó algo? —preguntó por enésima vez la empleada.

—Tranquila, si hubiese pasado algo, lo sabríamos.

—Pero igual, pues, don Enrique, si no aparece nadie, algo debe haber pasado.

—No lo creo, quédate tranquila, mujer, no hagas un escándalo de esto, lo más probable es que no tomaron en cuenta el tiempo real que demorarían hasta aquí. —Intentó tranquilizarla el dueño del fundo, a pesar de que él tampoco estaba tranquilo, los oficiales que escoltarían a las mujeres llevaban más de una hora de retraso y nadie había avisado nada.

—¡Abuelo! —gritó Victoria, alegre, al bajarse de la camioneta donde venía con su esposo.

—Mi niña, ¿cómo estás?

—Bien, bien. —Le dio un fuerte abrazo y un sonoro beso antes de volverse a las mujeres—. ¿Y ustedes? Yo creí que ya se habían ido.

—No han llegado a buscarnos todavía.

—Buu, ¿les habrá pasado algo?

—Lo mismo creo yo, pero su abuelo dice que no hay de qué preocuparse.

—Bueno, si hubiera pasado algo, ya lo sabríamos, las malas noticias vuelan.

Rodrigo terminó de estacionar la camioneta y venía llegando cuando escuchó lo último que había dicho su esposa.

—¿Qué pasó?

—Que los policías que debían venir por Trini y Maybe no han llegado, tienen casi dos horas de retraso —explicó el abuelo.

—¿Han llamado al oficial Estévez?

—No contesta.

—Espero que no haya sucedido nada malo, pero, como bien dice mi esposita, las malas noticias vuelan y si no se ha sabido nada, es porque nada malo ha de haber pasado.

—Es cierto, yo seguiré intentando llamar, pero ustedes no se preocupen.

Todos se quedaron en silencio, la tensión se podía sentir en el ambiente.

Media hora más tarde, la camioneta de Marcos se estacionó detrás de la de su hermano. Al llegar a donde estaban todos, se sorprendió al ver a Maybe y a Trini todavía allí, pero no dijo nada.

—Buenas tardes —saludó en general a todos.

Don Enrique, hombre de experiencia, se dio cuenta de la incomodidad de

Marcos y Maybe y supo que debía hacer algo para alivianar la situación.

—Bueno, ya que no las vienen a buscar todavía, vamos a almorzar, ya es hora de comer y no van a esperar aquí sin hacer nada —invitó el dueño de casa.

La mesa había sido dispuesta en el patio trasero. Marcos sentó a su hijo a su lado en su sillita y le dio la comida al mismo tiempo que él comía. Maybe lo observó con admiración, de tan rudo que se veía por fuera, era un dulce con su hijo.

Terminaron de almorzar y de los oficiales, nada. Don Enrique seguía intentando comunicarse con ellos, pero el detective tenía buzón de voz, por lo que ya se estaba preocupando, la situación ya pasaba de ser una anécdota. Se fue a su despacho con sus dos guardaespaldas para continuar tratando de conectarse con ellos.

Los comensales se dispersaron. Marcos se sentó en el suelo bajo un árbol con Camilito para comer las uvas que tenían en una fuente.

—Marcos, ¿estás enojado?

Marcos levantó la cabeza para mirar a Maybe que estaba de pie ante él.

—No, ¿por qué?

—Porque ni me has hablado ni te ha importado que todavía no me vaya.

—No estoy enojado y conversamos todos en la mesa, no sé a qué te refieres.

—A que apenas me has mirado.

—¿Tendría que hacerlo?

—En realidad, no.

—¿Entonces? No estoy enojado y te he mirado cuando te he hablado, ¿querías más?

—No, no es eso.

—Quizás estás sensible porque todavía no puedes salir de este mugroso lugar. Sé que lo que más anhelas es volver a tu capital.

—La verdad es que sí —respondió con brusquedad.

—¿Y entonces por qué te preocupa si yo, un huaso bruto, te mira o no? Tú te vas y estoy seguro de que no volverás a poner un pie en este lugar. Es más, ni siquiera vas a volver a pensar en mí o en alguno de nosotros.

—Estás enojado.

—No, Maybe, no estoy enojado, pero no me pidas que quiera ser tu amigo si tú estás ansiosa por irte para alejarte de los campesinos que no estamos a tu altura y no vas a querer volver nunca más.

—No es un mugroso lugar.

—Lo sé, pero a ti no te gusta.

—Para ti la capital también es mugrosa.

—Bueno, da igual.

El niño llamó la atención de su papá porque había encontrado un bichito y

lo tenía aplastado entre sus dedos. Marcos se olvidó de Maybe y se dedicó al cien a su hijo.

Maybe frunció los labios, entre triste y molesta, quizás ella había cometido un error al decir aquello, pero él no lo estaba haciendo mejor, ignorándola.

Marcos sintió que no se había comportado bien con la chica, sin embargo, no hizo nada, simplemente, se quedó con su hijo jugando, más tarde tendría que ir al campo y quería estar con él, el mayor tiempo posible.

Aquella tarde, cuando volvió a su casa, la encontró vacía, lo cual le sorprendió, pues se suponía que ya debían estar allí su hermano, su cuñada y, por supuesto, su hijo. Sacó su celular del pantalón y llamó a Rodrigo.

—Seguimos en la casa del abuelo de Victoria, ven para acá, todavía tenemos para rato, hubo un problema —le explicó Rodrigo de forma escueta.

—¿Un problema? ¿Con qué? —preguntó al tiempo que se volvía a subir a la camioneta.

—Será mejor que vengas.

—Sí, sí, voy en camino.

Marcos, en el trayecto, se imaginó lo peor, de todos modos, fue incapaz de imaginarse lo que realmente había sucedido, pues al llegar a casa de don Enrique, lo primero que vio fue a Maybe llorando desconsolada y a Trini a su lado, intentaba tranquilizarla, al parecer sin éxito. El recién llegado buscó la mirada de su hermano para una explicación, pero este no hizo más que un

gesto que el hermano no pudo descifrar. Marcos se acercó a la joven. Trini le cedió su lugar.

—¿Qué pasó? —le preguntó con suavidad.

—Él atacó a mi familia —respondió la joven entre hipidos.

—¿Quién?

—Hernán, el ex de Noemí.

—¿Le pasó algo a tu familia?

—No, no, por suerte lograron salir ilesos, pero ya no estoy segura en ningún lugar, ese hombre sabe todo de mí, y si algo les pasa a mis papás o a mi hermanito...

—Tranquila, todo estará bien.

—¿Y si viene para acá?

—No pienses en eso.

—No puedo no pensar, me volvió a mandar otro mensaje.

—¿Qué te dijo?

—Que no me podía escapar de él, que él sabe muy bien dónde y con quién estoy.

—No le hagas caso.

—No puedo no hacer caso si él llegó hasta Copiapó para hacerle daño a mi familia. ¡Imagínate! En cualquier momento viene para acá. Mi familia ya está con protección...

El teléfono de la joven la interrumpió con un mensaje entrante, ella lloró con más fuerza.

—Es él.

Marcos tomó el celular de la mesita que estaba a su lado y entrecerró los ojos al ver la pantalla rota. Se lo entregó para que le quitara el bloqueo; él abrió el mensaje.

—Rodrigo —llamó a su hermano con voz trémula.

El aludido llegó de inmediato y vio el mensaje que había llegado. La respiración y los colores se escaparon del rostro de Rodrigo.

—¿Qué pasa? ¿Qué escribió? ¿Viene para acá? —apostilló Maybe, más asustada, si era posible.

Ninguno de los dos contestó.

—¿Qué pasa? —preguntó Victoria—. ¿Qué dice el mensaje?

Los dos hermanos intercambiaron miradas de duda, finalmente, Rodrigo le entregó el teléfono a su esposa.

—¿¡Hernán Montes?! ¿Hernán Montes es el tipo que andaba con Noemí? —exclamó Victoria—. Con tantos Hernán que hay en el mundo, ¿tenía que ser el mismo? —protestó enojada.

—¿Lo... conocen? —consultó Maybe.

—Es el tipo del que te hablamos el otro día —le recordó Rodrigo.

—Ese tipo no está en contra tuya ni de Noemí, Maybe, ese tipo nos busca

a nosotros —le explicó Marcos.

—¿Y qué tengo que ver en esto, entonces?

—Nada. Tú estabas en el lugar equivocado, en el momento equivocado. Nada más. Le hacía daño a Noemí, le hacía daño a Trini y con ella a la familia, a don Enrique, a Victoria y con Victoria, a nosotros. Ese tipo puede ser muy truculento si quiere.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Nada. Esperar a que llegue, luego de avisar a la policía, claro está.

—¿Va a venir?

—Es lo más seguro.

—Pero... pero... —tartamudeó Maybe, sin poder controlar su miedo.

—No te preocupes, lo conocemos, así que lo atraparemos y luego serás libre para irte —afirmó, con cierto dejo de molestia, Marcos.

Maybe alzó su vista hacia él, no dijo nada, sabía que estaba enojado con ella. Y lo merecía. Rodrigo le devolvió el celular y ella casi lo tiró a la mesita ratona.

—Bueno, yo me voy, mi hijo tiene que ir a dormir, cualquier cosa me avisan —dijo Marcos y se levantó, quería, no, anhelaba quedarse, pero no quería ver la cara de decepción de ella porque no podría salir del campo todavía.

Maybe lo miró ansiosa.

—¿Te vas a ir? —le preguntó casi sin voz.

—Sí, ya es tarde y tengo un hijo que debe dormir.

Ella aceptó con la cabeza.

—Buenas noches —se despidió él en general.

Todos se despidieron menos Maybe, quien no quería que se fuera.

—¿Ustedes se van más tarde o se van a quedar aquí? —le preguntó Marcos a su hermano.

—Nos vamos en un rato —contestó Rodrigo—. Vamos a esperar noticias, los padres de Maybe están en el hospital y queremos saber cómo están.

—Nos vemos en la casa, entonces —replicó con algo de brusquedad.

Marcos salió de la casa con su hijo y manejó con lentitud; las calles no estaban pavimentadas y de noche se podían volver muy peligrosas. Además, su ánimo no era el mejor y también podía jugarle una mala pasada. Estaba preocupado por Maybe y su familia, sí, así y todo, no quiso quedarse, no quería seguir sintiéndose atraído a esa chica que lo único que quería era salir arrancando de allí y alejarse lo más pronto posible.

—Pa-pá —habló el niño.

—Hijo, dime.

—Pa-pá —volvió a decir.

—Te amo, hijo —expresó el padre con cariño.

El niño comenzó a balbucear como si estuviera contándole algo.

—¿Qué pasa, hijo?

Camilito largó una risa que obligó al padre a mirarlo por el espejo retrovisor.

—Tan feliz que ha andado mi bebé.

El niño respondió con un balbuceo ininteligible. De verdad, parecía que contara algo muy interesante para él.

—Ah, por eso has estado tan feliz —comentó el padre.

—Ma-má.

—¿La mamá?

—Da —asintió el niño con una cabeceada.

—¿Dónde está la mamá?

—Ta —contesta el niño.

Marcos no logró comprender lo que el niño quiso decir; no su particular idioma, sino que sus palabras.

—Ma-má —repitió

—¿Quieres ir a ver a la mamá? Mañana vamos con la mamá, ¿ya?

El niño, por respuesta, gimoteó molesto.

—¿Qué pasa, hijo? ¿Qué quieres decirme?

El niño hizo unos pucheros enojados y se largó a llorar con mucha pena.

—Ma-má —articuló todavía disgustado.

Marcos detuvo la camioneta a un costado del camino y se volvió a mirar a

su hijo para consolarlo, pero, en cuanto lo hace, ve a Teresa en el asiento al lado de Camilito.

—¡Teresa! —murmuró sin comprender la presencia de su ex mujer dentro de la camioneta.

—Devuélvete a la casa de don Enrique, mi amor, no se queden en la casa grande —habló la mujer.

—¿Qué?

—Debo irme, no puedo estar mucho rato, pero, por favor, no te quedes en la casa, vuelve al rancho de don Enrique y quédense allá.

—Claro, claro, mi amor. Te amo —expresó Marcos sin saber qué decir.

—Y yo a ti. —Le sonrió la mujer con la ternura que solo él conoció.

—Ma-má —dijo el niño.

—Te amo, mi pequeño —le dijo la mujer antes de desaparecer.

—Da —respondió el niño.

Marcos se quedó contemplando a su hijo con emoción.

—Ma-má —le contó Camilito a su papá.

—Sí, campeón, la mamá nos vino a ver —reafirmó Marcos—, Vamos, que debemos devolvernos.

Verlos llegar de vuelta al rancho El Terrano, les llamó la atención a todos.

—Marcos, ¿qué pasó? —le preguntó Rodrigo a su hermano en cuanto lo vio.

—No sé, me dio un mal presentimiento y volví —respondió de ese modo pues pensó que, si contaba la advertencia de Teresa, lo tildarían de loco.

—Bueno, muchacho, me alegra que se queden, la pieza del fondo está lista, allí se pueden quedar con el niño —le indicó el dueño de casa—. Y así se queda mi nieta también.

—Gracias, don Enrique.

Uno de los guardias del dueño de casa se acercó a él y le entregó un papel, el que leyó de inmediato.

—¿Ese tipo está cubierto de aceite? —farfulló, molesto.

—¿Qué pasó? —preguntó Rodrigo.

—Hernán Montes desapareció.

—¿Cómo que desapareció?

—Eso. No saben dónde está. Se suponía que lo tenían vigilado, pero se les escapó. Segunda vez ya. La primera vez, esta mañana cuando se les perdió en Copiapó y ahora, que no tienen idea de dónde está.

—¡Por la cresta! ¿Es que ese tipo no va a dejar nunca de molestarnos? —exclamó Rodrigo.

—Cuida tus palabras, Rodrigo, que hay mujeres y niños presentes —lo reconvinó el abuelo—. Yo también tengo rabia e impotencia, pero gritar no servirá de nada.

—Lo siento, don Enrique, es que solo recordar lo que le hizo a Victoria...

El viejo se acercó a su nieto político y le puso la mano en su hombro, a modo de apoyo.

—¿Crees que no me pasa lo mismo? Al menos estamos todos juntos aquí. Nos cuidaremos las espaldas, las mujeres no pueden andar solas, ¿me oyeron? —se dirigió a ellas—. Si van a salir de la casa, deben hacerlo acompañadas. Mis hombres las cuidarán todo el tiempo y para ello es mejor que se mantengan juntas.

—Sí, don Enrique —contestaron todas a coro.

—Esperaremos; si ese tipo desapareció y si su mensaje iba dirigido a nosotros, lo más posible es que se venga para acá y lo estaremos esperando.

—Claro que sí, esta vez no se nos va a escapar —aseguró Rodrigo.

—No lo permitiremos —afirmó Marcos.

Maybe se había sentado en el suelo en un rincón de la sala. Marcos la sintió tan sola y desamparada, que decidió ir a conversar con ella. Le entregó el niño a su hermano.

—¿Lo puedes ver un ratito? —le preguntó indicando al mismo tiempo a la joven.

—Claro que sí, no te preocupes. Ven acá, sobrino, qué bueno que se hayan devuelto y estés con tu tío favorito.

El niño mira a Rodrigo y le toma la cara.

—Ma-má —le dice.

—¿Mamá?

—Ato.

—¿Auto?

—Da.

Rodrigo le dirigió una mirada interrogante a su hermano, con la confusión estampada en la cara.

—Más tarde te cuento —aceptó Marcos, definitivamente, su hijo era un soplón.

El niño volvió a tomar la cara de su tío para llamar su atención.

—Ma-má —le contó—, ato.

—¿La mamá estaba en el auto?

—Ma-mo.

—¿La mamá te ama?

—Da. Ma-mo —confirmó

—Tu mamá te ama.

—Da. pa-pá.

—Al papá también.

—Da.

Rodrigo sonrió y le dio un beso a su sobrino. Pensó que quizás el mal presentimiento de su hermano no fue algo propio de él. Tal vez, solo tal vez, Teresa le avisó de algo y por eso se devolvieron.

—¡Tío! —le gritó el niño a Rodrigo.

—Perdón, ¿qué pasa?

—Ma-mo —dice y le da un beso.

—Yo también te amo, mi sobrino favorito.

El niño rio; cada vez estaba más hablador y se le entendía más lo que decía, eso le gustaba, ya que por ser tan “conversador”, se frustraba cuando los adultos no lograban comprenderlo. Claro que, con tantos adultos en ambas casas, que lo cuidaban, lo querían, lo hablaban y lo estimulaban, hablar para él era un mero trámite.

Capítulo 9

Marcos se paró al lado de Maybe, ella estaba sentada frente al enorme ventanal, miraba hacia afuera, o eso pretendía, pues, con la oscuridad exterior, era difícil que viera algo.

—¿Cómo te sientes? ¿Hablaste con tu familia? —le preguntó Marcos a Maybe.

—Sí, hablé con mi mamá hace un rato.

—¿Cómo están?

—Bien, un poco asustados, mi hermano chico está en el hospital, tuvo una descompensación, se asustó mucho.

—Me imagino, ¿qué edad tiene?

—Once.

—Es pequeño todavía, para él debe haber sido terrible.

—Sí. —Maybe se largó a llorar con total desconsuelo.

—Ya, tranquila, ellos estarán bien —la tranquilizó Marcos—, no les pasó nada y dudo que él vuelva a acercarse a ellos. Ya verás que muy pronto estarás con tu familia de nuevo.

Maybe no contestó, solo se quedó mirando hacia afuera. Marcos se agachó

a su lado y la rodeó con los brazos para levantarla del suelo. Ella se abrazó a él y se mantuvo así por un largo rato.

—Marcos —lo habló Victoria—, ¿puedes venir un rato? Camilito no quiere comer.

La pareja se apartó. Marcos buscó la mirada de Maybe, tenía los ojos rojos por el llanto.

—Ya vuelvo, tranquila, ¿ya?

—Gracias.

Marcos se dirigió a la cocina y allí vio a su hijo jugando feliz con su tío.

—¿Qué pasa, cuñadita? Camilo no come a esta hora, así que, ¿qué me quieres decir?

Victoria no contestó, solo bajó la cabeza, algo avergonzada.

—A mi mujer no le gusta tu cercanía con Maybe —le contó Rodrigo.

—¿Y eso? ¿Por qué?

—Porque resulta que ella no quiere nada con este lugar, no le gusta el campo, tampoco que ningún hombre le diga lo que tiene que hacer, pero resulta que cuando está en problemas, como ahora, no tiene ningún tapujo en buscarte —reclamó Victoria.

Marcos sonrió condescendiente.

—¿Crees que no lo sé? Sé que Maybe está ansiosa por volver a la ciudad, por salir de aquí; pero ahora está en problemas y...

—¡Ese es el problema! —lo interrumpió ella—. Que te busca cuando tiene problemas, le da lo mismo que tú te sientas atraído por ella, debe ser de estas minas que les da lo mismo a quien aplasten con tal de conseguir sus metas.

—Cuñadita, no te preocupes, te aseguro que no me aplastará ni tiene ninguna meta más que irse de aquí.

—Entonces deja que mi abuelo se haga cargo de ella; Trini, o quien sea, ¿por qué tienes que ser tú?

—Pareces esposa celosa, ni a mí me haces este tipo de escena —ironizó Rodrigo.

—Peor que eso, hermano —se burló Marcos.

—Ríanse de mí, nomás, cuando te quedes llorando y sin saber qué hacer, ahí me van a encontrar la razón.

—Maybe y yo no tenemos ninguna oportunidad, deja de preocuparte o me llevaré un buen combo de tu marido creyendo que entre tú y yo hay algo.

—Bueno. No me hagas caso. Pero después no digas que no te lo dije.

—Como digas, cuñadita.

Marcos abrazó a Victoria, apoyó su barbilla en la cabeza de la joven y miró a su hermano.

—Teresa sigue conmigo —musitó—, Maybe es linda, pero todavía no estoy preparado para entregar mi corazón a otra mujer. No creo que ella sea para mí y sé que debo esperar para volver a enamorarme.

—No quiero que te vuelvas a equivocar.

—¿Tú crees que yo sí?

&&&

Al rato, el cansancio hizo presa de Maybe, quería ir a acostarse, pero como ella estaba ocupando el dormitorio de Victoria y ellos se quedarían allí, no sabía dónde la reubicarían. En un momento en el que el dueño de casa se apartó del resto, ella se le acercó.

—Disculpe, don Enrique, pero quería hacerle una consulta.

—Claro, hija, dime.

—Es que el dormitorio donde duermo...

—No te preocupes —la interrumpió el hombre que intuyó la duda de ella—, tú sigue durmiendo en tu pieza, Rodrigo y mi nieta se acomodarán en otra. Dormitorios es lo que más sobra en esta casa.

—¿Y ella no se enojará?

—Claro que no. Esa pieza es de soltera, ellos se quedarán en una pieza con una cama más grande.

—Gracias, es que me duele un poco la cabeza y quiero ir a dormir.

—Ve y descansa, hija, no te preocupes por nada.

—Buenas noches, don Enrique, muchas gracias por todo.

—Buenas noches, hija.

El hombre le dio un beso en la frente y luego Maybe se despidió del resto de la familia en general.

Una vez en su cuarto, la joven se sentó en la cama, no tenía ganas de nada. En su mente, analizó lo ocurrido, no solo aquel día, sino en los pasados también, incluso, se replanteó su propia vida, sus intereses y motivos. Extrañaba a sus padres. Quería estar con ellos. Si algo les hubiera pasado, no se lo perdonaría; la última vez que habían hablado, habían terminado discutiendo. ¿Por qué? Ya ni lo recordaba. Seguramente, le habían pedido explicaciones de lo que hacía y no hacía en la capital; o quizás su padre se había puesto majadero con aquello de que se cuidara y que no confiara en cualquiera. ¡Cuánta razón tenía! Sí, era cierto que las mujeres no deberían estar protegiéndose de los hombres, pero no era menos cierto que no se podía andar tranquila por la vida creyendo que todas son buenas personas. Su amiga había confiado en un hombre que no tenía escrúpulos en hacer daño y ahora ella y su familia estaban en peligro.

Unos golpes en la puerta la hicieron sobresaltar.

—Pase —dijo con el corazón en la mano.

—Maybe —habló Marcos—, ¿puedes venir?

—¿Qué pasó?

—Nada malo, llegaron los oficiales.

La joven se puso de pie, sin embargo, sus piernas flaquearon, tenía miedo, no sabía cómo podría seguir viviendo con ese trauma que estaba viviendo.

Marcos le extendió su mano a modo de apoyo.

—¿Cómo te sientes?

—No sé.

—Tranquila, ahora te vas a alegrar.

De la mano llegaron al salón, donde lo primero que vio la joven fue a su hermanito pequeño; por un momento, se perdió en el tiempo y en el espacio y no supo dónde estaba. Tuvo que afirmarse de Marcos para no caer por la impresión.

Con ojos llorosos, alzó su vista y vio a sus padres que la observaban con el mismo amor de siempre.

Se soltó del agarre de Marcos y corrió a los brazos de sus progenitores, quienes la recibieron con efusividad.

—¿Có... cómo es que están aquí? —balbuceó entre sollozos.

—El detective Estévez nos trajo para acá para verte y así estar todos juntos en caso de que ese hombre quiera volver a atacar —le explicó el papá, tan emocionado como ella.

—Los echaba mucho de menos. Y tú, ¿cómo estás? —le preguntó al hermano.

El niño se encogió de hombros. Ella sonrió de un modo muy amoroso.

—Te quiero, mi niño, estoy muy contenta de verte.

Ella lo abrazó con fuerza, pero de vuelta, solo recibió unas palmaditas en la espalda.

Marcos se sorprendió de la reacción del niño, pareció reacio a las muestras de afecto de su hermana, sin embargo, a ella, en vez de molestarle, la alegró.

—¿Te puedo dar un besito?

Allen acercó su cabeza y ella besó su coronilla. Entonces, el niño se agarró del dedo índice de su hermana y así se quedó, sin moverse de su lado.

—¿Cómo estás? —preguntó el padre a Maybe al tiempo que se acercó a ella y acarició su mejilla.

—Bien, bien, pero los echaba mucho de menos.

La joven se abrazó a su papá y cerró los ojos. No se sentía bien.

—Nosotros estábamos muy preocupados por ti.

—¿No están enojados conmigo?

—No, mi amor, ¿cómo vamos a estar enojados contigo? ¿Por qué?

—Es que el otro día...

El hombre apartó a su hija y acunó su cara con delicadeza.

—Eres nuestra hija; eres joven e impulsiva, nosotros también pasamos por eso y el hecho de que discutamos no quiere decir que nos enojemos contigo o que no te entendamos.

—Te quiero, papi.

Pablo le sonrió y le dedicó una tierna sonrisa.

—Y yo a ti, mi princesa.

Dos horas más tarde, luego de que los recién llegados comieran y conversaran de todo lo acontecido, se dispusieron a ir a dormir. Como había dicho el abuelo de Victoria, los dormitorios sobaban en aquella casona. Allen no se separó de su hermana y no habló con nadie.

—¿Quieres dormir conmigo? —le preguntó Maybe a su hermanito.

Por respuesta, el niño se encogió de hombros.

—¿O quieres dormir con los papás?

No hubo respuesta ni gesto.

—Vamos, la pieza en la que yo duermo está por acá. Di: “Buenas noches”.

El niño dio una rápida mirada a todos, sin embargo, no pronunció palabra.

—Ya, pues, diga: “Buenas noches” —insistió la madre.

El niño se escondió detrás de Maybe.

—No se preocupe, ha pasado por mucho y aquí somos todos desconocidos para él —concilió el abuelo y le cerró un ojo al pequeño.

—A él le cuesta expresarse —explicó la hermana.

—No hay problema, es solo un niño. Buenas noches, que descansen.

Los dos hermanos caminaron de la mano por el pasillo hasta la habitación.

—Aquí hay mucha gente —le dijo el niño a su hermana cuando ya estaban listos para dormir.

—Sí, mi amor, pero ya te acostumbrarás.

—El tata me gustó.

—¿Don Enrique? Sí, es un buen hombre.

—Me gusta esta casa, tiene olor rico.

—¿Sí?

—Sí. ¿Aquí hay escuelas?

—Supongo que sí.

—Si no hay, quiero vivir aquí.

—Fresco, ¿no quieres ir a la escuela?

—No me gusta.

—Bueno, ahora vas a tener muchos días libres sin escuela.

—Eso me dijo mi mamá.

—Sí, ahora duérmete porque es muy tarde.

—Ya.

El niño cerró los ojos y se durmió casi enseguida. Maybe lo contempló durante varios minutos. Su hermanito tenía un trastorno del espectro autista, lo que impedía su desarrollo social normal y algunos otros problemas, en su caso, todos leves, de todas formas, para su familia no había sido fácil lidiar con la incomprensión de los demás, sobre todo en el colegio; por esa razón ya no quería asistir a ella.

Marcos, por su parte, llevó a su hijo, que estaba dormido en sus brazos,

hasta la cuna que colocaron al lado de la cama, allí le quitó los zapatos y lo cubrió. Salió al jardín, necesitaba pensar y tomar aire. Se sentó en la escalerilla de la entrada y encendió un cigarrillo.

Su pensamiento viajó hasta Fermín Carreño, el hombre que tanto daño le hizo y que ahora buscaba enmendar su error con unas tierras casi en ruinas. ¿Sería que en realidad quería arreglarlo todo o sería la culpa que no lo dejaba morir en paz? Una pequeña sonrisa se asomó a sus labios: enamorado de su mamá, ¿quién iba a decirle que el amor misterioso del que tanto se hablaba en el pueblo se llamaba Sonia Vilches, y era su madre?

—¿No puedes dormir? —La voz de Rodrigo interrumpió sus pensamientos.

—No, ¿y tú?

—Camilito despertó, Victoria se quedó con él mientras yo venía a buscarte.

Marcos se puso en pie con celeridad y se apresuró a llegar al dormitorio donde su hijo se encontraba en los brazos de su cuñada, la que le hizo un gesto de silencio. El niño se había vuelto a dormir. Al rato, el padre tomó a su hijo y lo volvió a acostar.

—Gracias.

—No hay problema, ¿dónde estabas?

—Salí a tomar un poco de aire.

—¿Pasa algo? ¿Estás bien?

—No, no, solo no podía dormir.

—¿Seguro?

—Sí, seguro.

—Ya sé —le dijo con un tono de ironía—, te dan miedo tus suegros.

—¡Loca! —Se rio Marcos de la ocurrencia de Victoria.

—Te van a querer, no te preocupes, si el tema es que ella te quiera.

—Andas pesadita, cuñada.

—Ya, no te enojés. Buenas noches.

—Buenas noches.

Se despidieron de un beso en la cara y los hermanos de un abrazo.

Marcos se quedó de pie contemplando a su hijo que dormía tranquilo, ajeno a todo lo malo que estaba ocurriendo en la casa. Después de un rato, se acostó en la cama, sabía que él también necesitaba dormir y dejar de pensar tanto.

Apenas cerró los ojos, el fuerte galope de caballos lo alertaron, luego, se escucharon unos gritos.

—¡Patrón! ¡Patrón! —gritaban unos hombres afuera.

Raudo, se levantó y salió al tiempo que los demás también salían de sus cuartos para ir a ver lo que ocurría.

—Las mujeres, quédense aquí dentro —ordenó el dueño de casa de un

modo que no admitía réplica.

Los hombres salieron de la casa y se encontraron con dos peones del fundo de los Fernández.

—¿Qué pasa? —interrogó don Enrique.

—¡La casa grande se está quemando, ñor! —respondió uno de los hombres de Rodrigo.

—¿¡Qué?! —gritaron los hermanos Fernández a una—. ¡Vamos!

—¿Puedo ayudar? —preguntó Pablo, el padre de Maybe, sin saber muy bien qué hacer.

—Si quiere, puede ir con nosotros —respondió Marcos.

Los tres hombres se subieron a la camioneta de Rodrigo y se dirigieron a toda prisa a la casa grande. El abuelo se encaminó a la cuadra, donde dormían varios de sus hombres y los despertó.

—El Terranova se está quemando, vayan algunos a ayudar y otros a mi casa para cuidar de las mujeres. Esto ha de ser obra de ese hombre.

—Sí, patrón —respondieron a una y dispuestos a obedecer al anciano.

En la casa, las mujeres esperaban ansiosas a los hombres para saber lo que ocurría.

—Hay que llamar al detective Estévez —expresó don Enrique, blanco como un papel, y se dejó caer como un plomo sobre una silla.

—¿Qué pasó, abuelo? —preguntó Victoria.

—Se está incendiando tu casa, hija, dichoso Marcos que decidió quedarse aquí y con él, ustedes, de otro modo... No quiero ni pensar en lo que podría haber pasado.

Capítulo 10

Camilito lloró en su dormitorio y Maybe se apresuró a verlo a su habitación. Victoria estaba con su abuelo, no se veía nada bien.

—Pa-pá —sollozó el niño.

—El papá ya viene, ¿ya? —le aseguró la joven mientras lo tomaba en brazos.

—Da —gimió.

—Tranquilito, ¿ya? Sin llorar.

El niño apoyó su cabecita en el hombro de la joven y se volvió a dormir. Ella se sentó en la cama con él y al ver que no despertó, lo iba a acostar en la cuna, pero el niño abrió los ojos e hizo un puchero, no quería quedarse solito. Maybe se lo dejó en los brazos.

—Yo me voy a quedar contigo, ¿ya?

El pequeño no contestó, le tomó la mano y la apretó muy fuerte, como si tuviera miedo de que ella se fuera.

—No me voy a ir, mi bebé.

—Pa-pá —volvió a lloriquear.

—Ya viene el papá. Yo voy a quedarme aquí.

—Tuto.

—Sí, yo me voy a quedar a hacer *tuto* contigo.

—Da.

La joven corrió la cama hasta la pared y luego acostó al niño allí, él abrió los ojos y ella se acostó a su lado; el niño la agarró del pijama con una mano y con la otra le tomó un dedo. Así se quedaron mucho rato. Si Maybe se movía, Camilito despertaba, hasta que ambos, sin darse cuenta, se durmieron profundamente.

Casi al amanecer, regresaron los hermanos y Pablo, casi todos continuaban despiertos en la sala, excepto Sandra, que se había ido a acostar con su hijo que estuvo muy asustado durante la noche; y Maybe, que seguía acostada con Camilo.

Marcos se dirigió al cuarto y allí observó a Maybe y a su hijo, dormidos, tomados de la mano. El corazón se le encogió y se le ensanchó en segundos. Se acercó a la cama y cubrió a la chica con la sábana. Ella abrió los ojos y se quiso incorporar.

—Quédate ahí, sigue durmiendo, es muy temprano todavía —le susurró él.

—¿Qué pasó? ¿Y tú no te vas a acostar?

—Debo darme una ducha primero y luego quiero comer algo, ha sido una larga noche.

—¿Fue muy grave?

—No, no. Duerme, todavía no amanece. Más tarde hablamos.

Marcos se acercó para darle un beso y ella, sin pensar, ofreció sus labios.

—Gracias por cuidar de mi hijo.

Él volvió a darle un beso. Ella sonrió por respuesta.

—No me quería soltar —le contó ella al tiempo que le enseñó sus manitas agarrándola.

—Yo tampoco querría.

Lo dijo en serio. El estado en el que se encontraba en ese momento produjo cierta vulnerabilidad en el hombre que sentía que necesitaba a Maybe más que nunca.

—Duerme, linda, descansa.

Marcos le acarició el cabello a Maybe hasta que se durmió; luego, salió de la habitación, afuera lo esperaba su hermano que ya se había duchado.

—En la pieza te dejé la ropa que trajimos, para que te bañes —le indicó.

—Gracias.

—¿Cómo está el niño?

—Bien agarrado a Maybe.

—Seguramente echó de menos su casa y a ti. Este es un lugar desconocido para él, para dormir, digo, porque de día es feliz aquí.

—Sí, y con todo el revuelo de ayer, debe haber estado alterado igual.

—Sí, también debe haberle afectado; mal que mal, los ánimos no han estado bien y eso ellos lo sienten, aunque no lo comprendan.

—Sí. —Suspiró—. Bueno, ya me voy a bañar a ver si se me sale un poco el olor a humo y me relajo un poco.

Rodrigo le dio una palmada en el hombro y se fue rumbo a la sala; su hermano, al dormitorio para meterse a la ducha.

El hombre se quedó bajo el agua durante mucho rato. Le había sorprendido ver a Maybe con su hijo, durmiendo juntos. Y lo alegró. Después de ver el desastre en la casa y que pudo haber sido fatal para ellos...

—Gracias, Teresa, de no ser por ti, quizá nuestro hijo y yo no estaríamos vivos —susurró con el agua cayendo sobre su cara.

Cerró el chorro, no se sentía mejor, pero ya era hora de vestirse. Se dirigió a la cocina, necesitaba comer algo.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó el abuelo cuando todos se reunieron en la cocina—. Ese tipo es muy escurridizo y está muy enojado.

—Estamos intentando cercarlo, pero se nos ha escapado una y otra vez —explicó Alex Estévez.

El cenicero de un mueble cercano cayó sin razón aparente. Todos voltearon a ver, menos Marcos, que vio a Teresa en el vidrio de la ventana.

—Está en nuestra casa —le dijo la mujer.

—¿Nuestra casa? —repitió, en voz alta Marcos, que no comprendió las

palabras de ella.

—¿Qué dices, hermano? —preguntó Rodrigo que, en el mismo instante en el que observó a Marcos, se dio cuenta de que Teresa se encontraba ahí.

—Está en nuestra casa —repitió, meditabundo.

—¿De qué casa habla, señor Fernández? —interrogó Alex.

Marcos dudó, no sabía lo que significaban esas palabras. Pensó y pensó buscando respuestas.

—¡Ya sé dónde está! —exclamó incorporándose.

—¿Dónde?

—En mi antigua casa. ¡Sí! Esa es la única casa que compartí con Teresa —analizó.

—¿Queda muy lejos?

—En auto, casi nada, se encuentra en los terrenos del fundo de Rodrigo —explicó.

—No creo que nos convenga ir en vehículo, nos sentirá y puede escapar antes que llegemos con él —objetó Alex Estévez.

—Se pueden dejar los autos alejados, pero de todos modos cerca del lugar —sugirió Marcos.

—Sí, de hecho, desde aquí no podríamos ir a pie —agregó Rodrigo.

—Vamos, entonces.

Marcos tomó un pan para llevárselo, no había tenido tiempo de comer y

todavía le quedaba un buen rato para hacerlo. Se lo comería en el camino.

Dejaron los autos a una buena distancia de la pequeña casita. Se acercaron sigilosos y rodearon la casa.

El detective Estévez y sus oficiales ingresaron al lugar y vieron al hombre durmiendo plácido, como si nada temiera, seguro de que a nadie se le ocurriría buscar allí.

—¡Hey, tú! —lo despertó Alex de una patada.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Cómo...?

—Te pillamos, ya no te volverás a escapar.

Marcos entró a su ex casa y, nada más ver a Hernán, se lanzó directo hacia él. Le propinó unos fuertes golpes. Alex solo miró, no intervino por un buen rato.

—Ya, Marcos, basta —lo frenó cuando consideró que ya era suficiente.

—¡Desgraciado! ¿Me querías matar? ¿Querías matar a mi hijo?

—Lástima que tú y tu guacho se salvaron —se burló Héctor.

Marcos se le quiso volver a lanzar, pero fue detenido por los oficiales.

—Déjelo, no vale la pena. Ya pagará por todo —reconvino Alex.

—Tarde viene la recomendación, oficial. Este guacho debió dejarme hace mucho rato, cuando todavía trabajaba *pa'* Rodrigo... Su hermano, ja. Un guacho abandonado era más que yo y se creía con derecho a *mandonearme*. Más encima, los dos peleaban por la misma mina, una puta que se acostaba

con medio mundo... Una puta que te encajó un crío de anda tú a saber de quién, debió morirse junto con la...

En ese instante, Marcos luchó por soltarse de los oficiales para volver a golpear a su enemigo. Alex les dio una señal y sus hombres lo soltaron. Marcos le pegó con toda la rabia de escucharlo hablar.

Pasado un rato, Alex dio la orden de que apartaran a Marcos.

—Me las van a pagar —amenazó Hernán—, miren cómo me dejó.

—Te metiste a su rancho y viniste a robar a su antigua morada, lo que haya hecho fue en defensa propia —explicó Alex con sarcasmo.

—¡Ustedes estaban aquí y no fue en defensa propia; yo ni siquiera lo atacué!

—Porque eres un cobarde que solo es capaz de golpear mujeres —escupió Marcos, furioso.

—Yo llegué más tarde, él solo te tenía reducido, no vi que te golpeará —replicó Alex.

—¿No te importa que me pegara? Yo tengo derechos.

—Los mismos derechos que tenía Noemí, Maybe y su familia. ¿No que eres tan *chorito* para golpear mujeres y niños indefensos? ¿No eres tan valiente para querer asesinar a un bebé? Para mí, Hernán Montes, tus derechos valen mierda. Si no permito que te siga pegando, no es por ti, es por él, porque la justicia, lamentablemente, vela más por los derechos de los

delincuentes que por los derechos de la gente decente y, a veces, un poco de justicia por propia mano no está mal.

—Me las van a pagar.

—Te informo, mi amigo, que cuando se enteren en la cárcel que quisiste atacar a dos niños, no te la van a perdonar. Y más de alguno, dentro, odia que se les pegue a las mujeres. Llévenselo —ordenó a sus hombres.

—Espero que esta vez no salga —comentó Marcos.

—Les aseguro que esta vez no saldrá vivo. Hombres como este no deberían vivir.

—Gracias.

—Es mi trabajo. Vamos.

Volvieron a la casa. Hernán Montes quedó esposado en el auto mientras los oficiales tomaban desayuno. Enrique Subercaseaux no aceptó excusas, pues unos minutos más o unos minutos menos, no haría gran diferencia para llevar a ese tipo a la capital para ser enjuiciado y era un viaje largo, les dijo para convencerlos.

&&&

A las nueve de la mañana, la casa volvió a estar en paz.

—Ha sido una noche larga. Hay que dormir, aunque sea un rato —indicó

el abuelo.

—Camilo ya se va a despertar —replicó Marcos.

—No se preocupe, niño, nosotros lo cuidaremos, vaya a dormir, aunque sea un rato —le dijo Trini.

—Ya, voy un rato porque después tengo que salir.

—Acuéstese en la pieza del lado donde iba a dormir usted, esa está preparada —le informó Trini.

—Gracias.

Marcos llegó al pasillo y, antes de entrar al cuarto donde dormiría, abrió la puerta donde estaban Maybe con su hijo y los vio dormir solo un segundo, y se fue a acostar.

La cama se le hizo apetecible, estaba muy cansado. Se tiró al lecho y cerró los ojos.

—Gracias, amor —le susurró a Teresa.

—Ya no soy tu amor.

—Siempre lo serás —respondió a su ex mujer sin abrir los ojos.

—Estás amando de nuevo.

—¿Tú crees?

—Vas por buen camino.

—¿Y qué saco con amarla si de nuevo seré solo yo quien se entregue? Ella ni siquiera se quiere quedar aquí.

—No será así.

—Ya no quiero sufrir.

—No tengas miedo. Siempre los voy a cuidar. Siempre.

—Suenas a despedida.

—Sabes que me tengo que ir, aunque siempre los voy a cuidar.

—Te amo.

—Lo sé y yo también te amo. Dale un beso a nuestro hijo de mi parte y dile que lo amo mucho.

—Cada día se lo diré.

—Adiós, amor.

—Adiós, pequeña.

El roce de los labios de Teresa en los suyos le hizo entrar en un letargo que lo llevó a un profundo sueño.

Al despertar, lo primero que hizo fue mirar su celular para ver la hora: las doce y media. Solo había dormido tres horas y se sentía como nuevo. No quedaba rastro del cansancio de la madrugada. Se sentía feliz. Teresa le había dejado un último regalo: un buen descanso, energías renovadas y sus heridas emocionales cada vez más cicatrizadas.

Se encaminó a la cocina cuando se topó con Maybe que venía en sentido contrario por el pasillo.

—¿Y tú? ¿Tan luego que te despertaste?

—Sí, ya no tengo sueño, ¿cómo estás?

—Bien, bien, Camilito está en la cocina, almorzando.

—Gracias por cuidarlo.

—No fue nada.

—¿Y tu familia?

—Mi papá está durmiendo y mi mamá con mi hermano en la cocina.

—Yo tengo que salir más tarde con Camilito, ¿quieres ir conmigo?

—Bueno, ¿dónde van a ir?

—A ver al actual dueño de mis nuevas tierras.

Maybe lo miró sin comprender.

—Ya te contaré, voy a comer algo.

—Yo voy *altiro*, voy a buscarle la Tablet a mi hermano.

Marcos asintió y cada uno continuó su camino.

Mientras tomaba desayuno, Marcos observó a Allen y lo concentrado que se encontraba en su videojuego, no era que le pareciera mal, pero él era un convencido de que un niño de su edad debía correr, jugar; no estar metido en un juego donde lo único que movía eran los dedos.

—Allen, con tu hermana vamos a salir, ¿quieres ir con nosotros?

Allen no lo miró, parecía no escucharlo.

—Allen, te están hablando —le dijo la mamá.

—¿Quieres salir con tu hermana y conmigo? —insistió Marcos.

El niño se encogió de hombros.

—Eso es un “sí” —explicó Maybe.

—Es autista —agregó la mamá—, le cuesta hablar y expresarse.

—Lo bueno es que aquí los caballos no hablan, pero son muy buenos amigos, ¿te gustaría andar a caballo?

Al pequeño se le iluminó la cara, pero aun así no contestó.

—Yo creo que sí, ¿cierto?

—Marcos —le susurró Maybe al oído—, a él tampoco se le da muy bien lo físico, es un poco torpe.

—No te preocupes, me hubieras visto a mí de chico. Al menos él camina sin caerse —respondió y largó una carcajada.

El niño lo quedó mirando con los ojos muy abiertos.

—Allen, hoy conocerás los caballos. Si no te quieres subir *altiro*, no importa; vamos a ir a jugar al campo y te voy a llevar al río. Tienes que aprovechar tus vacaciones.

—¿De verdad ya no tengo que ir a la escuela? —preguntó interesado.

—¡No! Ya terminó el año escolar para ti. Ahora vas a tener verdaderas vacaciones.

El niño miró a su mamá como esperando la confirmación de parte de ella, la cual recibió en forma de sonrisa.

—¿Y no se va a enojar el Viejito Pascuero?

—¡Claro que no! Al contrario, por ser tan valiente con lo que pasó en tu casa, te aseguro que está muy orgulloso de ti.

Allen sonrió y luego se puso serio.

—Pero yo me asusté mucho.

—¿Y eso qué? Ser valiente no es no tener miedo. Ser valiente es seguir adelante, aunque tengamos miedo. Y tú has seguido adelante.

—Yo quiero eso, pero en el colegio siempre me pegan y ya no quiero ir, me da miedo.

Marcos arrugó la frente ante los dichos del niño.

—Habrá que enseñar a defenderte.

—Mi papá dice que no tengo que andar pegando.

—Pegar por pegar no es bueno, pero sí uno debe aprender a defenderse en la vida. Y con una vez basta para que te dejen de molestar.

—¿Y me vas a enseñar?

—Claro que sí.

—Mami...

La madre sonrió emocionada, su hijo nunca hablaba con extraños, mucho menos así, preguntando cosas que le interesaban.

—¿Vamos? Tengo que ir a visitar a una persona y te voy a mostrar el campo.

Maybe tomó de la mano a su hermano y Marcos, en sus brazos, a su hijo

que lo acababa de traer Nilda recién mudado.

—¿Puedo irme adelante? —preguntó el pequeño antes de subir a la camioneta.

—Claro —respondió Marcos—. Maybe, creo que tendrás que irte atrás —dijo burlesco.

—No hay problema, me voy con Camilito —replicó ella con divertida altanería.

Marcos ensanchó su sonrisa. La vio subir a la camioneta y tomar la mano de su pequeño. Si tan solo fuera real y ella se quisiera quedar con él y con su hijo...

Capítulo 11

Marcos condujo con lentitud hasta la casa de don Fermín, les enseñó, en el camino, los árboles frutales, pasaron por el lago, un bosque, que a Allen le llamaron profundamente la atención.

Llegaron al rancho y el dueño estaba, al igual que el día anterior, en el pórtico de la casa.

—Buenas tardes, don Fermín.

—¡Muchacho! Viniste, ¿cómo estás?

—¿Cómo cree? No muy bien.

—¿Pasó algo?

—Incendiaron la casa.

—¿Qué? ¿Alguien resultó...?

—No, no, gracias a Dios ni Rodrigo ni yo estábamos, la casa estaba vacía.

—Menos mal no hay que lamentar una desgracia.

—Sí, menos mal —accedió—. Don Fermín, le presento a Maybe y Allen, están de visita en la casa de don Enrique.

—Mucho gusto.

—Y aquí está Camilo, mi hijo.

—Es igual a ti cuando eras pequeño.

—Eso dicen.

—Así es. Recuerdo muy bien cuando llegaste con tu madre en sus brazos.

El hombre extendió sus brazos al niño, quien le regaló una risa antes de lanzarse hacia él.

—Hola, Camilo, ¿cómo está?

El niño le habló en su idioma y el anciano lo sentó en sus piernas.

—Adentro hay jugo, sírveles a tus amigos, muchacho, me disculpan que no me levante. Cada día me cuesta más hacerlo y con un bebé en los brazos más todavía.

—No se preocupe —respondió Maybe—, si quiere voy yo.

—¿Harías el favor? Muchas gracias —dijo el anciano y luego miró a Marcos—. El abogado me llamó, dice que el lunes estarán listos los papeles. Una vez que los traiga, me iré, solo me quedaré hasta cerciorarme de que está todo en regla.

—No tiene que irse de esta casa, don Fermín.

—Ésta ya no será mi casa una vez que pase a tu nombre.

—Esta siempre será su casa y jamás lo echaría.

—¿De verdad estás diciendo eso?

—De verdad, esta es su casa y aquí debe quedarse. Además, ¿a dónde iría?

—Tienes un corazón de oro, muchacho, ojalá nunca cambies.

—Así me enseñó mi mamá.

—Una gran mujer, la vida no te pudo dar mejor madre.

—Lo sé, mis padres valían su peso en oro.

—Así es.

Maybe, que había salido con una bandeja con unos vasos de jugo, los sirvió mientras escuchó la última parte de la conversación.

—Gracias —contestó el dueño de casa al recibir su vaso—. Y ustedes, ¿son *pololos*?

—No, no, claro que no. Ella y su familia, como le dije, están de visita por unos problemas que tuvieron, de hecho, ella vive en Santiago y se irá en cuanto puedan.

—No te gusta el campo —afirmó, dirigiéndose a la chica.

—No es eso, es solo que estoy estudiando y quiero trabajar, además, como le dijo Marcos, yo tengo mis amigos y mi vida en Santiago.

—Ah, claro, la capital no es lo mismo que el campo. Aquí no hay nada.

—A mí me gusta —intervino Allen.

—¿Sí? El campo es lindo.

—Hay muchos árboles.

—Sí, ¿has andado a caballo?

—Él me va a llevar.

—Muy bien. En el establo hay una yegua muy mansa, Marcos, le diremos

a Raúl que te la enseñe, es especial para niños; con ella hacían terapia a niños con dificultades.

—Será especial para Allen, gracias, don Fermín.

—No me las des, después de todo, esto es tuyo, yo solo te informo lo que tienes.

—Ya tendrá tiempo a enseñarme todo.

El viejo sonrió agradecido, Marcos era un hombre de alma pura, él no merecía tanto. Camilo extendió sus brazos hacia su padre, quería volver con él, aunque en realidad, lo que deseaba, era que lo dejaran jugar en el suelo. Allen se agachó al lado del bebé y ambos se entretuvieron en recolectar piedrecillas y hojas,

—¿Te puedo hacer una pregunta? —le habló Fermín a Maybe—. ¿Tu hermano tiene algún problema? Espero que no te ofenda la pregunta.

—No me ofende. Es autista.

—Sí, ya decía yo que tiene cierta similitud con otros niños que venían a terapia. Andar a caballo le hará muy bien. El campo le hará muy bien —aclaró

—Sí, bueno, el problema es que no nos quedaremos mucho tiempo.

—¿Ah, no? Yo creí que él se quedaría por las vacaciones.

—No, no, tuvimos un problema, pero ya está solucionado.

—Ah.

—Un hombre nos quería matar —indicó Allen con sinceridad desde el suelo, donde parecía no prestar atención.

—¿Y eso? —se sorprendió don Fermín.

Allen se levantó y se acercó a su anfitrión.

—Yo no sé, ese hombre era muy malo, me puso una pistola aquí. —Se apuntó la cabeza—. Yo no quiero volver a mi casa. Allá me da miedo, si él vuelve y me mata...

—Pero si ya está todo bien...

—No me gusta. A mí me gusta aquí, ¿hay escuelas?

—Una pequeñita en el pueblo.

—¿Y yo podría ir ahí? A mí no me gusta ir a la escuela, pero mi mamá dice que tengo que ir igual.

—Así es, hijo, pero ¿sabes qué? Aquí la escuela es pequeñita y son poquitos niños, aquí casi todo el mundo se conoce.

—¿Usted tiene hijos? —preguntó el niño.

—No.

—Es viejo para no tener hijos —dijo con aplastante sinceridad.

—¡Allen! —lo retó su hermana.

El hombre se largó a reír y su rostro pareció rejuvenecer.

—¿Sabes qué? —Se levantó de su silla, tomó de la mano al niño y caminó con él hacia los establos—. Tienes razón, soy muy viejo para no tener hijos y

fui muy tonto por no tenerlos, pero ya es tarde para arrepentimientos. ¿Te gustaría andar a caballo?

—¿Ahora?

—Sí, ahora.

El niño sonrió por respuesta, continuaron de la mano caminando al paso del anciano. Maybe y Marcos les siguieron. La joven miró a su amigo, sorprendida por la reacción de su hermano para con el hombre que acababa de conocer.

Marcos acomodó a su hijo en el brazo opuesto a lugar de Maybe y le tomó la mano a su acompañante.

—¿Qué pasa?

—Él nunca se había comportado así.

—Y don Fermín parece diez años menor. Creo que hicieron conexión.

—Sí, al parecer, el campo le ha hecho muy bien, ha conversado con todos.

Él allá no habla con nadie.

—A lo mejor de verdad no le gusta la gente de tu ciudad.

—A lo mejor.

Llegaron al establo donde Raúl terminaba de asear los animales.

—Buenas tardes, don Fermín, ¿usted por acá? ¿Y ese milagro?

—Vine con unas visitas.

Marcos entró con Maybe y a Raúl se le iluminaron los ojos al ver a su

antiguo amigo.

—¡Marcos! Tanto tiempo que no te veía, *ñor*.

—Nos hubiéramos visto si hubieras ido al matrimonio de Rodrigo.

—No, *po*, no fui *na*, igual yo *na* que ver allá. ¿No vi que yo trabajo *pa* don Fermín? ¿Y tú? ¿En qué *andai*?

—Vine a arreglar unos asuntos con tu patrón y traje unas visitas.

—Bienvenidos, pues —saludó tanto al niño como a Maybe.

—El niño quiere montar a caballo, ¿Petisa está lista?

—Claro que sí, ella ya está echando de menos a los niños.

—No sé si quiero andar a caballo —dijo el niño y se escondió detrás de don Fermín.

—Puedes ir conociéndola primero, no necesitas subirte *altiro*.

El niño salió de su escondite y se puso feliz, había pensado que lo iban a obligar a subir a un caballo.

—¡Papá, papá! —entró gritando y corriendo un niño, agitado y con lágrimas desesperadas.

—Matías, ¿qué pasa? —preguntó Raúl, preocupado.

—Es la mamá, la mamá se cayó y le duele mi hermanito.

—¿¡Qué?!

—Ve a tu casa, Raúl, deja al niño aquí, no te preocupes—ordenó el patrón.

—¿Necesitas ayuda? —le consultó Marcos.

—No sé —respondió Raúl como un autómeta.

—Voy contigo —le dijo a su amigo—. ¿Me esperan? —le preguntó a Maybe.

—Por supuesto —respondió Maybe.

—Anda, yo cuido a Camilo y a Carlos —le dijo, con solemnidad, Allen.

—Sí, nosotros nos hacemos cargo —afirmó el anciano con una sonrisa.

Los dos hombres tomaron un par de caballos y salieron a todo galope.

—Bueno, ahora vamos a tener que andar por los alrededores —dijo el dueño del fundo—, ¿quieren ir a pasear? A pie, porque en caballo no podremos ir, yo estoy demasiado viejo para esos trotes.

—Sí —respondió Allen con expresiva emoción.

&&&

—¿Queda lejos tu casa? —le preguntó Marcos a su amigo.

—Un poco.

—Vamos a la casona, allá tengo mi camioneta, así, si tenemos que llevar a tu mujer al hospital, la llevamos *altiro*.

—Gracias.

—No tienes que agradecer nada.

Al llegar a la casa de Raúl, vieron a la mujer tirada en el suelo, sangrante y adolorida. Raúl la tomó en sus brazos en tanto Marcos sacaba la sillita de

bebé de su camioneta y la colocaba en la parte trasera.

—Está sangrando y tu camioneta... —comenzó a decir el padre.

—¿Qué te preocupas por eso? Si está sangrando, con mayor razón tenemos que llegar pronto al hospital. ¡Súbela, hombre!

El esposo la subió y con suaves y dulces palabras intentó tranquilizarla en el trayecto.

A Marcos se le vino a la cabeza el día que encontraron a Teresa en el suelo, con su herida de la cesárea abierta y a punto de morir. Apuró la marcha e intentó llegar lo más rápido posible al hospital; sin embargo, a medio camino, la mujer dio un grito desgarrador que dejó a Marcos con el corazón en la mano.

—¿Qué pasa? —preguntó Marcos.

—¡Va a nacer! ¡Mi hijo va a nacer! —gritó desesperada.

Marcos detuvo la camioneta a un lado del camino y se volteó a mirar a la pareja.

—¿Estás segura?

—No puedo retenerlo más —gritó la mujer en medio de una fuerte contracción, su rostro estaba desencajado por el dolor.

Marcos sacó de debajo del asiento un bolso de bebé.

—Siempre mantengo ropa de mi hijo por cualquier cosa. Aquí tengo mantas limpias. No vamos a alcanzar a llegar al hospital —afirmó Marcos—,

su hijo nacerá aquí.

—Yo no... Yo no puedo... Yo nunca... —tartamudeó el padre

—Bueno, yo solo he ayudado a parir a yeguas y vacas. No creo que haya mucha diferencia —ironizó, preocupado, Marcos.

Raúl se salió de la camioneta en tanto Marcos hacía lo mismo y daba la vuelta para asistir a la mujer. Marcos acomodó a la mujer en el asiento con las piernas hacia afuera para ayudarla. Fue un parto rápido, pues para Loreto era su segundo parto y el niño ya estaba coronado. Le ató los cordones de sus zapatos al cordón umbilical. Al final, vistió a la nueva bebé de su amigo y se la enseñó a su madre que estaba ansiosa por ver a su hija y corroborar, por sus propios ojos, que estaba sanita.

—Le queda un poco grande la ropa y es de hombre, pero le servirá para llegar de aquí al hospital —indicó Marcos, cansado y aliviado de que hubiera salido bien.

Raúl no reaccionaba. Marcos golpeó el hombro para hacerlo entrar en razón y entregarle a la niña para seguir viaje al centro asistencial.

Una vez que los dejó en el hospital y dio su versión de los hechos, le avisó a su amigo que se debía ir.

—Dile a don Fermín que voy a llamar a mi mamá para que vaya a buscar a Carlos.

—Yo le digo, en todo caso, creo que no le molestará quedarse con el niño,

estaba feliz de tener niños alrededor.

—Don Fermín ha cambiado mucho, como que la amargura se le fue de un rato a otro, como que, si de algún modo, le hubiera encontrado sentido a su vida.

—¿Sí?

—Sí, tú *sabí* que lo conozco desde que yo era cabro chico y de repente tuvo un cambio que no logro entender, pero que es para bien.

—Quizás sabe que le queda poco tiempo y quiere reparar un poco el daño que hizo.

—A ti más que a nadie.

—¿Sabes cómo quiere reparar su culpa conmigo?

—Te va a dejar el rancho.

—Sí.

—Está bien, te lo mereces, demasiado sufriste por lo que les hizo.

Marcos suspiró con una cuota de culpa.

—Pero fuiste tú el que se quedó con él, sigues y seguirás con él hasta el final.

—Sí, no me voy a ir. No lo puedo dejar solo. Yo... A mí no... Él nunca...

—Lo sé, y no tienes por qué sentirte mal, sé que tú eras su favorito.

—No sé si favorito, pero nunca tuve problemas con él. Además, también, en cierto modo, me recompensó.

—¿Sí?

—Sí. La casa donde vivo, él me la regaló, y venía con una buena porción de terreno.

—Me alegro por ti, al menos reconoció todo lo que has hecho por él.

—Sí, aunque nunca lo hice por sacar algún provecho —respondió, algo avergonzado, el campesino.

—Yo lo sé y creo que él también. Bueno, yo me voy. Felicidades y nos estaremos viendo seguido.

—No sabes cuánto me alegra. Nos vemos y muchas gracias, no sé cómo puedo agradecerte.

—No te preocupes, hice lo que había que hacer. Chao, nos vemos.

Al volver al rancho, su hijo, Allen y Carlos jugaban en el suelo. Estaban felices. Maybe y don Fermín conversaban en el pórtico.

—¿Qué pasó? —consultó una preocupada Maybe.

—Loreto tuvo una preciosa niña que nació en pleno campo, a mitad del camino. Tuvo que usar ropa y pañales cinco veces más grande y de hombre más encima —contó, divertido—. Así que ahora se van a tener que ir los tres adelante, el asiento trasero quedó imposible.

—¿Y la tuvo así nomás? ¿Quién la ayudó?

—Yo. El padre no fue capaz, estaba demasiado nervioso.

—¿Y habías hecho eso antes?

—Con hembras humanas, no.

Maybe hizo un gesto de desagrado del que Marcos se dio perfecta cuenta.

—Por lo menos salió bien para ellas, el doctor dijo que había sido un buen trabajo —agregó, orgulloso—. Ella había roto fuentes y encima el golpe pudo haber sido fatal para ellas. Menos mal que estábamos aquí, si no, quizá la historia sería otra.

—Me alegra que hayas estado aquí, muchacho, quizás qué pueda haber pasado con Loreto sin ti aquí. ¿Ves que todo pasa por algo?

—Así es, don Fermín. Bueno, nos vamos, mañana vuelvo, ahora quiero ir a cambiarme. Raúl me pidió que le dijera que su mamá va a venir a buscar a Carlos.

—No hay problema. El niño se porta muy bien, ¿cierto, hijo?

—Sí —respondió el niño desde el suelo.

—Bueno, vayan, te ves cansado, Marcos, mañana quizás sí puedan andar a caballo.

—Claro, claro; mañana volveremos.

—Nos vemos, muchas gracias por venir.

Allen le hizo un gesto de despedida con la mano al abuelo, pero antes de subir a la camioneta, se devolvió y lo abrazó, tal como había abrazado a su hermana la noche que llegó: con su cuerpo rígido y leves palmaditas en la espalda.

—Nos vemos mañana, Allen —se despidió el anciano con gran emoción ante esa muestra de afecto que él, por el trabajo que se había llevado en el rancho con niños, sabía que no era algo fácil en el pequeño.

Capítulo 12

De vuelta al rancho de don Enrique, el silencio se volvía más pesado por minutos. Marcos quería preguntarle a Maybe si estaba enojada y por qué, sin embargo, no lo hizo; por Allen, que era un niño que parecía no prestar atención a nada, no obstante, captaba todo; el problema era que, por su edad, no lo comprendía todo, de eso se había dado cuenta Marcos por sus reacciones. Además, estaba su hijo, que jugaba despreocupado con un mordedor.

Al llegar, los padres de Maybe esperaban impacientes. El niño corrió hacia su madre y le contó lo ocurrido sin esperar a que le preguntaran.

—¿Estás enojada? —aprovechó de preguntar Marcos antes de bajarse de la camioneta.

—No.

—¿Segura?

—Sí, es que no comprendo las cosas de aquí, ¿de verdad una mujer tuvo un hijo en tu camioneta?

—¿Cuál es el problema de eso? No es que pase todos los días, mucho menos a todas las madres.

—¿Por qué no te apuraste en llegar al hospital?

—Cuando llegamos a la casa, la mujer de Raúl estaba en el suelo, había roto fuentes y sangraba. La subimos a la camioneta y camino al hospital ya no podía más con las contracciones, su guagua asomó la cabeza. Estacioné la camioneta y la ayudé. Raúl era incapaz de atinar a nada, estaba muy asustado y es comprensible. Ahora, dime, Maybe, ¿qué querías que hiciera? ¿Qué la bajara de la camioneta para que no me manchara los asientos como lo hacen los capitalinos? ¿Dejar que ella o su hija murieran porque yo no soy doctor y no tenía por qué hacerme cargo? No, niña, aquí es el campo, aquí nos ayudamos, aquí nos cuidamos unos a otros, aquí no es la capital para vivir cada uno su vida sin importarnos del vecino. Sé que no lo entiendes y sé que no te gusta, pero así es el campo. Permiso.

El modo de hablar del hombre mostró una molestia y una amargura que a la joven no le pasó por alto.

Marcos estiró sus brazos para tomar a Camilo, pero Maybe se lo impidió.

—Estás lleno de sangre, yo lo bajo —le dijo con igual molestia.

El hombre bajó de la camioneta y dio un portazo al cerrarla.

—¡Marcos! ¿Qué pasó? ¿Por qué vienes manchado de sangre? ¿Estás herido? —lo interrogó con preocupación su hermano.

—No pasa nada, solo tuve que asistir un parto. Me voy a bañar, más tarde voy a ir a la casa, necesito más ropa.

—Yo te voy a acompañar, hay que ver cómo quedó todo y ver bien lo que se salvó.

—Sí, sí.

Marcos dio dos pasos hacia el interior de la casa, pero fue detenido por su hermano, que lo tomó del brazo.

—¿Pasa algo? ¿Estás enojado?

—Yo y mi mal ojo, nada de lo que te tengas que preocupar.

Entró a la casa y Rodrigo miró a Maybe que venía con su sobrino, con cara de pocos amigos. Casi se lo arrebató de los brazos.

—¿Qué pasó? ¿Pelearon?

—Lo que pasa es que no entiendo a la gente de aquí.

—¿En qué sentido? Somos personas, iguales a todos los demás.

—¿Viste a tu hermano? —preguntó cómo un reproche.

—¿Qué tiene?

—¡Por Dios, Rodrigo! Hizo dar a luz a una mujer.

—¿Y eso es malo?

—¿Tú crees que es normal?

—A ver, Maybe, normal no es, pero si era necesario, tenía que hacerlo. No sé qué pasó ni a quién ayudó, pero mi hermano jamás va a dejar a nadie sin ayuda si él puede ayudarla. Ahora, si consideras que esto no es normal, ¿me vas a decir que es más natural que en Santiago nazcan guaguas en los baños

de los hospitales sin atención?

—No es normal. Y todo el mundo lo critica.

—¿Consideras que es malo que mi hermano haya ayudado a una mujer en apuros? Y en riesgo, si es que no es mucho decir.

—Rodrigo no es eso...

—Disculpa, Rodrigo... Hija, cálmate —intervino el padre de la joven con firmeza—. Eres mi hija y te amo, pero creo que esta vez te estás pasando de la raya. Criticar a un hombre porque ayuda a una mujer... ¿Qué pasa, hija? ¿Te estás convirtiendo en esas odiosas feministas que odian a los hombres y los critican por sí y por no? ¿Qué hubiera pasado si por apurarse en llegar al hospital, por no querer atenderla él, la mujer o su bebé hubieran muerto? O simplemente, si no le hubiese prestado atención, ¿criticarías su falta de empatía y solidaridad?

—Ustedes no entienden —protestó y se metió a la casa, a su cuarto; más enojada consigo misma que con los demás.

Poco rato después, la madre de Maybe entró a la habitación de su hija.

—¿Se puede? —le preguntó.

—Si me vienes a retar, no.

—No vengo a eso.

—¿Qué quieres?

—¿Quiero saber qué pasó?

—Nada, mamá.

—No digas que nada. Marquitos está muy triste.

—Por su ex, por ella es que sigue sufriendo todavía —respondió con altanería.

—¿Estás celosa? —Una sonrisa casi imperceptible se dibujó en el rostro de la madre.

Maybe la miró con espanto.

—¿Cómo se te ocurre pensar en eso siquiera?

—No sé, yo solo digo. Mírate, hija, pareces una niña caprichosa o una mujer histérica. Y yo no crie ni a una ni a otra. Así que dime ahora qué es lo que pasa —ordenó la madre con voz firme.

—Lo único que pasa es que me quiero ir de este lugar, yo no debería estar aquí, debería estar en Santiago dando mis exámenes y preparándome para ir a Copiapó para pasar la Navidad con ustedes.

—Las cosas no siempre salen como uno las planea.

—Para mí, sí.

La madre sonrió para sus adentros, sabía que su hija era de las personas que planeaban hasta el último detalle de su día, de su semana, de su año y de su vida. Y ahora todo se le estaba saliendo de control.

—Mamá, ya, quizá no todo salga como uno lo planea, pero eso le pasa a otra gente, a los que no planifican nada, que no se ordenan. No a mí. Yo te

dije que saldría del liceo y lo que estudiaría desde que tenía qué edad. Y he cumplido paso a paso mis metas.

—Pero la vida no es una meta.

—No importa, es el camino, y sé muy bien cómo quiero recorrer ese camino y estar aquí no entra en mis planes.

—¿A qué te refieres, hija? Porque no es que esto vaya a afectar tus estudios ni nada de importancia.

La joven meneó la cabeza, su mamá no entendía nada.

—Es por Marcos, ¿verdad? —la sorprendió la mujer.

—¿Qué tiene que ver él con esto?

—Te gusta y tienes miedo de enamorarte.

—No tengo miedo a enamorarme, ¿por qué tendría que tener miedo? No, no es eso. Además, yo me voy a enamorar a los veintiséis, cuando tenga mi vida establecida, con mi carrera terminada, un trabajo estable y bien remunerado, con mi futuro resuelto.

La mamá no pudo evitar reír.

—¿De qué te ríes?

—Hija, el amor no es una carrera profesional donde puedes decidir o saber de antemano a qué edad te vas a recibir. El amor llega y no hay fuerza que lo detenga. Y yo creo que eso es lo que te está pasando con Marcos, por eso estás enojada, porque todos tus planes, toda tu planificada vida, se está

escapando de tus manos.

—¡Ay, mamá! Marcos y yo somos totalmente diferentes. Él es un campesino rústico y yo, cuando me case, lo haré con un hombre como yo, con estudios, con su profesión, con su vida resuelta igual que la mía.

—Un hombre con dinero.

—No es solo eso, mamá, es la clase, ¿tú crees que yo podría ir a una fiesta de gala con Marcos? ¿Crees que él querría ir a una cena de negocios conmigo? No, mamá, él es feliz aquí, con las vacas, los chanchos y con las mujeres pariendo hijos como conejos.

—No seas despectiva, Maybe Albornoz —la reprendió la mamá.

—Es la verdad, no estoy diciendo ninguna mentira, Marcos es un simple campesino.

—¡No puedes referirte así a la gente que te ha tratado tan bien! Eres una malagradecida.

—¡No soy malagradecida! Soy realista, que es bien distinto. Me tiene chata este lugar. ¡Maldita la hora en que vine a parar aquí! Nunca debí venir.

Sandra, la madre, sin pensarlo ni un segundo, le dio una bofetada tal a su hija que se le saltaron las lágrimas.

—¡Me pegaste!

—Sí, y lo volveré a hacer si te escucho hablar así de nuevo, ¿qué te crees? Malagradecida. Si no estuvieras aquí, quizás estarías muerta. Aquí nos han

recibido bien, nos han ayudado, nos han protegido. Don Enrique nos regaló los pasajes para venir contigo. ¿Crees que nos hubiéramos podido venir si no fuera por él? Él hizo los trámites para que te cerraran el año en la U, de otra forma, ¿crees que lo hubieran hecho? Y respecto al joven Marcos... Si no quieres nada con él, porque según tú te vas a enamorar en cuatro años más de un hombre inexistente, de un hombre que ni siquiera sabes si va a aparecer o no; entonces, no te vuelvas a acercarle. Ese joven ha sufrido demasiado ya y no merece seguir sufriendo por una mujer sin escrúpulos como tú.

—¡Mamá! Yo soy tu hija.

—Sí. Y casi no te reconozco. Una cosa es que seas cuadrada, que siempre lo has sido, y que quieras tener todo bajo control, hasta el último detalle; y otra cosa es que seas hiriente con un hombre que no ha hecho más que tratarte bien y apoyarte. A pesar de todo.

Maybe no fue capaz de contestar.

—He visto cómo lo miras, he visto cómo le coqueteas; ¿por qué lo haces si dices que no es hombre para ti? Si eso no es actuar sin escrúpulos, dime tú qué es.

La joven se largó a llorar de una forma tan desconsolada que a su madre se le apretó el corazón. La abrazó a su pecho.

—No sé qué hacer, mami —gimoteó.

—¿Qué es lo que pasa, hija? ¿Por qué no te sinceras conmigo? Dime la

verdad y deja de ponerte esa máscara de chica ruda porque no te queda nada bien.

—Tengo miedo.

—¿Miedo?

—Miedo a perder todo lo que he logrado, miedo a enamorarme, miedo a que él nunca olvide a su ex.

—¿Crees que él quiere jugar contigo?

—No, no es eso, es que... Ella siempre va a estar entre nosotros y me da miedo que él no... Mamá, él y yo no somos compatibles.

—¿Porque él es un simple campesino y tú una chica de ciudad?

La niña, pues eso era lo que parecía en ese momento, se dejó caer en la cama como si pesara una tonelada.

—Ya ni sé lo que soy. Hoy, cuando Marcos fue a ayudar a esa mujer, don Fermín nos llevó a dar una vuelta. Mamá, el lugar era maravilloso y el Allen... Mami, si lo hubieras visto, se reía; conversaba; jugó con el Carlitos, el hijo del que cuida, el otro hijo de la mujer que tuvo a la guagua. Mami, es que me sentí parte de ahí y el Camilito... No sé... Aparte que después, cuando volvimos, conversamos tanto con don Fermín, de tantas cosas, de la vida, del amor. Hasta le conté que me gustaba Marcos.

—¿Y eso es malo?

—¡Sí! Marcos no me puede gustar.

—Ay, hija, el amor nunca pregunta si puede entrar, simplemente se mete adentro y no se puede luchar contra él. Y creo que Marcos se te metió hasta el fondo de tu corazón.

—¿Y si no la olvida?

—No la va a olvidar. Y eso es algo con lo que tendrás que vivir.

—No sé si pueda.

—¿Por qué no lo hablas con él?

—Debe estar enojado conmigo.

—No está enojado, está triste. Lo recriminaste por algo que sintió que debía hacer y que, en realidad, otro cualquiera en su caso, se hubiese acobardado.

—Yo no sé si me gustaría tener un hijo en una camioneta aquí en el campo.

—¿Y tú crees que esa mujer sí? Según lo que contó Marquitos, ella se cayó de la escalera y no pudo volver a levantarse. Mientras su hijo mayor fue a buscar a su papá, ella comenzó con las contracciones. Una mujer de campo, acostumbrada al trabajo duro, no tarda tanto como una mujer que no hace nada en todo el día para tener su bebé. El niño iba a nacer sí o sí camino al hospital, él hizo lo que había que hacer.

—No sé.

—No todos los partos son iguales, a veces hay algunos muy rápidos, que

incluso en la capital son asistidos por carabineros o por gente en la calle. No hay nada más que hacer. Ahora, dime, si a ti te pasara una cosa así, ¿no te gustaría que tu hombre fuera capaz de atenderte? Imagina si no hubiese estado Marcos, el marido de esa mujer no atinó a nada.

—Es cierto.

—Y supongo que no querrías estar en el lugar de esa mujer que no hace mucho un taxista la botó de su auto para que no se lo manchara y su bebé nació muerto.

Maybe negó con la cabeza.

—No veas el vaso medio vacío, hija, velo medio lleno y disfruta el momento. Nadie dice que se vayan a casar mañana ni mucho menos, pero estaremos un buen tiempo aquí; don Enrique nos invitó a quedarnos por el verano.

—¿Y el trabajo del papá?

—Él había quedado sin trabajo hacía un mes, no te quisimos decir para que no te preocuparas.

—¿Qué van a hacer ahora?

—No sé, porque las mineras están cerrando y no hay mucho trabajo.

Un silencio por más de cinco minutos se extendió entre ellas.

—Me da vergüenza salir —comentó la joven.

—No seas tontita, vamos. Y habla con Marcos, cuéntale tus miedos. Él

entenderá.

—¿Y si está enojado conmigo y no quiere hablarme?

—No está enojado, está triste, ya te lo dije. Y yo creo que tiene tanto o más miedo que tú, al menos tú nunca has sufrido por amor, en cambio a él esa mujer lo hizo sufrir mucho.

Maybe se volvió a abrazar a su madre.

—Te quiero, hija.

—Igual me pegaste —bromeó la joven.

—Porque te amo.

Apretaron más fuerte el abrazo por largos minutos hasta que la joven calmó su llanto.

&&&

Alex llamó a Rodrigo para indicarle que no fueran a la casa solos para que no movieran nada del lugar, pues necesitaba las pericias que debían ejecutar los técnicos, por lo que los hermanos quedaron de acuerdo en ir al día siguiente, cuando los peritos estuvieran allí.

Esa noche, Marcos se acostó, sin cenar, a la hora que se durmió su hijo, no tenía ganas de permanecer con los demás, se sentía dolido, cansado... y triste.

Rodrigo llegó al cuarto de su hermano, lo había visto mal y necesitaba hablar con él. Se dirigieron a la cocina y allí se sentaron a tomar un refresco.

—¿Qué pasó con Maybe? —le preguntó Rodrigo a su hermano, de frentón.

—Nada. No entendió nada.

—Lo de Loreto.

—Sí, consideró una idiotez que hubiera dado a luz en mi camioneta.

—Esa chica sí que es rara.

—Esa chica no quiere estar aquí, eso es lo que le pasa; somos poca cosa para ella.

—Mal eso, no porque seamos *huasos* somos menos. Si se hubiera devuelto ese mismo día, estaría muerta.

—Ni lo digas.

—Ella tendrá que darse cuenta de que está actuando mal.

—Quizá ni se da cuenta de lo que está haciendo.

—¿Tú crees?

—Sí, ella no sabe lo que hace.

—Sigues defendiéndola.

—No es defenderla, es que la entiendo, o eso intento.

—¿Crees que tengas alguna oportunidad con ella? ¿Crees que ella sea la indicada?

Marcos no contestó. No estaba seguro de que eso fuera así. Era lo que esperaba, sí, pero con Maybe no se sentía seguro de nada; pues en un momento era suave y receptiva y, al otro, una altanera y arrogante mujer.

Capítulo 13

Al día siguiente, los hermanos llegaron a la casa grande cerca de las nueve. Los peritos les indicaron que podían entrar, pero no tocar nada hasta que fueran autorizados, lo que aceptaron sin reclamar.

Por fuera, solo una de las paredes demostraba lo sucedido la noche anterior. Dentro, la cosa era diferente. El cuarto de Marcos y de su hijo estaba destruido; ahí había comenzado el incendio. Hernán, en su odio contra Marcos, quiso acabar con él y con Camilo, si Teresa no les hubiese avisado, lo más seguro era que ninguno de los dos podría contar la historia.

—¡Patroncito! —llegó el más viejo de los hombres de Rodrigo—. Mire lo que encontramos entre los escombros.

El hombre le entregó un sobre. Rodrigo lo miró sin abrirlo.

—Gracias —respondió Marcos por su hermano.

El hombre inclinó su cabeza y se retiró.

El sonido de un vehículo los obligó a levantarse y salir. Alex y sus oficiales estacionaron en ese momento fuera de la casa.

—¿Qué pasó? —preguntó Marcos.

—Nada. Vinimos a ver las condiciones en las que quedó la casa. Hernán

Montes confesó, tendrá para un largo rato allí en la cárcel.

—Gracias, oficial.

—Cumplo con mi trabajo.

—De todas formas; ha hecho mucho por nosotros.

—Me gustaría revisar la casa, ¿lo permiten?

—Claro, claro. No hay problema. Sus hombres están trabajando arriba, buscando huellas o no sé qué —contestó Marcos.

Alex y los dos hombres que le acompañaban se fueron al interior de la casa.

—¿De quién es la carta? —consultó Marcos en cuanto los oficiales desaparecieron de su vista.

Rodrigo la miró una vez más, exhaló un suspiro de frustración y tristeza.

—¿Rodrigo? ¿Te sientes bien? Te pusiste pálido.

—Es la letra de mi abuela. De nuestra abuela —corrigió.

Marcos, que sabía muy bien de la angustia que sentía su hermano por ese tema, se acercó y lo abrazó con cariño.

—¿Por qué no la lees? Quién sabe, quizás ahí haya alguna respuesta.

—Yo busqué respuestas cuando se fue, no sé si quiero saber ahora.

Rodrigo le entregó la carta a Marcos fingiendo indiferencia. Marcos comenzó a leer.

“Mis nietos queridos:

Perdonen mi cobardía, pero no soy capaz de mirarlos a la cara.

Por un lado, a ti, Rodrigo, porque me callé que José era tu padre y cuando llegó Victoria no supe decírtelo. Yo sabía que eso te traería dolor, y así fue. También pude ver el odio que sentiste por mí, tus ojos no lo podían ocultar. Y lo entiendo. Pero soy incapaz de enfrentarlo. A mi edad no es fácil lidiar con eso. Victoria vino a enredar más todavía la madeja que no encontraba la forma de desenredar. ¿Qué podía hacer? ¿Cómo decirte la verdad sin provocar una reacción adversa de parte tuya? No supe qué hacer. Los viejos no siempre somos sabios. A veces somos los más torpes.

Y a ti Marcos, perdóname, hijo, no sabía la maldad tan grande que hizo mi hija de regalar a uno de sus hijos. No sé por qué ella actuó de esa manera y no está para preguntarle nada. Yo me enteré poco antes de que el padre de ustedes muriera. Él lo descubrió por casualidad, tal como yo lo hice. Ninguno de los dos supo cómo enfrentar esa verdad haciendo el menor daño posible. Al final, José murió y yo no supe qué hacer con esa información. No podía mirarte a la cara y saber todo el daño que sufriste y que yo podría haber evitado de

haberlo sabido o de haber hablado antes.

Por eso me voy. Porque no soy capaz de ver, cada día, el dolor de mis nietos por las tantas mentiras de mi hija. Y estoy cansada de tener que seguir tapándole las espaldas. Estoy cansada de ver el dolor que fue capaz de ir regando por allí.

Los amo, pero no puedo seguir aquí.

No me busquen, me voy lejos, donde no podrán encontrarme.

Mis nietos queridos, ojalá algún día puedan perdonarme.

Los amo, nunca duden de eso.

Su abuela,

Norma.”.

A los dos hombres, sus ojos se les inundaron, pero ninguno quería que el otro lo viera y se secaron las lágrimas a escondidas.

—¿Cómo es que no vimos esta carta antes? —preguntó Marcos a su hermano.

—No lo sé.

Rodrigo buscó con la mirada a su peón y, al verlo hablar con otros, avanzó hacia ellos.

—¿Dónde encontraron esto?

—En las cosas que sacamos de la casa, patrón, como le dije.

—Dónde, exactamente.

—Estaba ahí entre las cosas que Hernán dejó aquí.

—¿Cosas de Hernán Montes?

—Sí, *pue*, él dejó una chaqueta y una camisa y ahí estaba el sobre ese.

Los hermanos se miraron confundidos.

—¿Hay algún problema con esa carta, *ñor*? —le preguntó otro de los hombres.

—Es de mi abuela.

—¿De la abuela Norma?

—Sí.

—¿Saben dónde está? ¿Dice ahí?

—No. Es una carta que dejó, se supone, antes de irse.

—¿Por qué la tenía ese *gallo*?

—No sé, quizás el detective Estévez podría decirnos algo, a lo mejor, él podría preguntarle —propuso Marcos.

—Sí. No vaya a ser que en realidad mi abuela nunca se haya ido por propia voluntad.

—Eso sería demasiado retorcido hasta para ese tipo. Hacerle daño a una mujer de edad y encima, querida por todos —acotó Marcos.

—¿No le tienes rencor? —le preguntó Rodrigo a su hermano.

—No, claro que no. Ella fue buena conmigo.

—Menos cuando tuvo que serlo.

—Yo la entiendo, ella siempre tuvo que poner la cara por su hija y no tiene que haber sido nada fácil. A lo mejor la vergüenza la hizo reaccionar así.

—Puede ser.

—¿La extrañas mucho?

—No niego que me hace falta. Y ahora, imagina, una nueva Navidad sin ella. A ella le gustaba mucho, decoraba y vivía la Navidad como nadie y tengo muchos y muy lindos recuerdos de eso.

—Sí, me acuerdo, nos invitaba a todos a tomar chocolate y a comer de sus dulces.

—Quisiera encontrarla.

—Será nuestro deseo de Navidad, ¿quién sabe?, dicen que los milagros existen, si no, mírame a mí.

—Hermano... —Rodrigo sonrió y abrazó a su hermano de los hombros.

&&&

Cuando los dos hermanos volvieron a la casa de don Enrique, encontraron a todos en el patio trasero disfrutando de una rica sandía. Camilo estaba con Victoria, con su ropa toda manchada, comiendo la fruta con las manos.

Marcos arrugó la frente al ver a su hijo lleno de sandía por todas partes. En eso, el niño sacó un pedazo y se lo dio a Maybe en la boca.

—Está rico —comentó Maybe.

—Ma —dijo el niño y le dio otro pedazo.

—Camilo —le habló el papá para llamar su atención.

—Pa-pá.

—¿Está rico?

—Da —asintió una vez con la cabeza—. Ma.

El papá se acercó y recibió un pedazo que su hijo le dio con la mano.

—Sí, está muy rica la sandía.

El niño largó una risotada contagiosa.

—Sandía —repitió el papá.

—Ndía —imitó el hijo.

Y volvió a reír como si fuera una gran gracia. Y lo era. Primera vez que nombraba esa fruta.

—Ndía —repitió y miró a Maybe que estaba frente a él.

—Sandía.

—Ndía. —Le ofreció con su mano un trozo. La joven lo recibió y se lo comió.

—Mmmm, qué rico.

—Sí.

El niño extendió sus brazos hacia Maybe, pero Marcos lo interceptó antes de que llegara a ella y lo tomó él en sus brazos.

—¿Vamos a lavarnos?

El niño le dio un pegajoso beso a su papá.

—Mamo.

—Yo también te amo, campeón. Vamos.

Una vez dentro de la casa, el padre le dio un baño a su hijo y le cambió ropa. Lo dejó muy lindo y volvió a salir. Ya la mesa estaba limpia y cada uno andaba por ahí, en lo suyo. Marcos vio a Maybe que estaba bajo un árbol sentada, sola. Rodrigo se dio cuenta de aquello y avanzó hasta su hermano.

—Anda a hablar con ella, yo veo a mi sobrino favorito, que ahora hay tantos brazos que ni puedo tomarlo —le ofreció Rodrigo.

—Gracias.

Marcos caminó a paso lento hasta la chica que parecía perdida en sus pensamientos. Al llegar, vio una lágrima caer por la mejilla femenina.

—¿Cómo estás? —le preguntó él.

Ella lo miró sorprendida, no lo había sentido llegar.

—Bien —respondió casi por inercia y se secó la lágrima con rapidez.

—¿Segura?

Ella bajó la vista, pero la volvió a alzar, ya no quería mentir.

—No.

—¿Pasó algo? —le preguntó al tiempo que se sentó junto a ella.

—Ayer me comporté como una tonta.

—No pienses en eso. Esto es algo a lo que no estás acostumbrada, es lógico que no...

—No, no es eso.

—¿No?

—Es que lo que pasó ayer... Fue extraño... Tuve miedo.

—¿Miedo? —El hombre tomó las manos de la joven, se sintió preocupado; en todas sus teorías de lo que le pudo haber pasado, el miedo no estuvo entre ellas.

—Sí.

—¿Miedo a qué? ¿Pasó algo mientras no estuve? ¿Te dijo o hizo algo don Fermín?

—No, no. Al contrario, ese caballero se portó muy bien mientras no estuviste.

—¿Entonces? ¿Qué pasó?

Ella desvarió con la mirada y él buscó sus ojos.

—Maybe —le habló él, pero ella no lo miró; él soltó una de sus manos y la colocó sobre la mejilla femenina para hacer que lo mirara.

La joven no quería hacerlo, se sentía avergonzada y temerosa.

—¿Qué pasa? Mírame, mi niña, ¿miedo a qué tuviste?

Ella no contestó, alzó sus ojos hacia él y sostuvo su mirada sin saber qué decir, o, mejor dicho, sin saber cómo decirlo.

—¿Me tienes miedo a mí? —aventuró él con cierto temor.

—Algo así —admitió.

El dolor se expresó en la mirada de Marcos, no sabía qué podría haber hecho para que ella le temiera.

—Yo jamás te haría daño... —aseguró casi en su susurro.

Ella cerró los ojos, no era capaz de verlo así, como un animal herido, pero tampoco se sentía capaz de expresarle sus sentimientos.

—Yo no soy como ese tipo, no tengo nada en común con Hernán Montes, jamás te lastimaría —insistió, necesitaba que ella confiara en él.

—No es ese tipo de miedo —aclaró Maybe.

—¿No? ¿Entonces? Dime porque no entiendo.

Ella continuó sin mirarlo. Entonces, él soltó su otra mano y acunó el rostro de la joven entre las suyas.

—¿Qué pasa, mi niña? ¿Por qué me tienes miedo? ¿Te he dado algún motivo?

—No, Marcos, ya te dije que no es en ese sentido. No es miedo de ti o de lo que me vayas a hacer.

—Entonces, definitivamente no entiendo nada. Me tienes miedo a mí, pero no es a algo que yo te pueda hacer. ¿Miedo a qué tienes?

—A enamorarme —soltó como si cada letra le hubiera raspado la garganta.

Pupila con pupila se encontraron. Solos sus ojos hablaron, pues sus bocas no supieron qué decir. Marcos quedó en conmoción, no esperaba aquella confesión. No de ese modo.

—Yo sé que debes estar muy enojado conmigo y que esto no te debe caer nada de bien —Maybe rompió el silencio primero.

—No estoy enojado, ¿por qué debería estarlo?

—Por mi comportamiento.

—Entiendo que te cueste acostumbrarte a esto, a esta vida que no es como en la capital. Aquí no hay autos, no está la tecnología que acostumbras allá, aquí la vida es más fácil, más simple...

—Escucha —lo interrumpió ella y puso sus dedos en los labios de él—. No me molesta este lugar, no me molestas tú, no es como piensas.

—Entonces, explícame, porque de verdad no entiendo.

—Mira... A ver... Me tildarás de loca, pero... —tartamudeó—. Yo siempre he manejado mi vida y la he ordenado hasta el último detalle. Cada noche hago una lista mental acerca de lo que tengo que hacer al día siguiente, de cómo lo haré, de cuánto tiempo gastaré, hasta mis tiempos de descanso los programo con antelación.

La joven tomó aire, no sabía cómo continuar; por primera vez se sentía

como una tonta al decir su forma de ver la vida, quizá porque era primera vez que lo decía en voz alta. Marcos bajó sus manos hacia las de ella y entrelazó sus dedos.

—¿Qué me quieres decir con esto?

—Desde que llegué aquí, cada día es diferente a otro, no hay un día igual, tampoco hay un programa, no hay hora de levantarse ni de acostarse, ni de comer, ni de nada, es distinto cada día.

—Te molesta que no nos apeguemos a ciertas normas, como tú.

—Algo así. Es que me siento en descontrol de mi propia vida. Me siento en caos.

—Debo admitir que no te entiendo. Toda mi vida ha sido un descontrol total. Dejé mi vida como la conocía cuando mi padre murió, yo tenía nueve años, y tuve que entrar a trabajar; como era chico todavía, tenía que trabajar en lo que pudiera, en lo que hubiera. Un día arreaba vacas, otro limpiaba caballos, al siguiente ayudaba en la reparación de establos, o sembrar, o segar, o lo que se le ocurriera a la gente; así aprendí de todo un poco. Mi mamá lavaba ajeno, así que tampoco tenía días iguales; un día lavaba todo el día, al siguiente nada y otro... Otro se amanecía lavando o planchando.

—Lo siento, debió ser muy difícil.

—Lo difícil era ver a mamá morir un poco cada día. Estaba cansada. Eso era difícil. Tener un día diferente a otro no era difícil, al contrario, eso ni

siquiera era tema para mí. Nunca lo ha sido.

—Debes pensar que soy una idiota.

—No. Creo que en cierto modo eres como tu hermano. Él también es un poco cuadrado, literal, pero ¿sabes qué? Eso también es algo que se aprende. Yo creo que, si bien es cierto puede haber trastornos que nos hagan ser diferentes, eso es parte de ser humano, ¿quién es igual a otro? Pero sí hay que aprender a lidiar con la vida real, con lo que nos toque, de otro modo será muy difícil vivir.

—No sé cómo se hace sin sentirme frustrada. Cada día que paso aquí me siento insegura, me siento fuera de lugar, me siento... No sé cómo me siento. Y peor. Estás tú aquí.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—¿Y qué tengo que ver con eso? ¿Te molesta que esté aquí? Si no quieres verme...

Maybe suspiró y apretó sus manos para que se callara, ya estaba diciendo todo y así debía continuar, lo cual no era fácil.

—Ya te lo dije, siento que me estoy enamorando —confesó.

—Pero hoy te enojaste conmigo, sé que no fue agradable para ti verme lleno de sangre y que haya ayudado a dar a luz a una mujer.

Ella bajó la cabeza sin contestar.

—Yo sé que la mayor parte del tiempo te soy desagradable —continuó él—, no tienes que fingir. Quizás, y no lo digo de vanidoso, me encuentras atractivo o llamativo por la clase de hombre que aparento ser, pero eso no es suficiente si no te gusta lo que en realidad soy.

—No es que no me guste —se apresuró a decir ella.

—¿Entonces?

Ella no dijo nada. Él tampoco. En verdad, ninguno supo qué decir.

El llanto de Camilo llamó la atención de su padre.

—Voy a ver a mi hijo —le dijo a Maybe.

—Claro, claro.

Marcos se levantó y se dirigió a donde se encontraba Victoria con el niño. Lo tomó en sus brazos y el niño siguió haciendo unos pucheros mientras se abrazaba al cuello de su papá.

—¿Qué pasó, campeón?

—Se enojó de repente. No sé qué le pasó. A lo mejor la locura se pega —expresó en forma de reproche mirando a Maybe.

—Victoria, no digas eso.

—¿Ya te está convenciendo otra vez?

—¿Por qué dices eso?

—Porque es la verdad. Te atrapa y te deja caer, te vuelve a atrapar y te vuelve a soltar.

—No es así, estábamos conversando. Nada más.

—Por favor, no me mientas, ella quería volver a embobarte.

—A ver, cuñadita, creo que tenemos que hablar —le dijo con algo de malhumor y entró a la casa con su hijo que ya tenía sueño.

Abrió la puerta de su cuarto e hizo entrar a Victoria primero, cerró la puerta tras de sí y se quedó de pie, mirándola.

—Yo sé que Maybe no es santo de tu devoción, pero esa no es razón para que tú te enojas o la trates mal; además, sus padres están acá y no debe ser agradable para ellos oírte hablar así de ella, a toda boca, como... como... no sé, Victoria, parecías una feriante —le recriminó Marcos en la habitación de él.

—No estoy diciendo ninguna mentira. Ella te hace sufrir.

—¿Y cómo andamos por casa?

—¿Qué?

—¿Quieres que te recuerde que tú también hacías sufrir a mi hermano y que no fue una sola vez que quisiste escapar de aquí?

—¡Marcos!

—Sí, ¿y que casi se volvió loco cuando lograste tu objetivo y te fuiste sin decir adónde ni con quién?

—Yo tenía mis motivos.

—Ningún motivo es suficiente. Él te había dejado ir a la ciudad, a él lo

único que le interesaba era que tú estuvieras bien y se aseguró de eso al momento de que te fuiste, pero tú, tú, querida cuñadita, te escapaste sin decirnos nada.

—Tú sabes que las cosas no eran fáciles para mí.

—Pues para él tampoco. Y no saber de ti, no saber si estabas bien, mal, si te había pasado algo, si seguías viva... Él se moría por ti y tú te escapabas.

Camilito se había dormido y Marcos se levantó de la cama para acercarse a su cuñada, la tomó de los hombros y buscó su mirada.

—No solo tú sufrías en ese tiempo, Victoria, no solo tú. Sí, tenías tus motivos, tú sufrías, pero Rodrigo no se quedó atrás, y te recuerdo que para mí tampoco fue fácil, y, aunque comprendíamos lo que estabas pasando, no por eso dejó de doler. Siempre te querías ir. Te recuerdo que hasta a mí me pediste ayuda para irte a espaldas de mi hermano.

—Marcos...

—Maybe no es una mala mujer, es una joven perdida en un mundo que no conoce y que la descontrola. Ella tiene su vida planificada hasta el último detalle, yo creo que hasta tiene la fecha de su matrimonio y muerte escrita en su frente y esto, estar aquí, la descoloca. No sabe qué hacer. No la culpes. Además, ella será una ingeniera comercial, o sea, trabajará en grandes empresas o tendrá la suya propia, ¿crees que yo encajo en un mundo como ese? ¿Crees que yo tengo algún interés en conocer a gente estirada con la que

ni siquiera tendré medio tema en común para conversar? Ella me gusta, no lo voy a negar. Por un momento imaginé que Teresa se estaba yendo por ella, que Maybe era la mujer indicada para mí, pero quizá no. O a lo mejor sí es la mujer que voy a amar, pero no será para mí. Así de simple. ¿Quién puede ir contra los designios del destino? —Lo último lo dijo con un tono juguetón.

—Tonto. —Rio ella y le dio un pequeño manotazo en el pecho.

—Ven acá, cuñadita. —La abrazó a sí mismo—. Tú sabes que te quiero, pero no quiero que te comportes así, tú deberías comprenderla, a lo mejor, si tú te acercas a ella, puede ser que la conozcas mejor y la comprendas.

—Yo no quiero ser su amiga.

—Bueno, entonces, déjame a mí arreglar mis propios asuntos.

Capítulo 14

Varios días pasaron antes de que Marcos volviera a ver a Maybe. Como se estaban quedando en el rancho de don Enrique mientras arreglaban la casa grande, él se iba temprano y regresaba por la noche. Rodrigo le llevaba a su hijo para que estuviera con él en el día. Pero una tarde, don Enrique le pidió que se presentara a la cena.

Maybe vio llegar a Marcos y al niño temprano. Su primer impulso fue acercarse para hablar con él, sin embargo, se retuvo, no quería causar más problemas, sabía lo que Victoria pensaba de ella y de su amistad con su cuñado, así que no le quedaban ganas de seguir hablando con él. Al parecer todos tenían razón y ella se había comportado como una arpía.

La hora de la cena transcurrió con normalidad, don Enrique manejó muy bien las tensiones de esa casa, como buen anfitrión y hombre con experiencia. Allen se había sentado a su lado, habían hecho muy buena conexión y el niño lo quería mucho. En un minuto, ya terminada la cena, el pequeño le tironeó la camisa al abuelo.

—Dime, hijo —le dijo el anciano.

—¿Quiere ser mi “abuelo”?

—¿Quieres llamarme “abuelo”? ¿No se enojarán tus abuelos de verdad?

—Yo tengo tres abuelos: dos abuelas y un abuelo, pero viven lejos, en Diego de Almagro, no creo que se enojen, además, me falta un abuelo.

El hombre sonrió ante la explicación del niño y miró a sus padres buscando su aprobación, ellos miraban la escena con ojos brillantes de emoción. Su hijo nunca se había encariñado con nadie, solo con los miembros de la familia.

—Claro que sí, me encantará ser tu abuelo.

—Gracias.

Anciano y niño se abrazaron. El hombre se emocionó. Ese pequeño era muy especial, sabía que los gestos de cariño eran algo complicado para él y que le demostrara un afecto así, era doblemente gratificante.

—No quiero irme nunca de aquí, tata.

—Yo quisiera que nunca te fueras.

Un momento de silencio se extendió por la habitación. Maybe y Marcos se miraron unos segundos, ella bajó la vista; él ladeó su cara, sabía que ella se sentía mal, avergonzada, y que no sabía qué hacer. Era solo una niña, casi diez años menor que él. En realidad, si lo pensaba bien, Maybe era demasiado niña para él. Quizá ni siquiera debería pensar en ella como mujer.

—Bueno, familia... —Rompió el silencio el abuelo al tiempo que golpeaba un vaso con un cuchillo para llamar la atención de todos—. Como todos

saben, mañana es ocho de diciembre, día de la Virgen, por lo tanto, es el día del armado del arbolito, así que están todos invitados para adornar la casa como es nuestra costumbre.

—Sí, ya estamos empezando a hacer los dulces y mañana haremos el chocolate, para nosotros es una gran ocasión —agregó Zoila.

—¡Siiiiii! —gritó Allen—. Yo quiero armar el arbolito. —Se detuvo de golpe—. ¿Me dejarán poner unas pelotitas al árbol?

—Claro que sí, pequeño, todos ayudaremos.

El niño lo abrazó de nuevo. Estaba feliz en esa nueva casa de la cual no quería irse.

Después de la cena, Marcos buscó a Maybe, necesitaba hablarle, verla; la encontró un poco alejada de la casa, y se acercó a ella por detrás.

—Ahora ya sabes lo que hay que hacer mañana —le dijo en un tono burlón.

—Sí —respondió y se dio vuelta, roja como un tomate.

—Relájate, niña, todo estará bien, ya verás que no es tan difícil acostumbrarse a no tener todo bajo control.

—Eso espero, porque de verdad, se me está haciendo muy complicado.

—Ya te acostumbrarás, dicen que el hombre es animal de costumbre.

Ella lo miró con una sonrisa pícaro.

—Los hombres serán animales de costumbre, porque las mujeres...

—bromeó.

—¡Oye! Yo decía hombre como raza humana, no como género —se defendió él, divertido y aliviado de que ella pudiera bromear.

—Ah, es que pensé que como ustedes los hombres son unos animales...

—¿Ah, sí? Mira tú. No vaya a convertirme en un animal contigo.

—Serías incapaz.

—¿Quieres probar? —preguntó burlón.

Ella largó una nerviosa risa.

—No, gracias.

—Cobarde.

—Yo no soy cobarde.

—¿Entonces?

—Es que no tengo ganas de demostrar mi poderío de mujer.

—Claro... Es que tienes miedo a perder.

Ella se puso seria y dio un paso al frente. Con sus dedos, buscó los dedos de él y los enredó con suavidad.

—Sí, tengo mucho miedo a perder —musitó ella, muy cerca de Marcos.

—Yo tengo mucho más que perder.

—¿Crees que pueda resultar?

—¿Y si no? ¿Qué más da? Si al final, niña, no se puede dejar de vivir por miedo a perder, ni siquiera sabemos si mañana vamos a estar aquí.

—Es verdad.

—Ya ves, si no nos hubiéramos quedado aquí la otra noche, mi hijo y yo...

—No lo digas, por favor.

—Nadie tiene la vida comprada, en un momento todo puede venirse abajo, y eso, mi niña, nadie lo puede planear. Ni siquiera tú, que tan acostumbrada estás a planearlo todo.

Maybe se acercó y lo besó, él respondió con suavidad. Fue un beso dulce, tierno, apenas rozando sus labios, probándose, buscando la seguridad antes de entregarse por completo. Un beso diferente a todos los que antes habían dado.

&&&

Rodrigo abrazó a su mujer y la retuvo.

—Déjalos, no te entrometas —le advirtió al darse cuenta de que su esposa quería ir a separar a su hermano y a Maybe.

—Ella no es para él.

—Como tú no eras para mí.

—No es lo mismo.

—Él es grande, sabe lo que hace.

—Sí, pero ella lo hará sufrir.

—No te preocupes.

—¡Tú viste como quedó después de lo de Teresa! No puedo creer que no

te importe.

—¿Crees que no me importa? Claro que sí me importa, pero ¿qué puedo hacer? Él es un hombre y no puedo interponerme entre lo que él quiere. Además, ¿qué puedo decir yo, si tú me hiciste sufrir, me moría sin ti, y aun así estoy contigo?

—Lo mismo me dijo él.

—¿Qué te dijo?

—Lo mismo que me estás diciendo.

—A lo mejor porque es la verdad.

—No quiero verlo mal otra vez.

—No te preocupes. No será como con Teresa.

—Eso espero.

—Así será.

Victoria besó a su esposo.

—¿Yo te hice sufrir mucho? —le preguntó luego.

—Sí —respondió con sinceridad el hombre—, fue muy difícil, sobre todo cuando te fuiste y no sabíamos dónde estabas.

—Perdóname.

—No tengo nada que perdonarte, te amo, me amas y eso es suficiente para compensar cualquier dolor.

—¿Así de simple?

—Así de simple, mi amor. —El hombre rozó su nariz con la de ella—. Ahora estamos juntos y todo lo que pasamos ya es recuerdo, no merece ser recordado, es mejor ni pensar en ello.

—¿Eso quiere decir que debemos dejar a Marcos?

—Eso quiere decir que ellos tienen que vivir su propia vida y nosotros no somos nadie para entrometernos.

—Está bien —accedió sin ganas.

—Si eres así con tu cuñado, no quiero ni imaginar cuando tengamos hijos, espero que no seas una suegra metiche y odiosa, porque todo el mundo las odia.

—No será así.

—Eso espero, no quisiera tener que estar reteniéndote todo el tiempo.

—Ya no me meteré más, lo prometo —aceptó resignada.

—Te amo.

Rodrigo la besó con mucho amor. Entendía la preocupación de su esposa, él mismo sentía en su pecho la misma aprensión por su hermano, pero sabía que no podía intervenir, y quizá, Maybe fuera, al final, el alma gemela de Marcos.

&&&

Pablo, el padre de Maybe, se acercó a su esposa.

—¿Qué piensas de nuestra hija? Mírala como está ahora con Marcos, ¿cuánto tiempo le durará estar bien? No sé qué le pasa a esa niñita, anda muy rara.

—Tiene miedo a amar.

—Pero ese joven se ve un buen muchacho.

—No es un problema de si es un buen o un mal joven, el tema es que ella no se iba a enamorar antes de los veintiséis —le explicó con un dejo de burla.

—¿Sigue con eso?

—¿Creíste que se le había pasado?

—Creí que eso era cosas de niña. ¿Acaso no sabe que las cosas no se pueden planear así?

—Al parecer todavía no aprende —respondió como si estuviera resignada a ello.

—¿Y estará dispuesta a darse una oportunidad con él o solo querrá pasar el rato? Don Enrique habló conmigo para quedarnos. Allen se siente bien aquí, está contento y no quiere irse.

—¿Quedarnos? ¿Y tu trabajo?

—No tengo trabajo en Copiapó, mucho menos en Diego y don Enrique dijo que aquí jamás falta la pega, quizá no paguen lo de allá, pero dijo que nos podríamos quedar en esta casa si queríamos y así nos ahorraríamos el

arriendo; podemos arrendar la casa de allá, ayudarnos también.

—Sí, sería bonito, pero tenemos que ver bien, porque igual esta no es nuestra casa y sabes que uno da gusto un tiempo, sobre todo con un niño como Allen.

—Sí, lo sé, yo le dije que lo hablaría contigo y que igual teníamos que pensarlo. En todo caso, por lo mismo hay que hablar con Maybe, no se puede seguir comportando así, como una niñita malcriada. Eso no está bien, mucho menos con gente que ha sido tan amable con nosotros.

—Yo hablé con ella, espero que eso la haya hecho recapacitar.

—Si no, lo siento mucho, pero tendrá que vérselas con mi cinturón.

—No te quepa duda de que la cachetada que le di el otro día, no la olvidará fácilmente.

—¿Le pegaste? ¿Por qué no me lo dijiste?

—Estaba como loca. No podía permitir que se le pasara la mano de esa forma, tenía que hacerla reaccionar. Y bueno, fue algo entre las dos.

—Sí, yo también le hubiese dado un correctivo cuando hablaba con Rodrigo, por él fue que no lo hice.

—Esperemos que ella tome conciencia de lo que pasa y que se comporte.

—Ojalá, vieja, ojalá, o si no, vamos a salir muy mal parados de esta casa.

—Sí, y con lo bien que se han portado todos, no sería gracia salir mal de aquí —meditó la mujer con preocupación.

&&&

—¿Todavía me tienes miedo? —le preguntó Marcos a Maybe sin querer separarse de ella.

—No te tengo miedo a ti, tengo miedo a lo que siento por ti.

—¿Y puedo hacer algo al respecto?

—No, solo perdonarme y comprenderme. Y tenerme paciencia.

—Creo que tengo algo de experiencia con eso —bromeó él.

—¿Te puedo hacer una pregunta? Pero me la contestas con la verdad.

—Claro.

—¿Todavía estás enamorado de ella?

—¿De Teresa?

—Sí.

Marcos exhaló con fuerza, tomó la mano de la joven y caminó a paso lento hacia el jardín.

—No te voy a negar que me ha costado mucho arrancármela del corazón, Teresa fue una mujer muy especial para mí a pesar de que yo no significaba lo mismo para ella. O eso pensé hasta que murió, pues ahí me di cuenta, y así me lo dijo, que ella también me amaba, pero que no se atrevía a hacerlo de frente como sus sentimientos le decían, tenía mucho miedo a salir lastimada y

ya ves, terminó muerta. Si ella hubiese confiado en mí, si me hubiese amado como yo la amaba a ella, o si tan solo me hubiese permitido cuidar de ella, nada de esto estaría pasando, estaríamos juntos...

—No hubieras sentido nada por mí.

Marcos entrecerró los ojos y detuvo su andar.

—No lo sé. Porque si te soy franco, algo se movió dentro de mí al verte, con el celular en la mano, buscando señal.

Ella bajó la cabeza, avergonzada.

—Debo haberme visto muy ridícula.

—No. Te veías preciosa —le dijo al tiempo que colocaba ambas manos en las mejillas de la joven y levantaba su cara—. Ese día sentí algo especial por ti, pero seguía sufriendo por Teresa.

—La amas.

—La estoy dejando ir.

—¿Crees que si nos damos una oportunidad me ames como a ella?

Marcos ladeó la cabeza y se agachó para regalarle un tierno beso.

—Ella fue muy importante en mi vida, no te lo puedo negar. Me dio un hijo maravilloso que sabrá que su madre lo amó y que entregó su vida por él; Camilo no sabrá de cómo era vista Teresa ni de los problemas que tuvimos. La amé, la amo; no se puede dejar de amar de un día para otro, pero es un amor diferente, es un amor a la distancia, en el tiempo y en el espacio; ella no

está conmigo. Tú sí.

—Yo no sé si pueda competir con ella.

—No tienes que competir, ni con ella, ni con nadie.

—Pero si tú la sigues amando...

—Ya te dije que es un amor distinto.

—Igual vas todos los días al cementerio a verla.

—Iba. Ya me despedí de ella en ese lugar. Aunque no lo quería reconocer, ir me hacía mal. Pero ¿sabes qué? Ella no está. Hoy somos casi amigos. Le hablé de ti y sé que ella está de acuerdo en que vivamos esto. Me hace falta, no lo niego; no es fácil ser padre soltero, por más ayuda que tenga de mi hermano y mi cuñada y, bueno, de todos aquí, no es lo mismo que contar con la madre de tu hijo. Pero no está, ella decidió irse, consideró que aquello era lo mejor y, aunque en el momento no lo entendí, hoy sé que es lo mejor. Teresa nunca hubiera sido feliz conmigo.

—¿Por qué no?

—Porque ella tenía tanto o más miedo a amar que tú. Ella fue muy lastimada por quienes debieron cuidarla y protegerla. Y siempre creyó que, si entregaba su corazón, se lo harían añicos, por eso nunca dejó que la amara como yo quería, ni me quiso amar como verdaderamente lo sentía.

—Me siento cada vez más tonta.

—¿Por qué?

—Porque yo tengo miedo porque mi vida se pondrá patas arriba si me enamoro. Ella, a pesar de que no te lo demostró, fue capaz de amarte y de dejarte un hijo que los uniría por toda la vida, en cambio yo...

—Tú estás aquí conmigo. Estás pasando por alto tus miedos, tus inseguridades y toda tu estructurada vida. A lo mejor se te va a caer todo como un castillo de naipes, pero aquí estaré yo y aquí estará tu familia para ayudarte. No será tan terrible, te lo prometo.

—¿Y qué pasará cuando me tenga que volver a estudiar?

—Lo veremos en su momento.

—¿Seguro?

—Seguro.

—¿Y si te enamoras de otra?

Él sonrió y le dio un nuevo beso.

—Más fácil sería que tú te enamoras allá, yo aquí a la única que amé fue a Teresa y ahora a ti, ¿no sería un poco raro que justo ahora me enamorara de otra?

—¿Y no tienes miedo que me enamore de otro en la ciudad?

—Se me estruja el corazón, pero si eso va a pasar, ¿qué puedo hacer para evitarlo? ¿Ponerme celoso? ¿Negarme a que sigas estudiando? No podría. Tu vida, tus metas, tu futuro son tan importantes como lo que podríamos llegar a tener. Y si tu futuro está allá, lejos de mí y así serás feliz, ¿quién soy yo para

negártelo?

Maybe se tuvo que morder el labio inferior para no llorar ante las palabras de Marcos.

—¿Qué pasa, niña? —le preguntó y soltó su labio del apriete.

—Nada.

—¿Te cuento un secreto? —Ella asintió con la cabeza—. A veces, como ahora, te veo tan pequeña, tan niña, que me siento un viejo a tu lado, siento que no te merezco, que no soy para ti.

—No digas eso.

—Es la verdad, soy diez años mayor que tú. A lo mejor eso igual te molesta.

Ella apoyó su cabeza en el pecho masculino y él con un brazo la rodeó por la cintura y la otra mano la colocó en su nuca.

—¿Qué pasa, mi niña?

—Que quien no te merece soy yo, me he comportado como una idiota, una malagradecida. Encima me enojé porque hiciste un bien.

—No.

—Sí, hasta mi mamá me pegó por eso.

Él la separó para mirarla.

—¿Te pegó por mi culpa?

—No, no fue por tu culpa, yo estaba haciendo un escándalo gigantesco,

me lo merecía.

—Mi niña... Estás asustada, eso no es ningún pecado.

—Quisiera no ser así.

—Ya crecerás. Bueno, de edad, porque de porte... —se mofó él.

—Pesado —replicó ella con diversión.

—No te preocupes, eres joven, tienes una vida por delante para aprender.

Todo se te dio fácil y ahora te das cuenta de que la vida no es como te hicieron creer.

—Me dices eso, pero estoy segura de que piensas que soy una idiota.

—Nunca podría creer eso de ti. Eres pequeña todavía, te falta experiencia, te falta vida, ¿quién podría juzgarte por eso? Yo no. Y si voy a tener a una niña caprichosa a mi lado, mientras pueda darte lo que quieres, no me molestará.

—Eres un buen hombre, Marcos Fernández.

—Ya quisiera.

—Lo eres.

Marcos sintió que Maybe era la mujer con la que debía quedarse, sin embargo, tenía miedo de que ella no quisiera esa pobre vida que él pudiera darle y se quisiera volver a la ciudad. El amor podía ser muy grande, pero había cosas para las cuales no alcanzaba.

Maybe, por su lado, pensaba que ella no merecía el cariño, la comprensión

y el amor que ese hombre le brindaba, pero así y todo quería arriesgarse, no obstante, no estaba segura si sería capaz de quedarse a vivir allí olvidando sus planes, sus estudios, su propia vida. ¿Qué pasaría si lo dejaba todo y no resultaba? Quedaría sin nada.

Las cosas no eran fáciles para ninguno de los dos y el final, para ellos, era más incierto todavía.

Capítulo 15

Al día siguiente, Allen terminó su desayuno con rapidez.

—¿Vamos a armar el arbolito? —le preguntó a su anfitrión.

—Claro, si te dije que hoy adornaríamos la casa.

—¿Ahora?

—¿Quieres armarlo ahora?

—Sí.

—Tenemos que esperar a los demás, los tíos y tu papá andan trabajando, tu hermana sigue durmiendo y yo tengo cosas que hacer. Lo vamos a armar en la tarde. Además, las tías de la cocina están haciendo dulces y chocolate. ¿Puedes esperar para que estemos todos juntos?

—¡Siiiiiii! —gritó el niño.

—Así nos preparamos bien para la tarde, ¿ya?

—Da —intervino Camilo que estaba en brazos de Victoria.

—Por lo menos Camilito está de acuerdo —bromeó el abuelo.

—Yo también —dijo Allen ceremonioso.

—Entonces, hay que buscar algo para entretenerlos ahora porque el día se les hará larguísimo.

—Podríamos ir a dar una vuelta —ofreció Victoria.

—Eso. Pueden ir a dar una vuelta por el campo —accedió el dueño de casa.

—¿Y usted, abuelo?

—No, yo no quiero salir, prefiero quedarme. Vayan ustedes, yo tengo cosas que hacer.

—Bueno, ¿vamos? — le preguntó Victoria a Sandra, la cual accedió de inmediato.

Las dos mujeres llevaron a los niños a lavarse para ir luego a dar una vuelta por los terrenos del fundo.

&&&

Maybe se paseaba en su habitación, nerviosa y avergonzada. Las cosas la noche anterior no habían terminado bien. Victoria se había molestado porque Marcos la había besado.

A pesar de haberle prometido a su esposo no meterse, de todas formas, cuando la pareja volvió a la casa, Victoria acusó a Maybe de querer jugar con su cuñado, que, ya que no estaba dispuesta a quedarse en el campo, ni tampoco quería a un hombre como Marcos como esposo, debía dejarlo en paz y no darle falsas esperanzas, que no debía ilusionarlo, porque después,

cuando ella se fuera, ¿qué iba a ser de él? Ella volvería a su vida, ¿y él? Maybe fue incapaz de contestar nada. Simplemente escuchó todo lo que Victoria le dijo.

Rodrigo, cuando se dio cuenta de lo que ocurría, no dijo nada, simplemente, se llevó a su mujer al dormitorio y fueron seguidos por Marcos. Maybe corrió a esconderse en su habitación y ya no quería volver a salir nunca más, sino hasta cuando se fueran de ese lugar.

Golpearon la puerta, Maybe no quiso contestar, no quería ver a nadie. La puerta se abrió de todos modos. Don Enrique asomó la cabeza y, al verla de pie, vestida, con su rostro congestionado, entró y cerró la puerta tras él.

—Buenos días, hija.

—Buenos días, don Enrique.

—¿Cómo se siente?

—Bien.

El hombre guardó silencio un momento, se dio cuenta de que la conversación con ella no sería nada fácil, de hecho, al parecer, ella no quería hablar.

—No fue a desayunar —comentó.

—No tenía hambre.

El anciano se acercó a la joven, colocó sus manos en los hombros de ella y se agachó para buscar su mirada.

—Está triste, hija, si quiere hablar...

Ella negó con la cabeza.

—No se lo guarde.

Maybe soltó el llanto sin poder evitarlo.

—Yo no quería hacerle daño a nadie —hipó sin control—. Y he venido a dar puros problemas.

—No diga eso.

—Es la verdad.

—No, hija, usted nos salvó, de no ser por usted, nunca habiéramos sabido que Hernán Montes seguía con ganas de vengarse.

—Pero igual. Yo no quería enamorarme, mucho menos ahora y mucho menos aquí. Yo lo que menos quiero es hacer sufrir a Marcos.

—El amor es así, hija, no avisa ni se planea.

—Pero su nieta tiene razón.

—¿En qué?

—En que no está en mis planes quedarme aquí. Yo estudio en la U, el próximo será mi último año y no puedo dejar todo botado.

—Y creo que nadie le ha pedido que lo haga. ¿O Marcos se lo pidió?

—No, no.

El hombre llevó a la muchacha hasta la cama y allí se sentó con ella.

—Escúcheme. Mi nieta no debió decir todas esas cosas anoche.

—Ella tiene razón, don Enrique, si yo fuera ella y alguien quisiera lastimar a mi hermano, también me pondría así. Además, yo no me he comportado de la mejor forma.

El viejo le regaló una comprensiva sonrisa.

—Ustedes, las dos, todavía son unas niñas y aunque mi nieta ya está casada y usted a punto de ser profesional, no dejan de ser unas niñitas que no han terminado de crecer. Es lógico que se comporten así, pero ¿le digo algo? Mi nieta tiene tejado de vidrio en hacer sufrir al hombre de su vida. Y debo admitir que, por ignorancia, yo también ayudé a que Rodrigo sufriera mucho por ella.

—¿De verdad? —preguntó sorprendida.

—Así es. Las cosas no fueron fáciles para ellos; para ella menos, que, además, tuvo la desgracia de criarse con mi hija, que fue la peor madre que un hijo pudiera tener, lamentablemente. Quizás, algún día, Marcos le cuente su historia, es larga, pero mientras tanto, usted debe saber que Rodrigo, Marcos y yo, hablamos con ella, no debe volver a intervenir entre ustedes y mucho menos a increparla del modo en el que lo hizo.

—Pero ¡don Enrique! Victoria me va a odiar más si la retan por mi culpa.

—No se preocupe —la tranquilizó el abuelo con una sonrisa—. Ella se lo tomó muy bien. Ella tiene miedo por volver a ver a Marcos tan mal como quedó cuando murió Teresa, pero la situación es completamente diferente y

ella así lo entendió.

—¿Seguro?

—Seguro, *mija*. Usted tiene que estar tranquila. Debe vivir su juventud y su vida sin pensar tanto, que, para tomar caldo de cabeza, está toda la vejeztud —bromeó.

Maybe sonrió con los ojos rojos por el llanto.

—Nadie tiene la vida comprada, nadie, y sea franca: si ese hombre la hubiese matado, ¿qué habría pensado de su vida? Usted no vivía por planear todo al detalle y por esperar el momento justo y el lugar preciso para vivir y la vida... —Le tomó la cara con delicadeza para hacer que lo mirara—. La vida, *mija*, es aquí y ahora. A lo mejor, en un año, ya no vamos a estar; a lo mejor, en un año, todas sus prioridades cambien; a lo mejor, en un año, usted y Marcos se habrán convertido en buenos amigos; o a lo mejor, ni se van a querer mirar. Pueden pasar tantas cosas en un año que no vale la pena no vivir por un futuro que ni sabemos si tendremos o no. No digo con esto que uno no piense en el futuro o no haga planes, lo que digo es que hay que vivir el ahora mientras llega el futuro. Al final, cuando uno se hace viejo, y lo digo por experiencia, uno se arrepiente más de lo que no hizo que de lo que sí hizo. Uno se da cuenta que todo sirve de experiencia, y solo entonces, cuando uno está al final de sus días, se da cuenta de si vivió o no la vida. El problema de eso es que, si no se vivió, ya no queda tiempo para hacerlo.

—Si yo muriera ahora —meditó la joven con voz quebrada—, diría que apenas he vivido, me he pasado la vida estudiando, planeando y, muchas veces, aparentando.

—¿Aparentando?

—Sí —admitió—. Aparentando que me gusta mi vida. Aparentando que me sentía cómoda con la gente, cuando no es así, siempre me siento fuera de lugar. Cuando conocí a Noemí, nos hicimos amigas *altiro*, podíamos pasar horas sin hablar y a ninguna de las dos nos molestaba. Si salíamos a carretear, nos volvíamos temprano, porque en realidad no nos gustaba... aunque yo dijera que esa era la vida que quería llevar.

—Pero tengo entendido que usted se fue de Copiapó porque no le gustaba la vida de provinciana, que prefería la vida capitalina, con su vida acelerada y noches de juerga.

—Era lo que quería, no lo que me gustaba.

—No entiendo.

—Era lo que correspondía a la vida que tenía planeada para mí. —Hizo una pausa que no fue interrumpida por el hombre—. Yo entiendo al Allen, ¿sabe? A mí tampoco me gusta Copiapó, prefería un poco más cuando vivíamos en Diego de Almagro. Si me fui a Santiago fue para salir de allí.

—Y el campo, ¿le gusta?

La niña bajó la cabeza.

—¿Le gusta? —insistió el hombre.

—Más de lo que quisiera admitir.

—¿Por qué no lo quiere admitir?

—Ya le dije, yo quería una vida capitalina y todos lo sabían, ¿qué van a decir ahora si digo que me gusta el campo?

El dueño de casa abrazó a la joven, era tan pequeña todavía, tan niña, que seguía algo perdida.

—Siempre uno tiene derecho a cambiar de gustos, pero no deje que el orgullo ciegue sus emociones. Si esto le gusta, si Marcos le gusta, no lo niegue. No hay nada de malo en sentir.

—¿Y mis estudios?

—Le queda un solo año, estoy seguro de que Marcos la apoyará para que los termine, después de eso, verán qué sucede. ¿Para qué adelantarse a algo que todavía no pasa? Conozco a Marcos y sé que él no le pedirá algo que no quiera o no esté preparada para dar.

—Gracias, don Enrique.

—No me dé las gracias, *mija*. Y vamos, que tiene que tomar desayuno, más tarde vamos a adornar la casa entre todos, ¿ya le hizo la carta al Viejito Pascuero?

Maybe se echó a reír y se puso roja.

—Tiene que hacerla.

—Pero ya estoy grande.

—Si cree en la magia de la Navidad, estoy seguro de que le llegará lo que desea.

La chica se lanzó a los brazos del hombre, cual niña pequeña se lanza a los brazos de su abuelo.

—Todo va a estar bien, *mija*, ya lo verá.

—Gracias, muchas gracias, don Enrique, ya quisiera yo que mis abuelos fueran así, como usted.

—¿No lo son?

—Ninguno quería que mis papás se casaran, así que siempre que nos visitan o nosotros a ellos, les hacen la vida imposible, y a nosotros, con el Allen, siempre nos están recordando que no deberíamos ser sus nietos. Que por mí se tuvieron que casar y que por mi hermano no se pudieron separar.

—¿Ellos querían separarse?

—¡No! Mis papás siempre se han querido mucho.

El viejo la apartó un poco y la besó en la frente, podía entender que necesitara que se le reafirmara el amor pues tenía una carencia en ese sentido, los abuelos son muy importantes en la vida de todos los niños.

—Allen me pidió ser mi nieto y usted, como su hermana, también lo es. ¿Sabe? Siempre quise tener esta casa llena de mis hijos y de mis nietos. Cuando la madre de Victoria era niña, los hijos de los trabajadores pasaban

mucho tiempo aquí. Cuando creí que mi nieta había muerto, todo se volvió más sombrío. Ahora, con mi nieta de vuelta, con Rodrigo, Marcos y Camilo, con ustedes, con Allen... La casa ha vuelto a cobrar vida. Y quiero muchos nietos y bisnietos correteando por ahí. Esta casa es grande para albergarlos a todos. Y el corazón también.

La muchacha apoyó su cabeza en el hombro masculino y se quedaron así durante mucho rato, hasta que la puerta del dormitorio se abrió lentamente.

—Golpeé, pero no me escucharon —dijo Marcos—. ¡Maybe! ¿Qué pasó, mi niña?

—Esta niña necesita un buen desayuno, luego, un paseo por los alrededores. ¿La acompañas? Yo voy a ver que mis hombres saquen las cajas de Navidad y que llamen a todos a arreglar la casa —indicó don Enrique y, sin esperar respuesta, se levantó, le dio un beso en la cabeza a Maybe y salió del cuarto.

—¿Qué pasó, mi niña? ¿Por qué no has tomado desayuno todavía?

—Pasa que cada día me pongo más llorona.

—No digas eso. ¿Qué pasó?

—No pasó nada. Es que soy una llorona, esa es la verdad. —Se levantó y le dio un pequeño beso de saludo—. ¿Me vas a llevar a tomar desayuno?

—Claro que sí.

Marcos pasó su brazo por el hombro de la joven y así, abrazada, la llevó a

la cocina.

—¿Y después me vas a llevar a dar una vuelta?

Él la detuvo y la abrazó de la cintura.

—A dónde tú quieras.

—Quiero conocer tu mundo.

—A lo mejor no te gusta.

—Eso lo decidiré yo.

La mujer le dio un beso, un beso profundo, algo salado, y en el que quería dejar fuera todos sus temores.

—Siento mucho lo de anoche —se disculpó él con algo de timidez.

—Tu abuelo ya habló conmigo. Igual pienso que Victoria me va a odiar más todavía.

—No. Ella tiene miedo por mí, no es que te odie a ti.

—Yo también tendría miedo si mi hermano se hubiera encontrado a una tipa como yo.

—Es que eres la bruja malvada del bosque —bromeó él.

—Claro —respondió ella de igual modo.

—Vamos, mi bruja, que no quiero que te desmayes de hambre aquí.

Llegaron a la cocina donde las mujeres se afanaban con los dulces para la tarde de armado del arbolito.

—Parece que es toda una ceremonia el día de hoy —comentó Maybe.

—Es todo un acontecimiento, niña, ya lo verá. Es un día en el que se llena la casa de niños y adultos entusiasmados con el inicio de la Navidad —le explicó Zoila, la cocinera, quien era ayudada por Lupe y Nilda.

—Así parece, debe ser bonito.

—Lo es. Siéntese, niña, para servirle el desayuno.

—No, no se preocupen, yo me sirvo, sigan con lo suyo. Gracias.

Marcos y Maybe se sentaron a tomar desayuno en una orilla de la mesa, para no estorbar el trabajo que se llevaba a cabo allí.

Al terminar, Maybe lavó la loza que ocuparon en tanto Marcos preparó unos caballos para ir a dar un paseo por los alrededores. Cuando la joven salió de la casa, él ya se encontraba afuera con dos enormes caballos.

—¿Lista para irnos?

—¿En caballo?

—Sí, ¿cuál es el problema?

—Yo nunca he montado un caballo.

—No tengas miedo, yo te ayudaré. Larissa es mansa, no pasará nada.

—¿Seguro?

—Seguro. De todos modos, si no te sientes cómoda luego de probar, te puedes subir conmigo a este.

—No me siento cómoda.

Marcos largó una carcajada.

—Todavía no pruebas.

—Yo sé que no me voy a sentir cómoda.

—No lo sabes. Vamos, no seas cobarde.

—¡No soy cobarde!

—Gallina —siguió bromeando.

—¡No!

—Sí, eres una cobarde citadina, ¿qué? ¿Me vas a decir que es más fácil andar en metro en hora punta?

—¡Pesado!

—Esto es menos peligroso que andar por esas calles llenas de peligros de Santiago.

—¿Estás seguro?

—No haría nada que pudiera ponerte en peligro, ¿o crees que sí?

Maybe tomó aire para darse ánimos. Marcos tomó su mano y la miró a los ojos.

—Ya verás que puedes. Te ayudo.

Marcos la ayudó a montarse sobre el animal y le enseñó a tomar las riendas.

—¿Ves que no es tan difícil?

—Es gigante, es muy alto desde aquí arriba.

Marcos se subió a su caballo y observó a la joven a su lado.

—¿No te gusta la vista que tienes?

—En realidad, sí —aceptó observando todo a su alrededor.

—Y espera a sentir el aire en tu cara.

Ella lo miró y sonrió, se encontraba expectante de lo que iba a ocurrir.

—¿Lista? Recuerda que tienes que golpear con los talones para que eche a andar. Sostén firme las riendas.

La yegua echó a andar con suavidad y Marcos las siguió. En pocos minutos, Maybe ya se sentía muy cómoda sobre el caballo y él pensó que quizá, solo quizás, ella estuviera hecha para la vida del campo, a su lado, con él; sobre todo cuando, más adelante, ella ya galopaba feliz por el campo.

—¿Te gusta? —inquirió él cuando se detuvieron en la colina desde donde se veían las nuevas tierras de Marcos.

—Es precioso —admitió ella—. Desde aquí se ve como si uno estuviera en una nube mirando la tierra.

—Sí, ¿ves que no era tan terrible andar a caballo?

—No, de terrible nada, es maravilloso.

Marcos acercó su caballo a la joven y buscó sus labios para besarla.

—¿Ves que no haría nada que te pudiera poner en peligro?

—Lo sé.

Volvieron a mirar el campo perteneciente a Marcos, para él, ese monte era especial, no porque fueran sus tierras, sino que, desde ahí, muchas veces miró

la casa de Fermín Carreño, llorando y cuestionando por qué su vida se había ido a pique desde que ese hombre los había expulsado de su casa, por qué Dios se ensañaba con él y por qué no podía conseguir un poco de felicidad.

Miró a su acompañante, las cosas ya no le iban tan mal, pero estaba seguro de que el día que Maybe se fuera, ese volvería a ser su lugar para volver a despotricar contra su mala suerte.

Capítulo 16

Un par de horas más tarde, los jóvenes llegaron a la casa, los demás no habían llegado todavía. Marcos se preocupó, pues su hijo ya estaba pasado en su hora de almuerzo y, lo más probable, era que pronto se pusiera mañosito por hambre.

—Voy a buscarlos. ¿No sabe por dónde andan? —le preguntó al abuelo.

—No, supongo que deben haber ido al río, es la parte que más le gusta a Victoria.

Marcos caminó de vuelta a su caballo, pero, antes de subir, vio venir a las mujeres y los niños. Se apresuró en su búsqueda. Victoria se veía acalorada y cansada; Sandra venía con Camilito en sus brazos y tampoco se veía mejor; Marcos lo tomó para alivianar a la mujer.

—Se demoraron mucho, ¿qué se quedaron haciendo? —reprochó Marcos más asustado que molesto.

—No te enojés, nos detuvimos varias veces, Camilito está muy grande y a ratos tuvimos que traerlo caminando o lo traía la señora Sandra o yo, nos teníamos que turnar —respondió Victoria sin ánimo.

—Debiste llamar —habló con más suavidad.

—Sí, pero perdí la señal.

—No tienes buena cara, cuñadita.

Con un brazo tomó a su hijo y con la otra abrazó a Victoria, así entró con ella a la casa.

—¿Qué pasa, hija? No te ves nada bien —preguntó, preocupado, el abuelo.

—Nada, solo estoy cansada y tengo calor.

—Después de almuerzo podrías acostarte un rato a descansar.

—No tengo hambre, quiero ir a dormir.

—Toma un vaso de agua. Más tarde comes algo.

—Gracias, abuelo.

El hombre la abrazó; ella tembló en sus brazos.

—¿Te encuentras bien? Parece que tuvieras fiebre.

—Sí, solo estoy cansada, el sol estaba muy fuerte.

—Se tardaron demasiado.

Ella no contestó, simplemente, le dio un beso en la mejilla a su abuelo y se fue a la habitación.

—¿Pasó algo? —le preguntó don Enrique a la mamá de Maybe.

La mujer bajó la cabeza.

—La tía casi se nos cayó —respondió Allen, sin filtro—. La tía se mareó y mi mamá la tuvo que afirmar, casi se cae con el Camilito y todo.

—¿Qué? —se exaltó Marcos.

—Sí, pero no pasó nada —aclaró Sandra—. Se acostó en el pasto un rato y se le pasó. Ahí nos vinimos. Yo no llevé mi celular y el de ella no tenía señal.

—Don Enrique, vamos a tener que decirle a Rodrigo que la lleve al médico, ayer igual se sintió mal —expresó Marcos con preocupación.

—Es verdad, yo también lo he notado. Le diré a Rodrigo que se haga cargo.

Maybe se acercó a Marcos y le pidió al niño.

—Anda a verla, quizá no quiera decir nada para que no se preocupen y necesite de alguien, yo me quedo con Camilito —ofreció.

—Gracias. —Marcos le dedicó una agradecida sonrisa y se dirigió a la habitación de Victoria.

—¿Cómo les fue? —le preguntó el abuelo a Allen.

—Bien, si estuvimos bien divertidos, fuimos al río, comimos fruta de los árboles, nos bañamos. Si fue después, cuando nos vinimos, que la tía casi se cae. Antes de eso, había estado bien —contestó el niño con entusiasmo—. Yo creo que fue mucho sol, hacía mucha calor.

—Sí, puede ser eso.

Aunque el anciano intentó no darle importancia, sabía que su nieta no se encontraba bien y esperaba que no fuera nada grave.

Camilito, ajeno a todo lo que ocurría a su alrededor, tomó la cara de

Maybe con sus dos manos para obligarla a mirarlo.

—¿Qué pasa, bebé?

El niño le hizo un puchero.

—¿Tienes hambre?

—Da.

—Ya, vamos a lavarnos las manitos para comer.

—¿Abua?

—Sí, con agua.

—Da.

Maybe se llevó al niño al baño y ambos se lavaron las manos mientras ella le cantaba una canción improvisada acerca del agua y del lavado de manos. Eso alegró mucho al niño, que reía y disfrutaba de esa actividad.

Luego, se dirigieron a la cocina donde la comida del niño ya estaba servida; Maybe le dio de comer a Camilo a pesar de que Nilda estaba lista para esa tarea, pero Camilito no quiso irse con la empleada, quería estar con Maybe.

—Mamo —le dijo Camilo a Maybe en medio de la comida.

—Yo también te amo, mi bebé.

El niño rio feliz y luego abrió su boca para recibir más alimento. Al terminar de comer, extendió sus brazos para ser sacado de su sillita, lo cual Maybe hizo de inmediato.

—Mamo —volvió a decir.

—Yo también, precioso. Vamos a ir a lavarnos la carita, mi pequeño, que tienes una cara de tuto que no te la puedes.

—Ninna —dijo el niño y Maybe no contestó, pues no supo qué decir, solo le dio varios besos.

Luego del ritual de aseo, Maybe lo llevó a la sala donde había una cuna de diario para que no estuviera tan alejado del resto, pero tampoco con todos; sin embargo, el niño no quería quedarse allí acostado. La joven entonces, lo acunó en sus brazos y le cantó una canción para hacerlo dormir. En menos de cinco minutos, el niño ya estaba dormido, pero ella no lo acostó de inmediato, se quedó sentada en la mecedora, contemplándolo; con una mano lo sujetaba y con la otra acarició sus manitos.

—Mamo —le dijo el niño, adormilado.

—Yo también te amo. —Ella le dio un beso en la frente y el niño dibujó una sonrisa sin despertar, era todo un poema verlo así, pequeño, risueño, dulce—. Eres bello, mi amor, te voy a echar tanto de menos cuando me tenga que ir a estudiar. Espero que no me olvides, te vendré a ver todas las semanas —le habló con voz suave—. Claro, si antes no aburro a tu papá. A veces me siento tan tonta. Sé que él merece una mujer mejor que yo, una mujer que se la juegue por ti y por él, y yo... Yo quiero hacerlo, pero no sé cómo. Yo, yo creo que estoy enamorada de tu papá y te amo a ti con todo mi corazón, pero

soy tan tonta, me cuesta tanto expresar mis emociones, mis sentimientos, que tengo miedo de que termine aburriéndolos a los dos.

—A mí no me vas a aburrir —contestó Marcos que estaba apoyado en la moldura del portal, desde donde escuchó todo.

Maybe giró con cuidado su cuerpo para no despertar al niño y vio allí a ese hombre rústico, fuerte y con una ternura en su mirada que contrastaba con todo lo demás.

Ella le sonrió a pesar de sentirse pillada en falta. Marcos se acercó y se agachó frente a ella.

—¿Ahora escuchas detrás de las paredes? —le preguntó ella en tono de divertida censura antes de que él pudiera decir nada.

—No quise interrumpir tu conversación con mi hijo. ¿Es verdad lo que dijiste? —le consultó, serio.

—Sí —contestó con vergüenza y sinceridad.

Sostuvieron sus miradas el uno en el otro. Luego, él se levantó, tomó a Camilito y lo acostó en su cuna. Volvió con Maybe y la hizo levantar del asiento. Quedaron frente a frente. Él acarició la mejilla de la joven con el dorso de su mano.

—¿Quieres pololear conmigo? —le preguntó con sinceridad—. Te pediría que nos casemos, pero creo que es muy pronto y tus padres se podrían espantar.

Maybe sonrió ante la explicación.

—Yo te estoy haciendo una propuesta todo serio ¿y tú te ríes?

—Sí.

—¿Y lo admities? —Se fingió ofendido.

Maybe se colgó de su cuello y lo besó. Marcos se confundió en un primer momento, pero luego le correspondió y tomó el control del beso.

—Sí, que sí quiero pololear contigo —le aclaró ella, llena de felicidad.

Marcos la volvió a besar con más dulzura. Esperaba que esta vez todo funcionara bien.

&&&

A eso de las cuatro de la tarde, a la casa empezaron a llegar madres y niños, esposas o trabajadoras del fundo con sus hijos, pues ellos eran los que ayudaban a decorar el lugar.

Allen, en un primer momento, se cohibió y no quería estar presente. El abuelo se acercó a él.

—Ellos son niños que viven aquí, son hijos de los trabajadores del fundo, si ustedes se quedan a vivir, algunos de ellos serán tus compañeros de curso y los demás, de colegio. Si no quieres jugar con ellos, no estás obligado, ya verás que no te molestarán.

—A mí me molestaban porque no quería jugar.

—Aquí nadie dirá nada, si quieres jugar, te incluirán; si no quieres hacerlo, lo entenderán.

El niño aceptó la explicación, de todas maneras, pensó que no jugaría con ellos, pues, aunque quisiera, tampoco sabía jugar.

Los padres de Allen se sintieron un poco incómodos con la situación, ya que ellos tenían claro que a su hijo lo ponía tenso el gentío y los niños; así y todo, no dijeron nada y no lo dirían sino hasta que Allen diera muestras de incomodidad real.

Uno de los niños se acercó a Allen y lo invitó a jugar, el abuelo le indicó que a su invitado le costaba interactuar con otros, que tenía un problema que le impedía jugar como los otros niños, que él era asperger.

—Vamos a estar afuera, si *querí* venir, vente *nomá*, nosotros te enseñamos a jugar.

—Gracias, Luchito —respondió el abuelo por Allen.

Los niños salieron corriendo hacia afuera.

—¿Por qué no vas con ellos?

El niño se encogió de hombros, él hombre ya había aprendido que aquello significaba un “sí”.

—Anda, si no te gusta, te vienes, pero prueba, no puedes decir que algo no te gusta si no lo has probado. No pierdes nada, Luchito estará encantado de

recibirte.

Allen sonrió y salió de la casa con timidez. Los niños, al verlo, lo llamaron y lo incluyeron de inmediato en sus juegos; le explicaron lo que debía hacer y cuándo. Todo bajo el alero del pequeño Luis, Luchito para todos los que lo conocían; él cuidó de su nuevo amigo como si fuera su propio hermano menor.

Pablo y Sandra se asomaron a mirar a su hijo. Don Enrique se colocó entre ellos, por detrás, y puso sus manos en los hombros de sus amigos.

—A ese niño le faltan amigos de su edad con quien jugar, niños que lo acepten tal cual es —comentó.

—Es tan difícil, la mayoría de los niños lo molesta.

—Aquí lo aceptaron *altiro* y miren que, si no lo hacen, Luchito lo defenderá con los puños si es necesario.

—Sí, ese niño lo cuida mucho.

—Él tenía un hermanito, en un accidente de auto murió su mamá y su hermano. Un ebrio los chocó por el lado del copiloto. Su papá y él no sufrieron heridas, pero Luchito quedó muy mal emocionalmente. Creo que Allen le recuerda un poco a su hermanito, el Beto no hablaba, no porque no pudiera, no lo hacía con cualquiera. Tenía autismo. Igual que Allen.

Los papás se sorprendieron de aquella historia y vieron como el pequeño niño integraba a su hijo, lo cuidaba y se preocupaba como si fuera mayor que

él, cuando en realidad, al parecer, tenían la misma edad.

Allen corría feliz siguiendo el juego de los niños. Ni Sandra ni Pablo habían visto nunca a su hijo de esa forma y se emocionaban con la escena. Su hijo jugando contento. Eso era un punto más para tomar su decisión final.

Maybe y Marcos, que se encontraban debajo de un árbol conversando, miraban a los niños jugar y cuando salió Allen, a la joven le pareció muy extraño. Poco rato después, su hermano ya jugaba como uno más del grupo.

—Le hace bien el campo a tu hermano —le comentó Marcos.

—Sí, así parece, él nunca jugaba con nadie en Copiapó.

—Bueno, aquí ya parece que tiene amigos, y uno más especial que los demás.

—Sí, ese niño lo cuida mucho.

—Debe recordarle a su hermanito, por eso lo cuida así.

—¿Tiene un hermano?

—Tenía. Falleció en un accidente, el niño era autista y el Luchito siempre lo cuidaba mucho. Estuvo muy mal después de eso. Pero, míralo ahora, juega y cuida del Allen como si fuera su hermano.

—Allá no hacían más que molestarlo porque no sabía jugar.

—Los niños de ciudad a veces son un poco más fríos, los de campo pueden ser un poco más bruscos, toscos. Son diferentes. Además, allá todo el mundo, hasta los niños, andan pendiente de su celular, su Tablet y se olvidan

del mundo. Ya ni juegan.

—Eso sí es verdad —aceptó ella, resignada.

—Yo creo que a tus papás les haría bien quedarse aquí; ellos se ven contentos, el Allen se ve contento...

—¿Yo no?

—Ahora, que por fin aceptaste algo entre nosotros, también. Pero quedarte o no, es una decisión tuya, no de tus padres.

—Dime algo.

—Te digo lo que quieras.

—¿Te olvidaste de ella? Es que hasta hace unos días llorabas y sufrías por la mamá del Camilito y ahora quieres estar conmigo...

—No, no me he olvidado de Teresa y dudo que lo haga, es la mamá de mi hijo y fue muy importante en mi vida. No la quería dejar ir, no quería aceptar que estaba solo de nuevo. Pero cuando llegaste... Es que niña, todo mi mundo se volvió de cabeza. Por un lado, no quería dejar a Teresa y, por otro, tú me habías gustado demasiado desde el primer momento. Y ya estaba dejando ir a Teresa, pero... Pero, no quería. Y a la vez sí quería. Era todo confusión para mí.

—¿Y ahora?

—Ahora sé que quiero estar contigo, que el hecho de que Teresa sea la madre de mi hijo no significa que yo tenga que seguir enamorado de ella

hasta el fin de los tiempos, mucho menos si en realidad tenía que dejarla ir. La quiero, sí; me hizo mucha falta todo este tiempo, también; pero tú eres mi presente, eres tú a quien quiero a mi lado.

Ella no contestó nada.

—¿Qué pasa?

—Que yo no quiero ser un sustituto de ella.

Marcos le dio un dulce beso en los labios.

—Nunca has sido ni serás un sustituto de ella. Tú llegaste cuando yo todavía me negaba a dejarla ir y tú me confundías más; quería seguir con ella y quería estar contigo. Pero ella ya no está, ella se fue y me dejó un hijo maravilloso que sabrá que su madre lo amó y a quien le contaré la historia como yo la viví con ella. Pero será eso. Tú eres mi presente. Si seguimos juntos, mi hijo crecerá a tu lado y tú serás su figura materna, sabrá que las madrastras no son perversas, aunque tengan verrugas en la cara —bromeó.

—¡Oye!

Él la abrazó y la pegó a su pecho.

—Yo tengo un pasado, mi niña, si no quieres vivir con eso y quieres dejar todo hasta aquí, yo lo voy a entender, pero debes decirlo, no quiero que te lo guardes y luego, ante cada discusión, lo saques en cara. Tengo un hijo, tuve una mujer de la que estuve muy enamorado y no soy más que un *huaso* bruto que no ha salido nunca de su campo. Ese soy yo. Si estás dispuesta a

aceptarlo, yo feliz; pero si no, no quiero que te obligues a estar conmigo por... No sé, por no ser capaz de decírmelo. Prefiero que me rompas el corazón ahora y no después, cuando no pueda vivir sin ti —volvió a bromear para no hacer tan seria la situación, como en realidad la sentía.

Ella buscó sus labios.

—No me molesta lo que fuiste o lo que eres. De hecho, no te imagino sin Camilito. Solo quería saber si tú sentías lo mismo, porque creo que me harán mucha falta cuando tenga que volver a la ciudad.

—A nosotros también, pero aquí te esperaremos y cuando no puedas venir, iremos nosotros a verte, si no te molesta.

—Me encantará, porque a veces tendré mucho que estudiar y viajar hasta acá será muy difícil.

—No te preocupes, no te dejaremos solita, mi amor, te apoyaremos en todo.

Se besaron con cariño, con un beso dulce y reposado, demostrando que lo suyo no era solo atracción física, era mucho más que eso.

Capítulo 17

Cuando todo estuvo dispuesto y preparado para adornar la casa, llamaron a los niños, los que se fueron derecho al baño a lavarse las manos y la cara, supervisados por algunos adultos. Camilito iba en brazos de su padre y Maybe lo aseó mientras él hablaba en su idioma cosas inentendibles para ellos.

—¿Los niños? —atinó a preguntar Maybe.

—Da.

—Niños.

—Da.

—Hartos niños.

—hato.

—Hartos.

—Da.

Maybe sonrió divertida, Camilito siempre asentía con un solo golpe de cabeza y su típico “Da”.

—¿Vamos con los niños?

—Da.

Las empleadas de la casa repartieron trozos de pie de limón, kuchen y tartas para los invitados mientras el dueño de casa daba las indicaciones pertinentes.

En cuanto se dio el “vamos”, todo el mundo se puso a trabajar en colocar luces, adornos; algunos niños llevaron tarjetas, otros le llevaron sus cartas al Viejito Pascuero, las que dejarían en el árbol. Los niños más grandes les ayudaban a los más pequeños a hacerlo. Y así se pasó el tiempo hasta que, llegada la noche, todo estuvo terminado y se dio paso al encendido de las luces.

Los niños quedaron sorprendidos, especialmente Allen que nunca había visto nada igual en una casa. Camilito, en los brazos de Marcos, abrió mucho los ojos y luego le puso su mano en la cara a su papá y se la giró sin mucha consideración para que viera las luces.

—¿Te gustan, campeón?

—Da.

—Luces.

—¿Ah?

—Luces.

—Uche.

—Sí. Luces. De Navidad.

—Da.

—Sí, Navidad.

Camilo rio y le dio un gran beso a su papá.

—Uche.

—Sí, luces, campeón.

El niño se giró hacia Maybe que estaba parada detrás de él.

—Uche —le contó entusiasmado.

—Luces, sí, son lindas, ¿cierto, mi bebé?

—Da.

—Lindo.

—Da.

—Sí, es muy lindo, y va a venir el Viejito Pascuero a dejarte regalos.

El niño se puso serio, al parecer no entendió eso.

—Uche.

—Ven aquí un ratito, mi bebé, ¿te gustan las luces?

—Da.

—Son lindas.

El niño echó el cuerpo hacia adelante, quería ver más de cerca las luces del árbol.

Maybe se acercó y el niño quedó más sorprendido todavía con el espectáculo.

—Uche.

—Sí, luces, son lindas, pero no se tocan, ¿ya?

—Da.

El niño le dio un beso a Maybe y luego se inclinó hacia su papá para darle un beso a él también y luego tomó la cara de ambos para que se besaran ellos.

—Mamo —dijo en su particular idioma.

Ellos se dieron un corto beso y el niño rio feliz.

—Mamo —volvió a decir y abrazó a los dos con sus pequeños bracitos, mientras Teresa, desde un plano superior, los observaba, se veían realmente bien los tres, como una familia, una verdadera familia, la que ella nunca podría haberle dado a su hijo.

&&&

Después de que todos se fueron, la casa quedó en completo silencio. Allen miró a su abuelo, agradecido.

—Gracias, tata, estuvo muy lindo hoy.

—¿Te gustó?

—Sí.

—Eso me hace muy feliz.

Abuelo y nieto se abrazaron. Cada día la relación entre ellos se hacía más

fuerte y más cariñosa. Los padres de Allen y Maybe pensaban en que hubiese sido muy lindo si los verdaderos abuelos de los niños hubieran sido así alguna vez. Pero la vida les había dado un abuelo que valía más que los otros cuatro juntos.

Camilito se durmió temprano, cansado de tanto jugar con los niños y de tantas emociones. Maybe y Marcos salieron al pórtico a tomar un poco de aire fresco.

—¿Estás cansada?

—Algo, fue un día intenso.

—Sí. Pero estuvo lindo, resultó bien.

—Sí. No creí que fuera así. Para nosotros era importante la Navidad, pero nunca algo como esto.

—Para Don Enrique sí. Y espérate, que, ya llegando la Navidad, hace la fiesta para sus trabajadores, igual hace un montón de cosas, juegos, comida, regalos... Mi abuela era así, también, en la casa grande se hacía una enorme fiesta, pero desde que se fue, ya nunca volvió a ser lo mismo.

—Debe haber sido lindo ser niño aquí en estas fechas.

—Sí, era la mejor época. En todo caso, a don Enrique igual le gustan mucho los niños.

—Sí, se nota, el Allen lo adora.

—Sí. Los dos se adoran.

—Es un hombre fácil de querer.

—Sí, y tanto que sufrió, pero ahora la vida lo está recompensando por todo su sufrimiento.

—Aquí parece que todos han sufrido mucho.

—En cierto modo, todos los sufrimientos están conectados; el sufrimiento provino de las mismas personas, personas que se fueron de este mundo sin entregar respuestas, motivos, nada. Solo conjeturas. Y en realidad ya ni vale la pena intentar buscar las verdades que los llevaron a actuar de la forma en que lo hicieron.

—A veces es mejor dejar las cosas como están y no remover el pasado en busca de respuestas que no se van a encontrar.

—Por eso ya ni pensamos en eso. Ahora estamos juntos, como familia, recuperando el tiempo perdido.

—Sí, se nota, es como si cada minuto fuera importante para ustedes.

—Lo es. Porque hubo momentos en que un minuto fue crucial. Así que sí, para nosotros es importante cada minuto juntos.

Maybe lo besó sin saber qué decir, algo había escuchado, la misma señora Trini le había contado algo, pero la historia tal como fue, no la sabía; lo que sí sabía era que ese hombre valoraba a su familia y amigos de un modo muy especial.

—Buenas noches —saludó Rosa Robles a la pareja de una forma nada

educada.

—¿Qué haces aquí? —interrogó Marcos de mal modo.

—Vengo a hablar con don Enrique.

—¿Qué quieres con él?

—No te interesa.

—¿Seguro?

—Seguro, no vengo a hablar de ti, no eres el centro de mi universo.

—No creo que lo sea, pero para qué quieres hablar con don Enrique.

—¿Lo puedes llamar? Yo ya no quiero volver a hablar contigo, así que ¿me puedes decir si está?

—Sí, espera, lo voy a buscar.

—No te preocupes, no me moveré de aquí.

Marcos entró a la casa en busca del abuelo.

—¿Así que tú eres la nueva? —le dijo Rosa, de un modo muy altanero, a Maybe.

—¿La nueva?

—La nueva. La nueva conquista de Marcos, ¿cómo no vas a entender?

—respondió con un tono que hizo sentir como una tonta a Maybe.

—¿Qué quieres decir?

—Ay, por favor, ¿me vas a decir que no has escuchado los rumores?

—¿Qué rumores? ¿A qué te refieres?

—Vamos, capitalina y tonta. ¿Tú crees que eres la única en la vida de Marcos? Eres muy idiota, más de lo que pensé, yo creí que se burlaba de nosotras por ser *huasas* y tontas, pero tú, una chica de la capital, con estudios, con mundo, ¿cómo fuiste a caer tan fácil?

—No te entiendo...

—Bueno, mira, dejémoslo así, si no quieres entender es tu problema, pero, ojo, no vayas a quedar preñada como la mitad del pueblo, mira que el hijo de una muerta provoca que las mujeres caigan rendidas a sus pies, pero que tenga hijos regados por todos lados, eso sí que no es muy romántico, así que a esos los niega.

Maybe iba a replicar cuando salió don Enrique seguido de Marcos.

—Rosa, a esta hora, ¿qué andas haciendo por aquí? —interrogó el dueño de casa.

—Necesito hablar con usted, don Enrique, no sabía que Marcos estaba aquí.

—Se están quedando aquí hasta que arreglen su casa. ¿Necesitas algo? ¿Tu papá te envió?

—No, no, yo vine por cuenta propia. ¿Podemos hablar en privado, por favor?

—Bien, solo un momento, yo ya me iba a acostar, es tarde y hoy ha sido un día agitado.

—No me voy a demorar mucho.

Los dos entraron a la casa. Marcos se volvió a sentar al lado de Maybe, que estaba cabizbaja.

—¿Qué pasa? ¿Rosa te molestó?

—¿Qué relación tienes con esa mujer?

—Ojalá ninguna.

—¿Qué significa eso?

—Fuimos amigos, hasta que se las dio de mamá de Camilo y de esposa mía.

—¿Anduviste con ella?

—No. Nunca.

—¿Por eso está tan enojada contigo?

—Puede ser, no lo sé. O puede que se haya enojado porque no hice nada en contra de Carlos Gómez, otro amigo en común, que, según ella, intentó abusarla. Obvio que no le creí y cuando hablé con él, las cosas no habían sido como ella las contó.

—Está muy enojada contigo.

—Sí. Pero a mí me da lo mismo. Yo no tengo nada qué ver con ella. ¿Te dijo algo?

—¿Algo? Me dijo más que algo.

—¿Qué te dijo?

—Me dijo que tú andabas por ahí regando hijos y que luego los negabas.

—Yo.

—Sí, tú.

Marcos sonrió burlesco.

—¿Y tú le creíste?

—No sé, no te conozco lo suficiente.

Él se puso serio y se levantó herido.

—Como me has visto es como soy, no escondo nada. Hasta sabes que estuve enamorado de otra mujer.

—Ella dijo que ese era tu método para cazar chicas.

—A la única que quiero casar, con “s”, es a ti. Y conmigo. Si solo quisiera sexo, ¿acaso no habría intentado hacer algo más contigo? Te he respetado y lo seguiré haciendo hasta que corresponda.

—A Teresa no la respetaste.

—A Teresa la respeté como mi mujer. Ella no quería casarse, pero para mí, era mi mujer. Ahora, tampoco era una niña, era mayor que yo de hecho. ¿De verdad le creíste?

Maybe largó una pequeña risita, se levantó y se colgó del cuello del hombre.

—En realidad no le creí. Me pilló de sorpresa, sí, pero se nota a leguas que está despechada.

—Sí, siempre quiso estar conmigo, pero a mí nunca me agradó. Teresa tenía fama de fácil, sin embargo, era una mujer distinta, en su interior y en la intimidad era una mujer con necesidad de amar y ser amada. En cambio, Rosa es una mujer sin escrúpulos.

—¿Y yo?

—Tú eres una niña dulce, un poquito caprichosa, cuadradita y reclamona, pero eres tierna y adorable —la apretó más contra su cuerpo.

—Mmm, ahora que me doy cuenta, tienes el bla-bla de los donjuanes —se burló ella.

—¿Te parece? —Se meció contra su cuerpo y rozó su nariz con la de ella.

—Sí, así conquistas a cualquier chica.

—A la única que quiero conquistar es a ti.

Se besaron y se pegaron el uno al otro, sin ganas de separarse.

—Vamos a dormir, mira que, si sigo aquí, le voy a dar la razón a Rosa.

—Se apartó, agitado, de Maybe.

—Sí, vamos —aceptó ella igual de agitada.

Entraron a la casa al tiempo que Rosa iba saliendo del despacho del dueño de casa, enojada, resoplando. Salió a toda prisa, *como alma que lleva el diablo*.

Poco después, salió don Enrique negando con la cabeza, molesto.

—¿Pasó algo? —le consultó Marcos.

—Quería trabajar aquí.

—¿Aquí?

—Sí, me dijo que su papá la echó de la casa, que quedó sin trabajo en el rancho de Riveros y no tenía dónde más ir.

—¿Y? ¿Por qué se fue tan enojada?

—Porque no le di trabajo.

—¿No?

—No. Mira, muchacho, sé que esa mujer quiso hacerte daño, difamó a Carlos Gómez y ha andado dando pasos en falso; no la puedo recibir aquí. Sería para darles problemas a ustedes, y eso, no lo voy a permitir.

—Pero, don Enrique, si es por mí... —comenzó a decir Maybe sin saber qué decir.

—No, *mija*, yo no quiero gente problemática en mi rancho, mucho menos gente que quiere hacer daño. Después que se fue, llamé a Riveros, dice que sigue trabajando en su rancho; hablé con Robles, él no la ha echado, de hecho, sigue viviendo en su casa y no estaba enterado de nada de lo que andaba haciendo su hija.

—Mintió.

—Sí. Es una mujer tóxica, así que es mejor tenerla de lejitos.

—Quiso hacer que Maybe se enojara conmigo, le dijo que yo era un Don Juan que ando regando hijos por ahí.

—Supongo que no le diste crédito. Esa mujer está loca.

—No, se nota que está enamorada y que no es correspondida.

—Así es. Por eso es mejor que ni se acerque por acá. Bueno, yo me voy a acostar, estoy rendido. Hasta mañana. Acuéstense pronto.

—Sí, ya nos íbamos a acostar. Buenas noches, don Enrique —se despidió Marcos.

—Buenas noches —se despidió Maybe.

Marcos dejó a Maybe en la puerta de su dormitorio.

—Buenas noches, mi niña —se despidió con un corto beso en los labios.

—Buenas noches, mi amor, que descanses, supongo que mañana cuando me levante no vas a estar.

—Vendré a media mañana a verte.

—Bueno.

Se volvieron a besar un poco más profundo.

—Hasta mañana, mi niña.

—Hasta mañana.

Marcos se fue y Maybe entró a su cuarto. Se tiró a la cama. El miedo le hacía nudos en su estómago; se sentía en un torbellino de emociones, de cosas nuevas, pero sabía que Marcos estaría ahí para apoyarla. Ese solo hecho la tranquilizaba, de otro modo, no se arriesgaría a cambiar su modo de ver la vida, pues no era algo fácil para ella. Sabía que era lo mejor, no podía

seguir viviendo tal como lo estaba haciendo, pero eso no le impedía sentir un miedo atroz a caer de un precipicio, que nadie fuera capaz de afirmarla y que nadie pudiera rescatarla; que se perdiera para siempre. ¿Exagerado? Tal vez, pero así era como se sentía.

Vulnerable era un eufemismo para lo que en realidad sentía.

Cerró los ojos y pensó en los de su amado. En la claridad y ternura con que la miraba, en la comprensión cuando ella se comportaba de un modo errático, en la pasión contenida cuando la besaba.

Esperaba, y deseaba, algún día dejar de sentir ese miedo que la paralizaba, no quería que le impidiera ser feliz con el hombre que amaba.

Capítulo 18

Los días pasaron apresurados entre actividades, juegos y niños correteando por la casa y Allen cada vez más compenetrado con los niños del lugar.

Los resultados de los exámenes de Victoria resultaron bien, no era nada de preocupación, solo un embarazo que apareció muy pronto con malestares, algo poco frecuente, pero que no era de cuidado. Por lo que todos colaboraban en hacerle más pasable ese tiempo, pues más que nada, sentía mareos, fatiga y cambios de humor.

Tres días antes de Navidad, don Enrique llamó a Marcos a su escritorio.

—¿Pasa algo, don Enrique?

—No, hijo, lo que pasa es que quiero hacerte una consulta. Me gustaría invitar a Fermín a nuestra casa para Navidad. Él está solo y...

—Por mí está bien, creo que sería bueno para él.

—Yo sé que les hizo mucho daño, si no quieres...

—No, no, don Enrique, de verdad, creo que sería bueno, él está muy solo y sí, nos hizo daño, pero cada cosa nos ha traído hasta donde estamos ahora y bueno, ¿quién soy yo para juzgarlo? Además, él está haciendo cosas para resarcir lo malo y debo admitir que se ha portado muy bien con Camilito, casi

como un abuelo. Allen también lo quiere mucho.

—Sí, por Allen y por Camilito me gustaría invitarlo, mal que mal, los niños no tienen la culpa y querrán tener a los dos abuelos de aquí, juntos.

—Yo le digo que lo invita, si quiere.

—Gracias.

—Gracias a usted, don Enrique, que nos ha tenido que aguantar con toda la tropa.

El dueño de casa se echó a reír.

—Si no fuera por ustedes, yo ya estaría bajo tierra, muchacho. Los niños, las niñas, ustedes, todos, le han dado vida a esta casa. El agradecido soy yo por dejarme disfrutar, no solo de mi nieta, de mis nietos postizos y bisnietos. No sabes cuánto soñé haber tenido a mi nieta aquí, revoloteando, jugando y hoy tengo la dicha de tenerla a ella, a Camilito, a Allen, a Maybe, a ustedes, a ti, que te considero mi nieto de igual manera. Y ahora viene un bisnieto en camino, ¿te das cuenta? ¿Qué más puedo pedir? Solo espero que Dios me dé vida para verlo.

—Así será, don Enrique, todavía le queda mucha vida.

—Ojalá, mijo, ojalá.

Los dos hombres salieron del despacho; uno se va a la cocina, el otro, a buscar a Maybe.

—Voy a la casa de don Fermín, ¿me acompañas?

—Claro, ¿llevamos al Allen?

—Obvio, a él le encanta ir. Voy a buscar al Camilito.

Maybe fue en busca de su hermano y Marcos, de su hijo. Una vez en casa del hombre, que los recibió feliz, Marcos le dio el recado de don Enrique.

—No quiero molestar.

—No es molestia. Es una noche para pasarlo en familia y seguro que los niños querrán que usted esté ahí también.

—¿De verdad no les molesta?

—De verdad.

—Entonces, acepto, muchas gracias.

—No tiene nada que agradecer.

Maybe se apartó un poco con Camilo y Allen que querían jugar un poco más lejos con unas piedritas.

—Es una joven muy bonita y buena, te felicito, muchacho.

—Gracias.

—Cuídala mucho.

—Sí, eso intento.

—Camilito la adora.

—Sí. Y ella a él.

—Sí, se nota el amor entre ambos.

—Espero que no se pudra todo como siempre.

—No pienses eso. Recuerda, lo que pienses lo atraerás. Eres un buen muchacho y mereces toda la felicidad del mundo. Y ella es parte de eso. Debes creerlo.

Marcos sonrió. Cada día que pasaba, Maybe se le metía más al corazón, pero no quería terminar lastimado. Otra vez.

&&&

La noche de Navidad, se reunieron todos en la casa de don Enrique, la cena transcurrió en completa calma. En un momento, don Enrique pidió una oración por Noemí que continuaba en el hospital, había hablado con Trini aquella mañana y le había dicho que su hija había salido de riesgo vital, pero de igual forma, seguía de cuidado.

Una vez hecho eso y, para esperar las doce, el hombre invitó a todos afuera a jugar y conversar. Camilito se durmió en los brazos de su papá, no entendía mucho lo que pasaba ni lo que iba a ocurrir, así que no hizo esfuerzo por quedarse despierto.

Allen, en cambio, estaba ansioso. No había visto ningún regalo bajo el árbol y no estaba seguro de que el Viejito supiera que él no estaba en su casa de Copiapó, aunque se lo había dejado muy claro en la carta.

Los juegos resultaron muy entretenidos y la hora pasó rápido. A las doce,

sonaron unas campanas dentro de la casa y Allen abrió mucho los ojos.

—¿Qué fue eso? —preguntó.

—No sé, hay que ir a ver, cuidado, no vaya a ser un ladrón —le advirtió el abuelo con una sonrisa.

Al niño no le importó nada, corrió al interior de la casa y dio un grito al ver, bajo el árbol, un montón de regalos.

—¡Vino! ¡El Viejito Pascuero vino! —avisó a los demás.

Todos fueron a ver y, con la bulla, despertó Camilito, que hizo un puchero, pero al ver los regalos bajo el árbol se entusiasmó, por lo que olvidó su llanto.

Victoria fue la encargada de repartirlos y le entregó uno a Allen, luego uno a Camilito, los dos más desesperados por abrir un regalo. Los niños estaban felices, todos les hicieron regalos y Allen dijo que nunca había sido más querido en una Navidad.

—Nosotros tenemos un regalo que queremos darle a todos —habló Pablo—, hemos tomado una decisión: nos quedaremos. Allen es feliz aquí, Maybe también y para qué decir nosotros. Así que aceptaremos la oferta de trabajo de don Enrique y nos quedaremos.

Allen gritó de felicidad y se abrazó a su abuelo postizo que lo amaba como si fuera de sangre.

Los demás también se alegraron. Incluso Victoria, que, poco a poco,

estaba aceptando a Maybe como la *polola* de su cuñado.

Don Fermín también quiso tomar la palabra para agradecer la invitación. Allen y Camilito se habían convertido en sus nietos y estar con ellos en aquella fecha especial, era más de lo que merecía. Daba gracias a la vida por Marcos, por ser como era, un hombre íntegro que merecía la felicidad plena por su capacidad de perdonar y comprender todas sus faltas.

Marcos lo abrazó, ya no quedaba odio ni resentimiento en su corazón hacia ese hombre.

—Te quiero, *mijo*, ojalá hubieras sido mi hijo.

—A falta de uno, he tenido más padres que los demás —intentó bromear.

—Eso es porque es un orgullo para cualquier hombre el tenerte como hijo.

—Gracias —respondió avergonzado.

Las cosas marchaban bien, la alegría se podía respirar en esa casa y Marcos sentía que todo estaba poniéndose en su lugar. Pero, como no todo podía ser perfecto, cinco días más tarde apareció, de nuevo, el detective Alex Estévez. Su sola presencia bajó el ánimo de todos.

—Traigo malas noticias —dijo con una mezcla de culpa y rabia.

—¿Qué pasó?

—Ese tipo, Hernán Montes, fue dejado en libertad bajo fianza.

—¿Qué?

—Sí. Alguien, no sabemos quién, le pagó la fianza y antes de salir...

—¿Qué pasa, detective? Hable de una vez —exigió el dueño de casa, nervioso por su familia.

—Amenazó con buscar a Maybe y vengarse de ella por haberlo descubierto ante nosotros y ante ustedes. No estaba en sus planes que ella viniera a decirle nada, él haría todo en secreto y, para cuando se dieran cuenta, el daño ya estaría hecho y sería irreversible.

—¿Eso qué significa? —consultó Sandra, la madre.

—Significa que tengo que sacar a Maybe de aquí. La debemos llevar a un refugio.

—¡Pero pasado mañana es Año Nuevo! —exclamó Sandra.

—Sí, lo sé, pero es por su bien —respondió el oficial.

—¿Tantas influencias tiene ese hombre? —interrogó don Enrique, molesto.

—¿Influencias? No, lo que tiene ese hombre es suerte. Alguien lo ayudó, no se sabe nada de él, mis hombres están averiguando quién fue el que lo sacó.

—¿Podemos ir con ella? —consultó Pablo, el padre de la joven.

—No. Es decir, tenemos problemas de espacio en el refugio. Con suerte, conseguí un lugar para ella. De hecho, Trini y Noemí, que ya iba a salir del hospital, tuvieron que quedarse allí.

—¿Por qué Maybe? Ella no tiene nada que ver con ese tipo.

—Él cree que sí.

—¿Está loco?

—Yo no le encuentro otra explicación.

Maybe se quedó muda, un escalofrío recorrió todo su cuerpo, lo que la dejó sin fuerzas. Miró a su alrededor, sin saber cuándo ni en qué momento se había alejado de todos y se sintió muy vacía.

—No puedo dejar que mi hija esté sola y lejos en una fecha tan importante —protestó la mamá.

—Créame, señora, que, si pudiera hacer algo para cambiar esto, lo haría. Pero ¿qué prefiere, que esté con usted pasado mañana o toda la vida?

—Pero ella puede quedarse aquí, la protegeremos, aquí nada malo le va a pasar —intervino Marcos.

—Si quiere quedarse, será bajo su responsabilidad, nosotros no podremos prestarles vigilancia en este lugar tan apartado, si ese hombre llegara aquí, tendrían que usar el conducto regular de llamar a la comisaría, si vine fue por el respeto que les tengo y la situación que están viviendo, pero no es algo oficial, de hecho, para mis superiores, yo estoy preparando mi viaje fuera de Santiago. Técnicamente, estoy de vacaciones.

—Esto es horrible —murmuró Sandra.

—¿Qué van a hacer? Yo no puedo quedarme más tiempo, debo llegar a la

capital esta misma tarde.

—No sé...

—Deben decidirlo rápido, en media hora yo me marcho de aquí. Con ella o sin ella.

La familia Albornoz se apartó para conversarlo. La madre se largó a llorar, el padre se notaba frustrado. Marcos observó desde lejos la situación, sabía que no podía intervenir, solo quisiera que no se fuera, no así, no sola. La veía tan desvalida que sintió rabia consigo mismo por aquella situación, por su culpa, por el odio de Hernán hacia él era que ella tenía que sufrir algo que no le correspondía.

El detective recibió una llamada y luego de hablar unos minutos, se dejó caer en una silla, blanco como el papel.

—¿Qué pasa, detective?

—Pasa que el cupo que debía ocupar Maybe en el refugio...

—Ya no está —completó el dueño de casa.

—Así es. Buscaremos una forma, algún otro lugar donde ella pueda estar segura.

—¿Y si no encuentran otro lugar?

—Lo encontraremos, tenemos muchos contactos. Yo te ofrecería mi propia casa, pero este Año Nuevo no estaré en la capital, nos iremos a Antofagasta con mi esposa. De otro modo, te aseguro que las puertas de mi

casa estarían abiertas para ti y tu familia.

—Sí, está bien, todos tienen sus programas esa noche, ¿no? —mencionó la joven con tristeza.

Ella se sentó en el suelo, al lado del ventanal, al parecer, le gustaba ese lugar.

Marcos se sentó al lado de Maybe y ella puso su mano en la de él.

—No quiero irme sola —susurró ella.

—Si no hay espacio en el refugio, quizá no tengas que irte. Aquí te cuidaremos. Además, el que no estés aquí no significa que no vaya a venir.

—¿Por qué ese hombre me persigue?

—No lo sé. Quizás es por mi culpa.

—¿Por tu culpa?

—Ese hombre me odia, Maybe, es contra mí con quien tiene sus problemas, a lo mejor es por mí que tiene tirria contra ti.

—¿Y por qué a mí?

Marcos fue incapaz de contestar.

El celular de Estévez volvió a sonar y luego de hablar se dirigió a la familia.

—No hay sitio en otro refugio.

—¿Eso significa que me quedaré aquí?

—No. No puedes quedarte.

—¿Entonces?

—Les dije que pasaría el Año Nuevo en Antofagasta. Lo que pasa es que Vicente Saravia, ¿lo ubican?, el chico reality de la televisión, bueno, resulta que él es el dueño del refugio donde se suponía se iba a quedar Maybe. Bueno, el caso es que el dueño de los hoteles A&E, Esteban Arriagada, es colaborador nuestro con la causa de las mujeres en peligro, y ahora se va a Antofagasta a celebrar el Año Nuevo con su familia y amigos; Vicente va a animar el show y habló con Esteban, el que accedió de inmediato a que se vaya Maybe y su familia a quedarse al hotel y pasar el Año Nuevo en Antofagasta.

Allen abrió mucho los ojos y se aferró a la mano de don Enrique y tironeó de su camisa.

—¿Qué pasa, hijo?

—Yo no quiero irme de aquí —respondió.

—Tranquilo, estarás con tus papás y con tu hermana.

—Yo quiero pasar el Año Nuevo contigo, tata.

Los padres de Maybe se miraron confundidos. No sabían qué hacer. Por un lado, estaba su hija, que debía irse lejos, y, por otro, su hijo, que no quería irse de allí.

—Deben decidir rápido, si nos vamos, debemos hacerlo pronto.

—¿Qué vamos a hacer? —consultó la madre.

—No sé, Allen no querrá ir y no sería bueno que tuviera un retroceso por estar con gente desconocida, no sé; pero tampoco podemos dejar a la niña...

—respondió el padre.

—Yo puedo ir con ella —ofreció Marcos, sin pensar.

—¿Tú? —interrogó Victoria, algo alterada.

—Sí, así no estará sola.

—¿Y Camilo?

—Irá con nosotros, a él le gusta la gente, mientras más gente y más bulla, más feliz es —repuso el hombre—. ¿Podemos acompañarla con mi hijo? —le preguntó a Alex y a los padres de la joven.

—Claro que sí, pero que sea rápido, por favor, un avión nos espera.

—¿Ustedes están de acuerdo? —le consultó a Pablo y a Sandra.

—Claro que sí, claro. Por favor, cuídala mucho.

—Con mi vida, se los prometo. Todo estará bien.

Maybe se fue a su cuarto acompañada de su madre, quien le ayudó a guardar sus cosas en un bolso. Llevaba lo justo. No sabían cómo sería allá ni cuánto tiempo estarían, de todos modos, la madre la obligó a llevar el vestido que le había regalado don Enrique para celebrar el Año Nuevo, y también sus zapatos nuevos.

—Pero, mamá, ¿crees que vamos a celebrar algo? —protestó la niña al ver el vestido.

—No importa, aunque estén los tres solitos esa noche en una pieza, es una noche para esperarla bien, a ver si este otro año nos va mejor que este. Mira que entre lo mal que lo pasó el Allen en el colegio, mi accidente, la pérdida de trabajo de tu papá y ahora esto... Hay que hacer todo lo posible porque nos vaya bien este otro año.

—Bueno, mamita, solo por eso, porque el Año Nuevo pasado estuvimos mal y nos fue mal todo el año, este otro año será mucho mejor, tiene que ser mejor —aseguró la joven.

—Te amo, hija. Primer año que estaremos separados —sollozó.

—Sí, pero no importa, tienen que estar alegres y pasarlo bien, yo voy a estar con Marcos, será como pasar mi primer Año Nuevo casada.

—Sí, ojalá lo puedan pasar bien.

—Te llamaremos, ¿ya?

—Te amo mucho.

—Yo también te amo, mamita.

Salieron de la habitación y Maybe se fue a ver a Marcos, que estaba ordenando las cosas de su hijo junto con Nilda, que en ese momento le entregó un bolso y una pequeña maleta.

—¿Listo? —le preguntó la joven.

—Nunca había tenido que viajar tan rápido con mi hijo. Espero que no se me quede nada.

—Lo tuyo, ¿lo tienes listo?

—Mi hermano se está haciendo cargo de mi bolso.

—¿Le llevas su ropita de Año Nuevo?

—¿Será que la llevamos?

—Sí, mi mamá dice que tenemos que esperar el año bien, para que el próximo sea mejor.

—En ese caso, aunque tengamos que estar encerrados en una pieza, celebraremos a lo grande.

Marcos la abrazó de la cintura y le dio un beso corto.

Nilda sonrió ante la pareja, Marcos se veía muy alegre con ella y eso le gustaba, bueno, todos en la casa, notaban el cambio en él.

—Le vamos a echar la ropita de Año Nuevo —le pidió el hombre a Nilda.

—Ya va, Marquitos, la mamá de tu polola tiene razón, el Año Nuevo se debe celebrar como Dios manda.

—Ah, bueno, si es así, entonces, a celebrar el Año Nuevo con todo.

Salieron de la habitación y Victoria le entregó al niño a su padre, lo había cambiado para dejarlo listo para el viaje.

La despedida fue corta, ya no les quedaba tiempo para mucho más pues el detective Estévez debía irse y ya estaban sobre la hora.

Capítulo 19

Tardaron poco más de media hora hasta la capital en una avioneta privada, los minutos se le hicieron eternos y rápidos para la pareja. Por un lado, no querían llegar y, por otro, querían que todo acabara pronto. Al menos, Camilito se había dormido apenas salieron de la casa rumbo al lugar donde los esperaba la avioneta, por lo que durmió todo el viaje, ni cuenta se dio de nada.

—Ustedes se van a ir directo con los oficiales al aeropuerto —indicó Alex a la pareja cuando se detuvieron en un recinto privado donde los esperaban los autos de los oficiales—. Yo voy a pasar por mi casa a buscar a mi esposa y nos encontraremos allá.

—Ya —respondió Marcos sin saber muy bien qué decir.

—Ante cualquier imprevisto, por favor, obedezcan a mis hombres, no intenten hacerse los héroes ni permitan que el miedo paralice sus acciones.

—Claro, claro —respondieron los dos a la vez.

—Bien, nos vemos. Su trayecto está cubierto, no tienen nada que temer. De todas formas, nunca está de más mantenerse alertas.

—No se preocupe, oficial, muchas gracias por todo lo que están haciendo.

—No tienen nada que agradecer. Y llámenme Alex, ese es mi nombre.

Alex Estévez se fue en busca de su mujer y poco rato después, los demás se encaminaron al aeropuerto. Una vez allí, los guiaron hasta el sector vip.

—¿Has viajado en avión? —le preguntó Marcos a Maybe en voz baja.

—Sí, ¿tú?

—No.

—No te preocupes, yo te cuidaré —se burló ella.

—¿Quieres molestarme? —preguntó en tono de advertencia.

—No, te estoy asegurando que no te va a pasar nada si estás conmigo.

—Mira tú, qué amable eres.

—Agradece que te cuido —molestó ella y se acercó para darle un beso.

—Sí, menos mal que estoy contigo —rio él.

Camilo despertó y miró todo a su alrededor. Se dio cuenta de que estaban en otra parte, una que no conocía.

—Oh —emitió mientras giraba su cabeza para observar su entorno.

—Vamos a ir en avión —le dijo su papá.

—¿Ah?

—Avión.

—¿Ah? —volvió a preguntar.

Maybe sacó un juguete de su cartera.

—Avión —le dijo ella con el avioncito en sus manos.

—Vamos a ir en avión —reafirmó Marcos.

El niño no entendió, pero tampoco le importó y se puso a jugar con su avioncito.

Al rato, llegó Alex con Rocío, su esposa, y se sentaron a la mesa con Marcos y Maybe; hizo las presentaciones pertinentes.

—Hernán Montes se enteró que saliste del rancho —le indicó a la joven—, lo despistamos y lo sacamos de circulación por un rato. Tu familia estará segura, él quiere encontrarte a ti.

—Deberían matarlo —acotó Marcos.

—Sí, pero no se puede. El problema lo tendríamos nosotros.

—Justicia injusta.

—¿Qué puedo decir? Por eso es por lo que tenemos que trabajar en esto. Mujeres que deben esconderse y, muchas de ellas, salir del país con nuevas identidades para lograr iniciar una nueva vida lejos del maltrato y del peligro de ser asesinadas. Mientras los hombres siguen su vida sin preocupaciones.

—Eso es terrible. Yo no sé cómo puede haber hombres tan idiotas con las mujeres —comentó Marcos.

—Es verdad, uno cuida tanto a su mujer y otros imbéciles las lastiman —accedió Alex.

—¿Nunca te diste cuenta antes que ese hombre era violento? —le preguntó Rocío a Maybe.

—Es más complicado que eso, mi amor —respondió Alex a su mujer—. Yo no suelo comentar con mi esposa nada de mi trabajo —explicó a la pareja—. Lo que pasa, amor, que este tipo le tiene sangre en el ojo a Marcos y a su familia, y quiso vengarse en la amiga de Maybe y en ella misma. Es un psicópata loco que lamentablemente anda suelto. El tipo dejó bien en claro que quiere muerta a Maybe, por eso la estamos protegiendo.

—Qué loco. Es más loco que el tipo que amenazaba a Miranda.

—Hay cada tipo de hombre...

—¿Quién es Miranda? —preguntó Maybe.

—Era una compañera de trabajo que llegó por un reemplazo a la oficina, después nos enteramos de que estaba escapando de su marido; de un día para otro dejó su trabajo, dejó a su esposo y se fue de su casa —contó Rocío—, ella estuvo muy mal, el tipo la encontró y la quiso matar y, lo peor de todo es que su mamá colaboraba en eso. Ahora viven en Antofagasta, mi ex jefe la tuvo que sacar de la capital; ahora los conocerás, son personas muy agradables.

—¿Ella se quedó con tu jefe?

—Sí, claro que él tuvo que hacer mucho esfuerzo para tenerla. Ella tenía mucho miedo, estuvo diez años con un tipo que la maltrataba en todos los sentidos posibles. Era una niña apenas cuando lo conoció, fue su primer amor y su primer hombre, así que te imaginarás que no fue fácil para ella

deshacerse de ese estigma. Menos mal que, por esas cosas del destino, llegó a trabajar conmigo y mi maridito aquí presente, la pudo ayudar. Bueno, Vicente Saravia también se hizo presente y la ayudaron mucho.

—¿De verdad él tiene un refugio?

—Claro que sí, pero nadie lo puede saber.

—No, claro, esas cosas son secretas, si no, todo el mundo se enteraría y todo se iría a la *chuña*.

—Así es.

Por el parlante llamaron al vuelo hacia Antofagasta y se prepararon a partir. Alex se despidió de los policías que los acompañaron y se fueron a la fila para subir al avión.

Una vez arriba sintieron el alivio de la seguridad, en cierto modo, estar en el aeropuerto era peligroso.

Marcos le cedió la ventanilla a Maybe y él se quedó en el asiento del medio con Camilito, pero pronto el niño quiso ir con Maybe, al lado de la ventana. Todo era nuevo para él, así que estaba muy entusiasmado mirando todo.

—Si quieres te cambio —ofreció él.

—No, no. Así vamos mirando para afuera.

El avión partió y a Camilito le dio un ataque de risa, lo que provocó que la pareja y algunos pasajeros cercanos también se contagiaron con la risa del

niño. El viaje se hizo ameno, pues el pequeño estaba feliz y, cuando ya pudieron moverse, pasó de brazo en brazo, lo que le encantaba. Casi toda la gente estaba fascinada con él, pues era un niño muy simpático, que se daba con todos y que tenía la risa a flor de labios.

Cuando llegó la hora del aterrizaje, volvió a los brazos de su padre, solo entonces, el niño quiso llorar, sin embargo, Maybe le habló y le explicó que iban a llegar a un lugar muy lindo por lo que se calmó con la expectativa de cosas nuevas.

En el viaje, desde el aeropuerto al hotel A&E donde se alojarían, también Camilito fue el centro de atención, pues todo lo veía entusiasmado, todo para él era nuevo.

En el hotel los esperaban Esteban y unos empleados del hotel.

—Bienvenidos. Hola, Alex —saludó Esteban.

—Hola, muchas gracias por darnos tu ayuda. Te presento a Maybe Albornoz, Marcos Fernández y su hijo, Camilo.

—Bienvenidos. —Extendió su mano a Marcos, luego le dio un beso en la mejilla a Maybe y le tomó la mano al bebé—. Hola, pequeño.

—Abua —dijo sorprendido.

Esteban arrugó la frente sin comprender.

—Nunca había visto el mar —le explicó Marcos.

—Ah, agua. Sí, pequeño, aquí hay mucha agua, a ver si luego que se

acomoden tus papás, te llevan a la playa un rato.

—¿Se puede? —consultó Maybe.

—Claro que sí, y por la seguridad no se preocupen, tengo a los mejores hombres custodiando este lugar. Les debo advertir que ustedes no son los únicos con problemas con locos psicópatas por aquí.

—Muchas gracias.

—No me las den. Hago lo que puedo. Adelante, acomódense, deben venir cansados. Pueden darse un baño y luego bajar a comer, en el comedor hay buffet y en la cocina pueden pedir lo que necesite el niño.

—Gracias.

—No hay de qué. Acompáñalos a sus habitaciones, por favor —le indicó a un botones del lugar.

Ambas parejas siguieron al empleado y al llegar, se dieron cuenta de que estaban en habitaciones enfrentadas. Marcos y su hijo en la habitación 507; Maybe en la contigua, la 509, y Alex y su mujer en la del frente, la 508.

Cada uno entró a su cuarto para ordenar sus cosas. Maybe se dio un baño rápido, se cambió ropa y se dirigió al cuarto de Marcos. El niño estaba recién bañado y su padre también.

—Yo venía para ayudarte con el niño mientras tú te bañabas.

—Nos bañamos juntos. Por suerte no llegaste unos minutos antes, nos hubieras encontrado a los dos como Dios nos echó al mundo.

—Menos mal —replicó ella con un toque de humor.

—Bueno, pensándolo bien, no sé si fue buena o mala suerte —respondió divertido.

—Claro, depende de cómo se mire, ¿no?

—Así es... —Se acercó y le dio un beso.

—Mamo —intervino Camilo al ver el beso.

Los dos adultos sonríen.

—¿Vamos a comer?

—Da.

Los tres salieron del cuarto y bajaron al comedor, allí se encontraron con Alex y Rocío, con quienes se sentaron en la misma mesa luego de escoger varias cosas del menú.

—¿Están cansados?

—Sí, un poco. Pero usted tiene que estarlo más, se dio un tremendo pique al campo. ¿De qué hora que está despierto? —comentó Marcos.

—Me levanté a las seis, cuando me avisaron que alguien andaba averiguando por la fianza de ese tipo. Lo fui a ver a la cárcel y ahí me dijo lo que pensaba hacer, hablé con el juez, pero no hubo caso, Hernán Montes tenía derecho a fianza, así que nada, yo sabía que iba a salir y me fui al campo. De camino para allá, me llamaron diciéndome que ya estaba fuera. No es tanto el cansancio físico, a ese ya estoy acostumbrado así que no es

problema para mí; el problema es el mental, la rabia de pensar que un juez que, porque no tiene nada que perder, le dé lo mismo que un asesino ande suelto. Eso me agota más que andar todo el día *carreteando*.

—Pero es mejor no pensar en eso, menos ahora que estamos a las vísperas de Año Nuevo —medió Maybe.

—Sí, supongo que trajeron ropa, pues estamos invitados a la fiesta.

—¿De verdad?

—Claro, si estamos aquí, dijo Esteban que debíamos participar de la fiesta.

—Pero nosotros no somos de su misma clase social, ni siquiera estábamos invitados —contestó Marcos.

—Ahora sí. Y no se preocupen, Esteban nació en cuna de oro, pero ya lo vieron, no tiene trancas sociales. Sus trancas van por otro lado —bromeó en voz baja.

—¿Ah, sí?

—En realidad, él ha sufrido mucho también, así que puede entender el sufrimiento en los demás —acotó Rocío.

—Y uno cree que los ricos no tienen problemas —expresó Maybe.

—No es así, a veces tienen más problemas que uno —reflexionó Rocío.

Las dos parejas siguieron comiendo y conversando acerca de sus vidas, sus planes y cosas triviales para no pensar en cosas malas. Cuando terminaron, Marcos, Maybe y Camilito salieron a disfrutar de la playa del

hotel; Rocío y Alex fueron de visita a ver a José Miguel y a Miranda.

—¡Abua! —exclamó Camilo al ver la inmensidad del mar.

—Sí, agua.

Marcos colocó al niño en la arena, pero este dio un respingo al sentir la arena en sus pies y se puso a llorar.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta la arena?

El niño no dijo nada, solo se abrazó del cuello de su papá, con grandes sollozos. Marcos se levantó y caminó con él en sus brazos y de la mano de Maybe.

—Ya, ya pasó, campeón, nada más.

El niño se apartó de su progenitor y otra vez vio el mar.

—Abua —volvió a decir emocionado.

—Sí, te gusta el agua, pero no la arena.

—Abua. Ninna.

—El agua es linda.

—Da —afirma con una cabeceada.

—La arena fea.

El niño arrugó su frente e hizo un puchero.

—No más arena, ¿ya? —consintió Maybe.

El niño apoyó su cabecita en el hombro de su padre.

Se detuvieron a mirar el ocaso. El espectáculo era precioso.

—Tenemos que llamar a la casa —mencionó ella al rato.

—Yo hablé con Rodrigo antes de bañarme, le avisé que habíamos llegado y que estábamos bien. Mandaron saludos. Estaban todos con él. Tus papás dijeron que te aman mucho; se me había olvidado decirte.

Maybe sonrió y se apoyó en el pecho masculino, él la abrazó de los hombros.

—¿Vamos para que los llames?

—No, después llamo, si ya saben que llegamos bien, hablar con ellos será más para escucharlos.

—Bueno, como quieras.

—Además, esto no se ve todos los días.

—Eso es verdad, en el campo no hay mar.

Y así se quedaron los tres, contemplando el anochecer. Todo parecía tan tranquilo, como si no hubiese nada que temer, sin embargo, ambos sabían que no era así, que, si estaban ahí, era precisamente por el peligro que corría ella. Pero había veces en las que era mejor no pensar. Y esa era una de aquellas.

Camilito se quedó dormido en los brazos de su papá, pero se removió incómodo.

—Vamos para que lo acuestes —dijo Maybe.

—Sí. Ya ha estado demasiado tiempo en brazos y debe querer su cama.

Al entrar, fueron interceptados por un hombre de un perfecto terno negro;

rostro serio, aunque amable, que más parecía sacado de una película de acción que de la vida real.

—Buenas noches, mi nombre es Tomás Fuentes, encargado de la seguridad de Esteban Arriagada y, ahora, también de todos los pasajeros del hotel.

—Buenas tardes —saludaron los dos jóvenes a una sola voz, nerviosos y sorprendidos.

—Quiero entregarles algunas indicaciones; ya estoy al tanto de su situación y quiero que se sientan seguros en este hotel y con nosotros.

—Muchas gracias.

—Sigan a su habitación, el niño necesita estar cómodo en su cama. Yo voy con ustedes.

Marcos no soltó de la mano a Maybe y caminaron hacia el ascensor para subir a su cuarto. Al llegar, el padre acostó a su hijo en una cuna ubicada al lado de su cama y le quitó los zapatitos. El niño abrió los ojos y miró a su padre.

—Mamo —balbuceó adormilado.

—Yo también te amo, hijo, duerme —le respondió Marcos y le dio un beso en la cabecita. Luego, se enderezó y miró a Tomás que permanecía impassible cerca de la puerta.

—Usted dirá.

Tomás sonrió ante la actitud defensiva de Marcos.

—Alex Estévez habló conmigo y me entregó los detalles de su situación. Esteban ya había mencionado algo, los detalles, por supuesto, no los poseía, ahora puedo comprender todo el asunto a cabalidad.

—¿Eso qué significa? —preguntó Maybe con el nerviosismo asomando por sus poros.

—Significa que, si ese tipo se llega a aparecer por aquí, es hombre muerto. La joven abrió mucho los ojos.

—No será la primera vez que tengo que hacerlo por defender a mis clientes, señorita, ese tipo de hombres no merecen ni ser llamados “hombres” y mucho menos se merecen un lugar en este planeta.

—Pero nosotros no somos sus clientes, no creo que podamos pagar por sus servicios —replicó Marcos.

—Lo son, de momento que llegaron aquí como invitados de mi jefe.

—Y él, ¿está de acuerdo?

—Por supuesto. Por razones obvias, no puedo contarles la vida de él y su familia, pero créame que tuvimos que tratar con personas peores que el ex de su amiga. Tratamos con gente del hampa, con verdaderos criminales internacionales; por esa razón, es que no tenemos miedo de enfrentarnos a nadie.

—Bueno, ¿qué puedo decir? Gracias por todo esto que están haciendo por

mí.

—De nada, señorita, cualquier cosa que necesiten, no duden en avisar. Lo más probable es que no me vean por aquí, pero siempre estaré presente, lo mismo algunos de mis compañeros, si nos necesitan, un solo gesto y estaremos dispuestos para ustedes.

—Gracias —atinó a decir Marcos.

—Gina —llamó el hombre en voz alta, de inmediato apareció una joven mujer en el cuarto—. Ella es Gina, será la niñera de su hijo mientras estén aquí. —Miró su reloj—. La cena será servida en media hora, se hará una cena informal con todos los huéspedes del hotel, que no son muchos pues por la fiesta de mañana, el hotel cerró sus reservaciones, solo quedan los invitados de Esteban.

—Ustedes piensan en todo —comentó Maybe como al azar.

—Es mi trabajo. Pensar en todo. Permiso.

Tomás salió en un nano segundo del dormitorio. La pareja se miró con desconcierto. Se tomaron de las manos, aquello era muy extraño para ambos.

Capítulo 20

—¿Qué hacemos? —le preguntó Maybe.

—No sé, bajemos. No creo que tengamos mucho más que hacer aquí —respondió Marcos y luego miró a Gina—. Estaremos abajo, por cualquier cosa.

—No se preocupen, vayan. ¿Alguna recomendación?

—No, no creo que despierte ya. La mamadera y la muda están en el bolso. De todos modos, es un niño muy sociable, así que si despierta no creo que tenga problemas, por lo menos hasta que nosotros lleguemos.

—Bien. Vayan y disfruten, no se preocupen que su hijo estará muy bien cuidado conmigo.

—Muchas gracias.

—No agradezcan, me encantan los bebés.

La pareja salió del cuarto, avanzaron por el lujoso pasillo hasta las escaleras, no quisieron bajar por el ascensor, querían hacer tiempo, pues todavía quedaban unos minutos para la cena y no estaban seguros si sería bien visto llegar antes.

Para su suerte, apareció Alex y Rocío, venían acompañados de otra pareja.

—Hola —saludó Alex—, ¿y el niño?

—Hola —respondió Marcos—, Camilo quedó con una niñera, ya se durmió.

—Estaba cansado con el viaje —comentó—. Les presento a José Miguel y a Miranda, nuestros amigos, de quienes les hablé. Ellos son Marcos y Maybe, ellos vienen del sur.

Las dos parejas se saludaron y luego entablaron una conversación trivial acerca de la ciudad y lo diferente que era a la capital, de donde el matrimonio Cedeño Valle provenía.

Al anuncio de la cena, se dirigieron al comedor donde vieron, con alegría y alivio, que estaban ubicados en la misma mesa.

—Al menos nos tocó juntos.

—Si por algo se destaca la gente de Esteban es que son muy buenos en lo que hacen. Seguro ya saben la vida de todos y cada uno de los que estamos aquí; saben hasta cuándo fue la última vez que fuimos al baño —embromó Alex.

Los demás se rieron divertidos.

—Es verdad —admitió José Miguel—, yo no sé cómo lo hacen, pero tienen un sexto sentido muy desarrollado o son muy buenos detectives.

—O micrófonos en todas partes —agregó Rocío.

—A lo mejor son alienígenas —comentó Marcos.

—Los hombres de negro —añadió Maybe.

Siguieron bromeando acerca de eso un rato hasta que sirvieron la comida. Las mesas estaban ubicadas de tal modo que todos los comensales podían ver el pequeño escenario.

Luego de la agradable cena, se dieron cuenta del porqué de la disposición de las mesas, Esteban subió allí para hablar a todos sus invitados que no eran muchos de todos modos.

—Buenas noches —saludó—. Primero que todo, quiero agradecer a todos por su presencia en este lugar y dar la bienvenida a cada uno de ustedes.

Los comensales aplaudieron en respuesta.

—Quiero, y espero, que todos se sientan cómodos aquí y que todos podamos disfrutar de un Año Nuevo espectacular, por lo que les informo que mañana en la noche tendremos niñeras que se harán cargo de sus hijos. En el segundo piso, en el salón infantil, cuidarán de los niños y serán traídos con ustedes poco antes de las doce para que pasen el Año Nuevo juntos, como debe ser. Además, en un rato más, pasarán las camareras para consultar si quieren que sus hijos cenén con ustedes o prefieren que lo hagan en otra sala, más tranquilos; ustedes deben decidir para adecuar las instalaciones. También este será el momento de avisar de alguna alergia alimentaria, algún gusto específico, cualquier detalle de esa naturaleza. Y ya lo saben, cualquier cosa que necesiten, solo deben pedirlo. Aquí estamos para servirlos. Que tengan

buena noche. Disfruten.

Un nuevo aplauso respondió a la hospitalidad de su anfitrión.

Maybe vio que, al bajar Esteban, una joven le entregó una pequeña niña que se lo comió a besos y a un niño, como de la edad de Allen, que también lo abrazó. El niño y el adulto parecían tristes. La pequeña, no, ella apenas debía ser un poco más grande que Camilo, así que no debía enterarse de nada. Pero el niño y su padre...

—¿Pasa algo? —Marcos le tocó el brazo a Maybe para llamar su atención.

—No, no. Perdón, estaba pensando. ¿Me decías?

—Mañana queremos tener a los niños con nosotros a la mesa, ¿no te molesta? —habló Miranda.

—Por supuesto que no me molesta. ¿Cuántos niños tienen? —le preguntó a Miranda.

—Dos. Una niña, Elena, de ocho y Sebastián de dos.

—Qué lindo, la parejita.

—¿Y ustedes?

—Nosotros no estamos casados. Yo tengo un hijo de casi nueve meses.

Con Maybe nos conocimos hace casi dos —respondió Marcos.

—Ah, mira, ¿y la mamá de tu hijo?

—Falleció. Tuvo una complicación después del parto y no resistió.

—Lo siento.

—Gracias —contestó lacónico, no iba a dar mayores explicaciones. No era el momento.

La conversación, de ahí en adelante, continuó fluida. Hablaron de todo un poco. Hasta que tocaron el tema de por qué estaban allí y ambas parejas se contaron, a grandes rasgos, sus propias historias de dolor, temor y peligro. Maybe se dio cuenta de que mucha gente sufría con los hombres que no tenían consideración por sus mujeres. Y eso no solo afectaba a la mujer en sí, afectaba a su familia, a sus hijos, incluso, como en su caso, a los amigos. Era una plaga que debería cortarse de raíz. El machismo no le servía a nadie más que a los hombres inseguros que esperaban sentirse superiores usando y abusando de su fuerza y poder.

—En todo caso, aquí estamos seguros, si ese tipo llega a poner un pie, no solo en el hotel, en Antofagasta, te aseguro que Tomás lo mata. Encontrará la forma de hacerlo parecer un accidente —indicó Alex sin duda.

—Es un poco raro él —comentó Maybe en tono bajo.

—Es uno de los mejores guardaespaldas, tiene un equipo que supervisa todo, son la creme de la creme; lo que han pasado ellos, solo lo verás en las mejores películas de acción.

—Capaz que sepan todo lo que hablamos y que los estamos *pelando* —bromeó Marcos.

—¡No digas eso ni en broma! —reprochó Maybe, asustada—. Capaz que

tengamos un “accidente”.

Alex se echó a reír con ganas.

—No son sicarios, niña. Si lo llegas a conocer bien, sabrás que tiene muy buen humor; un humor particular, pero es un hombre muy agradable.

Siguieron conversando y, cuando se dieron cuenta de la hora, pasaban de las dos de la mañana. Las tres parejas subieron al ascensor para ir a sus habitaciones. Maybe miró sorprendida a Miranda.

—Estamos en la pieza al frente de ustedes —explicó Miranda—, Esteban nos dijo que nos quedáramos aquí, así no tendríamos que manejar de noche con el peligro de las calles por estas fechas.

—Qué bueno, ¿y sus niños?

—Durmiendo. Se quedaron con una niña que los cuida.

En el pasillo se separaron, cada uno fue a su habitación, excepto Maybe que se quedó afuera con Marcos.

—Buenas noches —se despidió ella.

—Hasta mañana, mi niña, que duermas bien.

Se dieron un beso que fue interrumpido por el llanto de Camilo.

—Anda a verlo. Mañana nos vemos.

Él le volvió a dar un corto beso y entró. Maybe se giró para ir a su habitación cuando vio a Tomás apoyado en la pared, en la esquina del pasillo.

—¿Cómo estás? —le preguntó el hombre.

—Bien —respondió un poco atolondrada.

—¿Tranquila o todavía tienes miedo que aparezca ese tipo?

—No, la verdad es que estoy mucho más tranquila.

—Me alegra. Espero que tampoco tengas miedo de que tengas un “accidente” —mencionó con un tono de voz grave.

Maybe abrió mucho los ojos y retrocedió dos pasos. Tomás esbozó una sonrisa y se acercó muy lento a la joven.

—No soy asesino de mujeres, mucho menos de mujeres inocentes, así que no tienes nada que temer —la tranquilizó y colocó sus dos manos sobre los hombros femeninos.

Ella sostuvo su mirada sin saber qué decir.

—No me tengas miedo, ¿quieres? Si me temes, en caso de necesidad, será mucho más difícil defenderte. Lo entiendes, ¿verdad?

—Sí.

—¿De verdad?

—Sí, es que usted es un poco raro —expresó antes de darse cuenta de lo que decía y bajó la cabeza.

Tomás ensanchó más su sonrisa.

—Lo sé, pero no debes tener miedo, estoy aquí para protegerte.

—Gracias.

—Mírame.

Ella obedeció, era imposible no hacerle caso.

—¿Tranquila?

—¿Escuchó todo lo que decía?

—Tenemos micrófonos, sí, pero no escuchamos todo, solo lo que nos interesa. Por más que solo haya gente conocida, no sabes las veces que hemos sido traicionados por gente de confianza.

Ella afirmó con la cabeza sin comprender de verdad lo que le decía.

—Ahora, ve a dormir. Y, por favor, no me tengas miedo.

—Está bien.

—Buenas noches.

—Buenas noches —respondió ella y, sin pensar, le dio un beso en la mejilla.

—Que descanses —le dijo él con ternura y la observó hasta que ella cerró la puerta de su cuarto.

&&&

La última mañana del año amaneció radiante. Maybe se levantó y fue al dormitorio de Marcos, pero no estaba allí, por lo que bajó al comedor donde el desayuno estaba listo para los huéspedes. Marcos estaba con Camilo en una pequeña mesa, que era el centro de atención de varias mujeres, lo cual

contrarió a la joven.

—Buenos días —saludó con un dejo de molestia, en general.

Camilo la miró y se lanzó a sus brazos de inmediato. Maybe lo tomó y el pequeño le dio un beso.

—Ninna.

—Hola, mi precioso —lo saludó ella con cariño.

—Mamo —respondió el niño.

—Yo también te amo, precioso.

—Ven, mi amor, siéntate a tomar desayuno con nosotros —le dijo Marcos con algo de burla en la voz y le pidió al niño de vuelta.

Las mujeres desaparecieron como por arte de magia.

—Estaban bien acompañados —ironizó Maybe.

—¿Sí? No me di cuenta —respondió Marcos, socarrón.

—Mentiroso, te veías muy cómodo entre ellas.

Marcos le acarició la cara.

—¿Celosa?

Maybe no contestó, solo sonrió de un modo comprometedor para ella.

—Eso me gusta, ¿sabes?

—¿Te gusta que sea celosa?

—Un poco de celos da a entender que te importo.

—Claro que me importas y lo sabes —le aseguró y le regaló un suave

beso.

—Eso me gusta más.

—Mamo —Camilito, que había observado todo con atención, no quería quedar fuera de esas muestras de amor.

La pareja rio y ambos le dieron un beso en la cabeza, lo que provocó que el niño riera de felicidad.

—¿Abua? —pregunta.

—¿Quieres ir al agua?

—Da.

—Después del desayuno, vamos, ¿ya?

—Abua.

Cumplieron lo prometido. Al niño le gustaba mirar las pequeñas olas que se formaban. Marcos lo llevó hasta la orilla y le metió los pies al agua. El niño se giró con celeridad y se abrazó a su papá.

—¿No te gusta?

El niño respondió con un puchero.

—Y en el campo te encanta el lago —le dijo Maybe.

—No —dijo el niño a punto de llorar.

Marcos se salió de la orilla y se sentó en la arena. Maybe colocó una toalla y la extendió para que el niño se sentara sin tocar la arena.

—Parece que solo le gusta mirar la playa, porque ni el agua ni la arena le

gusta —comentó Maybe con diversión.

—Yo lo entiendo, es linda la playa, pero prefiero mi río y mi campo.

—Cobarde —se burló ella.

—No es cobardía.

—¿Ah, no?

—No, es que esto es tan abierto...

Maybe largó una carcajada burlesca.

—Cuál de los dos más cobardes.

Marcos agarró a Maybe de la cintura y la acostó en la arena para hacerle cosquillas.

—¿A quién le dices cobarde?

—¡Suéltame! ¡No! —ordenó ella entre risas, por más que intentaba, le era imposible ponerse seria.

—¿Soy cobarde?

—No, no. Suéltame.

Marcos la besó, le gustaba verla reír, le gustaba estar así, relajados, tranquilos.

Camilito se tiró sobre ellos, también quería jugar y la pareja lo incluyó en sus juegos; ni cuenta se dio cuando ya estaba sobre la arena y, cuando se percató, la tomó entre sus manos y la dejó caer, quedó abobado con su textura. Así continuó mucho rato, concentrado en tomar arena y dejarla caer,

y formar cerritos con ella.

—¿Sabes? Me alegra que hayamos venido juntos —le confesó de pronto la joven.

—¿De verdad? ¿Aunque esto no estuviera en tus planes?

—Mis planes se fueron a la *chuña* hace rato. Y ya no me importa.

—Eso es bueno.

—Sí, tenías razón, es mejor vivir así.

—Siempre tengo la razón —dice burlón.

—Claro... —contestó ella, cínica.

Él la volvió a agarrar con ganas de hacerle cosquillas. Ella afirmó sus manos para que no lograra su propósito.

—Te quiero, mi niña, y me encanta verte así, reír feliz, sin preocupaciones.

—Hacía mucho no disfrutaba así, ya sabes, hasta mis tiempos de ocio eran medidos.

—¿Te ha costado mucho el cambio?

—Menos de lo que creí. Al principio más, ya ves lo tonta que me puse.

—No digas eso, no eres tonta y nunca lo has sido.

Se volvieron a besar, mientras Camilito seguía embebido en mirar la arena que, de entre los dedos de sus manos, caían en sus pies.

Capítulo 21

Aquella noche, Marcos fue en busca de Maybe a la habitación contigua. Golpeó la puerta y, cuando esta se abrió, la mandíbula del hombre casi cayó al suelo.

—¡Maybe! —articuló sorprendido.

—¿No te gusta?

—Estás... Es... Te ves hermosa —logró articular al fin.

—Gracias —respondió entre avergonzada y coqueta.

Marcos se acercó para darle un beso en los rojos labios, muy bien delineados aquella noche. Jamás la había visto maquillada de esa manera; su moño alto imprimía una elegancia que contrastaba a la perfección con su vestido negro ajustado. No era corto, pero tampoco en exceso largo; unos tacones altísimos que ciertamente no le bastaban para alcanzar el tamaño del hombre. Se veía distinta a como lucía a diario.

—¿Vamos? —preguntó ella.

—Sí, vamos.

Se tomaron de la mano y justo antes de entrar al ascensor, se encontraron con Rocío y Alex que salían de su habitación.

—¿Listos para celebrar el Año Nuevo? —preguntó Rocío.

—Sí, es diferente a todo lo que había vivido antes, nunca había estado en un hotel de lujo —respondió con total sinceridad Maybe.

—Yo ni había salido de mi campo —acotó Marcos.

—Bueno, no es que nosotros estemos acostumbrados —reveló Alex con una sonrisa.

—Tendremos que ver cómo nos va entre tantos ricachones —bromeó Rocío.

En el salón principal, ya se encontraban casi todos los invitados. Había bastante gente, pero no estaba lleno como se imaginaron que estaría.

—¿Conocen a alguien? —preguntó Maybe, deteniéndose antes de entrar.

—Sí, vamos, los presentaré —afirmó Alex y caminó delante del grupo, de la mano de su esposa.

Se acercaron a una pareja que estaba sola, conversando feliz.

—Ellos son Rebeca y Julián, ella ha vivido aquí toda su vida, Julián, su esposo, llegó hace un tiempo —los presentó Alex—. Maybe y Marcos, ellos son del sur, están aquí por las fiestas.

Las dos parejas se saludaron y conversaron muy animados de todo un poco, hasta que tocaron el tema del mar versus campo. Marcos apostó por el campo, pero Julián defendió su mar como nadie. No por nada era el Rey de los mares.

Llegada la hora de la cena, cada uno se dirigió a su mesa, estaban dispuestas por varias familias juntas. Maybe con Marcos; Alex con Rocío; José Miguel con Miranda, y Julián con Rebeca, quedaron en una sola mesa. Los niños se sintieron atraídos, de inmediato, a Julián, quien le regaló a cada uno de ellos una preciosa concha marina, la que hacía un sonido especial al colocarla en sus oídos y con la que los pequeños quedaron embelesados.

Vicente subió al escenario y animó la noche. Una conocida sonora fue la encargada de tocar la música típica de aquellas festividades, por lo que los asistentes comenzaron a bailar, anticipándose al nuevo año. Todos los niños pequeños fueron llevados a otro piso, donde pudieron jugar y divertirse mientras eran cuidados por personal calificado.

Cerca de las once de la noche, Vicente subió al escenario acompañado de Clara Lazo, la bruja de la farándula en televisión, la que dio algunos rituales de fin de año para los presentes. Anunció el horóscopo para los diferentes signos zodiacales y algunas predicciones para el año entrante.

—Muchas gracias, Clara, por tus consejos y vaticinios —agradeció Vicente cuando terminó de dar sus predicciones.

—Gracias a ustedes por invitarme.

—¿Hay algo más que quieras contarnos? Quizá algo especial de algún asistente.

—Una sola cosa, es una noticia muy especial. Uno de los matrimonios

aquí presente espera su primer hijo, no se suponía que fuera así, no daré el nombre de la pareja, pero sí diré que es una pareja muy especial. Y él lo sabrá hoy. Ella se lo dirá esta noche.

—A ver si al terminar la noche nos enteramos de quién es la afortunada pareja que tendrá el privilegio de ser padres —anunció Vicente expectante.

Ya casi era la medianoche y el animador llamó a su esposa e hijos al escenario; a Esteban y a sus hijos; a Estrella, la hija de Clara, a Álvaro, su esposo y a su hijo, y luego les dijo a todos que se reunieran pues faltaba muy poco tiempo para las doce. Los niños también habían sido devueltos a sus padres y todos se prepararon para el gran momento.

Una vez listos, Vicente encabezó la cuenta regresiva, la que siguieron los participantes.

—Diez... Nueve... Ocho... Siete... Seis... Cinco... Cuatro... Tres... Dos... Uno... ¡Feliz Año Nuevo!

El descorche de los champañas, los abrazos y las explosiones de los fuegos artificiales se mezclaron en ese minuto de felicidad.

Maybe, Marcos y Camilo se abrazaron juntos. Maybe y Marcos se besaron.

—Feliz Año Nuevo, mi niña, que este año te dé toda la felicidad que mereces —le dijo él.

—Feliz Año Nuevo —le respondió ella, algo colorada—, que seas muy

feliz por siempre.

—Ego —gritó el niño, riendo feliz.

—Feliz año nuevo —lo saludaron los adultos y le dieron cada uno, un beso en cada mejilla.

—Ma —pidió y se quiso ir con Rocío y Alex que estaban a su lado—. Ego

—Feliz Año Nuevo, pequeño —le dijo la pareja.

El niño se fue feliz de brazo en brazo, saludando a todo el mundo.

Maybe y Marcos se dedicaron también a saludar a los demás, saludaron, en primera instancia, a Alex y Rocío. Luego, Maybe saludó a Rebeca y a su esposo.

—Felicidades, que tengas un lindo año y no pienses tanto las cosas, niña, que la felicidad no espera —fue el especial saludo de Poseidón a Maybe.

—Gracias —respondió ella, confundida.

El dios de los mares le sonrió de un modo muy peculiar, sin soltar el abrazo.

—Recuerda, la vida es para vivirla ahora, no después.

Ella quedó confundida, tanto por la descarga de energía que exhalaba ese hombre, como por sus palabras. Clara se acercó a ellos y Maybe salió de la especie de trance en la que se encontraba, aun así, quedó como perdida en medio del salón.

Esteban se acercó a Maybe y le dio el abrazo junto con parabienes.

—Muchas gracias por permitirme estar aquí —le dijo la joven al terminar el abrazo.

—Me alegra haber podido ayudar, no tienes nada que agradecer, mi único deseo es que disfruten la fiesta.

—Sí, todo está maravilloso y, además, estoy segura ¿qué más podría pedir?; espero que no haya problema por recibirme.

—No te preocupes, aquí no llegará ese idiota.

—Ojalá.

—No lo hará si sabe lo que le conviene. De todas maneras, cualquier cosa que necesites, solo debes avisar.

Ella sonrió sin saber qué decir y musitó un tímido: “gracias”, entonces se dio cuenta que tras Esteban se encontraba su hijo.

—Feliz año, pequeño, espero que este año te traiga puras cosas lindas, que sea el mejor año de tu vida —le deseó ella.

—Gracias —le respondió él al tiempo que salió de su escondite.

Ella lo abrazó y él también hizo lo mismo.

—Espero que seas muy feliz, siempre.

—Tú también.

—Muchas gracias, Maybe —interrumpió Esteban—. Permiso, debemos a saludar al resto.

—Claro, claro, pasen.

Maybe miró a su alrededor, Marcos estaba al otro lado del salón y Camilito andaba en brazos de unas jovencitas que estaban fascinadas con él.

—Feliz Año Nuevo —la saludó Vicente detrás de ella.

Ella se giró y lo miró con los ojos muy abiertos. Él sonreía esperando su abrazo.

—¿Qué pasa? —le preguntó el actor y animador.

—Lo siento... Perdón... Usted... Usted es... —tartamudeó ella sintiéndose una tonta.

—Feliz Año Nuevo —repitió el hombre de un modo muy dulce.

—Felicidades —responde ella, que había seguido al actor desde antes que entrara a “El tormento”, el reality en el que participó con su esposa—. ¿Me da su autógrafo?

Él se largó a reír con ganas.

—Haré algo mejor. —Sacó su celular del bolsillo y se tomó una *selfie* con ella.

—Dame tu teléfono para mandarte la foto.

Ella se sentía muy torpe. Marcos llegó al lado de su *polola* y la abrazó de un modo muy posesivo.

—Feliz Año Nuevo, Marcos —saludó Vicente al recién llegado, consciente de los celos que sentía y que eran infundados, pues Maybe solo estaba embelesada por conocer a un famoso de la televisión, nada más.

—Gracias, igualmente —responde Marcos.

Se abrazan casi por compromiso.

—Le estaba pidiendo a tu *polola* su número para enviarle la foto que nos sacamos. Así tendrán mi teléfono en caso de que necesiten algo de mí. Sé que ese tipo anda suelto y aunque en un primer momento me sentí muy mal por no tener espacio en el refugio, creo que esto salió mucho mejor, ¿o no?

—Sí, de todas maneras —respondió Maybe, atontada todavía por estar hablando con Vicente Saravia en persona.

—Gracias por todo lo que ha hecho por nosotros —replicó Marcos un poco más calmado.

—No me agradezcan. Dame tu número, porque dudo que ella lo recuerde.

Marcos le dictó su número y Vicente le envió la fotografía.

Macarena se acercó y abrazó a Maybe, que quedó más conmovida por conocer a la mujer que rescató a su novio del reality y a la que admiraba por su valentía, bueno, no por nada él la llamaba su “Capitana”.

—Felicidades —la saludó y luego hizo lo mismo con Marcos—. Espero que este año sea mejor y se libren de los problemas.

—Gracias, ustedes han sido muy amables —contesta Maybe.

—Lo hacemos con gusto —afirmó Macarena—. Disculpen, amor, te busca Tomás —le informó Macarena a su esposo.

—Bueno, me tengo que ir, ya saben, cualquier cosa que necesiten, me

buscan. Permiso.

—Gracias.

Vicente hizo una inclinación con su cabeza y se alejó abrazado a su mujer.

—Parece que te dejó sin aliento —le recriminó Marcos, celoso.

—¡Es Vicente Saravia!

—Sí, y ya lo habías visto todo el *show* antes de las doce.

—Sí, pero ¡me habló!

Marcos no contestó. Maybe se dio cuenta de los celos de su *pololo* y sonrió, se colgó de su cuello y acercó su boca a la de él.

—¿Estás celoso?

—Mucho.

—Tontito. No tienes que tener celos, es que él tuvo “n” problemas para estar con su esposa, él entró a un reality y tuvo que entrar ella a cuidarlo, porque estaba mal y no lo querían dejar salir. Ufff... Y cuando dijeron que ella se había muerto con sus gemelos... Fue hace años, igual, pero movió a todo Chile con eso.

—Yo no veo tele —repuso todavía algo molesto.

—Tú eres el hombre que yo quiero. Él es un actor, pero tú eres mucho mejor.

Marcos la miró durante un rato, escaneó su rostro como si quisiera grabarla en su memoria, observó sus ojos, su pequeña nariz, sus labios.

—Te amo, mi niña, y no me voy a poner celoso de un pelafustán que sale en la tele —expresó con sorna.

Ella le dedicó una sonrisa burlona y lo besó. Marcos se olvidó de sus celos y se dejó llevar por los labios de Maybe, pues no tendrían a Camilito interrumpiendo su romance, se había dormido y las chicas lo iban a llevar a su cuna.

Marcos empujó a la joven hacia la pista de baile y comenzaron a bailar una música muy pegajosa. Alex y Rocío se pararon a su lado y comenzaron a bromear los cuatro. Más tarde aparecieron José Miguel con Miranda y Cristóbal con Nicole, a quienes presentaron.

La noche se hizo corta para bailar, reír y jugar. A eso de las cinco de la mañana, llegó el esperado karaoke y, aunque al principio estaban todos algo incómodos y avergonzados, poco a poco comenzaron a atreverse y no quedó nadie, de los presentes, sin mostrar sus dotes artísticas.

A las seis y media, Maybe y Marcos salieron a la terraza. Ya estaba casi claro. El mar tenía un tono oscuro que lo hacía ver más profundo. El cielo, con algunas nubes blancas y un color celeste, parecía como si hubiese sido pintado a mano.

—Amanece distinto aquí —comentó Marcos, abrazaba a Maybe desde atrás, mirando ambos el horizonte.

—Sí, esta ciudad es distinta.

—¿Te gusta?

—Es bonito, sí, pero no para vivir.

—¿No?

—No, prefiero el campo.

Esas palabras congelaron a Marcos.

—¿Y a ti? —preguntó ella, ajena a los sentimientos de su pololo.

—Yo... Yo también prefiero mi campo.

—¿Crees que seremos felices?

—Yo ya lo soy.

—¿Y Teresa?

Marcos volteó a Maybe y la abrazó de la cintura. Buscó su mirada y la sostuvo por unos segundos.

—Teresa es mi pasado. La amé, lo sabes, hasta hace muy poco no quería dejarla ir; pero debía hacerlo y llegaste tú y el proceso se hizo más fácil. Ahora eres tú mi presente y, espero, mi futuro. Eres tú la mujer que amo, la que quiero que esté conmigo, la que quiero que sea la madre de mis hijos. Sé que para ti no es fácil todo esto. Tú esperabas otra clase de hombre, alguno más a tu altura...

—No digas eso. Dudo mucho que ningún otro hombre de ciudad hubiera hecho lo que has hecho tú por mí. Ni mis compañeros de la U. Mira, había pretendientes, chicos que me juraban amor eterno, pero cuando todo esto

empezó, cuando ese tipo apareció en la vida de Noemí... Todos se corrieron, Ninguno me quiso ayudar cuando les pedí ayuda, a lo más, uno que otro me dijo que fuera a la policía.

—Son unos idiotas —replicó con algo de molestia.

—¿Celoso? —sonrió ella.

—No. Simplemente digo que es fácil querer estar con alguien sin tener responsabilidades. O sin quererlas.

Ella se puso en punta de pies para besarlo, sus hermosos tacones habían sido reemplazados por unas sandalias bajas.

—Me alegra que estemos aquí, Marcos, de verdad, me alegra que hayamos venido. Y haberte conocido y saber que estás aquí por mí y para mí. De otra manera, hubiera estado sola.

—Habrías aceptado gustosa la compañía de Vicente Saravia —ironizó.

—Tonto, él está casado y ama a su esposa por sobre todas las cosas, ya te dije lo que pasaron para poder estar juntos. ¿No te enteraste?

—Ya te dije que no veo farándula.

—Te voy a contar bien la historia, pero otro día, porque ahora, somos solo tú y yo.

Ella se giró y volvió a quedar con su espalda pegada al pecho de Marcos para mirar el mar que iba cambiando de tonalidad a medida que avanzaba el día.

—¿Tienes sueño? —le preguntó ella.

—No. Y si es por estar aquí contigo, menos. ¿Y tú?

—Tampoco. Además, tenemos que aprovechar esto tan lindo. ¿Quién diría que estaríamos aquí, en un hotel de lujo, pasando el Año Nuevo? Es como una Luna de Miel adelantada.

—Es verdad. Jamás creí conocer el norte, era tan lejano.

—Y tu hermano y tu cuñada se aburrieron en Varadero —se burló ella y se largó a reír.

—Yo no me hubiese aburrido, menos si era de verdad mi Luna de Miel.

Ella echó su cabeza hacia atrás y él se agachó para besarla. Ella se abrazó a su cuello y volvió a quedar de frente a él. Se besaron con tanta intensidad que él la apartó con brusquedad.

—Me haces muy difícil resistirme, Maybe Albornoz. No sigas.

—¿No quieres?

—¿Tú quieres?

—¿Por qué no? Los dos somos adultos, ¿no?

—¿Y si quedas embarazada? No me perdonaría que perdieras tus estudios por mi culpa.

—No sería tu culpa. Además, yo tomo pastillas para regular mis períodos, así que no hay peligro.

—¿Estás segura?

Ella suspiró profundo y asintió. Él notó el nerviosismo de ella y no estuvo seguro de si ceder o no. Al final, le ganó el deseo. La tomó de la mano y subieron al ascensor, estaba vacío, sin embargo, no se tocaron más que con las puntas de sus dedos.

Entraron a la habitación de Maybe. Allí se besaron con una pasión que no querían contener.

—¿Estás segura de esto? —insistió Marcos, que no deseaba forzarla antes de tiempo.

—¿Tú no?

—Yo estoy seguro de lo que quiero y siento, eres tú la que no.

—Yo ya no estoy segura de nada y te confieso que por dentro tengo un miedo atroz a esto que es desconocido para mí, pero ¿qué más da? Hoy quiero estar contigo. ¿Es malo eso?

Marcos la miró con ternura y acunó su rostro entre sus manos.

—No es malo, mi niña. Te amo.

La besa, primero con dulzura, luego con ardor, hasta que se convierte casi en una caricia lasciva. Y la empuja con suavidad hasta la cama, donde ella se entrega a su primer amor y se hacen uno solo.

Capítulo 22

El despertar para Marcos fue mejor de lo que pudo imaginar. Maybe, su mujer, dormía a su lado, se veía encantadora con su pelo revuelto y su maquillaje a medio salir, no lo tenía corrido, más bien, se le había esfumado. Se movió, al parecer estaba incómoda, Marcos le acomodó la sábana, pero ella la tiró hacia atrás; hacía calor. Su cuerpo desnudo quedó al descubierto y los instintos masculinos se despertaron más de lo que ya estaban.

Con su mano acarició la mejilla de la mujer y la bajó poco a poco delineando la figura femenina. Ella abrió los ojos al tiempo que se movía como una gata desperezada.

—Buenos días —la saludó él, sin dejar de acariciarla.

—Buenos días —respondió ella con una sonrisa.

—¿Cómo amaneciste?

—Con sed y con sueño.

Él sacó del minibar un agua mineral y se la entregó, ella bebió un largo trago y luego él terminó de beber la botella.

—¿Y Camilito?

—Debe estar con las chicas, anoche dijeron que no nos preocupáramos,

que ellas lo cuidarían hoy.

—¿De verdad?

—Sí, así que podemos quedarnos un ratito más en la cama —le dijo meloso.

Ella sonrió pícaro y enrolló sus brazos alrededor de su cuello para besarlo. Volvieron a hacer el amor.

Luego de una ducha juntos, bajaron a tomar desayuno. Camilito, como era de suponer, estaba feliz de ser el centro de atención de las chicas a cargo.

—Pa-pá —lo llamó el niño al verlo.

—Hijo, ¿cómo amaneciste?

—Abua —le indicó con su dedo hacia afuera, donde se veía el mar.

—Sí, harta agua.

—Da.

—Más ratito vamos a ir, ¿ya?

—Da.

Camilito miró a Maybe y se lanzó a sus brazos.

—Ninna —le dijo y le dio un beso.

—Hola, mi amor.

—Mamo.

—Yo también te amo.

—Abua —le volvió a contar a ella.

—Harta agua, sí.

—Da.

—¿Es linda el agua?

—Da.

—¿Abua?

—¿Quieres ir al agua?

—Da.

—Más ratito, vamos a comer, hace hambre.

—Da.

Se sentaron a la mesa y una de las niñas le pidió brazos a Camilito para llevárselo, pero el niño no quiso. Marcos lo sentó en la sillita y ahí quedó feliz. Pidió un trozo de pan que chupó con ansias.

—¿Abua? —preguntaba cada cierto rato, como si hubiera estado impaciente esperando que terminaran de comer.

La pareja terminó de comer y salieron a la playa. Se sentaron en la arena y la primera reacción del niño fue escapar de la arena, pero en segunda instancia bajó sus pies y ya no le desagradó. Luego de un rato de jugar con la arena, el niño quiso ir al agua. Marcos y Maybe lo tomaron de las manitos y al llegar al agua, al niño le produjo cierto temor, el que pasó casi enseguida y durante mucho rato jugaron a alzarlo cada vez que llegaba la ola. Pasaron momentos muy entretenidos hasta que Camilo se aburrió y se quiso salir.

Lo llevaron a las reposeras y Maybe se encargó de secarlo y ponerle más bloqueador. Marcos la observó en su desempeño, el cuidado con el que lo trataba le demostraba que ella amaba a su hijo y eso... Eso era más de lo que pudo desear.

—¿Qué pasa? —dijo la joven al verlo distraído.

—Nada. Nada. Solo te miraba.

—¿No te gusta que atienda a Camilito? ¿Querías hacerlo tú? —preguntó algo asustada.

—No, claro que no, mi niña, al contrario, te ves preciosa con él.

—Es que mi niño arregla a cualquiera —bromeó.

—Tú no necesitas arreglo —la aduló con sinceridad.

Tomás se acercó a la pareja.

—Buenas tardes, Esteban dice si desean ir a conocer los alrededores, saldremos en media hora para ir a almorzar a la caleta Coloso y luego ir por ahí a conocer —ofreció.

La pareja se miró y asintió con la mirada.

—Ya, vamos a buscar las cosas del niño.

—Claro, claro.

Marcos miró la hora, eran las doce y media, al niño le daría hambre en poco rato, pensó en comprarle una comida envasada para salir del paso, no todos los restaurantes tenían comida de bebés.

Se fueron a la habitación y arreglaron el bolso de Camilito, Maybe sacó un jersey, en caso de necesidad, y su cartera.

Bajaron y una de las mujeres de la cocina le entregó a Maybe una vianda con comida para el bebé, un termo pequeño con agua caliente y otro con agua hervida y fría para la mamadera del niño.

—Muchas gracias —dijo Maybe.

—De nada, pues, si ya le teníamos lista su comida al regalón.

—Diga: “gracias” —le dijo Marcos a su hijo.

—Cha —repitió y le tiró un beso a la mujer.

—Es tan simpático su hijo, no le quiten nunca la cintita roja, que cualquiera lo puede ojear.

—No lo haremos. Muchas gracias.

Los dos jóvenes salieron a la entrada del hotel donde los esperaban para salir.

—¿Y Alex? —consultó Maybe.

—Ellos fueron a casa de sus amigos.

—Ah, yo pensé que también iban a ir.

—¿No quieres salir con nosotros? —interrogó Esteban fingiéndose ofendido.

—¡No! —casi gritó.

Esteban se echó a reír.

—No me tengas miedo, Maybe, no muerdo. Vamos, que ya pronto nos dará hambre a todos.

Subieron a la Van, Camilo iba feliz en su sillita, se la habían dejado a la ventana y viajaba encantado mirando todo. Marcos le empezó a dar la comida. Lucas, que iba sentado en el asiento de adelante, se arrodilló hacia atrás y lo miró.

—Hola —lo saludó.

Camilo rio al ver a Lucas.

—Hola —lo saludaron los adultos.

—¿Cómo se llama?

—Camilo.

—Yo me llamo Lucas.

—Sí, anoche te saludé, Lucas —le recordó Maybe.

—Sí. Yo tengo una hermana igual que él.

—Sí la vimos, es muy linda.

—Sí. Ella es muy linda y me quiere.

—Claro, ¿cómo no te va a querer? Tú serás todo para ella, su amigo, su defensor, su ejemplo.

—¿Ustedes son casados?

—No.

—¿Usted es la mamá de él?

—Lucas, por favor —dijo el papá en tono de advertencia—. No molestes.

—No molesta —repuso Maybe—. No, yo no soy la mamá de él, su mamá murió.

—Igual que la mía.

—¿La echas de menos?

El niño se encogió de hombros.

—No, ni me acuerdo de ella. No me quería.

Maybe no supo qué decir y Marcos menos.

—Pero tengo otra que es como mi mamá.

—¿Sí?

—Sí, es Nicole, anoche estaba, ahora salió con mi tío Cristóbal a ver a unos amigos.

—Ah.

—Sí, y tengo otra como mamá.

La pareja se sintió incómoda, el niño estaba hablando de más y de cosas muy personales.

—Pero ella se fue de la casa.

—Lucas...

—¿Y vas a la escuela, Lucas? —le preguntó Marcos para cambiar la conversación.

—Sí, me gusta la escuela, lo paso bien y tengo amigos.

—Qué bueno, ¿y en qué curso estás?

—En quinto.

—Mira qué grande estás.

—Sí. Yo tenía una abuelita.

—¿Sí?

—Se murió.

—Qué pena, pero seguro que desde el cielo te está mirando y cuidando.

—Sí. Mi mamita Eloísa me quería mucho.

—¿Y cómo no? Eres un niño adorable.

Lucas sonrió.

—¿Qué quieres ser cuando grande?

—Empresario como mi papá. Pero yo quiero tener un parque de
entretenciones.

—Ah, mira qué bien, tienes que trabajar harto para cumplir tu sueño.

—Sí, mi papá trabaja mucho.

—Hay que trabajar mucho para tener lo que uno quiere.

—Sí.

—¿Ustedes se van a casar?

—Sí, pero en un tiempo más. Ella está terminando su carrera y, después de
eso, nos vamos a casar.

—¿Me van a invitar?

—¡Lucas! —lo reprendió el padre, avergonzado.

La pareja se echó a reír.

—¡Claro que están invitados! Tu papá se ha portado muy bien con nosotros, desde luego que sí están invitados. Claro que nosotros vivimos en el campo —respondió Maybe.

—¿En el campo?

—Sí, ¿te gusta el campo?

—No sé, porque he ido como a partes del campo, pero no al campo-campo.

—Bueno, nosotros vivimos en el campo-campo —le explicó Marcos con dulzura—, y están invitados para ir cuando quieran, no solo para nuestro matrimonio.

—¿De verdad?

—Sí, ahí podrás andar a caballo, nadar en el río o en el lago, ver cómo les sacan la leche a las vacas, sacar los huevos de las gallinas...

—¡Sí! Papi, ¿podemos ir? —le preguntó a su padre y giró su cuerpo para mirarlo de frente.

—Sí, hijo, pero en un tiempo más, por ahora no se puede, ellos se tienen que quedar con nosotros.

—Pero vamos a ir.

—Sí, hijo.

—Sí, vamos a ir —le dijo volviendo a mirar a sus nuevos amigos como si ellos no hubieran escuchado.

—¡Genial! Yo tengo un hermano como de tu edad, es un poquito más grande, seguro que le encantará jugar contigo.

—¿Y por qué no vino?

—Porque él se quedó con mis papás.

—Ah.

Camilo se durmió luego de comer. Lucas siguió hablando. Les contó acerca de su prima, o algo así, como dijo él; Daniela, la hija de Cristóbal; también les contó que Nicole ya no vivía cerca de ellos porque se tuvieron que ir de Santiago.

—Yo no sé por qué, yo quería que se quedaran; ahora la veo menos y la echo de menos —contó el niño.

—A veces hay cosas que se deben hacer —le explicó Maybe—. Pero estoy segura de que ella también te extraña.

—Sí, ella siempre me dice que me echa de menos y que no le gusta aquí.

—Ya ves, pero ella sabe que es algo que tiene que hacer y que...

La explicación de Maybe quedó en el aire cuando Lucas dio un grito. Marcos y Esteban miraron hacia atrás y vieron un auto que se les acercaba a toda velocidad para chocar con ellos. Luis, que ya había visto un comportamiento extraño en el automóvil que les seguía, hizo las maniobras

necesarias para evadirlo. El vehículo los sobrepasó y Luis se detuvo en la berma.

—¿Se encuentran bien? —preguntó Tomás.

—Sí —respondieron todos a la misma vez.

—¿Pudieron ver al chofer? —preguntó Luis.

—No.

—Debe haber sido un loco apurado —comentó Esteban.

—No. El tipo se dio el tiempo de amenazar con su auto, de molestar.

—¿Y si es Hernán? —le preguntó Maybe a Marcos en tono bajo.

Tomás sacó su celular e hizo una llamada.

—Averigua si tienen vigilado a Hernán Montes —ordenó—. Y si Klaus volvió al país.

Cortó y miró a los demás en el vehículo.

—Ya sabremos si es un loco suelto o algo más. Sigamos camino, Luis. No dejaremos que un idiota nos amedrente.

—Nadie ha hecho eso —replicó Luis con sorna.

—Nunca —repitió Tomás.

La llegada a Coloso terminó en tranquilidad a pesar de que Esteban tuvo que tomar en brazos a su hijo por el temor con el que quedó.

En la caleta ya los esperaban Cristóbal, Nicole, Alex, Rocío, Scott, Ema y los niños. Caminaron un rato por el muelle y vieron, encantados, los lobos

marinos. Tomás aprovechó que cada uno andaba en un lugar diferente, para contarle a Scott, en privado, lo que ocurrió en la carretera, por lo que los hombres quedaron muy atentos a todo su entorno.

Maybe se sentía incómoda, si era por ella que el ambiente estaba tenso...

—No has comido nada —mencionó Esteban a su joven invitada.

—Sí, lo siento, es que...

—¿Estás preocupada? —le consultó Nicole—. Tienes cara de que algo malo pasa. Sabes que estás segura aquí.

Maybe miró a Marcos, luego a Esteban y después a Tomás, y negó con la cabeza.

—¿Es por el loco de la carretera? —interrogó Tomás.

—Yo no quiero que tengan problemas por mi culpa —confesó la joven.

Tomás sonrió condescendiente.

—No te preocupes, niña, mira que problemas es mi segundo nombre. Además, al parecer solo era un tipo que se cree que vive en una película de acción.

—¿Y si es él?

—Y si es “él”, no te preocupes tú, que a mí me encanta sacar a ese tipo de hombres del camino.

—No te preocupes, todo estará bien. Aquí estás protegida, si sabe lo que le conviene, no aparecerá en este lugar, te lo aseguro, no será capaz de

enfrentarse a nosotros —afirmó Esteban.

—Gracias.

Esteban colocó su mano sobre la de la joven, no se veía nada bien.

—Tranquila, disfruta.

—Sí, pero ellos están pendientes y...

—Ellos *siempre* están pendientes, incluso en su tiempo libre, como ahora —explicó Esteban con un dejo de burla—. Son guardaespaldas de vocación. Mira a Scott, ni siquiera trabaja y parece que fuera uno más.

—Uno nunca deja de trabajar en esto —se justificó.

—Yo soy libre, puedo hacer lo que quiera con mi tiempo libre y si quiero vigilar, vigilo, ¿cuál es el problema? —replicó Tomás de un modo divertido.

—Yo no ando mirando a ningún delincuente idiota, yo ando mirando si hay chicas lindas por aquí, porque todas parecen estar ocupadas —agregó Luis.

Maybe esbozó una agradecida sonrisa.

—Come y no te preocupes de nada.

La joven miró a Marcos, quien le dio un beso en la frente. Él se sentía tan incómodo como ella, pero no lo diría.

Capítulo 23

Luego de almorzar, el grupo fue a dar una vuelta en uno de los botes que paseaban a turistas. Terminado el viaje, decidieron ir a conocer el centro de la ciudad.

Estacionaron el vehículo en el mall, que era de donde comenzarían su travesía. Pasearon por los pasillos del centro comercial, pero pronto se aburrieron, no era más de lo mismo que había en otras partes del país, por lo que decidieron ir a recorrer el centro.

—Debemos ir a la Biblioteca Regional, a la Catedral, a la Plaza Colón —indicó Cristóbal.

—Hay una feria artesanal en la plaza —agregó Nicole—. Hay que ir a verla.

—¿Quieren ir para allá? —consultó Esteban a Marcos.

La pareja se miró y se encogió de hombros.

—Nosotros vamos donde nos lleven —respondió Marcos.

—Vamos, entonces.

Esteban, antes de salir del centro comercial, compró un coche de bebé para Camilo. Marcos lo llevaba en brazos, pero, en poco rato, ya estaría cansado, y

el niño también. Marcos protestó, no quería que lo hiciera, él podía comprarlo, pero no le hacía falta.

—Yo se lo quiero regalar, es un bebé muy simpático que se ha ganado a todos en el hotel, así que no quiero reclamos. Déjame hacerle un regalo. Además, ya te dije, están aquí bajo mi cuidado y quiero hacer de su estadía lo mejor posible.

Marcos aceptó a regañadientes, poco rato después lo agradeció. Él no usaba coche en el campo, pues si tenían que ir lejos, iban en la camioneta; si estaba en la casa, el niño, o estaba en el suelo, o en su corral, o en su cuna. Definitivamente, allá, no lo necesitaba. En la ciudad, se dio cuenta de que sí debía usarlo.

En la Plaza Colón, los niños jugaban, corrían y también se mojaron en la pileta mientras los adultos los observaban y conversaban. Camilo y Eloísa, la pequeña bebé de Esteban, dormían tranquilos en sus cochecitos.

A Maybe se le acercó una gitana para ofrecerle leer su mano. Ella se negó, sin embargo, la mujer sacó unas hojas de una planta e hizo una especie de sahumero con ella, a lo que la joven comenzó a sentirse algo mareada. Marcos se levantó de su asiento y tomó de la mano a su novia para sacarla de allí, sin embargo, al volverse, se dieron cuenta de que estaban rodeados por mujeres de ese tipo y ya no veían, ni a Esteban, ni a Tomás, ni a ninguno de ellos. De pronto, Marcos divisó a Cristóbal, que también buscaba con su

mirada a los demás. ¿En qué momento se habían separado? No lo sabía. En tanto, la gitana seguía agitando sus plantas ante el rostro de la joven.

—No queremos nada, señora, ¡váyase! —la gritoneó Marcos, desesperado. La mujer se retiró de mala gana.

—Marcos Jara, no deberías ser tan poco gentil con una mujer que solo intenta ganar dinero dignamente. ¿O es que te volviste discriminador ahora que *soi* dueño de tu propia tierra?

Marcos no se quiso voltear, no quería ver la cara del idiota de Hernán Montes, sabía que no se podría controlar.

—¿Tampoco hablas con los pobres? ¿Te olvidaste cuando *andabai* recogiendo caca en el campo?

Marcos se giró, pero antes de hablar, observó a Tomás que se acercó y se pegó mucho a su enemigo.

—Si sabes lo que te conviene, será mejor que te vayas de aquí. Y no me refiero solo a esta plaza —le habló en un tono tal, que hasta a Marcos lo intimidó.

—¿Quién *eri* tú?

—Alguien con quien no te conviene meterte.

—¿Y por qué debería hacerte caso?

—Porque a mí me da lo mismo quién eres y lo que haces, lo que no me da lo mismo es que un espécimen como tú, uno que pretenda llamarse

“hombre”, golpee a una mujer, le quiera hacer daño. Así es que es mejor que me hagas caso.

—¿Ustedes saben por qué a Antofagasta lo llaman Antofalombia?
—Nadie contestó—. Porque está lleno de colombianos. Algunos vienen a trabajar, sí, pero otros, no. Han llegado sicarios, ¿saben lo que son? Yo sí, tengo varios amigos sicarios que están dispuestos a todo por un poco de plata, así que ojo con a quién amenazas, porque si no, amigo, no respondo.

—Hernán, es conmigo tu problema —intervino Marcos—, no los metas a ellos en esto.

—Tu amiguita está metida hasta la coronilla, ¿no le gustó meterse donde no debía? Pues, ahora, que se aguante.

—Pero ¡soy yo tu problema! No ella.

—Escucha —le advirtió Tomás—, déjalos, si quieres lucha de poderes, hazlo con quien pueda hacerte el aguante. Golpear a una mujer no demuestra nada, ¿qué ganas con golpear a alguien que no puede defenderse? Hazlo conmigo, hazlo con cualquiera de mis hombres que están reunidos en todo el rededor de la plaza.

Marcos y Maybe se miraron y buscaron de quien hablaba Tomás y, efectivamente, se dieron cuenta de que había hombres marcando presencia en toda la plaza. Claro que ellos lo notaron, a los ojos de los demás, parecían personas normales.

—Maybe, dile a tu amiguita que no he terminado con ella. Y tampoco contigo. Y *voh*, Marcos, cuida tus espaldas, que no siempre estarán estos matones contigo.

Hernán, luego de decir aquello, caminó hasta el lado opuesto de la plaza. Maybe miró a Tomás con miedo en la mirada.

—No debí salir del hotel —comentó en voz baja.

—¿Y no verlo hasta que se fueran y, tal vez, cuando fuera demasiado tarde? —cuestionó Tomás.

—Pero... Es que... ¡Ahora todos estamos en peligro! Debí entregarme a ese hombre para que me matara de una vez —exclamó desesperada.

Tomás la tiró un poco hacia él y la abrazó.

—Escucha —le habló bajo en el oído—, no digas eso ni en broma, mucho menos en voz alta. Ahora, lo que vas a hacer, es sonreír, disfrutar y conocer. Ese tipo no se acercará de nuevo, no hoy.

—¿Y sus sicarios?

—Por ellos no te preocupes. El único “sicario” que andaba por acá con ese tipo, fue reducido antes que Hernán siquiera se acercara a hablar con ustedes. Y no te preocupes, que tampoco era sicario, era un delincuente común que se las quiso dar de mafioso. Así que disfruta, del resto nos haremos cargo nosotros.

—Tengo miedo —confesó ella.

—Estarás bien en la medida en que nos hagas caso, ¿está claro?

Maybe afirmó con la cabeza.

Tomás se la devolvió a Marcos, quien la pegó a su costado.

—Ahora, vamos, queda mucho por recorrer —anunció Tomás.

La pareja caminó hacia los demás que los esperaban. Pareció que todo se había despejado de un momento a otro.

—¿Todo bien? —preguntó el empresario.

—Todo en orden —respondió Tomás.

—¿Ustedes están bien? —le preguntó a la pareja.

—Sí. Sí —respondió Maybe sin convencimiento.

—¿Les explicaste? —se dirigió de nuevo a su guardaespaldas.

—No, no era el momento ni el lugar. Lo haremos más tarde.

—¿Qué pasa? —consultó Marcos.

—Algo que deben saber, pero más tarde les explicaremos todo.

—Está bien.

—¿Qué es? —preguntó Maybe.

—No es lugar para ese tipo de explicaciones. Vamos —ordenó Tomás con un tono autoritario, que no dejó lugar a réplica.

El centro de la ciudad lo terminaron de recorrer sin mayores contratiempos, aun así, Maybe no estaba tranquila, ese hombre sabía dónde estaba y no quería pensar en que algo le pudiera ocurrir a Marcos por

defenderla, o peor, si algo le llegaba a pasar a Camilito por un error o simple maldad de ese tipo, no se lo perdonaría.

Cuando comenzó a oscurecer, Maybe se puso más nerviosa, quería volver al hotel, no se sentía segura fuera. Los demás lo notaron y Esteban tomó la decisión.

—¿Quieren volver al hotel? Maybe parece que no se siente bien —comunicó.

—Sí, al parecer no puede olvidarse del impasse —concedió Tomás.

—Lo siento, si quieren pueden seguir paseando, yo me puedo ir al hotel —ofreció la joven.

—No, este paseo era por ustedes. No te preocupes —le aseguró Esteban.

—Nosotros sabemos lo que es estar con miedo, así que no te sientas mal —le dijo Nicole a Maybe.

—Gracias, han hecho mucho por nosotros.

—No tienen nada que agradecer. Vamos. Podríamos ver una película y comer algo rico, ¿les parece? —ofreció Esteban.

—Ya —contestó, de las primeras, Maybe, aliviada de esa decisión.

Esteban miró con comprensión a la joven.

—Bueno, vamos al hotel entonces.

&&&

Cerca de las diez, y en medio de una película, Maybe se levantó al baño.

—¿Te acompaño? —ofreció Marcos.

—No, no, yo vuelvo al tiro, quédate aquí, *nomás*.

Tomás la observó alejarse, pero no dijo nada; se levantó y la siguió.

Marcos notó eso y también se levantó. Si el guardaespaldas de Esteban Arriagada había seguido a su novia, era porque las cosas no estaban bien, por más que aseguraran lo contrario.

Antes de salir del salón, un disparo lo dejó congelado. El alboroto en el primer piso del hotel no se hizo esperar. Marcos corrió hacia la salida para asegurarse que Maybe estuviera bien. Por suerte, su hijo estaba a cargo de una de las chicas que lo cuidaba y estaba seguro.

—¿Y Maybe? —preguntó Marcos a Tomás que venía entrando mientras daba órdenes por medio de una radio.

—Se la llevaron.

—¿Quién?

—No sé, supongo que hombres de Hernán Montes.

—Ustedes dijeron...

—Ella salió a la calle, no sé por qué. Yo disparé al ver que se subía a un auto, pero...

—Pero ¿qué?

—Nada.

—Pero ¡qué!

Tomás solo sostuvo su mirada sin contestar, impasible.

—¿Por qué dejaron que se la llevaran?!

—Ella se fue por propia voluntad.

—¿Qué? Eso es imposible.

—No lo es.

—¿Y el disparo?

—Fue después. Ella salió del salón dispuesta a irse y lo hizo.

—¿Cómo lo sabe?

—Fue directo a la calle. Además, pocos segundos antes recibió un mensaje.

—¿Qué?

—Así es. Recibió un mensaje y salió.

—Yo no escuché nada.

Tomás sacó de su bolsillo una especie de celular, algo diferente a los comunes.

—Aquí puedo ver cuándo llegan o salen mensajes de sus móviles.

—¿Nos controlan?

—No.

—¿Entonces?

—Escucha bien, Marcos, mis hombres van detrás de ellos, no creo que

lleguen muy lejos; si no tuviera este aparato conectado al de ustedes, créeme que habríamos tenido que esperar a que pasara el tiempo y luego, cuando nos hubiéramos dado cuenta de que no estaba, comenzar a buscar. Agradece que me di cuenta de que se fue.

—Ese hombre la va a matar. No solo eso, la va a torturar, la va a violar, ¡vaya uno a saber todas las cosas que le va a hacer! Ella lo sabía. ¿Por qué se iría con él?

—Lo tenemos, señor —interrumpió un hombre al que Marcos no había visto antes.

—¿El mensaje?

—Sí, señor.

El hombre le entregó un papel y Tomás emitió un bufido.

—¿Es de Maybe?

—Es el mensaje que recibió —respondió y le extendió el papel para que lo leyera.

“Tienes cinco minutos para salir, estoy afuera del hotel, de otro modo, el guacho de Marcos pagará las consecuencias, la niñera que lo cuida, trabaja para mí. No le digas a nadie. Lo voy a saber”.

—Se fue por salvar a mi hijo —musitó el hombre—. Debo ir con mi hijo.
—Se giró para entrar, pero fue detenido por Tomás.

—La niñera es de total confianza. Es la chica que cuida a los hijos de

Esteban en Santiago.

—No lo sabía.

—Aunque lo hubieran sabido. Los sentidos se tuercen en situaciones así, el estrés no deja pensar, mucho menos actuar razonablemente. De todos modos, ya te dije, mis hombres van detrás de ellos. Yo espero a Luis, vamos a ir con ellos.

—¿Puedo ir?

—Es muy peligroso.

—No me importa, es la vida de mi polola la que está en juego. Si mi hijo está seguro aquí, quiero ir y ayudar, no la puedo dejar sola.

Tomás asintió con la cabeza y lo tiró de un brazo hacia un cuarto que no tenía puerta, parecía solo una pared más. Allí se encontraba Luis preparando todo un arsenal para ir en busca de Maybe.

—Ponte un chaleco antibalas, no nos arriesgaremos. Harás lo que te digamos, ¿me oíste? Nada de hacerse el héroe ni de querer impresionar a tu mujer. No estamos en una película, tampoco estamos para andar cuidándote las espaldas; si permito que nos acompañes es porque sé lo que sientes. ¿Entendido?

—Sí.

—¿Sabes disparar?

—Sí. Le he disparado solo a animales, pero creo que con Hernán no habrá

diferencia —medio bromeó.

—Bien. Toma —le entregó dos pequeñas armas y dos cartuchos.

—Gracias.

—Cuidado. Ya sabes, aquí no hay héroes.

Luis, que había terminado su labor, tomó el bolso y salió de la habitación por otra puerta, hacia otra estancia. Desde allí se veía todo hacia afuera, las paredes eran transparentes y daban hacia el pasillo central del hall del hotel, en ese momento iba entrando un pasajero.

—Desde aquí nos vigilan.

—La verdad es que no. Aquí nos dedicamos a estudiar a los pasajeros del hotel.

Tomás presionó un botón y la pared ya no se transparentó, se convirtió en un montón de cámaras de seguridad que grababan cada rincón del hotel, por dentro y por fuera, excepto los baños y las habitaciones por dentro.

—Desde aquí los vigilamos —expuso con algo de sarcasmo.

Marcos quedó anonadado.

—Vamos. Después podrás ver la tecnología que tenemos.

—¿Cree que esté viva?

—Créeme si te digo que sí. Y créeme si te digo que, si vio que lo seguían, no le hará ningún daño.

—Ese tipo no tiene escrúpulos.

—Por muy pocos escrúpulos que tenga este tipo de personajes, no son capaces de enfrentarse a algo más grande que ellos —explicó Tomás al tiempo que salió por una “puerta” hacia los estacionamientos.

Allí los esperaban Scott, Esteban, Cristóbal y Alex.

—Vamos con ustedes —sentenció Esteban.

—No tienen que hacerlo, este es un problema mío, yo debería estar resolviéndolo —expuso Marcos, acongojado ante esa muestra de empatía y apoyo.

—No digas estupideces. Vamos —reprendió Esteban.

Marcos quiso replicar, sin embargo, Cristóbal detuvo del brazo a Marcos.

—Nosotros sabemos lo que estás pasando, también tuvimos problemas similares, así que no nos pidas que no intervengamos. Vamos a hacerlo, lo quieras o no.

—Pero ustedes tienen familia, hijos...

—Y tú, una *polola* que nos necesita y un hijo que te necesita a ti. Vamos.

Capítulo 24

Maybe no lloró, no gritó, no habló.

Sabía que su fin estaba cerca. También sabía que ella lo aceptó así. Todo por Camilito. Jamás dejaría que algo malo le pasara si estaba en sus manos evitarlo.

La joven veía las calles pasar, pero no podía reconocer nada. Nada le era familiar. De todos modos, no conocía la ciudad. Lo poco que había andado en la tarde, había sido solo en el centro.

El celular del hombre que conducía recibió una llamada entrante, la que contestó con unos auriculares.

—Bueno —contestó con un claro acento colombiano—. Sí, vea que ya la tengo conmigo. No se preocupe, hombre, que haré lo que me dice. No. Carajo si tiene idea. Nos vemos.

Cortó la llamada y, tras una breve mirada a Maybe, que estaba sentada a su lado, siguió conduciendo y mirando hacia adelante como si ella no existiera.

—¿Dónde me lleva? —se atrevió a consultar.

—¿Cree que se lo voy a decir?

La joven no contestó, la respuesta era clara.

—Lo mejor que puede hacer usted, vea, es que se lo tome con calma y mantenga su boca cerrada. Le prometo que nada le pasará si obedece a todo lo que le diga, ¿me oyó?

Ella asintió con la cabeza y recordó a su pequeño Camilito que asentía siempre con su cabecita... Ya no volvería a escuchar sus “mamo”, ni podría volver a ver su carita, ni a tomarlo en sus brazos. Pero él sería feliz con su papá. Maybe estaba segura de que Marcos lo cuidaría muy bien, el niño era feliz gracias al padre que tenía y así era como debía continuar. Él debía crecer y vivir. Lo que más le dolía era que Marcos sufriría por ella, y no lo merecía.

Una lágrima cayó por su mejilla, la que secó con rapidez. Un rápido vistazo de parte del hombre no pasó desapercibido para ella, que giró su cara para esconderse.

—Tranquila, señorita, tiene que estar tranquila, ya le dije que nada le va a pasar si usted obedece.

—Con usted. ¿Y Hernán? Ese tipo me quiere matar.

El chofer sonrió casi imperceptiblemente, pero no dijo nada.

De pronto, el camino se volvió escabroso, el auto se movía de un lado a otro y, en un salto, Maybe se golpeó la sien con el vidrio lateral.

—Perdone usted —se disculpó él al escuchar el quejido.

Ella lo miró sorprendida. ¿De verdad le había pedido disculpas?

—¿Fue mucho? No conozco este lugar y el camino es malo. Sujétese.

—No —musitó asombrada.

El viaje continuó del mismo modo. Maybe se afirmó de la manilla superior y solo entonces se le ocurrió algo: golpear al hombre y hacer que se volcaran, quizás así tendría oportunidad de escapar.

—No se le ocurra hacer una tontería —le advirtió como adivinando sus pensamientos.

Ella se encogió en el asiento, asustada.

—Ya le dije, todo estará bien si usted es obediente. Confíe en mí.

—¿Cómo podría?

—Solo hágalo.

Maybe miró hacia afuera. Tenía miedo. Solo la sostenía la creencia que ese hombre dejaría tranquilo a Marcos y al niño. Era un buen sacrificio si ellos eran felices.

&&&

—No saben dónde está, ¿cierto? —interrogó Marcos, más que preocupado, desesperado.

—El auto que seguimos fue un distractor —reconoció Tomás.

—¿Qué haremos?

—Seguir buscando —indicó Esteban.

—¿Dónde?

—Tenemos métodos para saber dónde la tienen.

—¿Y si la mata?

—No lo hará —aseguró Tomás.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—Porque ese tipo de hombres usan los mismos métodos, actúan siempre igual.

—¿Quién me lo asegura?

—Cálmate, desesperándote no ganas nada, en momentos así hay que mantener la cabeza fría —aconsejó Scott.

—No puedo. De solo imaginar que ese tipo la tiene, que le puede estar haciendo cualquier cosa...

Marcos se tapó la cara con ambas manos para ocultar sus lágrimas y retener su impotencia.

—Tranquilo, hombre, ya la encontraremos.

—Sí, en pedazos —replicó de mal modo.

—No digas eso, estoy seguro de que no le hará nada —afirmó Tomás.

—Ojalá —respondió Marcos con un tono de voz más bajo, con cierta culpa por enojarse con quienes solo lo querían ayudar.

Marcos deseaba estar en su campo, tranquilo, con Maybe a su lado.

Incluso, pensó en que, si estuvieran allá, Teresa lo hubiese ayudado, pero en Antofagasta, en una tierra tan lejana y tan diferente a su hogar...

—Marcos, mañana seguiremos la búsqueda —le habló Esteban como si lo hubiese estado hablando desde antes.

—¡Debemos buscarla ahora!

Marcos miró hacia afuera y se dio cuenta de que habían vuelto y se encontraban en el estacionamiento del hotel.

—No podemos, esperaremos a que nuestros “amigos” se contacten con nosotros, ir ahora sería dar palos al aire. No vale la pena. Mejor nos preparamos bien y así vamos seguros de lo que debemos hacer y hacia dónde ir.

Marcos se bajó del vehículo sin ganas. Su preocupación se exteriorizaba en enojo. No quería pensar en el miedo de Maybe, en el dolor que le podía estar provocando ese tipo. Esto, definitivamente, ella no lo tenía planeado y debía estar perdida, aun cuando Hernán no la estuviera lastimando.

Caminó a paso veloz al ascensor, pero antes de llegar, Luis lo detuvo, tomándolo del brazo. Marcos lo miró interrogante y con los ojos húmedos.

—Vamos por acá. Hay cosas que tratar todavía.

Marcos iba a dar la vuelta, cuando un grito de “Agáchense” retumbó en el estacionamiento. Luis se tiró sobre Marcos y lo botó al suelo. Una ráfaga de disparos pasó muy cerca de ellos. Luis se arrastró para resguardarse tras un

vehículo y con un gesto le indicó a Marcos que hiciera lo mismo, éste obedeció sin chistar.

Los disparos cesaron, pero nadie se atrevía a salir. O eso pensó Marcos, pues unos segundos después, Tomás estaba de pie ante ellos.

—Se fueron —informó.

—¿Era Hernán?

—No —respondió lacónico.

—¿Quién era?

Tomás resopló.

—Alguien que no tiene nada que ver con ustedes. Vamos adentro —ordenó y todos le siguieron en silencio, como si una mala noticia los hubiera dejado sin alma.

&&&

Entraron a la sala secreta de donde habían salido anteriormente y cada uno de ellos se sentó como si le pesara el cuerpo.

Marcos no entendía nada y no se atrevió a hablar.

—En cuanto tengamos noticias de Maybe saldremos a buscarla —indicó Tomás.

—¿Cómo saben que tendrán noticias de ella?

—Porque tenemos muy buenos contactos en todas partes, así que no te preocupes, la encontraremos.

—¿Y los que dispararon? ¿Por qué nos querían matar?

—Esos son antiguos enemigos y no, no nos querían matar, si hubiesen querido, alguno estaría herido, pero no, solo anunciaron su llegada.

—¿Son peligrosos?

—Mil veces más que el idiota de Montes.

—¿Por qué los odian?

—Solo hay dos razones por las que los hombres pelean, las dos cosas que mueven al mundo: dinero y sexo.

—¿Y el honor?

—El honor está sobrevalorado. Además, por honor no se pelea, solo que a veces suena más bonito que decir que estás peleando por una mujer... o por ambición.

Marcos asumió que, si esos hombres estaban asustados por el autor de los disparos y no por Hernán Montes era porque, en cierto modo, Hernán no era tan peligroso. Esperaba que Maybe también lo supiera.

Luego de un rato de conversación, que Marcos no comprendió ni entendió, se fue cada uno a su habitación.

El hombre vio a su hijo dormir con tanta paz que, en cierto modo, se alegró de que fuera pequeño y no se enterara de nada. Su niñera estaba a su

lado, vigilando su sueño, con un arma en las faldas.

—Buenas noches, don Marcos, espero que pronto aparezca su novia —le dijo al despedirse.

—Gracias, Gina, buenas noches.

La joven salió de la habitación; Marcos se dejó caer en la cama y soltó todo el llanto acumulado. No solo tenía miedo, sentía impotencia y culpa. Si él no hubiese acompañado a Maybe esto no estaría pasando, pues ella se había ido por defender a su hijo, por protegerlo.

Miró la hora. Las dos y media de la mañana. Necesitaba hablar con alguien, pero ya era tarde para llamar a cualquier persona. Aun así, marcó el número de su hermano.

—¿Marcos? ¿Qué pasa? ¿Están bien? —preguntó, apresurado, Rodrigo.

—¿Estás con Victoria?

—Sí, está aquí al lado mío, ¿por?

—No, por nada, ¿cómo está?

—Bien, bien. Bueno, sigue con sus mareos y algo de náuseas, pero nada más.

—¿Quién es? —escuchó Marcos la voz de su cuñada.

—Los desperté, perdón.

—¿Y Maybe? ¿Están bien?

Marcos suspiró.

—Sí, sí, es solo que no podía dormir y qué mejor que molestar a mi hermanito, ¿no?

—Claro. Para eso son los hermanos mayores, para molestar a los más chicos.

—Ah, ya, ¿ahora resulta que tú eres el menor? Yo soy mucho más joven que tú.

—Si tú lo dices.

—¿Pasó algo? —preguntó Victoria.

—Nada, mi amor, solo quiere molestar de aburrido. Duerme.

—Bueno, no los molesto más, ya los desperté y es suficiente para mí —expresó y dejó caer una lágrima.

—Ya, hermano, dale saludos a Maybe.

—Gracias. Igual saludos por allá.

Cortó la llamada y sintió que su soledad lo aplastaba como un muro de concreto. Cerró sus ojos porque no quería ver la realidad, no quería ver que, otra vez, la vida le daba la espalda.

—¡Maldito, Hernán Montes, en cuanto te vea, te mato! —amenazó en voz baja.

—Papá —habló Camilito.

Marcos se levantó y miró hacia la cuna, pero no vio a su hijo despierto, sino, a Teresa que estaba de pie, observándolo.

—¡Teresa!

—¿Creías que para mí las distancias son un problema? —se burló con ternura.

—Ayúdame.

—Sabes que siempre estaré con ustedes, amor, quédate tranquilo, debes dormir.

—No puedo.

—Debes poder. Maybe te necesitará y te necesitará bien.

—¿Por qué yo? ¿Por qué a mí siempre me tiene que pasar lo malo?

—Ya pasará, amor, no te angusties.

—¿Cómo me pides eso?

—Las cosas siempre pasan por algo.

—¿Y por qué me tienen que tocar solo las cosas malas?

—¿Nuestro hijo es algo malo?

—Claro que no.

—Amor, es normal que veas todo negro ahora mismo, pero mañana será otro día y el sol siempre sale, siempre el día le gana a la noche más oscura y a la tormenta más violenta.

—¿Y por qué no pensaste en eso antes de dejarme solo?

—¿No lo ves? Juntos no hubiésemos sido felices. Tu felicidad nunca estuvo conmigo.

—Y al parecer con Maybe tampoco.

—Tranquilo, no te pongas así.

—Me siento tan solo, Teresa. Me hace falta, mucha falta.

El celular de Marcos recibió una llamada, Marcos se giró para tomar su teléfono y cuando volvió la vista, ya Teresa no estaba.

—¿Rodrigo? —contestó extrañado.

—Ya, hermano, a mí no me engañas. Estoy afuera de la casa y solo. Dime, ¿qué pasó?

—Maybe...

—¿Qué le pasó?

—La secuestraron.

—¿¡Qué?! ¿Cuándo?

—Hoy en la noche. En realidad, ella se quiso ir con ellos.

—¿Cómo?

—Hernán le dejó un mensaje de que, si no se entregaba, iba a matar a Camilito.

—Y prefirió irse.

—Sí. Escapó.

—¡Maldito idiota! Hermano, yo viajo ahora mismo a Santiago para irme lo antes posible a Antofagasta, creo que Pablo también querrá ir.

—No, no, es mejor que no se enteren. Aquí hay gente que nos está

ayudando, ellos dicen que no me preocupe, que tienen contactos, gente que los está ayudando, son guardaespaldas del dueño del hotel donde nos quedamos, así que son buenos en lo que hacen. Si te llamé es porque necesitaba hablar con alguien. Y tú eres mi hermanito.

—Hermano... No sabes cómo quisiera estar a tu lado en este momento.

—Lo sé. Y yo quisiera estar allá y que esto no estuviera pasando —lloró.

—Tranquilo, tranquilo, ya pasará.

—Todos me dicen lo mismo, pero... Rodrigo... ¿y si no vuelve?

—Volverá, hermano, volverá.

—Me hace tanta falta. Me siento tan vacío sin ella.

—Hermano, no sé ni qué decirte.

—No digas nada. Solo necesitaba hablar contigo.

—Sabes que estoy a la hora que me necesites.

—Gracias.

—Te quiero, hermano, si necesitas que viaje, solo debes decirlo.

—No, no, cuida a la familia allá, no sabemos lo que este tipo quiere o puede hacer. No estaré tranquilo hasta que se muera.

—No quisiera tener que decir esto, pero tienes razón.

—Ya, anda a dormir con tu mujer. Dale un abrazo de mi parte y dile que se cuide mucho. Dales saludos a todos por allá y no digas nada, aquí me aseguran que mañana recuperaremos a Maybe, si no es así... —La voz se le

ahogó en un gemido—. Entonces sí, hermano, les cuentas todo.

—Está bien. Cuídate y avísame cualquier cosa, pero llámame, no vaya a ser que Victoria vea algún mensaje que no deba ver, tú sabes.

—Sí, no te preocupes. Estamos al habla. Saludos.

—Un abrazo, hermano.

—Igual para ti, te quiero.

Marcos dejó el teléfono en la mesita de noche y se acostó. aunque la preocupación y la imagen de Maybe siendo torturada no salían de su mente.

Capítulo 25

Maybe se despertó con el cuerpo adolorido. No fue nada de cómodo dormir en una banca. No sabía dónde estaba. Lo único que tenía claro era que estaban lejos de todo, al parecer en medio de los cerros, en una casucha de dos piezas a la que no se le podía llamar casa. Ella se encontraba en una de las habitaciones, la que, como único mueble, tenía la banca en la que durmió.

—Coja esto —le dijo el hombre que la condujo hasta allí y le dejó un plato con una especie de pan y una taza de café en la banca a su lado.

Ella lo tomó y se apoyó en la pared más alejada de la puerta. Sacó el pan y se echó un trozo a la boca. Era un pan delicioso, diferente al que estaba acostumbrada. Agradeció en silencio el gesto.

El hombre caminó hasta el rincón donde se había apostado.

—¿Cómo durmió?

—¿Lo poco que dormí?

El hombre elevó la comisura de su labio, como si no quisiera sonreír.

—Es usted muy valiente.

—Estoy aterrada.

—Valentía no es no tener miedo, es seguir adelante a pesar de él.

Maybe dejó caer una lágrima al recordar las palabras de Marcos a su

hermanito.

—¿Por qué la quiere ese hombre? —le preguntó al tiempo que se agachó ante ella, su tamaño era impresionante.

—Porque me metí en sus planes. Yo creía que solo me estaba metiendo en su relación con mi amiga, a quien golpeó hasta dejarla al borde de la muerte, pero no. Él tenía cosas pasadas con la familia de ella y con mi ahora *pololo* y a ellos era a los que quería lastimar; mi amiga era solo un medio. Yo no tenía nada qué ver y me metí sin saber. Ahora me quiere matar.

—Es un cobarde. Utilizar a una mujer para fines tan bajos —le dijo mientras acomodó un mechón de cabello de la joven detrás de su oreja.

—No sé yo. Ustedes no distinguen.

—No se lo crea, señorita, nosotros, como dice usted, aunque no lo crea, tenemos códigos de honor.

—Igual me van a matar.

—Eso va a depender de varias cosas.

—Mientras les paguen el dinero...

—No. Todo esto va mucho más allá del dinero.

—Sí, pero si no me mata porque Hernán Montes lo quiere, me va a matar porque ya le vi el rostro.

El hombre sonrió un poco más abiertamente.

—Pues vea que no tengo miedo, ni de que me reconozca en la calle, ni de

que me denuncie, porque estoy seguro de que, si la dejo viva, no me va a denunciar. ¿o me equivoco?

La joven negó con la cabeza.

—¿Lo ve? Es mejor así. No me gusta usar máscaras ni tanta cosa, no es agradable, menos con este calor.

Ella no contestó, dejó el tazón de café en la banca a su lado y se limpió la boca con la servilleta que estaba en el plato.

—¿Terminó? ¿Le gustó el pan colombiano?

—¿Era pan colombiano?

—Que esté secuestrada no significa que no pueda probar cosas nuevas y buenas. Venga.

El hombre se levantó y le extendió la mano para que se la tomara, la ayudó a levantarse y la llevó hasta una puerta que abrió y le enseñó el baño.

—Tiene quince minutos. Puede ducharse si así lo desea, claro que no hay agua caliente.

—Gracias.

—Con gusto.

Otra vez elevó sus comisuras como si no quisiera reírse. Maybe pensó que, o el hombre se burlaba de ella, o la estaba tratando bien como último deseo no pedido.

Se apresuró en bañarse para no causar molestia, él se había portado bien y

había cumplido su palabra de que, si no hacía nada tonto, no la lastimaría.

—Usted es una chica muy lista —la aduló su raptor al salir.

—Y usted es un hombre muy raro —respondió ella sin pensar.

—Lo sé, ese es mi don —respondió divertido y la tomó del codo para conducirla a una camioneta que los esperaba afuera.

—¿Dónde vamos? —le preguntó mientras caminaban hacia el vehículo.

—Pues vea usted, se suponía que nos íbamos a juntar con Hernán Montes aquí mismito, sin embargo, mire que él no es el único que la quiere.

—¿Qué significa eso?

—Que mi trato con Hernán Montes se terminó, ahora trabajo para otra persona.

—¿Para quién?

El hombre no contestó.

—¿A dónde me lleva?

—Pues es que ahora el viaje será bastante más largo, nos queda un largo camino por recorrer.

—Pero ¿seguimos en Antofagasta? ¿O no?

El hombre giró por completo su cuerpo y quedó de frente a ella, escaneó su rostro por un largo rato y luego colocó una de sus manos en su hombro.

—¿De verdad es tan inocente que espera que le diga dónde estamos o hacia dónde vamos?

Ella alzó su mirada y vio tanta claridad en los ojos de ese hombre que se confundió, no veía maldad, no veía en ellos los deseos que podría tener de matarla, “si en realidad para eso le pagan” pensó.

—Escuche, niña, míreme bien a los ojos y preste atención. Yo soy un hombre al que le pagan por asesinar, cuidar, secuestrar o lo que haga falta y a quien haga falta. En su caso, mi deber es llevarla a un lugar y que allí llegue sana y salva, y eso es lo que haré. Punto.

—¿Y después?

—Vamos.

—Después qué —lo detuvo ella del brazo; él miró la pequeña extremidad en su brazo y luego el rostro de la joven. Ese gesto la hizo quitar su mano de inmediato.

Otra vez ese amago de sonrisa, que ella no sabía si era por burlarse o por un sentido de superioridad.

—Vamos. No se preocupe tanto del futuro. Lo que vendrá, vendrá, nada puede hacer por detenerlo. No en este caso. De todas formas, no pretenda conocer, mucho menos planear, todo su futuro antes de tiempo.

Ella abrió los ojos como platos, ¿por qué le decía eso como si supiera quién o cómo era?

El hombre elevó una de sus comisuras en una media curva. Otra vez ese amago.

—Suba, niña, que tenemos un largo viaje por delante.

Maybe obedeció. Poco rato después se dio cuenta de que iban por la carretera, en medio de los cerros. Estaba perdida. Lo único que sabía era que iban hacia el este por la posición del sol.

—Una sola cosa antes de llegar —habló él al rato—, intente no llorar cuando lleguemos a nuestro destino.

Ella lo miró conmocionada, definitivamente, no entendía a ese hombre.

—Era una broma —explicó él—. Sí va a llorar.

&&&

Marcos iba impaciente dentro de la Van que los conducía a toda prisa por la costanera al norte, hasta llegar a la rotonda, y allí subió por un escabroso camino.

—¿A dónde vamos? —preguntó Marcos, ansioso.

—Quieres vengarte de ese tipo, ¿no? Pues lo tendrás en bandeja.

—Yo no quiero vengarme, quiero matarlo. Si no, nunca nos dejará en paz.

—Por experiencia sabemos que eso es así, así que no te culpamos por querer matarlo.

—¿Y saben quién fue el que pagó la fianza?

—No, aún no sabemos —contestó Alex—, mis hombres están

investigando.

—No entiendo, dejan ir a un asesino en potencia porque alguien con plata pagó para que quedara libre.

—Por eso hay gente que se toma la justicia por propia mano. Como oficial no debería estar de acuerdo, pero hay casos que lo ameritan.

Luis, que manejaba el vehículo, entró a unas calles de tierra que Marcos no conocía y por las que esperaba no volver a pasar. Unas tomas de casas de gente de la que se podía asegurar a ciencia cierta que eran delincuentes comunes y micro traficantes. Siguieron subiendo por un camino que a ratos parecía que iba a volcar la camioneta.

Se detuvieron fuera de una casucha a medio construir en medio de la nada.

—¿Qué es esto?

—Aquí verás a Hernán Montes —le informó Tomás a Marcos—. Aquí es el punto de encuentro de ese tipo con Maybe.

Entraron al lugar, pero no había nadie. Recorrieron la pequeña casa buscando algún indicio de algo y Marcos, que iba detrás de todos, en un momento se adelantó y tomó del suelo un pequeño aro, casi invisible para todos, menos para él, pues era uno de los que él le había regalado a Maybe para Navidad.

—Ella estuvo aquí —murmuró casi sin voz.

—Cálmate...

—Llegamos tarde. ¡Se la llevaron!

—Cálmate y cállate.

—¿Callarme? ¿Para qué? Aquí no hay nadie. Se fueron. Se la llevaron. Quizás ya la mataron y la tiraron al desierto.

—No digas estupideces. No la han matado. No hay signos de violencia ni sangre. Ella está viva. Además, cállate, puede que anden por acá cerca y si vuelven y nos oyen...

—Si vuelven y nos oyen, ¿qué? ¿Creen que la camioneta es invisible?

Marcos salió de la casa, desesperado; se encontraban en medio de la nada, encontrar a Maybe en ese extenso lugar, sería como buscar una aguja en un pajar. Se apoyó con sus manos en el techo de la camioneta con ganas de vomitar y allí, justo entre él y el vehículo, vio una mancha de sangre, eran apenas unas gotas, pero que de todos modos lo dejó más asustado. Miró todo a su alrededor otra vez. Nada. Nada. Solo cerros y más cerros. Ni siquiera había un lugar donde esconderse y donde buscar. Simplemente, en ese lugar, no había nada. Nada.

A lo lejos vio aparecer un vehículo que se acercaba a toda velocidad.

—Entren a la casa —ordenó Scott.

—¿Y la camioneta?

—No la podemos esconder. De todos modos, pueden creer que es de alguno de ellos mismos.

Ya no tenían tiempo, por lo que entraron a la casa y se escondieron, algunos en el baño, otros en la pieza en la que encontraron el arete de Maybe.

—¿Dónde está? —La voz clara de Hernán Montes provocó a Marcos, que quiso salir y matarlo con sus propias manos en ese mismo instante.

—Hey, ¿hay alguien aquí? —volvió a hablar—. ¡Mierda!, le dije que me esperara aquí.

—Pues ya ves, no te esperó —salió de la pieza, Tomás.

—¿Quién eres tú?

—¿No me conoces?

—Te vi ayer —afirmó al reconocerlo—. Sí, estabas con la puta esa.

—No la llames así —advirtió Marcos, saliendo de su escondite.

—¿Qué haces aquí?

—Lo mismo que tú, busco a Maybe.

A Hernán Montes le tomó solo un segundo darse cuenta de que, cuando ellos llegaron, Maybe ya no estaba.

—Pues ya ves, no está —se burla.

—Pero estás tú.

Marcos se lanzó contra él y comenzaron a pelear. Hernán sacó una pistola que ni su contrincante, ni los otros, alcanzaron a ver, y le disparó. Por suerte, solo fue un roce en el hombro.

Marcos le quitó el arma y la tiró lejos.

—Arreglemos esto como hombres, Montes, no como cobardes.

—Yo no quiero arreglar nada contigo.

—Pero yo sí.

—Mátame y nunca volverás a ver a tu puta.

Marcos le voló dos dientes con un solo golpe.

—¡Mierda! —se quejó Hernán.

—¡Dime dónde está! —exigió con la mano empuñada y amenazante.

—No sé.

Marcos le dio otro golpe que le quebró la nariz.

—¡No sé! ¡Se suponía que tenía que estar aquí! —gritó para que lo dejara en paz.

—No está. ¡Dónde está! —Le propinó otro golpe que lo dejó con un ojo cerrado.

—No sé.

—¿Qué querías con ella? ¿Qué le ibas a hacer?

—Matarla —respondió entre dientes—, torturarla, violarla a mi antojo, cortarla en pedacitos para entregártela.

Marcos volvió a darle otro golpe que lo dejó tirado en el suelo.

—Te odio, Marcos Fernández, no sabes cuánto te odio. Siempre tuviste el aprecio de todos, todo el mundo te quería, todo el mundo te ayudaba. A mí nunca, nadie, me tendió una mano. Después de que llegaste a trabajar con

Rodrigo, quedé de lado, ¡yo era la mano derecha de él!, pero siempre te las arreglabas para que él te tomara más en cuenta a ti que a mí. Después que murió el viejo, fue peor. Tú y él se volvieron más amigos y más cercanos. Yo, lo único que quería, era tomar lo que me correspondía por mis años de servicios, pero allá fuiste tú y la volviste a cagar. Me acusaste, ¡me traicionaste!, y Rodrigo te creyó todo. Hasta el último día me hiciste la vida imposible, Marcos. Y te odio. Te odio por eso. Hasta cuando llegó Victoria. Tú te ganaste su confianza y su cariño y a mí ni me miraba. Todo el mundo me daba la espalda.

Marcos se le subió encima y le dio un nuevo puñetazo.

—Nunca te debí nada. Si la gente no te quería es porque eras tóxico, eres una mala persona. Nunca te traicioné porque mi lealtad estaba con Rodrigo, jamás contigo. Así que no me acuses de algo que no es. ¿Y sabes qué? No me das pena. Pudiste tener lo que quisieras, pero siempre querías más, nunca estabas satisfecho y así es muy difícil ser feliz. ¡Imagínate! Llegaste al extremo de lastimar mujeres por una idiotez. Querías matar a Maybe por hacerme daño a mí. ¿Por qué no te las arreglaste conmigo, como hombres? Tú eres del campo, igual que yo, y tú sabes muy bien cómo se arreglan las cosas en el campo, y no es precisamente matando mujeres inocentes. La familia es sagrada. Las mujeres son sagradas.

—Eres hombre muerto, Marcos. Te voy a encontrar, voy a salir de la

cárcel, otra vez, y te voy a matar; a ti, a tu guacho, a toda tu familia.

—¿Quién está contigo? ¿Quién odia tanto a mi familia que te hizo salir?

—¿Esperas que te lo diga? No, ese hombre te quiere muerto tanto o más que yo y no voy a decirte quién es, ¿para qué? ¿Para que lo busques y lo mates antes de que él te mate a ti?

Marcos se quedó anonadado. ¿Quién podía odiarlo tanto que lo quería muerto? No tenía más enemigos.

—Piensa, Marcos, pero piensa rápido, que él te va a encontrar. Y, como no tienes idea de quién es...

—¡Dime! —exigió con sus dos manos alrededor del cuello de Hernán.

—Mátame. Y nunca sabrás, ni dónde está Maybe, ni quién es el que te quiere muerto más que yo. Porque, en realidad, yo no te quiero muerto, te quiero ver sufrir, por eso mi plan era matar a Maybe, y las órdenes están dadas: si no aparezco, tienen que matarla.

Marcos descargó toda su rabia, toda su frustración y toda su impotencia en los golpes que le dio a ese hombre cuya sangre salía a borbotones por toda su cara.

Cuando lo dejó inconsciente, deforme y sangrante; se apartó y se dejó caer en el suelo. Tomás le puso su mano en el hombro.

—Ahora nunca la encontraremos —comentó Marcos con un profundo dolor.

Capítulo 26

Maybe despertó con un leve dolor de cabeza. Se colocó la almohada en la cara para impedir la entrada de luz que molestaba sus ojos.

—Quisiera dejarla seguir durmiendo, pero no puedo, tenemos que partir —le habló el hombre.

Maybe se sentó en la cama, apresurada, no recordaba que estaba secuestrada. Su captor la miraba sentado frente a ella. La joven devolvió la mirada con miedo.

—Tranquila, no pasa nada, solo debemos irnos. Es tarde.

—¿Qué hora es?

—Hora de irnos. Tiene quince minutos para prepararse. Allí está el baño —le indicó una puerta.

Maybe se preguntó cómo llegó allí, su último recuerdo era que iba en la camioneta; pero decidió no cuestionar demasiado, no tenía tiempo ni ganas.

Al salir, él la esperaba con un sándwich y una taza de café, que debía tomar en el vehículo.

—No hay tiempo para desayunar aquí —se disculpó el hombre—. O la dejaba dormir otro momento o la despertaba para comer; y puede comer en el carro.

Maybe no contestó. Miró a su alrededor, estaban en un hotel parejero, así que la camioneta se encontraba a la salida de la cabaña. Recibió su desayuno y se subió al vehículo, abrochó su cinturón y le dio una mordida a su pan mientras esperaba que su secuestrador se subiera.

Él la miró de un modo extraño y luego de pagar, se subió a la camioneta. Ella iba distraída, ni siquiera miraba el paisaje, de todos modos, pensaba, nada le era familiar y después de tantas horas de viaje, podían estar en cualquier parte.

—Si quiere dormir, duerma, tenemos un largo viaje por seguir —sugirió él.

—¿Por qué se preocupa por mí? —le consultó ella.

Él la miro. Otra vez apareció su no-sonrisa.

—¿Le molesta que lo haga, señorita?

—No, pero es extraño. Usted me secuestró para Hernán Montes, un hombre que me quiere ver muerta, y resulta que ahora me lleva con otro hombre que me quiere más muerta todavía, pero me lleva así, tranquilamente, sin amarras, sin golpes, sin nada.

—Usted ha sido obediente; no llora, no grita, no ha pretendido escapar, ¿por qué tendría que amarrarla o gritarle? Golpearla, no, eso no es lo mío.

—Claro, no golpea mujeres, solo las mata —ironizó.

Al hombre se le transformó la expresión de su rostro y una ira contenida se

hizo patente en sus mandíbulas apretadas.

—Lo siento, no debí decir eso.

—No, no debió.

—Perdón.

—Todo bien —respondió y volvió a concentrarse en el camino.

Otra vez silencio.

—¿Puedo encender la radio? —preguntó ella al rato.

—Adelante.

Maybe encendió el reproductor y colocó la primera canción del reproductor.

—Si no le gusta, hay más carpetas con otro tipo de música —le informó.

Maybe no dijo nada, tampoco hizo nada. No era que le gustara la música que sonaba, solo necesitaba un poco de sonido en ese silencio aplastante.

—¿Pasa algo? —preguntó él.

—No.

—¿Enojada?

—No.

El conductor se concentró en el camino.

—¿Hasta cuándo viajaremos?

—Todavía falta.

—¿No se cansa de manejar?

—No, me gusta hacerlo en carretera. Además, quiero que lleguemos pronto.

—¿A dónde?

Ahora el hombre sonrió más abiertamente.

—¿Qué espera, señorita? ¿Me quiere coger de sorpresa?

—Sí —admitió ella con una sonrisa avergonzada.

—Ya lo verá, señorita, no apesure su futuro.

&&&

Todo el camino de vuelta al hotel, Marcos buscó en su mente quién más podría querer hacerle daño a él y a su familia. Y nadie llegó a su pensamiento. No podía imaginar quién lo odiaría tanto como para hacer lo que hizo.

—¿No hay alguien del pasado? No importa cuánto tiempo haya pasado —inquirió Tomás.

—No sé. A ver, mi enemigo de la infancia está bien conmigo ahora.

—¿Seguro?

—Sí, absolutamente.

—¿Alguien más?

—No sé, no se me ocurre a nadie.

—Quizás alguna *expolola* despechada.

—Una, pero no creo que sea capaz de hacer algo así.

—¿Por qué no?

—Porque es una pobre mujer que no tiene imaginación. Ella me culpó con Maybe de andar regando hijos. Es de ese tipo de mujer.

—Descartada —afirmó Scott.

—¿Alguien más? —siguió Esteban.

—No sé.

—A veces en quien menos pensamos, puede ser el culpable.

—No sé, no sé. No se me ocurre nadie. Tal vez si llamo a mi hermano, él pueda saber.

Marcos sacó su celular, el que sonó en ese mismo momento con una llamada entrante.

—¿Quién es? —interrogó Tomás, antes de contestara.

—Número desconocido.

—Contesta en altavoz —ordenó el guardaespaldas.

—¿Aló?

—Marcos Jara.

—¿Quién habla?

—Claro, no me conoces.

—¿Quién eres?

—No te voy a decir mi nombre, pero sí a la persona que tenemos en común.

—Quién.

—Teresa González.

Marcos palideció. Supo muy bien quién era ese tipo.

—¿Ya sabes quién soy? —preguntó el hombre luego de unos segundos de silencio.

—El padre de Teresa.

—Sí, ella era mi niñita, ¿sabes?, y tú me la robaste, y no conforme con eso, la mataste.

—¡Yo no la maté!

—Tú la mataste. Con tus mentiras, con tus promesas, con esos pajaritos que metiste en su cabeza.

—Tú y todos los que la abusaron, los que la maltrataron, los que le hicieron creer que no valía nada, la mataron.

—No la abusaba, ella muy bien que lo disfrutaba.

—¡Eres un degenerado! ¡Un cerdo que no respetó ni a su propia hija! No te bastaba con violarla tú mismo, encontrabas muy divertido que tus amigos se divirtieran con ella, ¿cierto? Ella escapó de ti, escapó de tus amigos, escapó de los celos de tu mujer, ¡su madre!, pero no pudo escapar de los traumas que le dejaron.

—¿Qué sentimental! ¿Para qué son las mujeres? Para divertirnos con ellas.
¿No haces tú lo mismo con tu nueva *pololita*?

—Con ella no te metas.

—Ya me metí hasta el fondo. ¿Dónde crees que está?

—Si le hiciste algo...

—Todavía no. Ella viene en camino, a mi casa. Utilicé a Hernán Montes para desviar tu atención, pero en realidad, ella viene conmigo. Jugaré un rato con ella, pero... Supongo que te despediste de ella. Ya no la volverás a ver. Con vida, quiero decir.

—Te voy a matar.

—¿Sí? ¿Y cómo? Ni siquiera me conoces, no sabes dónde vivo, no sabes nada de mí, estoy seguro de que ni siquiera sabes mi nombre.

—Te voy a encontrar y te voy a matar con mis propias manos, güevón, y te juro que voy a hacerte sufrir hasta que supliques y más, hasta que sientas que la muerte es tu única salida, pero no te la daré, hasta que te mate el dolor.

Silencio.

—No te tengo miedo.

—Deberías. Porque le hiciste daño a las dos mujeres que más he amado en la vida y no voy a dejar que sigas haciendo lo mismo con otras.

—Bueno. En cuanto llegue tu *pololita*... le haré lo que tú tienes pensado para mí.

Cortó el llamado.

Marcos tiró el teléfono encima de la mesa y miró aterrado a los demás.

—No te preocupes, cercamos la llamada. ¿La tienes, Luis? —habló Tomás.

—Sí. Está en Constitución.

—¿Constitución? ¡Pero eso está...!

—Muy lejos.

—Y a un paso de mi casa —agregó Marcos con voz tenue.

—Viajaremos.

—No. No. Ustedes no. Esto es algo que tengo que arreglar por mi propia cuenta.

—No vas a poder solo.

—Maybe...

—Maybe todavía no está con él, podemos llegar a tiempo.

—Teresa, por favor, ayúdame, ayúdame ahora, te necesito más que nunca —le rogó a su exmujer.

Los hombres se miraron sin comprender.

—Es su ex, la madre de Camilo —explicó Alex—, al parecer ella lo ha ayudado un par de veces desde el otro lado. —Se encogió de hombros.

—Ojalá esta vez ayude —comentó Cristóbal—. Pero no hay que perder más tiempo, hay que salir. ¿Tienes la dirección o algo más concreto, Luis?

—Las coordenadas.

—Perfecto. Voy a pedir el avión. Ese tipo no le hará nada a Maybe
—sentenció Esteban.

—Es mejor que vamos los menos posibles. Si ese tipo no sabe que nosotros vamos, no estará con muchos otros hombres —acotó Scott.

—Está bien —aceptó Esteban—, yo me haré cargo de que a tu hijo no le pase nada y que esté bien.

—Es verdad —afirma Cristóbal—, vayan, nosotros estaremos pendientes de cualquier cosa.

—Gracias —dijo Marcos con sinceridad.

—La van a encontrar sana y salva y vas a volver muy pronto por tu hijo
—declaró Esteban estrechando su mano.

Salieron del hotel en otra camioneta, pero al entrar a la calle, Marcos pidió que detuvieran el auto. Sin decir nada, se bajó y corrió hacia una anciana que caminaba solitaria.

—Abuela Norma —llamó.

La mujer se volvió sorprendida.

—Marcos, ¿qué haces aquí?

—Yo debería preguntar eso. Se fue sin decir nada, sin despedirse...

—Dejé una carta.

—Sí, pero la encontramos no hace mucho. Sabíamos que ya estaba harta

de dar explicaciones por los actos de su hija, pero usted es diferente a ella y no tiene la culpa de lo que hizo. Rodrigo la extraña demasiado. Va a ser papá.

—¿Papá?

—Sí.

—Pero ¿cómo? Si él estaba muy enamorado de esa joven.

—Sí, y todavía lo está.

—¡Son hermanos!

—No, no son hermanos, Victoria no es hija de José.

—¡Oh, por Dios!

—Se ha perdido muchas cosas. ¿Por qué no vuelve? Rodrigo la necesita.

—No puedo mirarte a los ojos y saber que mi hija te dejó y que yo no hice nada.

—¿Lo sabía?

—No, pero debí saberlo, ella era mi hija.

—No es su culpa. Además, me dejó en buenas manos, con padres que me querían.

—¿No me odias?

—Claro que no, vuelva al campo, por favor.

—¿Y en qué andas?

—Ando con mi *polola* y con mi hijo.

—¿Hijo? ¿También tienes un hijo?

—El de Teresa, resultó ser hijo mío.

—Qué enredo, niño, por Dios.

—Por eso tiene que volver. ¿A qué se va a quedar sola aquí?

—Marcos, debemos irnos —le avisó Tomás.

—Sí. Voy —respondió—. Abuela, piénselo, allá todavía hace falta.

¿Dónde está viviendo?

—Estoy viviendo en el edificio de Las Américas.

—Bien. Espero que vuelva. Se la extraña mucho por allá.

—Sí. Sí. Quizá vuelva, yo también los extraño demasiado.

Las lágrimas cayeron por las mejillas de la abuela, Marcos la abrazó y le dio un beso en la cabeza.

—No hay rencores, abuela, y la necesitamos.

—Te quiero, hijo.

—Yo también.

Se despidieron y Marcos corrió a la Van. Se dirigieron al aeropuerto donde los esperaba una avioneta para viajar al sur, donde supuestamente se encontraba el hombre que había llamado a Marcos.

&&&

—Escúcheme bien, vamos a ir a almorzar a un restorán, pero no va a hacer

ninguna estupidez. Si usted llora, grita, pide ayuda o intenta escapar, voy a matar a todos los que estén alrededor. No sería la primera vez, ¿me oyó? ¿Quiere bajarse a comer o prefiere que lo hagamos como siempre, yo compro y lo traigo al auto?

—No, quiero estirar las piernas...

—Bien, pero ya lo sabe, cualquier paso en falso y la gente a su alrededor morirá por su culpa. Y usted seguirá camino conmigo, tengo órdenes de no matarla.

Ella se encogió en el asiento.

—Todo depende de usted, ¿me oyó?

—Me asusta —gimió.

—No quiero asustarla, solo advertirle. ¿Qué quiere comer?

—Tengo frío.

El hombre frunció el ceño, ¿frío en enero?

—¿Algo casero?

—Sí, por favor. Una sopa o algo así.

El hombre giró en una esquina y se dirigió a un pequeño restorán de comida casera; un lugar muy acogedor y familiar.

Él se bajó y le abrió, la puerta de ella tenía seguro de niños; la tomó de la cintura y la retuvo así un momento. No hubo sensualidad ni acoso en su gesto.

—Recuérdelo, Maybe, no haga ninguna tontería, ya le dije que si no la había atado ni maltratado era porque se ha portado bien, pero si no lo hace, le aseguro que no seré tan condescendiente con usted, ¿me oyó?

—Sí, no haré nada, se lo juro.

El hombre escaneó su rostro, ella se dejó observar.

—No entiendo que un hombre quiera lastimar a una mujer como usted.

¡Es apenas una niña!

—Y le aseguro que mataría a un bebé inocente por su estúpida venganza.

—Por él es que está aquí.

Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas.

—Solo espero que valga la pena —farfulló.

—Los sacrificios nunca son en vano.

—Eso espero.

—Así es.

El hombre le secó una lágrima con su pulgar.

—Vamos. Nos queda todavía un largo camino.

Asintió con la cabeza. Él la abrazó a su costado y ella recostó su cabeza en su pecho. Maybe tragó saliva con dificultad y él comprendió que ella intentaba no llorar, le besó el cabello y la apretó más contra sí mismo de un modo fraternal. Aquel era el trabajo más duro que le había tocado en su carrera. Si ella gritara, si se resistiera, si peleara... Quizá sería más fácil. Pero

parecía resignada a su destino. Un destino que no merecía.

Capítulo 27

Las horas de viaje se le estaban haciendo eternas a Marcos. No era demasiado el tiempo que duraba, sin embargo, a él le parecían días. Si Maybe llegaba donde ese tipo antes que él, cada segundo sería una tortura para ella y eso era lo que él no quería. Maybe no merecía sufrir, no merecía pasar nada de lo que estuviera pasando.

¿Por qué tuvo que hacerse amiga de Noemí? ¿Por qué tuvo que intervenir? ¿Por qué se enamoró? ¿Por qué amó a su hijo? Se preguntaba una y otra vez. Si él no se hubiese cruzado en su camino, nada de esto estaría pasando, ella estaría feliz en su casa de Copiapó con sus papás, con su hermano, con su estructurada y planificada vida. De hecho, esto jamás había entrado en sus planes.

—Tienes que estar tranquilo, llegaremos a tiempo —lo tranquilizó Scott.

—Ella no merece estar viviendo esto.

—Claro que no.

—Si yo no hubiese aparecido en su vida, si no hubiese insistido...

—No digas eso.

—Por mi culpa está donde está.

—No es tu culpa, ella tomó la decisión, podría habernos pedido ayuda,

podría haber dicho que no, podrían haber pasado tantas cosas, Marcos, tantas, que el pensar en qué hubiese pasado si no esto, si no lo otro, es una pérdida de tiempo. Así que no te culpes, intenta estar tranquilo para que, llegado el momento, la puedas ayudar de la mejor forma, porque créeme que necesitará mucho de ti cuando todo esto termine y tú tendrás que estar firme y fuerte.

—La amo tanto y me hace tanta falta.

—Lo sé —afirmó y le puso una mano en el hombro—. Ya estará contigo de vuelta.

—Gracias por lo que hacen, no tenían que hacerlo, este problema es mío, no les incumbe a ustedes.

—Nos gusta —respondió con una sonrisa.

—Se nota.

—Es nuestra vocación, es lo que amamos, aunque pongamos en riesgo nuestras vidas, aunque tratemos con mafiosos de temer, aunque no nos incumba —ironizó al final.

—Yo se los agradezco, la verdad es que solo, no sé qué hubiera hecho.

—No tienes nada que agradecer, lo hacemos con gusto. Ya faltaba un poco de acción a nuestras vidas, no es muy emocionante solo pelear con los demás conductores por su falta de prudencia en las calles.

—Claro, me imagino —respondió, divertido, Marcos.

Silencio.

—¿Qué pasó con Hernán? —se animó a preguntar al rato.

—Murió como un perro, Tomás se hizo cargo y lo lanzó con camioneta y todo a un barranco, no tiene vuelta, a no ser que sea *Terminator*.

—Ojalá que se muera bien muerto.

—Seguro que ya está del otro lado sufriendo las penas del infierno.

Tomás se acercó a los dos hombres y se sentó cerca de ellos.

—Al llegar, buscaremos la casa que tenemos como coordenada.

—¿Por qué creen que ella no ha llegado todavía? —consultó Marcos.

—Lo más probable es que se la lleven por tierra. En avión sería muy notorio, de hecho, no hay registro de vuelos extras y por avión comercial tampoco hay señas de que Maybe haya viajado en uno de ellos. Lo que nos queda es la teoría de que se vinieron en automóvil.

—¿Creen que le hayan hecho daño?

—No, si la lleva un sicario pagado, lo más seguro es que ella esté en buenas condiciones. Sobre todo, si se ha portado bien. Ellos solo maltratan cuando es necesario, o por órdenes.

—Debió decirme del mensaje.

—Sí, debió, pero no lo hizo y no sacamos nada con pensar en que las cosas pudieron ser diferentes, nada va a volver el tiempo atrás para cambiar las cosas, así es que hay que aceptar la realidad y seguir adelante.

—Tiene razón.

—Al igual que con Hernán, tendrás pase libre para matarlo, pero solo cuando tú mismo estés seguro, así que déjanos actuar a nosotros primero, luego entras tú y será todo tuyo.

—¿Por qué hay gente así? Yo a él no lo conocí. Teresa huyó de su casa por los maltratos, llegó a mi pueblo y ahí nos conocimos; todos pensaban que era una mujer fácil, para jugar, pero yo puedo dar fe que no era así, ella era una mujer que sufría mucho por todas las cicatrices que le dejaron. No solo físicas. Y no sé, ¿por qué viene ese tipo ahora a reclamar qué? No tiene derecho a nada —meditó Marcos más para sí mismo.

—Los hombres locos no necesitan motivos, les bastan los propios, algo creado en su mente, una ilusión o falsas motivaciones, que los hacen actuar de un modo errático y psicótico.

Marcos resopló con furia. Por un loco psicópata, su mujer tenía que sufrir, ¿y si la mataban? Sacudió la cabeza para alejar ese mal pensamiento. ¿Por qué las cosas malas siempre lo perseguían? ¿Acaso nunca sería feliz? ¿No lo merecía?

Aterrizaron en un aeródromo privado y de inmediato subieron a una camioneta blindada que los esperaba.

—En menos de treinta minutos llegaremos al lugar, deben estar preparados. Marcos, te quedarás afuera hasta que te demos la señal —instruyó Tomás.

—Está bien —respondió el aludido.

Cada uno tomó sus armas y preparó sus recargas, se ajustaron los chalecos antibalas, conversaron cosas que solo ellos entendían, instrucciones de todos hacia todos.

Marcos se sintió fuera de lugar, pero no le importó, su único fin era rescatar a Maybe y matar a ese hombre que lo único que había hecho en su vida era hacer daño a todos los que se cruzaban en su camino.

&&&

—Tuve un percance, pero ya está solucionado —habló el raptor de Maybe por un celular—. No, hombre, que va, todo está muy en orden. Vea usted que yo cumplo mi palabra, espero que usted cumpla la suya, yo no hago trabajos a medias y espero que no me paguen a medias. Adiós, pues. —El hombre cortó la llamada y luego miró de reojo a su secuestrada—. Ya falta poco para llegar a destino, señorita. En una hora o poco más habremos llegado.

Un dolor se le hizo nudo en el estómago a la joven. Los ojos se le volvieron agua.

—No llore, no ahora —suplicó él.

—No me lleve con él, por favor.

El hombre concentró su mirada en el camino.

—Por favor, Hernán me va a matar.

—Ya le dije que no la llevo con Hernán Montes —afirmó lacónico.

—¿Era verdad?

—Yo no miento, señorita. Yo le dije que había alguien más que la quería.

—¿Y Hernán?

—Supongo, y espero, que esté muerto, era un pobre hombre sin carácter y algo *cansón*.

—¿Quién es ese otro que me quiere, entonces?

—No tengo su nombre, aún si lo tuviera, no le diría, pero piense, ¿quién pagaría millones por usted?

—En mala, como ahora, no sé.

—Vea que yo me siento muy *achantado* por usted, pero no puedo hacer nada. No por el momento.

El silencio se hizo tenso; doloroso para Maybe, incómodo para el hombre. Ni la radio fue capaz de suplir la tensión que se sentía en el ambiente.

Luego de un rato y cuando entraron a un camino de tierra, ella colocó su mano sobre la de él en la palanca de cambio.

—Gracias —le dijo ella con la voz ronca.

Él la miró sin comprender.

—Por no golpearme, por tratarme bien.

—No tiene nada que agradecer.

—Sí que tengo, otro cualquiera en su caso, me hubiera traído en el maletero.

—Este vehículo no tiene maletero —se burló él.

—Sabe a lo que me refiero —replicó ella a punto de llorar.

—Ya le dije, no tenía por qué maltratarla si usted no me dio motivos.

Quisiera decirle algo, pero...

—Pero ¿qué?

Él detuvo la camioneta a un costado del camino y se quitó el cinturón de seguridad para bajar e ir a sacarla a ella también de la camioneta, lo cual hizo con celeridad.

—¿Qué pasa?

—Quisiera... —El hombre negó con la cabeza y la agachó, Maybe notó que se arrepintió de decirle lo que le iba a decir.

Él iba a volver a subir al vehículo de nuevo, cuando ella lo detuvo.

—Dígame.

—Quisiera decirle algo, pero no puedo; decírselo pondría en riesgo tantas cosas y a tantas personas, sin embargo, verla en este estado tampoco me gusta.

—¿Qué pasa? Puede confiar en mí, yo no le diré nada a nadie.

—Sé que no lo dirá, pero hay ojos y oídos por todas partes.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que hay gente que la quiere ver muerta, no solo a usted, también a su noviecito y a su hijo.

—Lo sé. Por eso me entregué.

—¿Y usted de verdad creyó que eso era suficiente?

—¿No lo es?

—Acabarán con usted y luego irán por los demás.

—No —imploró ella.

—¿De verdad cree que un hombre como Hernán Montes se iba a conformar con solo matarla a usted?

—Pero él dijo...

—Él dijo muchas cosas, pero nadie, niña, nadie, se conforma con vengarse en una sola persona cuando puede vengarse en todas.

—¿Eso quiere decir que mi muerte no servirá de nada?

—No hubiera servido de nada si la hubiese entregado a Hernán Montes. Él habría acabado con usted de un modo muy doloroso y su novio no tendría más que los pedacitos suyos. Después le hubiese seguido el pequeño. Una vez destruido emocionalmente, matar a Marcos ni siquiera hubiera sido necesario.

Maybe se dio cuenta del error que cometió. Y ya no había vuelta atrás.

—Ahora, como le dije, yo no la voy a entregar a Hernán Montes.

—Me entregará a alguien más.

—Tengo que entregarla a alguien más.

—Que tampoco se conformará con solo matarme, ¿verdad? Igual matarán a Camilito y a Marcos, hasta puede ser que quieran acabar con el resto de la familia, también.

El hombre le tomó la cara con ambas manos y la obligó a mirarlo.

—Debe obedecer, ¿me oyó? Esto es muy peligroso, pero si logramos nuestro propósito, usted y su familia serán libres.

—¿De verdad? —preguntó ilusionada.

—Sí. Yo la voy a ayudar.

—Gracias.

—No me las dé, no todavía, que ni sé si mi plan va a funcionar.

La hizo subir al vehículo y luego subió él para emprender el camino de nuevo.

&&&

Marcos recibió la llamada de su hermano mientras iban en la camioneta rumbo al domicilio del hombre.

—En altavoz —le ordenó Manuel, a lo cual el joven obedeció.

—Hola, hermano, ¿cómo van las cosas? ¿Apareció Maybe? —apostilló en cuanto Marcos contestó.

—No, estamos en Constitución.

—¿¡Qué?! ¿Qué hacen aquí?

—Las pistas nos trajeron hasta aquí.

—¿Y Maybe?

—No sabemos nada de ella.

—Hermano, aquí han estado preguntando, no entienden por qué no contestan los teléfonos, el de Maybe está muerto.

—Lo sé, diles que estamos de paseo en algún lugar lejano de la civilización y que no tenemos señal, que yo logré comunicarme contigo, pero que estamos bien.

—¿Es Marcos? —Se oyó la voz del abuelo de Victoria.

—Adiós, hermano, diles que todo está bien —le dijo Marcos, para no tener que dar más explicaciones, y cortó.

Marcos cerró los ojos, se sentía mal con todo lo ocurrido, si algo le pasaba a Maybe, no sabía qué haría ni cómo enfrentaría a su familia.

—Tranquilo, todo terminará pronto —lo consoló Scott.

—Eso espero.

&&&

—Se cortó la llamada, don Enrique, es que donde están no hay señal, me

dijo el nombre, algo de una isla o algo así, la verdad es que se escuchaba muy mal. Pero están bien que es lo importante —mintió Rodrigo.

—Los padres de Maybe están muy preocupados, será mejor que les avisemos que llamaron.

Los dos hombres entraron a la casa y les contaron acerca de la llamada de Marcos.

—Bueno, yo vuelvo a trabajar, vine a ver a mi mujercita y a traerle fruta para el bebé. Nos vemos más tarde —se despidió Rodrigo.

—Rodrigo, ¿podemos hablar? —le preguntó Pablo.

—Claro.

—Te acompaño afuera.

Salieron y, ya apartados de todos, Pablo miró a Rodrigo a los ojos.

—A mí no me engañas, ¿qué pasa en Antofagasta?

—En Antofagasta, nada.

—¿Qué quieres decir?

—Maybe fue secuestrada.

—¿¡Qué!?

—Se están haciendo cargo los guardaespaldas del dueño del hotel donde se quedan, están haciendo todo por salvarla, pero no entendí muy bien, no sé si la trajeron a Constitución o la van a traer, no sé, pero ellos ya están acá para rescatarla.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque mi hermano me pidió que no los preocupara. Y yo le hice caso, si todos se enteran, pueden echar a perder los planes que tienen ellos para salvar a Maybe. Iban a querer llamar a la policía y usted sabe que a veces la policía estorba más de lo que ayuda.

—Es cierto.

—Marcos está haciendo todo lo posible, roguemos que la encuentren bien y con vida.

—Eso espero, muchacho, si algo le pasa a mi hija...

—Nada le pasará, confiemos en mi hermano, él daría su vida por ella.

—Eso no lo dudo. Pero no es *Superman*.

—Puede que no, pero se le parece mucho.

Pablo y Rodrigo cruzaron miradas de preocupación, rogaron en su interior que todo saliera bien.

&&&

—Ya, estamos a unos metros del destino, ahora debemos organizarnos para no cometer ningún error —ordenó Tomás—, cada uno sabe lo que tiene que hacer. Marcos, te quedarás aquí dentro, cuando te demos la señal, podrás bajar.

—¿Cuál será esa señal?

Tomás sonrió.

—La sabrás.

—¿Cuánto tiempo tendré que esperar?

—No mucho, espero. Todo dependerá de las condiciones que encontremos allí dentro.

—Está bien.

Una llamada entrante al teléfono de Tomás los pone en alerta y hace que se detenga antes de bajar del vehículo.

—¿Sí? —contesta.

Pausa.

—¿¡Gus?!

Capítulo 28

Marcos bajó de la camioneta, ya no podía seguir esperando. Iba a avanzar hasta la casa cuando Teresa apareció frente a él.

—¿Teresa?

—Tranquilo, todo va a terminar, incluso para mí.

—¿Qué dices?

—Tú me dejaste ir, ya aceptaste mi partida, pero ellos no, y no por amor, precisamente, ellos quieren lo que creen me pertenece a mí.

—¿Qué es eso?

—Lo único que siempre han querido de mí. Dinero.

—No entiendo.

—Ellos quieren quitarte a Camilito para quedarse con tu dinero.

—¿Y Maybe?

—No te preocupes, no la tocarán.

—¿Qué pasará?

—Me iré, tú serás feliz, y nuestro hijo crecerá siendo muy amado.

—Teresa...

—Ella es la mujer indicada para ti.

—Te amé.

—Lo sé, mi amor, me amaste y sé que hubieras seguido luchando por nuestro amor el resto de nuestras vidas, pero no, yo no podía darte mi media vida, mis miedos, mis traumas. No. Es mejor así. Ella es una buena mujer.

—¿No te da nada que yo esté con ella?

Teresa alzó sus cejas con ironía.

—Me da de todo, pero no puedo ser egoísta, yo tomé este camino para que fueras feliz y así es como debe ser.

—Gracias.

—Ve, te esperan. Quiero ver cuando lo mates por mí. Por favor, haz que sufra.

—Te vengaré, cariño, ese hombre deseará irse al infierno pronto.

Ella le regaló una hermosa sonrisa.

Marcos caminó hacia la casa y, antes de llegar, un hombre salió disparado, como un saco de papas cayó al suelo y se golpeó en la cara.

—Este es el tipo que quiere a Maybe muerta —le avisó Tomás al tiempo que lo agarraba y lo daba vuelta para que viera su cara.

Marcos miró al interior de la casa y había cuatro hombres, dos que estaban siendo golpeados por Luis y Scott, y dos que estaban retorciéndose de dolor en el suelo.

Marcos miró al padre de Teresa, un tipo que, a pesar de estar herido, mantenía una irónica sonrisa; el joven se tiró al suelo y cayó con una rodilla

en su esternón, lo que hizo doblar en dos al infeliz.

—Así que tú *erí* el *chorito* que cree que las mujeres están para tu diversión.

—¿Qué me *vai* a hacer? ¿Te *creí* matón? Igual te gusta meterles mano a las minas, si pa' eso están.

Marcos le tomó una mano y le quebró, uno a uno, todos los dedos y la muñeca, sin importarle los gritos del hombre, ni sus súplicas.

—¿Sabes qué? Me imagino a Teresa llorando y gritando, suplicando que la dejaran —expresó con rencor el joven—. Y me da rabia, no te voy a matar rápido, porque no lo mereces. Ella, tu hija, tu niña, a quien debías cuidar y proteger, me pidió que te hiciera sufrir mucho. Y se lo voy a cumplir.

Uno a uno, otra vez, le quebró los dedos de la otra mano y la muñeca.

—A ver si se te ocurre meterle mano otra vez a otras niñas.

—Maldito, te voy a matar.

Un puñetazo le arrancó tres dientes.

—Voy a salir de la cárcel y te voy a cazar como a un cerdo.

—¿Quién te dice a ti que vas a salir de la cárcel? ¿Quién te dice siquiera que vas a ir a la cárcel?

Le agarró el brazo y le dobló el codo al revés. El hombre exhaló un grito desgarrador. Marcos, sin piedad, hizo lo mismo con el otro brazo. Sus antebrazos quedaron colgando como lana.

—¿Hasta dónde le metías mano a tu hija? ¿A las niñas del pueblo?

Marcos lo agarró de la camisa y lo levantó para ponerlo en pie. El hombre apenas se podía sostener. A Marcos poco le importaba.

—¿No eras tan hombre para darle de patadas a tu hija hasta que dejara de llorar para que tus amigos se la pudieran violar a gusto? —le recriminó.

—Ándate a la chucha —gimoteó el otro.

—A ver si ahora *vai* a poder pegarle a otra mujer.

Marcos le dio una patada en la rodilla que se la dejó mirando hacia el otro lado, totalmente deforme. Lo soltó, no del todo, y al ir cayendo, Marcos le dio otro golpe para dejarlo de espaldas en el suelo. Quería mirarlo a la cara mientras vengaba a su ex mujer.

—¿Te gusta?

—Déjame, por favor, basta.

—¿Perdón? No oí.

—Basta —balbuceó el hombre, no era capaz de hablar.

—Quieres que pare —dijo Marcos con ironía mientras sacaba un cigarrillo de su bolsillo y un encendedor—. ¿*Sabí*? Yo cuando conocí a la Teresa, era una potra chúcara, pero sus ojos eran los de una corderita asustada. Y la primera vez que estuve con ella, no quiso que la mirara, quiso estar a oscuras. Tiempo después, descubrí por qué.

Marcos se agachó al lado del hombre y colocó su cigarrillo en la mejilla

del tipo, que dio un grito de dolor.

—Cinco años. Cinco años era el primer recuerdo de un cigarro apagado en su espalda, maricón, cinco años, ¡era una bebé! —Se le quebró la voz—. *Voh no merecí na'*, mierda.

Lo quemó en la boca, luego en las tetillas, en el pecho, no se cansó hasta que el cigarrillo se le apagó.

—Déjame, ya entendí —tartamudeó el hombre.

—Ya entendiste. Teresa está muerta y querías robarme a mi hijo, matar a mi mujer, hacerle daño a mi familia. Y justo ahora entendiste. No te creo —replicó con sarcasmo.

Se levantó y sacó el arma que le había dado Tomás.

—Mátame de una vez... —suplicó apenas.

—¿Matarte de una vez? ¿Así de simple? No, no te mereces morir así, de un balazo.

Le disparó justo en la entrepierna, el hombre quiso tocarse, pero sus brazos no le respondieron, los tenía separados de su cuerpo, como una masa inservible.

—¡Basta! —gritó con desesperación el hombre.

—¿Me podrías decir cuántas veces dijo “basta” tu hija?

—Basta...

—¡Dime! ¿Cuántas veces te suplicó que la dejaras, que la dejaran?

—Ella lo disfrutaba —respondió entre dientes y se ganó un puñetazo que le quebró la nariz.

—No, imbécil, ella no lo disfrutaba. Nunca lo disfrutó.

—Si estuviera aquí, te lo podría decir —balbuceó apenas, por el dolor.

—No, papá, nunca lo disfruté —dijo Teresa materializándose ante él al lado de una nube negra que se movía como un remolino.

El hombre se horrorizó ante tal presencia y dio un grito de terror justo antes de morir, de un paro, quizá, pero con un rostro deforme, aterrado, que indicó a todos allí que no murió en paz.

Marcos miró al frente, a su ex mujer.

—Gracias —le dijo Teresa.

—Gracias a ti —respondió él.

—Ahora sí me voy, amor, cuidate y sé muy feliz.

—¿Nos volveremos a ver algún día?

—Seguro que sí.

—Te quiero.

—Y yo a ti, amor. Dale mil besos a mi bebé de mi parte.

—Él siempre sabrá cuánto lo amas.

—Gracias. Adiós.

—Adiós.

—¿Marcos? —Tomás le puso la mano en el hombro para llamar su

atención—. ¿Qué pasa? —le preguntó confundido, su acompañante se había quedado como en trance luego de que muriera el tipo

—Nada. ¿Se acabó?

—Casi, solo falta un detalle.

—¿Un detalle? —preguntó con sorna.

—Ya está por llegar.

—¿Están seguros que el tipo que la trae no la va a matar al vernos aquí?

—Muy seguro, si ese hombre es un sicario y trabaja por dinero, nosotros podemos ofrecerle mucho más.

—¿Y si es un amigo del papá de Teresa?

—Lo mataremos antes de que pueda hacer nada.

Una camioneta con vidrios polarizados se detuvo ante la casa, frente a ellos. Se bajó el hombre que conducía y dio la vuelta para abrir la puerta de Maybe.

—¿Maybe? —preguntó Marcos sin poder creer que estaba bien, sin ningún rasguño.

Ella lloró y se quedó estática sin saber qué hacer. Solo atinó a afirmarse de su secuestrador para no caer.

—Mi niña... —susurra Marcos.

—Te dije que ibas a llorar —dijo el chofer con sorna, abrazándola para sujetarla—. Ven acá, pues, hombre, ¿no ves que ella no puede caminar?

Marcos corrió hacia ella y la abrazó muy fuerte.

—Mi niña, mi niña. —La meció, desesperado—. ¿Estás bien?

—Sí, sí, ¿y tú? ¿cómo es que están aquí antes que yo?

—Nos vinimos en una avioneta.

Marcos miró al hombre que la traía, reía con los demás como si se conocieran de toda la vida. Ellos se dieron cuenta de la mirada acusatoria del hombre y la de confusión de la joven.

—Así que tú eres el famoso Marcos —le dijo el recién llegado.

—¿Por qué no está hablando como colombiano? —interrogó Maybe, confundida.

—Porque no soy colombiano. Resulta que tenía micrófonos incorporados en la camioneta, no los podía sacar pues me hubieran descubierto, se suponía que yo no lo sabía, así es que tuve que fingir todo el tiempo que estabas siendo secuestrada por un sicario colombiano que la traía hasta aquí con este tipo para que la mataran —explicó con un tono colombiano al final de la oración.

—No entiendo —repuso ella.

—Él es Gus —lo presentó Tomás—, trabaja con nosotros, aunque tiene un estilo muy particular. No se atiene a reglas, trabaja mejor solo y siempre le funcionan sus planes. Yo no tenía idea que él te había secuestrado, yo le pedí ayuda, pero me dijo que no podía venir, así es que estaba descartado, aunque

dentro se me quedó la duda de que sí podría haber venido a ayudar.

—Sí, yo me hice pasar por sicario de este tipo, aunque no fue todo mérito mío, fue toda una serie de casualidades.

—¿Cómo así? —Quiso saber Marcos.

—Bueno, yo no iba a venir a Antofagasta, ustedes saben —se dirigió a sus amigos—, Evelyn no quería venir. Y bueno, un día estábamos en un café en Santiago, terminamos peleando y se fue. Quedé solo, allí escuché una conversación de dos hombres que hablaban de una mujer a la que querían matar para hacerle pagar a un hombre en común, al que odiaban.

—¿Y hablaban de eso así, como si nada? —preguntó Marcos, sorprendido.

—No, claro que no, tengo mis métodos para escuchar las conversaciones ajenas. Las que me interesan. Ellos hablaron de venganza y mi mente se puso en alerta. Bueno, el asunto es que escuché que uno de ellos iría a Antofagasta. El problema es que no escuché nada más porque apareció una mujer que se sentó conmigo y me dijo que necesitaba un favor. Quise echarla, pero algo me hizo escucharla. Me explicó que había un niño que estaba en peligro y quería que yo lo protegiera, que él estaba en Antofagasta con sus papás, que me comunicara con un hombre, me dio un papel con el nombre y la dirección. Y así me fui al norte. Resulta que el caso que me dio la señora ya lo había tomado otro hombre, pero sí me hice amigo del tipo con el que me envió y tenía un trabajito para mí: llevar a una mujer desde Antofagasta a

Constitución. Pero primero debía llevarla al norte de la ciudad y pasar allí la noche. Como Tomás ya me había pedido ayuda, sabía del caso, así que cuando llegué al hotel a buscarla, supe que había llegado al lugar preciso en el momento justo.

—¿Cómo se llamaba? —consultó Marcos con una corazonada.

—Teresa González.

Marcos sonrió agradecido. Maybe se puso blanca.

—¿La conocen?

—No quieres saber —le respondió Marcos.

—No me digas que tengo que preocuparme.

—Es su ex mujer —le explicó Tomás.

—¿Está despechada? ¿Quería ver muerta a Maybe?

—No, te llevó al lugar preciso en el momento justo. Nos ayudó... desde el más allá.

Gus elevó una ceja, incrédulo.

—No es la primera vez que ella le ayuda —intervino Alex al tiempo que se encogió de hombros—. Yo soy un hombre muy escéptico, lo saben, pero no puedo negar lo vivido en casa de Marcos y de las directrices de Teresa en algunos de los asuntos.

—Bueno, entonces, a ella hay que agradecerle que esto haya terminado bien—aceptó Gus—. ¿Qué hacemos con estos idiotas?

—Nada —respondió Tomás—. Que se pudran solos aquí.

—Sí, es verdad, llevarlos será tener que dar un montón de explicaciones.

No vale la pena —aceptó Alex.

Gus agarró al tipo que estaba afuera y lo metió a la casa, sacó de su camioneta un bidón de combustible y llenó la casa de él, encendió fuego y dejó que la casa se quemara con ellos dentro.

—Bueno, ya está hecho, ahora hay que irse.

Se dividieron para irse en ambas camionetas y se apresuraron en llegar al aeródromo.

En la avioneta, Maybe y Marcos iban tomados de la mano, con los ojos cerrados. Maybe tenía su cabeza apoyada en el hombro de su pololo. Gus los observaba con atención.

—¿Y Evelyn? —le consultó Luis en voz baja.

—No quiere saber nada de mí.

—¿Cómo, por qué?

—Dice que ella no quiere estar al lado de un hombre que arriesga su vida a cada minuto, pero ¡yo no sé hacer otra cosa!

—Ella te ama.

—El problema es que su amor no es suficiente.

—¿Y el tuyo?

—¿Para dejar mi vida? No.

—¿Y si ella fuera la que arriesgara la vida?

—Luis, yo no arriesgo mi vida, ya ves, hace cuánto tiempo que no teníamos un caso, sin embargo, ahora, que lo tenía, fue algo súper simple. Claro, estaban ustedes apoyando, pero igual era una cosa súper simple. ¿Cuánto me hubiera costado deshacerme de esos hombres?

—Bueno, amigo, si ella no te entiende, siendo que te conoció así, no sé, no hay nada que hacer nomás.

—Sí, es cierto.

—Pero la sigues amando.

—No sé, la extraño, me hace falta, pero no tanto como para dejar todo lo demás. Solo piénsalo, si lo dejo todo por ella, llegará el momento en el que, lo quiera o no, la voy a odiar o me voy a resentir con ella por eso.

—Tienes razón. Creo que nosotros no deberíamos casarnos, deberíamos ser aves libres que pican en una y otra flor, sin atarse a ninguna jaula. Ya ves a Tomás, también lo está pasando mal por sus problemas con Rosario y para qué decir don Esteban, su mujer lo engañaba y él ni cuenta se daba. Yo creo que no nacimos para estar con ninguna mujer en particular.

—Nos lanzaremos a la vida, amigo, y dejaremos a las mujeres atrás —bromeó Gus, a quien le dolía que, después de tanto luchar para estar juntos, ahora Evelyn no quisiera luchar por su amor.

La llegada a Antofagasta fue en calma. Camilito estaba con Gina y Lucas

jugando a la pelota. Cuando vio a su papá, hizo un puchero regalón y luego se largó a llorar como si el mundo se fuera a acabar.

—Hola, Gina; hola, Lucas. A ver, hijo, ¿qué pasa, campeón? ¿Te vas a poner a llorar ahora que estoy aquí?

—No ta —reprochó el niño con fuertes sollozos.

—No, tuve que irme, pero ya estamos aquí.

Maybe terminó de saludar a Lucas y se acercó a Camilito para darle un beso y tomar su mano.

—Hola, mi bebé.

—No ta —le dijo en tono molesto.

—No, mi amor, no estábamos.

Maybe se largó a llorar y abrazó a Camilito con fuerza.

—Te amo, mi niño, te amo mucho.

—Mamo —contestó el niño y se apartó, le tocó una lágrima—. ¿Abua?

—Sí, mi amor, agua.

—Ninna —la consoló y le dio un beso.

—Gracias, mi niño.

—Da. Abua —les contó apuntando hacia afuera, seguía igual de sorprendido que el primer día.

—Sí, ¿fuiste al agua?

—Da.

—Mañana vamos.

—Da.

—Lindo, mi precioso.

—Bambe.

—¿Tienes hambre? Vamos a comer.

—No quiso su cena —contó Gina—. Estuvo *mañosito* en la tarde. Los quería a ustedes.

—Ya estamos aquí, ¿ya? No nos vamos a ir.

—Da.

—Muchas gracias, Gina.

—De nada, es un placer cuidar a este bebé.

—Lucas, ¿y tu papá?

—Está con un caballero en su oficina.

—Ya. ¿Tú comiste?

—No, no tenía hambre.

—¿Quieres ir con nosotros? —le propuso Maybe.

—Yaaa —respondió emocionado.

Maybe veía tan vulnerable a ese niño y, aun así, era un amor, un niño magnífico.

Camino al comedor se toparon con Esteban que vio a su hijo de la mano de Maybe.

—Todo salió bien, me alegro —dijo Esteban al tiempo que saludó a uno de la mano y a la otra con un beso en la mejilla.

—Sí, gracias, no sé qué hubiera hecho sin ustedes.

—No hay nada que agradecer, todo está bien. Me alegra que no haya pasado nada malo. ¿Van a comer?

—Sí, sí. Lucas dice que no ha comido porque no tenía hambre, lo llevábamos con nosotros.

—Vamos juntos, yo tampoco tengo con quién comer y no quiero estar solo.

Se dirigieron a una mesa donde fueron atendidos con deferencia por el personal.

—Ahora que todo salió bien y que ya no hay peligro, vamos a volver a nuestra casa —le contó Marcos a Esteban.

—Claro, me imagino que deben estar ansiosos por volver.

—Sí, la verdad es que sí.

—Pediré que les reserven los pasajes.

—No hace falta, nosotros podemos hacernos cargo de eso, ya suficiente se ha molestado por nosotros.

—No digas eso, se hizo lo que se tenía que hacer. Además, por los pasajes no se preocupen, tengo descuento por pasajero frecuente y gano millas —bromeó.

—Usted se ha portado tan bien con nosotros, no sé cómo vamos a pagarle —comentó Maybe.

—Ya les dije, no tienen nada que pagar, ni que agradecer, ni nada. Feliz estoy de haber sido de ayuda y de que mis hombres hayan evitado un asesinato. Punto. No quiero que se hable más del tema. Cuando vaya al sur, espero que me reciban en su casa y que no se olviden de nosotros. Lucas no ha dejado de preguntarme cuándo vamos a ir al “campo-campo”.

—Cuando ustedes quieran serán bien recibidos, no podríamos olvidarnos de ustedes —aseguró Maybe.

—Con eso me basta —respondió Esteban con sinceridad.

Capítulo 29

Después de la cena, Marcos y Maybe se retiraron a su dormitorio a darse una ducha y a cambiarse de ropa. Más tarde, volvieron con los demás al salón.

—¿Ustedes conocen el edificio de Las Américas? —preguntó Marcos.

—Sí, está cerca de aquí, ¿quieres ir? ¿Hay alguien a quien quieras visitar?

—Sí, mi abuela vive allá y quiero ir a buscarla.

—Vamos, yo te llevo —ofreció Luis.

—Gracias.

Poco rato después, los dos jóvenes volvieron con la anciana. Aquella noche se quedaron conversando hasta muy tarde. Marcos les contó toda su historia y la abuela Norma también contó su versión. Maybe lo pudo entender todo. Y pudo comprender mucho mejor lo vivido por Marcos y su familia y por qué apreciaban cada minuto juntos.

—Ya está listo su viaje, mañana a las tres de la tarde vuelven a su tierra —informó Esteban mucho rato después.

—Gracias, no debió molestarse —expresó Marcos con timidez.

—Ya hablamos de eso. No es nada.

—De todas maneras.

—No te preocupes, ya les dije que lo hago con gusto, además, espero ir pronto por allá, Lucas se sintió muy cómodo con ustedes y eso es raro en él; que quieran a mi hijo y que mi hijo se sienta a gusto, es más que suficiente para mí.

—Sabe que allá serán bienvenidos cuando vayan.

—Muchas gracias.

Cerca de las cuatro de la mañana, se dispusieron a dormir. Marcos y Maybe se quedaron juntos aquella noche con Camilito, quien no quería despegarse de su papá y había preferido dormirse en su coche, al lado de él, que en su cuna con Gina.

La despedida, la tarde siguiente, fue muy sentida. A pesar de que habían sido pocos días los que compartieron en ese lugar, se formó un lazo muy potente por todo lo que tuvieron que pasar. Y Lucas, que se sintió muy apegado a la pequeña familia desde un principio, no quería despedirse, pero aseguró que iría con su papá al campo-campo a visitarlos antes de que terminara el verano.

En el campo, por otro lado, todos esperaban ansiosos la llegada de la pareja. Rodrigo y Pablo eran los únicos que sabían lo ocurrido con Maybe en el norte, pero ninguno de ellos sabía que la abuela Norma viajaba con ellos. Su aparición fue toda una sorpresa.

Rodrigo la abrazó y lloró como un niño, la extrañaba demasiado.

—Abuela, no sabes la falta que me has hecho.

—Perdóname, hijo, yo creí que ya no me querías volver a ver.

—¿Cómo puedes decir eso, abuela?

—Pasaron tantas cosas. Te quiero, mi niño.

Abuela y nieto se mantuvieron mucho rato abrazados.

Maybe, por su parte, se abrazó a su papá y también lloró sin control.

—Ya pasó, mi pequeña, ya pasó, ahora estás aquí con nosotros. Ya pasó todo —le habló al oído en voz baja.

—Tuve mucho miedo, papi.

—Lo sé, mi princesa, pero ya pasó.

Sandra se acercó a su hija y le sobó la espalda.

—¿Qué pasa, mi amor?

—Mami... —Se lanzó a los brazos de su madre y siguió llorando.

—Ya, mi amor, ya está aquí en la casa —la consoló la mamá—. Ya está todo bien.

Rodrigo abrazó a Marcos con fuertes palmadas en la espalda.

—Hermano, no sabes cuánto me alegra verlos de nuevo.

—Lo sé, hermano, yo lo único que quería era volver a mi tierra.

Camilo, que estaba con Victoria, quería ir donde su tío. Él lo tomó en sus brazos.

—Hola, mi sobrino favorito.

—¡Abua! —le contó.

Rodrigo miró a su hermano, interrogante.

—Conoció el mar y le sorprendió ver tanta agua.

—Ah, ¿harta agua?

—Da.

—¿Era linda?

—No ta —le contó con un puchero.

—No está.

—Pa-pá. —Volvió a hacer un puchero.

—¿El papá?

—No ta.

—Pero ahora sí está.

—Ma-má ta.

—¿La mamá estaba?

—Da.

—Ninna. O ta.

—¿No estaba?

—Ninna —Otro puchero.

Entonces, los dos hermanos se dieron cuenta que así llamaba a Maybe:

Ninna.

—Pero ahora ya estamos todos juntos ¿ya?

—Da.

—¿Te gusta estar aquí, campeón?

—Mamo.

—Yo también te amo.

Luego de saludarlos a todos, Marcos se acercó a Maybe y la abrazó a su costado.

—¿Más tranquila? —le preguntó.

—Sí, estoy feliz, quería volver a casa.

—¿A casa? —Se sorprendió él.

—A casa —confirmó ella.

—¿Te quedarás conmigo?

—¿Sabes? El viaje fue largo y tuve mucho tiempo para pensar.

—¿En qué?

—En lo que estaba viviendo y en que podría morir y que nada de lo que había hecho en mi vida valía la pena.

—¿Cómo así?

—Así. Definitivamente, lo que pasamos en Antofagasta, no estaba en mis planes. Así que entendí que planear no servía de nada. También me di cuenta de que daría mi vida por Camilito y, cuando estaba en peligro, lo único que quería era estar contigo. Aquí.

—¿Y tu vida en la capital? ¿Tus estudios? ¿Tu trabajo soñado? ¿Tu...?

Ella lo interrumpió con un beso.

—No sé... Quizá... por aquí haya algún fundo... que necesite de una administradora, yo tengo estudios, mi cartón de Administradora de empresas y una Ingeniería comercial no terminada, pero a lo mejor alguien me podría dar trabajo. Digo, a lo mejor tú conoces a alguien que quiera recibir a una dulce y joven mujer que no tiene dónde vivir —coqueteó con una cuota de humor.

—Tengo entendido que hay un campesino que acaba de heredar un fundo y seguramente necesitará todo tipo de personal, incluida una administradora —le respondió él de igual modo—. Aunque no sé, dicen que es un jefe muy exigente.

—¿Ah, sí? —jugueteó con sus manos en el pecho masculino—. Pero a lo mejor... Si me ve... le guste y no sea tan exigente conmigo.

—Yo creo que le gustarás.

—Ojalá, prometo ser buena.

Marcos no se pudo contener y le dio un beso.

—Dime, Maybe Albornoz, ¿de verdad te quieres quedar conmigo?

—Sí. Ya no quiero separarme de ustedes. Me hicieron demasiada falta.

—Y tú a mí.

—Te amo, Marcos.

—Y yo te amo a ti, mi niña.

Otro beso, que fue interrumpido por Camilito, que se lanza a sus brazos desde los de su tío.

—Perdón, pero creo que está un poquito celosito mi sobrino —se justificó Rodrigo.

—Mamo —dijo el pequeño y le dio un beso a uno y a otra.

—Nosotros también te amamos, mi bebé —le aseguró Maybe y lo recibió en su pecho.

—Te ves tan linda con él.

—Ninna —confirmó el niño.

—Ya te dije que con este niño cualquiera se ve lindo.

—Tienes razón, cuñadita, hasta mi hermano se ve guapo con su hijo en brazos —se burló Rodrigo.

—Que malo. —Rio Maybe.

—Déjalo, habla por la herida, porque a él ni mi hijo lo hace ver mejor —replicó Marcos.

Las risas y las bromas continuaron hasta que le contaron a la familia lo que de verdad había ocurrido en el norte, Camilito insistía en que no habían estado y se lo contaba a todos, así que prefirieron decirlo antes de que, algún día, lo supieran igual y se enojaran por no haberles contado.

La preocupación de la familia al saber que Maybe podría no estar con ellos por salvar la vida del bebé que sentía como propio, se transformó en

felicidad porque todo había terminado bien, finalmente.

Por la noche, Marcos y Maybe se despidieron en la puerta de la habitación de ella.

—Hasta mañana, mi amor —le dijo ella de mala gana, se quería quedar con su hombre, sabía que aquella noche se sentiría muy sola.

—Hasta mañana —respondió él y le dio un corto beso—. Ya quisiera no tener que despedirme aquí.

—Ya podremos amanecer juntos muy pronto de nuevo.

—Podrían amanecer juntos mañana —habló el padre de Maybe desde el pasillo.

Ambos jóvenes se volvieron a mirarlo, con algo de culpa y miedo en la mirada.

—Don Pablo, no es lo que piensa... Yo...

—Hablé con don Enrique, ustedes ya son adultos y suponemos que no fueron precisamente castos en Antofagasta. Sé que amas a mi hija, Marcos, que la amas para bien, y no creo que sea justo para ustedes estar separados. Si quieren dormir juntos, tienen mi autorización y la del dueño de casa.

—¿De verdad, papi?

—Sí, mi princesa, todo lo que hizo Marcos por defenderte y buscarte, me da la certeza que no eres un juego para él.

—Nunca lo ha sido, don Pablo.

—Lo sé, por eso tienes mi autorización para estar con ella desde ahora.

Claro que luego no la vayas a dejar botada.

—Muchas gracias, señor, no lo defraudaré.

—Eso espero. Buenas noches.

—Buenas noches.

—Hasta mañana, mi princesa —se despidió el hombre de su hija y le dio un beso en la frente.

—Hasta mañana, papi.

El hombre se retiró a su habitación y la pareja se miró con una sonrisa avergonzada.

—Trae tu pijama —le ordenó él con ternura—. Nos iremos a mi cuarto.

—Sí.

Ella entró apresurada y sacó su ropa. Se fueron al dormitorio de Marcos y allí se acostaron abrazados.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —le habló él al rato.

—Claro.

—Gus, el que te trajo en su auto, ¿no se te insinuó en el camino?

—¿Estás celoso?

—Solo pregunto —respondió fingiendo indiferencia.

—No, para nada. Fue muy amable y correcto todo el tiempo. Nada de nada.

—¿Lo encontraste atractivo?

Maybe se echó a reír y se subió sobre él.

—Mi amor, en esos momentos solo pensaba en ti, en nadie más. Quería estar contigo, aquí, con Camilito, con mi familia. No estaba para pensar en hombres, mucho menos si estaba creída que me iban a violar y a cortar en pedacitos.

—Ni lo digas, que esa sola imagen me pone mal.

—Lo sé. Pero nada de eso pasó. Ahora hay que seguir con nuestra vida.

—Así es. Mañana despertaremos aquí, juntos, con nuestra nueva vida, con nuestra familia, y seremos felices por siempre.

—Sí, por siempre.

—¿Y te vas a casar conmigo?

—Cuando quieras.

—¿De verdad cuando yo quiera?

—Sí.

—¿El próximo mes?

—¿Tan pronto?

—¿Pronto? Yo por mí me casaría mañana contigo, pero te mereces una gran ceremonia, con tu vestido blanco, con una gran fiesta de una semana y con todo lo que sueñan las mujeres.

—¿Como tu hermano con Victoria?

—Así es, ¿te gustaría?

—Sí.

—Mañana hablaremos con tus papás y voy a pedir tu mano. ¿Te parece?

—Me parece —respondió coqueta.

Marcos bajó sus manos por la espalda de la joven y las detuvo en su trasero.

—Te amo, mi niña.

—Y yo a ti.

La pareja se besó con pasión, ya no había dudas ni trabas para su amor y así se amaron aquella noche. Sin miedos.

&&&

Al día siguiente, a la hora del desayuno, Marcos cumplió su palabra y habló con la familia para pedir la mano de Maybe, a lo que, obviamente, sus padres accedieron felices.

Poco después, los hermanos se fueron a trabajar al campo y Victoria aprovechó la instancia para acercarse a Maybe.

—Te felicito —le dijo Victoria.

—Gracias —respondió la otra, incómoda.

—Mira, Maybe, yo quiero pedirte disculpas por cómo te he tratado, sé que no me he comportado de lo mejor contigo y...

—No, está bien, yo tampoco me había comportado muy bien.

—No empezamos bien, ¿cierto?

—Así parece.

—Mira, vamos a ser concuñadas y vamos a vivir muy juntas, porque no sería justo que ellos se separaran por nuestra culpa, así que yo creo que lo mejor es que seamos amigas, ¿te gustaría que volviéramos a empezar?

—Será bueno tener una amiga de mi edad aquí.

Victoria sonrió.

—¿Todo bien entonces?

—Todo bien.

Se dieron la mano, pero igual terminaron abrazadas.

—¿Sabes? —le confesó Victoria—. Cuando llegaste y vi cómo Marcos te miraba, creí que eran el uno para el otro. Pero luego tú... Yo no quería que él sufriera otra vez, no lo merecía.

—Lo sé. En Antofagasta pude saber lo que pasó y comprendí tu actitud y tu miedo. Así que bien, solo querías protegerlo de una arpía como yo —replicó medio en serio y medio en broma.

—Bueno, yo no te llamaría tanto como arpía —respondió divertida.

Ambas jóvenes rieron, los problemas quedarían olvidados. Victoria ya se había tranquilizado pues estaba segura de que Maybe no le quería romper el corazón a Marcos y Maybe pudo entender los temores que tenía Victoria y

que ya había dejado atrás.

—Espero que me ayudes con los preparativos de la boda —le pidió Maybe.

—Claro que sí, haremos una linda fiesta.

—Gracias. Supongo que ahora que estamos bien, querrán ser nuestros padrinos, Marcos tenía miedo de que tú no quisieras.

—Yo feliz. Para mí, Marcos es mi hermano mayor, es mi amigo, mi niño —se burló de sí misma.

—Sí, él también te quiere mucho, tú eres su hermanita pequeña.

—Sí, y no sabes lo que me alegra que sea feliz de una vez por todas.

Y así era, la felicidad se podía respirar en esa casa.

Don Enrique ofreció su rancho para realizar la ceremonia, pues ese ya era el lugar de reunión de la familia, a lo cual los jóvenes consintieron y comenzaron los preparativos en medio de mucha dicha.

Lo que terminó de completar la felicidad de ese lugar, fue la llegada, una semana después, de Noemí y Trinidad. La joven había sido dada de alta, pero todavía con cuidados. Ya casi no se le notaban las marcas que le había dejado ese hombre. Y estar ahí, con su familia, y ver cómo había crecido y poder ayudar a su amiga con los preparativos del matrimonio, la hacía sentir feliz y más recuperada cada día.

Y llegó el día tan esperado. Los invitados esperaban la llegada de la novia.

Marcos estaba ansioso y nervioso en el altar, esperaba que Maybe no se arrepintiera a última hora. Ya se estaba tardando demasiado.

Miró a sus invitados. Don Fermín y los hombres de los fundos cercanos; sus peones, de su nuevo fundo; los peones de Rodrigo, su hermano; el abuelo de Victoria y las empleadas de la casa, esta vez, el novio había contratado a mujeres de otras partes para hacerse cargo de todo, así ellas también podrían disfrutar del matrimonio; Lupe, su madrina de bautizo y Nilda, su hija, para Marcos su prima; también estaban sus amigos de infancia; los invitados de Maybe, su familia del norte, que, a pesar de que no aprobaban este matrimonio, tuvieron que aceptarlo, pues, el padre de familia, Pablo, les hizo decidir entre quedarse o irse, pero, si se quedaban, sería bajo sus términos, sin ironías ni malos modos, ni con ellos, ni con sus hijos. Lo que tuvieron que aceptar. Asimismo, se encontraban entre los invitados los amigos que habían hecho en el norte, también Esteban, su familia y sus hombres. Lucas estaba fascinado con el campo, habían llegado unos días antes y el niño se desenvolvió como uno más del lugar, jugó con los otros niños, se hizo amigo de Allen, estaba aprendiendo a montar. En fin, estaba feliz. Y Marcos se alegraba por ellos. “Los niños deberían ser felices”, decía, “la infancia triste marca demasiado y, muchas veces, impide ser feliz de grande”.

El órgano sonó con la música del Ave María y los pensamientos de Marcos se rompieron como pompas de jabón. Venía su futura esposa. La

joven apareció con un vestido blanco con suaves adornos en un color pastel que Marcos no logró identificar. Se veía preciosa. Marcos la observó embelesado mientras ella se acercaba al altar.

Maybe caminaba nerviosa, agarrada del brazo de su padre muy fuerte para no caer. No podía apartar la vista del que iba a ser su esposo. Vestido con ese traje de huaso elegante, la dejaba sin aliento.

—Estás hermosa —la elogió con sinceridad y con voz temblorosa cuando llegó a su lado y su padre la entregó.

—Tú estás muy guapo —respondió ella, con sus ojos llenos de amor.

La ceremonia fue preciosa y la fiesta duró, tal como le prometió Marcos, más de una semana. El último día de la fiesta, Maybe se sintió mal y, en medio de la celebración, se desmayó en los brazos de su esposo.

—¿Qué pasó? —preguntó la joven cuando abrió los ojos.

—Te desmayaste, ¿cómo te sientes?

—No sé, tengo el estómago revuelto, creo que he comido demasiado.

—Yo te dije que no mezclaras tanta cosa —se burló Marcos.

—¡Es que está tan rico todo! Me falta tiempo para comer.

—¡Mañosa! Quieres seguir comiendo.

—Pero si tengo hambre —protestó.

—Vas a seguir enfermando.

—Es que tengo hambre, necesito comer. Quiero... Mmm... ¿Sienten el olor

a sandía?

La familia se miró con extrañeza.

—Mañana a primera hora vamos a ir al médico.

—Esa niña no necesita un médico, necesita un test de embarazo —indicó Zoila—, esta niñita está embarazada, tiene hasta cara de *empachada*.

Marcos se sorprendió y Maybe más.

—Pero yo me cuido —contradijo la joven.

—Los métodos a veces no funcionan, cuando Dios quiere mandar un bebé, no hay nada que lo detenga.

Al día siguiente, el médico confirmó el embarazo de Maybe. La familia celebró la noticia, dos niños en camino era toda una bendición.

Victoria tuvo un niño que fue muy bien recibido por todos allí, todos estaban felices, incluso Camilo, que podía pasar mucho rato mirándolo y hablándole en su idioma.

El bebé de Maybe nació un mes después, Allen se sintió feliz de ser tío y se sintió más “adulto”.

El día que salieron del hospital las dos mujeres de Marcos, se fueron al rancho de don Enrique a ver a la familia. Incluso, don Fermín los esperaba allí. Estaba feliz, pues, aunque su enfermedad ya debía habérselo llevado, la vida le dio la oportunidad de ver a la hija de Marcos nacer y, para él, eso era suficiente.

Don Enrique se sintió renacer con esos niños que muy pronto estarían dando vueltas por la casa. Eso fue lo que siempre soñó y que se estaba cumpliendo al final de sus días.

Lo mismo Norma, quien estaba feliz de que todo hubiera terminado bien para sus nietos. La tristeza y el dolor quedaron atrás, ya no había secretos que esconder ni medias verdades que les pudieran lastimar.

La vida les sonreía y los ancianos, en sus últimos días, estarían rodeados del amor de su familia y eso era la mejor recompensa por todo el dolor vivido.

Epílogo

Marcos y Maybe, sin dar explicaciones a nadie, se suben a la camioneta con sus dos hijos, deben hacer una visita.

—Hola, vengo con Maybe y nuestra hija —dice Marcos ante la tumba de su ex mujer.

—Hola, Teresa —saluda Maybe con timidez.

—Ya nació nuestra hija, sé que de donde sea que estés, nos ves; pero quería venir a mostrártela y a darte las gracias por habernos cuidado y por haberme dado la oportunidad de volver a amar —expresa Marcos con emoción contenida.

—Sé lo importante que fuiste para Marcos, le diste un hijo maravilloso y me diste la oportunidad de formar mi propia familia con ellos; te prometo que los voy a cuidar siempre, Camilito siempre sabrá que tú eres su madre y que lo amaste y entregaste tu vida por él. Gracias por compartirlo conmigo —agradece Maybe con lágrimas en los ojos.

—¿Sabes? Nuestra hija es niña y Maybe le quiso poner Teresa. Por ti.
—Al hombre se le forma un nudo en la garganta y no puede continuar.

—Yo sé que tú me ayudaste cuando... me querían matar y esta es mi forma

de darte las gracias —agrega Maybe—. Me diste una familia maravillosa. Y gracias a ti estoy viva.

Una leve brisa los envuelve. Teresa está allí, con ellos.

—Gracias, Teresa —repite Maybe.

—Gracias, cariño —dice Marcos.

—Mamá —habla Camilito.

—Sí, campeón, la mamá.

—Ta amo, mamá.

—Tu mamá también te ama mucho.

Otra brisa vuelve a abrazarlos.

—Adiós, cariño —se despide Marcos.

—Adiós —dice Maybe.

—Lios —se despide también el niño haciendo el gesto con su manito.

Vuelven a la camioneta. Marcos acomoda a su hija en la sillita y recuerda cuando iba con su hijo al cementerio y sufría por su ex mujer. Cuando no la quería dejar partir y ella ya se estaba yendo.

—Sé feliz, mi amor, sé todo lo feliz que puedas ser —susurra Teresa en el viento.

—Lo seré, cariño, lo seré por ti —responde Marcos.

Maybe solo lo escucha a él, pero sabe que Teresa está detrás de esas palabras.

—Cuídalo —le habla ahora a la joven, que se sorprende al escuchar la voz—, y cuida a mi hijo. Tú serás su madre, yo solo seré un recuerdo. Ámalos. Y sean muy felices.

—Lo seremos, gracias. Y cuidaré de ellos con mi vida —asegura un poco asustada ante la presencia de un fantasma.

—Lo sé. Ya lo hiciste una vez.

La brisa cesa y la presencia se va. Marcos y Maybe se miran sorprendidos.

—¿Te habló? —le consulta él.

—Sí. A ti también —afirma.

—Sí. —Se dan un corto beso—. Vamos que hace frío.

—Vamos.

Los niños ya están acomodados en la camioneta y Marcos avanza despacio por el sendero del cementerio hacia su hogar, del que hoy es dueño absoluto y, aunque sigue allí don Fermín, no toma decisiones, solo se dedica a disfrutar como abuelo de los niños, y a Marcos como su hijo; ya no queda nada del altanero patrón de fundo, al que un amor lo convirtió en monstruo y al que redimió para vivir feliz su último tiempo en la tierra, pues todos saben que sus días están contados, incluso los médicos no entienden cómo es que ha vivido tanto más desde su desahucio, cosa que a la familia no le importa, Dios es el único que sabe cuándo llegará y cuándo se irá una persona de la tierra y el tiempo de don Fermín no ha llegado todavía.

Antes de llegar a la casa, Marcos estaciona su vehículo en el pequeño monte que lo había visto llorar y maldecir su vida en tantas oportunidades; ese monte que le permite ver casi todas sus tierras, hasta hace un tiempo casi arruinadas y hoy renaciendo, como todo en su vida.

—¿Qué pasa, mi amor? —pregunta Maybe.

—Nada. Solo quiero agradecerle a la vida el haberte puesto en mi camino, el darme esto que ahora puedo llamar hogar, el que tú y yo estemos juntos, con nuestros hijos, con una enorme familia que nos ama y a la que amamos... Tú sabes que siempre sentí que tenía una nube negra en mi cabeza, que no merecía nada, pero un día me dijeron que la vida me recompensaría por todo lo que me faltó. Y mira ahora. Tengo todo lo que un hombre pueda soñar y más. Y quiero agradecer por ello. Y qué mejor que hacerlo aquí, el lugar donde tantas veces renegué de mi suerte.

Maybe no dice nada, solo sonrío y toma su mano; su esposo no necesita palabras, lo único que necesita es disfrutar de este momento; después de tantas carencias, de tanto sufrimiento, de tanto dolor, la vida le ha devuelto todo lo que le robó.

Y ya no le falta nada.